

CESAR VALLEJO

Novelas y Cuentos
Completos



FRANCISCO MONCLOA EDITORES S. A.

César Vallejo (1892-1938) es el más grande de los poetas peruanos y uno de los más altos de la poesía en español de todos los tiempos. Su obra poética está contenida en los libros: **Los Heraldos Negros** (1918), **Trilce** (1922), **Poemas Humanos** y **España aparta de mí este cáliz**, ambos de edición póstuma.

Como narrador, Vallejo publicó, en vida, un libro de relatos y cuentos: **Escalas**; las novelas: **Fabla Salvaje** (breve) y **El Tugsteno**; y publicó también, en la revista "Amauta", unas páginas que aparecieron como fragmento de una novela perdida o tal vez no escrita: **Sabiduría**. Después de su muerte se dieron a luz: **Paco Yunque**, cuento, y, **Hacia el reino de los Sciris**, novela. Este volumen contiene todas estas obras y agrega a ellas cuatro cuentos que permanecían inéditos. Se ofrece, así, por primera vez reunida, toda la narrativa de uno de los escritores que mayor adhesión suscitan hoy y más vasta influencia han ejercido en la poesía de nuestra lengua. El conocimiento cabal de este conjunto de novelas y cuentos curiosamente vario, intenso y cautivante, habrá de enriquecer y ahondar la comprensión de una de las personalidades literarias de calidad más sólida y de mayor dimensión humana que ha producido nuestra América.

COPYRIGHT : FRANCISCO MONCLOA EDITORES S. A. y
Georgette de Vallejo, Apurímac 337,
Lima, Perú. Será perseguido de acuerdo
a ley quien reproduzca total o parcial-
mente cualquiera de las obras que con-
tiene este volumen.

PRIMERA EDICIÓN : PRIMER A TERCER MILLAR.

César Vallejo

Novelas y Cuentos

COMPLETOS



FRANCISCO MONCLOA EDITORES S. A.

LIMA, 1967

JUAN MEJIA BACA
Biblioteca

índice

ESCALAS 9

Cuneiformes: Muro noroeste, 11 * Muro antártico, 14 * Muro este, 17 * Muro dobleancho, 19 * Alféizar, 21 * Muro occidental, 23 **Coro de vientos:** Más allá de la vida y la muerte, 25 * Liberación, 33 * El unigénito, 45 * Los caynas, 51 * Mirtho, 61 * Cera, 68.

FABLA SALVAJE 83

SABIDURIA 119

HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS 129

I El otro imperialismo, 131 * II El adivino, 134 * III La paz de Túpac Yupanqui, 141 * IV Un accidente de trabajo, 146 * V Bizancio, longitud occidental, 149 * VI En la Intipampa, 154 * VII La cólera divina, 156 * VIII La guerra vertical, 161 * Nota, 166

EL TUNGSTENO 167

PACO YUNQUE 283

INEDITOS : El niño del carrizo, 307 * Viaje alrededor del porvenir, 311 * Los dos soras, 317 * El vencedor, 321

NOTICIA

En 1923, Vallejo publicó en Lima dos volúmenes de narración: *ESCALAS melografías por César Vallejo* (Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 135 págs.) y *FABLA SALVAJE*, que apareció en la colección "La Novela Peruana" (Año I, No. 9, 49 págs.). Años después publicó *EL TUNGSTENO* (Madrid, 1931, Editorial Cenit, colección "La novela proletaria", 206 págs.). Inmediatamente después de esta obra escribió —según informaciones de Georgette de Vallejo— *Paco Yunque*, cuento que vio la luz póstumamente, en la revista "Apuntes del Hombre" (Año 1, No. 1, Lima, julio de 1951). Anterior a estas dos creaciones parece haber sido la concepción de *Hacia el reino de los Sciris*, que apareció incompleta, también después de la muerte del autor, en la revista "Nuestro Tiempo" (Nos. 1, 2 y 3, enero, marzo y mayo respectivamente, Lima, 1944). Los originales de esta obra llevan, en su hoja inicial, la siguiente data: "París, 1924-1928". Georgette de Vallejo dice haber visto corregir esos originales en los años 1932 y 1933; la nota que se transcribe en este libro, al final del texto correspondiente, deja ver que el autor no los daba por definitivos. *Sabiduría*, se publicó en "Amauta" (No. 8, Lima, 1927, págs. 17-18) como "capítulo de una novela inédita" de la que nada se sabe. Los cuatro cuentos que figuran al final de este volumen fueron escritos entre los años 1935 y 1936, fecha establecida también por G. de V. Estando en prensa esta dicción uno de ellos, *Los dos soras*, se dio a conocer en "Amaru" (No. 1, enero de 1967, Lima); los otros se publican por primera vez.

escalas

muro noroeste

Penumbra.

El único compañero de celda que me queda ya ahora, se sienta a yantar, ante el hueco de la ventana lateral de nuestro calabozo, donde, lo mismo que en la ventanilla enrejada que hay en la mitad superior de la puerta de entrada, se refugia y florece la angustia anaranjada de la tarde.

Me vuelvo hacia él:

—¿Ya?

—Ya. Está usted servido— me responde sonriente.

Al mirarle el perfil de toro destacado sobre la plegada hoja lacre de la ventana abierta, tropiezo la mirada con una araña casi aérea, como trabajada en humazo, que emerge en absoluta inmovilidad en la madera, a medio metro de altura del testuz del hombre. El poniente lanza un largo destello bayo sobre la tranquila tejedora, como enfocándola. Ella ha tenido, sin duda, el tibio aliento solar; estira algunas de sus extremidades con dormida perezosa lentitud y, luego, rompe a caminar a intermitentes pasos hacia abajo, hasta detenerse al nivel de la barba del individuo, de modo tal, que, mientras éste mastica, parece que se traga a la bestezuela.

Por fin termina el yantar y, al propio tiempo, el animal flanquea corriendo hacia los goznes del mismo brazo de puerta, en el preciso momento en que ésta es entor-

nada de golpe por el preso. Algo ha ocurrido. Me acerco, vuelvo a abrir la puerta, examino en todo el largo de las bisagras y doyme con el cuerpo de la pobre vagabunda, trizado y convertido en dispersos filamentos.

—Ha matado usted una araña— dígole con aparente entusiasmo al hechor.

—¿Sí? —me pregunta con indiferencia—. Está muy bien; hay aquí un jardín zoológico terrible.

Y se pone a pasear, como si nada, a lo largo de la celda, extrayéndose de entre los dientes, residuos de comida que escupe en abundancia.

¡La justicia! Vuelve esta idea a mi mente.

—Yo sé que este hombre acaba de victimar a un ser anónimo, pero existente, real. Es el caso del otro, que, sin darse cuenta, puso al inocente camarada de presa del filo homicida. ¿No merecen, pues, ambos ser juzgados por estos hechos? ¿O no es del humano espíritu semejante resorte de justicia? ¿Cuándo es entonces el hombre juez del hombre?

El hombre que ignora a qué temperatura, con qué suficiencia acaba un algo y empieza otro algo; que ignora desde qué matiz el blanco ya es blanco y hasta dónde; que no sabe ni sabrá jamás qué hora empezamos a vivir, qué hora empezamos a morir, cuándo lloramos, cuándo reímos, dónde el sonido limita con la forma en los labios que dicen: yo... no alcanzará, no puede alcanzar a saber hasta qué grado de verdad un hecho calificado de criminal es criminal. El hombre que ignora a qué hora el 1 acaba de ser 1 y empieza a ser 2, que hasta dentro de la exactitud matemática carece de la inconquistable plenitud de la sabiduría ¿cómo podrá nunca alcanzar a fijar el sustantivo momento delincuente de un hecho, a través de una urdimbre de motivos de destino, dentro del gran engranaje de fuerzas que mueven a seres y cosas enfrente de cosas y seres?

La justicia no es función humana. No puede serlo. La justicia opera tácitamente, más adentro de todos los adentros, de los tribunales y de las prisiones. La justicia ¡oídllo bien, hombres de todas las latitudes! se ejerce en subterránea armonía, al otro lado de los sentidos, de los columpios cerebrales y de los mercados. ¡Aguzad mejor el corazón! La justicia pasa por debajo de toda superficie y detrás de todas las espaldas. Prestad más sutiles oídos a su fatal redoble, y percibiréis un platillo vigoroso y único que, a poderío de amor, se plasma en dos; su platillo vago e incierto, como es incierto y vago el paso del delito mismo o de lo que se llama delito por los hombres.

La justicia sólo así es infalible; cuando no ve a través de los tintóreos espejuelos de los jueces; cuando no está escrita en los códigos; cuando no ha menester de cárceles ni guardias.

La justicia, pues, no se ejerce, no puede ejercerse por los hombres, ni a los ojos de los hombres.

Nadie es delincuente nunca. O todos somos delincuentes siempre.

muro antártico

El deseo nos imanta.

Ella, a mi lado, en la alcoba, carga el circuito misterioso de mil en mil voltios por segundo. Hay una gota imponderable que corre y se encrespa y arde en todos mis vasos, pugnando por salir; que no está en ninguna parte y vibra, canta, llora y muge en mis cinco sentidos y en mi corazón; y que, por fin, afluye, como corriente eléctrica a las puntas...

De pronto me incorporo, salto sobre la mujer tumbada, que me franquea dulcemente su calurosa acogida, y luego... una gota tibia que resbala por mi carne, me separa de mi hermana que se queda en el ambiente del sueño del cual despierto sobresaltado.

Sofocado, confundido, toriondas las sienes, agudamente el corazón me duele.

Dos... Tres... ¡Cuaaaaaatroooooo!... Sólo las irritadas voces de los centinelas llegan hasta la tumbal oscuridad del calabozo. Poco después, el reloj de la catedral da las dos de la madrugada.

¿Por qué con mi hermana? ¿Por qué con ella, que a esta hora estará seguramente durmiendo en apacible e inocente sosiego? ¿Por qué, pues, precisamente con ella?

Me revuelvo en el lecho. Rebullen en la sombra perspectivas extrañas, borrosos fantasmas; oigo que empieza a llover.

¿Por qué con mi hermana? Creo que tengo fiebre. Sufro.

Ahora oigo mi propia respiración que choca, sube y baja rasguñando la almohada. ¿Es mi respiración? Un

aliento cartilaginoso de invisible moribundo parece mezclarse a mi aliento, descolgándose acaso de un sistema pulmonar de Soles y trasegándose luego sudoroso en las primeras porosidades de la tierra... ¿Y aquel anciano que de súbito deja de clamar? ¿Qué va a hacer? ¡Ah! Dirígete hacia un franciscano joven que se yergue, hinchadas las rodillas imperiales en el fondo de un crepúsculo, como a los pies de ruinoso altar mayor; va a él, y arranca con airado ademán el manto de amplio corte cardenalicio que vestía el sacerdote... Vuelvo la cara. ¡Ah inmenso palpitante cono de sombra, en cuyo lejano vértice nebuloso resplandece, último lindero, una mujer desnuda en carne viva!...

¡Oh mujer! Deja que nos amemos a toda totalidad. Deja que nos abracemos en todos los crisoles. Deja que nos lavemos en todas las tempestades. Deja que nos unamos en alma y cuerpo. Deja que nos amemos absolutamente, a toda muerte.

¡Oh carne de mis carnes y hueso de mis huesos! ¿Te acuerdas de aquellos deseos en botón, de aquellas ansias vendadas de nuestros ocho años? Acuérdate de aquella mañana vernal, de sol y salvaje de sierra, cuando, habiendo jugado tanto la noche anterior, y quedándonos dormidos los dos en un mismo lecho, despertamos abrazados, y, luego de advertirnos a solas, nos dimos un beso desnudo en todo el cogollo de nuestros labios vírgenes; acuérdate que allí nuestras carnes atrajéronse, restregándose duramente y a ciegas; y acuérdate también que ambos seguimos después siendo buenos y puros con pureza intangible de animales...

Uno mismo el cabo de nuestra partida; uno mismo el ecuador albino de nuestra travesía, tú adelante, yo más tarde. Ambos nos hemos querido ¿no recuerdas? cuando aun el minuto no se había hecho vida para nosotros; ambos luego en el mundo hemos venido a reconocernos como dos amantes después de oscura ausencia.

¡Oh Soberana! Lava tus pupilas verdaderas del polvo de los recodos del camino que las cubre y, cegándolas, tergiversa tus sesgos sustanciales. ¡Y sube arriba, más arriba, todavía! ¡Sé toda la mujer, toda la cuerda! ¡Oh carne de mi carne y hueso de mis huesos!... ¡Oh hermana mía, esposa mía, madre mía!...

Y me suelto a llorar hasta el alba.

—Buenos días, señor alcaide...

muro este

Esperaos. No atino ahora cómo empezar. Esperaos. Ya.

Apuntad aquí, donde apoyo la yema del dedo más largo de mi zurda. No retrocedáis, no tengáis miedo. Apuntad no más ¡Ya!

Brrrum...

Muy bien. Se baña ahora el proyectil en las aguas de las cuatro bombas que acaban de estallar dentro de mi pecho. El rebufo me quema. De pronto la sed aciagamente ensahara mi garganta y me devora las entrañas...

Mas he aquí que tres sonidos solos, bombardean a plena soberanía, los dos puertos con muelles de tres huesecillos que están siempre en un pelo ¡ay! de naufragar. Percibo esos sonidos trágicos y treses, bien distintamente, casi uno por uno.

El primero viene desde una rota y errante hebra del vello que decrece en la lengua de la noche.

El segundo sonido es un botón; está siempre revelándose, siempre en anunciación. Es un heraldo. Circula constantemente por una suave cadera de oboe, como de la mano de una cáscara de huevo. Tal siempre está asomado, y no puede trasponer el último viento nunca. Pues él está empezando en todo tiempo. Es un sonido de entera humanidad.

Y el último. El último vigila a toda precisión, altopado al remate de todos los vasos comunicantes. En este último golpe de armonía la sed desaparece, (ciérrase una de las ventanillas del acecho), cambia de valor en la sensación, es lo que no era, hasta alcanzar la llave contraria.

Y el proyectil que en la sangre de mi corazón destrozado

cantaba
y hacía palmas,

en vano ha forcejeado por darme la muerte.

—¿Y bien?

—Con ésta son dos veces que firmo, señor escribano.
¿Es por duplicado?

muro dobleancho

Uno de mis compañeros de celda, en esta noche calurosa, me cuenta la leyenda de su causa. Termina la abstrusa narración, se tiende sobre su sórdida tarima y tararea un yaraví.

Yo poseo ya la verdad de su conducta.

Este hombre es delincuente. A través de su máscara de inocencia, el criminal hase denunciado. Durante su jerigonza, mi alma le ha seguido, paso a paso, en la maniobra prohibida. Hemos entrambos festinado días y noches de holgazanería, enjaezada de arrogantes alcoholes, dentaduras carcajeantes, cordajes dolientes de guitarra, navajas en guardia, crápulas hasta el sudor y el hastío. Hemos disputado con la inerme compañera que llora para que ya no beba el marido y para que trabaje y gane los centavos para los pequeños, que para ella Dios verá... Y luego, con las entrañas resacas y ávidas de alcohol, dimos cada madrugada el salto brutal a la calle, cerrando la puerta sobre los belfos mismos de la prole gembunda.

Yo he sufrido con él también los fugaces llamados a la dignidad y la regeneración; he confrontado las dos caras de la medalla, he dudado y hasta he sentido crujir el talón que insinuaba la media vuelta. Alguna mañana tuvo pena el tabernario, pensó en ser formal y honrado, salió a buscar trabajo, luego tropezó con el amigo y de nuevo la bilis fue cortada. Al fin la necesidad le hizo robar. Y ahora, por lo que arroja ya su instrucción penal, no tardará la condena.

Este hombre es ladrón.

Pero es también asesino.

Una de aquellas noches de más crepitante embriaguez, ambuló a solas por cruentas encrucijadas del arrabal, y he aquí que sáele al paso, de modo casual, un viejo camarada obrero que a la sazón torna honestamente de su labor, rumbo al descanso del hogar. Le toma por el brazo, le invita, le obliga a compartir de su aventura, a lo que el probo accede a su pesar.

Vadeando hasta diez codos de tierra, de madrugada vuelven a lo largo de negros callejones. El varón sin tacha le arresta al bebedor diptongos de alerta; le endereza por la cintura, le equilibra, le increpa sus heces vergonzante:

—¡Anda! Esto te gusta. Tú ya no tienes remedio.

Y de súbito estalla flamígera sentencia que emerge de la sombra:

—¡Aguántate!...

Un asalto de anónimos cuchillos. Y errado el blanco del ataque, no va la hoja a rajar la carne de borracho, y al buen trabajador le toca por equívoco la puñalada mortal.

Este hombre es, pues, también un asesino. Pero los Tribunales, naturalmente, no sospechan, ni sospecharán jamás esta tercera mano del ladrón.

En tanto, él sigue ahora de pechos sobre su mosqueada tarima, tarareando su triste yaraví.

alféizar

Estoy cárdeno. Mientras me peino, al espejo advierto que mis ojeras se han amoratado aún más, y que sobre los angulosos cobres de mi rostro rasurado se ictericia la tez acerbadamente.

Estoy viejo. Me paso la toalla por la frente, y un rayado horizontal en resaltos de menudos pliegues, acentúase en ella, como pauta de una música fúnebre, implacable... Estoy muerto.

Mi compañero de celda hasé levantado temprano y está preparando el té cargado que solemos tomar cada mañana, con el pan duro de un nuevo sol sin esperanza.

Nos sentamos después a la desnuda mesita, donde el desayuno humea melancólico, dentro de dos porcelanas sin plato. Y estas tazas a pie, blanquísimas ellas y tan limpias, este pan aún tibio sobre el breve y arrollado mantel de damasco, todo este aroma matinal y doméstico, me recuerda mi paterna casa, mi niñez santiaguina, aquellos desayunos de ocho y diez hermanos de mayor a menor, como los carrizos de una antara, entre ellos yo, el último de todos, parado junto a la mesa del comedor, engomado y chorreando el cabello que acababa de peinar a la fuerza una de las hermanitas; en la izquierda mano un bizcocho entero ¡había de ser entero! y con la derecha de rosadas falangitas, hurtando a escondidas el azúcar de granito en granito...

¡Ay!, el pequeño que así tomaba el azúcar a la buena madre, quien, luego de sorprenderle, se ponía a acariciarle, alisándole los repulgados golfos frontales:

—Pobrecito mi hijo. Algún día acaso no tendrá a quién hurtarle azúcar, cuando él sea grande, y haya muerto su madre.

Y acababa el primer yantar del día, con dos ardientes lágrimas de madre, que empapaban mis trenzas nazarinas.

muro occidental

Aquella barba al nivel de la tercera moldura de plomo.

coro de vientos

más allá de la vida y la muerte

Jarales estadizos de julio; viento amarrado a cada pe-
ciolo manco del mucho grano que en él gravita. Lujuria
muerta sobre lomas onfalóideas de la sierra estival. Es-
pera. No ha de ser. Otra vez cantemos. ¡Oh qué dulce
sueño!

Por allí mi caballo avanzaba. A los once años de au-
sencia, acercábame por fin aquel día a Santiago, mi al-
dea natal. El pobre irracional avanzaba, y yo, desde lo
más entero de mi ser hasta mis dedos trabajados, pasan-
do quizá por las mismas riendas asidas, por las orejas
atentas del cuadrúpedo y volviendo por el golpeteo de los
cascos que fingían danzar en el mismo sitio, en misterio-
so escarceo tanteador de la ruta y lo desconocido, llo-
ra-
ba por mi madre que muerta dos años antes, ya no ha-
bría de aguardar ahora el retorno del hijo descarriado y
andariego. La comarca toda, el tiempo bueno, el color de
cosechas de la tarde limón, y también alguna masada que
por aquí reconocía mi alma, todo comenzaba a agitarme
en nostálgicos éxtasis filiales, y casi podían ajárseme los
labios para hozar el pezón eviterno, siempre lácteo de la
madre; sí, siempre lácteo, hasta más allá de la muerte.

Con ella había pasado seguramente por allí de niño.
Sí. En efecto. Pero no. No fue conmigo que ella viajó
por esos campos. Yo era entonces muy pequeño. Fue con
mi padre, ¡cuántos años haría de ello! Ufff... También

fue en julio, cerca de la fiesta de Santiago. Padre y madre iban en sus cabalgaduras; él adelante. El camino real. De repente mi padre que acababa de esquivar un choque con repentino maguey de un meandro:

—Señora... ¡Cuidado!...

Y mi pobre madre ya no tuvo tiempo, y fue lanzada ¡ay! del arzón a las piedras del sendero. Tornáronla en camilla al pueblo. Yo lloraba mucho por mi madre, y no me decían qué la había pasado. Sanó. La noche del alba de la fiesta, ella estaba ya alegre y reía. No estaba ya en cama, y todo era muy bonito. Yo tampoco lloraba ya por mi madre.

Pero ahora lloraba más recordándola así, enferma, postrada, cuando me quería más y me hacía más cariño y también me daba más bizcochos de bajo de sus almohadones y del cajón del velador. Ahora lloraba más, acercándome a Santiago, donde ya sólo la hallaría muerta, sepulta bajo las mostazas maduras y rumorosas de un pobre cementerio.

Mi madre había fallecido hacía dos años a la sazón. La primera noticia de su muerte recibí en Lima, donde supe también que papá y mis hermanos habían emprendido viaje a una hacienda lejana de propiedad de un tío nuestro, a efecto de atenuar en lo posible el dolor por tan horrible pérdida. El fundo se hallaba en remotísima región de la montaña, al otro lado del río Marañón. De Santiago pasaría yo hacía allá, devorando inacabables senderos de escarpadas punas y de selvas ardientes y desconocidas.

Mi animal resopló de pronto. Caballo molido vino en abundancia sobre ligero vientecillo, cegándome casi. Una parva de cebada. Y después perspectivóse Santiago, en su escabrosa meseta, con sus tejados retintos al sol ya horizontal. Y todavía, hacia el lado de oriente, sobre la linde de un promontorio amarillo brasil, se veía el panteón retallado a esa hora por la sexta tintura postmeridiana; y

yo ya no podía más, y atroz congoja arrecióme sin consuelo.

A la aldea llegué con la noche. Doblé la última esquina, y , al entrar a la calle en que estaba mi casa, alcancé a ver a una persona sentada a solas en el poyo de la puerta. Estaba sola. Muy sola. Tanto, que, ahogando el duelo místico de mi alma, me dio miedo. También sería la paz casi inerte con que, engomada por la media fuerza de la penumbra, adosábase su silueta al encalado paramento del muro. Particular revuelo de nervios secó mis lagrimales. Avancé. Salió del poyo mi hermano mayor, Angel, y recibíome desvalido entre sus brazos. Pocos días hacía que había venido de la hacienda por causa de negocios.

Aquella noche, luego de una mesa frugal, hicimos vela hasta el alba. Visité las habitaciones, corredores y cuardras de la casa; y Angel, aún cuando hacía visibles esfuerzos para desviar este afán mío por recorrer el amado y viejo caserón, parecía también gustar de semejante suplicio de quien va por los dominios alucinantes del pasado más mero de la vida.

Por sus pocos días de tránsito en Santiago, Angel habitaba ahora solo en casa, donde, según él, todo yacía tal como quedara a la muerte de mamá. Referíame también cómo fueron los días de salud que precedieron a la mortal dolencia, y cómo su agonía. ¡Cuántas veces entonces el abrazo fraterno escarbó nuestras entrañas y removió nuevas gotas de ternura congelada y de lloro!

—¡Ah, esta despesa, donde le pedía pan a mamá, lloqueando de engaños!— Y abrí una pequeña puerta de sencillos paneles desvencijados.

Como en todas las rústicas construcciones de la sierra peruana, en las que a cada puerta únese casi siempre un poyo, cabe el umbral de la que acababa yo de franquear, hallábase recostado uno, el mismo inmemorial de mi niñez, sin duda, relleno y enlucido incontables veces.

Abierta la humilde portezuela, en él nos sentamos, y allí también pusimos la linterna ojitraste que portábamos. La lumbre de ésta fue a golpear de lleno el rostro de Angel, que extenuábase de momento en momento, conforme transcurría la noche y reverdecíamos más la herida, hasta parecerme a veces casi transparente. Al advertirle así en tal instante, le acaricié y colmé de ósculos sus barbas y severas mejillas que volvieron a empaparse de lágrimas.

Una centella, de esas que vienen de lejos, ya sin trueno, en época de verano en la sierra, le vació las entrañas a la noche. Volví restregándome los párpados a Angel. Y ni él ni la linterna, ni el poyo, ni nada estaba allí. Tampoco oí ya nada. Sentíme como ausente de todos los sentidos y reducido tan sólo a pensamiento. Sentíme como en una tumba...

Después volví a ver a mi hermano, la linterna, el poyo. Pero creía notarle ahora a Angel el semblante como refrescado, apacible y —quizás me equivocaba— diríase restablecido de su aflicción y flaqueza anteriores. Tal vez, repito, esto era error de visión de mi parte, ya que tal cambio no se puede ni siquiera concebir.

—Me parece verla todavía —continué sollozando— no sabiendo la pobrecita qué hacer para la dádiva y arguyéndome:— Ya te cogí, mentiroso; quieres decir que lloras cuando estás riendo a escondidas. ¡Y me besaba a mí más que a todos ustedes, como que yo era el último también!

Al término de la velada de dolor, Angel parecióme de nuevo muy quebrantado, y, como antes de la centella, asombrosamente descarnado. Sin duda, pues, había yo sufrido una desviación en la vista, motivada por el golpe de luz del meteoro, al encontrar antes en su fisonomía un alivio y una lozanía que, naturalmente, no podía haber ocurrido.

Aún no asomaba la aurora del día siguiente, cuando monté y partí para la hacienda, despidiéndome de Angel

que quedaba todavía unos días más, por los asuntos que habían motivado su arribo a Santiago.

Finada la primera jornada del camino, acontecióme algo inaudito. En la posada hallábame reclinado en un poyo descansando, y he aquí que una anciana del bohío, de pronto mirándome asustada preguntóme lastimera:

—¿Qué le ha pasado señor, en la cara? ¡Parece que la tiene usted ensangrentada, Dios mío!...

Salté del asiento. Y al espejo advertíme en efecto el rostro encharcado de pequeñas manchas de sangre reseca. Tuve un fuerte calofrío, y quise correr de mí mismo. ¿Sangre? ¿De dónde? Yo había juntado el rostro al de Angel que lloraba... Pero... No. No. ¿De dónde era esa sangre? Comprenderase el terror y el alarma que anudaron en mi pecho mil presentimientos. Nada es comparable con aquella sacudida de mi corazón. No habrán palabras tampoco para expresarla ahora ni nunca. Y hoy mismo, en el cuarto solitario donde escribo está la sangre añeja aquella y mi cara en ella untada y la vieja del tambor y la jornada y mi hermano que llora y a quien no beso y mi madre muerta y...

...Al trazar las líneas anteriores he huído disparado a mi balcón, jadeante y sudando frío. Tal es de espantoso y apabullante el recuerdo de esa escarlata misteriosa...

¡Oh noche de pesadilla en esa inolvidable choza, en que la imagen de mi madre muerta alternó, entre forcejeos de extraños hilos, sin punta, que se rompían luego de sólo ser vistos, con la de Angel, que lloraba rubíes vivos, por siempre jamás!

Seguí ruta. Y por fin, tras de una semana de trote por la cordillera y por tierras calientes de montaña, luego de atravesar el Marañón, una mañana entré en parajes de la hacienda. El nublado espacio reverberaba a saltos con lontanos truenos y solanas fugaces.

Desmonté junto al bramadero del portón de la casa que da al camino. Algunos perros ladraron en la calma

apacible y triste de la fuliginosa montaña. ¡Después de cuánto tiempo tornaba yo ahora a esa mansión solitaria, enclavada en las quiebras más profundas de las selvas!

Una voz que llamaba y contenía desde adentro a los mastines, entre el alerta gárrulo de las aves domésticas alborotadas, pareció ser olfateada extrañamente por el fatigado y tembloroso solípedo que estornudó repetidas veces, enristró casi horizontalmente las orejas hacia adelante, y, encabritándose, probó a quitarme los frenos de la mano en son de escape. La enorme portada estaba cerrada. Diríase que toquéla de manera casi maquina. Luego aquella misma voz siguió vibrando muros adentro; y llegó instante en que, al desplegarse, con medroso restallido, las gigantescas hojas del portón, ese timbre bucal vino a pararse en mis propios veintiseis años totales y me dejó de punta a la Eternidad. Las puertas hiciéronse a ambos lados.

¡Meditad brevemente sobre este suceso increíble, rompedor de las leyes de la vida y la muerte, superador de toda posibilidad; palabra de esperanza y de fe entre el absurdo y el infinito, innegable desconexión de lugar y de tiempo; nebulosa que hace llorar de inarmónicas armonías incognoscibles!

¡Mi madre apareció a recibirme!

—¡Hijo mío! —exclamó estupefacta—. ¿Tú vivo? ¿Has resucitado? ¿Qué es lo que veo, Señor de los Cielos?

¡Mi madre! Mi madre en alma y cuerpo. ¡Viva! Y con tanta vida, que hoy pienso que sentí ante su presencia entonces, asomar por las ventanillas de mi nariz, de súbito, dos desolados granizos de decrepitud que luego fueron a caer y pesar en mi corazón hasta curvarme senilmente, como si, a fuerza de un fantástico trueque de destino, acabase mi madre de nacer y yo viniese, en cambio desde tiempos tan viejos, que me daban una emoción paternal respecto de ella.

Sí. Mi madre estaba allí. Vestida de negro unánime. Viva. Ya no muerta. ¿Era posible? No. No era posible. De ninguna manera. No era mi madre esa señora. No podía serlo. Y luego ¿qué había dicho al verme? ¿Me creía, pues, muerto?

—¡Hijo de mi alma!— rompió a llorar mi madre y corrió a estrecharme contra su seno, con ese frenesí y ese llanto de dicha con que siempre me amparó en todas mis llegadas y mis despedidas.

Yo habíame puesto como piedra. La ví echarme sus brazos adorados al cuello, besarme ávidamente y como queriendo devorarme y sollozar sus mimos y sus caricias que ya nunca volverán a llover en mis entrañas. Tomóme luego bruscamente el impassible rostro a dos manos, miróme así, cara a cara, acabándome a preguntas. Yo, después de algunos segundos, me puse también a llorar, pero sin cambiar de expresión ni de actitud: mis lágrimas parecían agua pura que vertían dos pupilas de estatua.

Por fin enfoqué todas las dispersadas luces de mi espíritu. Retiréme algunos pasos atrás. E hice entonces comparecer ¡oh Dios mío! a esa maternidad a la que no quería recibir mi corazón y la desconocía y le tenía miedo; la hice comparecer ante no sé qué cuando sacratísimo, desconocido para mí hasta ese momento, y la dí un grito mudo y de dos filos en toda su presencia, con el mismo compás del martillo que se acerca y aleja del yunque, con que lanza el hijo su primer quejido, al ser arrancado del vientre de la madre, y con el que parece indicarla que ahí va vivo por el mundo y darla al mismo tiempo, una guía y una señal para reconocerse entrambos por los siglos de los siglos. Y gemí fuera de mí mismo:

—¡Nunca! ¡Nunca! Mi madre murió hace tiempo. No puede ser...

Ella incorporóse espantada ante mis palabras y como dudando de si yo era yo. Volvió a estrecharme entre sus

brazos, y ambos seguimos llorando llanto que jamás lloró mi lloraré ser vivo alguno.

—Sí— la repetía—. Mi madre murió ya. Mi hermano Angel también lo sabe.

Y aquí las manchas de sangre que advirtiera en mi rostro, pasaron por mi mente como signos de otro mundo.

—¡Pero, hijo de mi corazón! —susurraba casi sin fuerzas ella—. ¿Tú eres mi hijo muerto y al que yo misma ví en su ataúd? Sí. ¡Eres tú, tú mismo! ¡Creo en Dios! ¡Ven a mis brazos! Pero ¿qué?... ¿No ves que soy tu madre? ¡Mírame! ¡Mírame! ¡Pálpame, hijo mío! ¿Acaso no lo crees?

Contempléla otra vez. Palpé su adorable cabecita encanecida. Y nada. Yo no creía nada.

—Sí, te veo —respondí—, te palpo. Pero no creo. No puede suceder tanto imposible.

¡Y me reí con todas mis fuerzas!

liberación

Ayer estuve en los talleres tipográficos del Panóptico, a corregir unas pruebas de imprenta.

El jefe de ellos es un penitenciado, un bueno, como lo son todos los delincuentes del mundo. Joven, inteligente, muy cortés; Solís, que así se llama el preso, pronto ha hecho grandes inteligencias conmigo, y hame referido su caso, hame expuesto sus quejas, su dolor.

—De los quinientos presos que hay aquí —afirma—, apenas alcanzarán a una tercera parte quienes merezcan ser penados de esta manera. Los demás no; los demás son quizás tan o más morales que los propios jueces que los condenaron.

Arcenan sus ojos el ribete de no sé qué platillo invisible, y de amargura. ¡La eterna injusticia!

Viene hacia mí uno de los obreros. Alto, fornido, acércase como alborozado y me dice:

—Señor, buenas tardes. Cómo está usted—. Y me tiende la mano con viva efusión.

No le reconozco. Le pregunto por su nombre.

—¿No recuerda usted? Soy Lozano. Usted estuvo en la cárcel de Trujillo cuando yo también estuve en ella. Supe que lo absolvió el Tribunal y tuve mucho gusto.

En efecto. Ya le recuerdo. Pobre hombre. Fue condenado a nueve años de penitenciaría, por ser uno de los coautores de un homicidio.

Cuando se aleja de nosotros el atento, Solís me inquiere sorprendido:

—¡Cómo! ¿También usted las había sufrido?

—También —le respondo—; también, amigo mío.

Y le refiero, a mi vez, las circunstancias de mi prisión en Trujillo, procesado por incendio frustrado, robo y asonada...

El sonrío y de nuevo me pregunta:

—Si usted ha estado en Trujillo, debe de haber conocido a Jesús Palomino, oriundo de aquel departamento, que purgó aquí doce años de prisión.

Hago memoria.

—Ahí tiene usted —añade— Aquel hombre era una víctima inocente de la mala organización de la justicia.

Calla breves instantes y, después de mirarme a la cara con mirada escrutadora, prorrumpe resueltamente:

—Voy a contarle a la ligera lo que a Palomino le sucedió aquí.

La tarde está gris y llueve. Las maquinarias y linotipos cuelgan penosos traquidos metálicos en el aire oscuro y arrecido.

Vuelvo los ojos y distingo a lo lejos la cara regordeta de un preso que sonrío bonachonamente entre los aceros negros en movimiento. Es mi peón. El que está compaginando mi obra. Sonríe este desgraciado a toda hora. Diríase que ha perdido el sentimiento verdadero de su infortunio, o que se ha vuelto idiota.

Solís tose, y, con acento trabajoso, empieza su relato:

—Palomino era un hombre bueno. Sucedió que se vio estafado en forma cínica e insultante por un avezado a tales latrocinios, a quien, por ser de la alta sociedad, nunca le castigaron los tribunales. Viéndose, de este modo, a la miseria, y a raíz de un violento altercado entre ambos, sobrevino lo inesperado: un disparo, el muerto, el Panóptico. Luego de recluso aquí, el pobre tuvo que sobrellevar tenebrosa pesadilla. Eso era horroroso. ¡Hasta los mismos que le veíamos, hubimos de sufrir su contagio infernal! ¡Qué atrocidad! Más valiera la muerte. Sí, señor. ¡Más valiera la muerte!...

El tranquilo narrador quiere llorar. Se nota que revive nítidamente el pasado, pues se le humedecen los ojos,

y tienen que callar un instante para no demostrar en la voz que está sollozando en el alma.

—Cuando me acuerdo —agrega— no sé cómo pudo Palomino resistir tanto. Porque aquello era un tormento indescriptible. No sé por qué conducto fue noticiado de que se le tramaba un envenenamiento dentro de la prisión, desde mucho tiempo antes de ser alojado en ella. La familia del hombre que él mató, le perseguía de esta manera hasta más allá de su desgracia. No se contentaba con verle condenado a quince años de penitenciaría y arrastrar a su familia a una ruina clamorosa: llevaba su sed de venganza aun más abajo. Y ahora se embrenaba en recova por tras de los quicios de los sótanos y entre espora y espora de los líquenes que crecen entre los dedos carceleros, tanteando el resorte más secreto de la prisión; ahora se movía aquí, con más libertad que antes a la luz del sol para la injusta sentencia, e hincaba las pestañas de infame emboscada en la atmósfera que había de venir a respirar el condenado. Noticiado éste de ello, sufrió, como usted comprenderá, terrible sorpresa; lo supo, y nada pudo desde entonces ya desvanecérselo. Un hombre de bien, como él, temía una muerte así, no por él, claro, sino por ella y por ellos, la inocente prole atravesada de estigma y orfandad. De allí la zozobra de minuto en minuto y el sobresalto a cada trance de su vida cotidiana. Diez años había pasado así, cuando le ví por primera vez. Despertaba en el ánimo ese atormentado, no ya lástima y compasión, sino un religioso y casi beatífico transporte inexplicable. No daba piedad. Llenaba el corazón de algo quizás más suave y tranquilo y dulce casi. Mirándole, yo no sentía impulsos de deschapar sus hierros, ni de encorecer sus llagas que crecían verdinegras en el fondo de todos sus fondos. Yo no habría hecho nada de esto. Mirando tamaño suplicio, tan sobrehumana actitud de pavor, siempre quise dejarle así, marchar paso a paso, a sobresaltos, a pausas, filo a filo, hacia la encrucijada fatal, ha-

cía la jurada muerte, tanto tiempo ha revelada. No movía Palomino por entonces a socorro. Sólo llenaba el corazón de algo quizás más vago e ideal, más sereno y casi dulce; y era grato, de un agrado misericordioso, dejarle subir su cuesta, dejarle cruzar los pasillos y galerías en penumbra, y entrar y salir por las celdas frías, en su horrendo juego de inestables trapecios, de vuelos de agonía, al acaso, sin punto fijo donde ir a parar. Con su barba roja a vellones y su verdes ojos de alga polar, el uniforme estropeado, asustadizo, azorado, parecía atisbarlo todo siempre. Un obstinado gesto de desconfianza resbalaba por sus labios de justo pavorido, por sus cabellos bermejos, por sus sainados pantalones y aun por sus dedos desvalidos, que buscaban en toda la extensión de su capilla de condenado, sin poderlo hallar nunca, un lugar seguro en qué apoyarse. ¡Cuántas veces le ví quizás al borde de la muerte! Un día fue aquí, en la imprenta, durante el trabajo. Callado, meditabundo, taciturno, Palomino hallábase limpiando unas fajas de jebe negro, en un ángulo del taller, y, de cuando en cuando, echaba una mirada recelosa en torno suyo, haciendo girar furtivamente los globos de sus ojos, con el aire visionario de los de un ave nocturna que entreviese fatídicos fantasmas. De repente tuvo un brusco movimiento. Uno de los compañeros de labor, en quien yo había sorprendido repetidas ocasiones marcados gestos y extrañas palabras de sutil aversión, tal vez inmotivada, hacia Palomino, mirábale de hito en hito, desde el lado opuesto de la estancia. Tal conducta, cuya intención no podía, desde luego, serle grata a mi amigo, por los antecedentes que dejo ya anotados, le hizo experimentar un brusco movimiento de desasosiego y agudo escozor destempló todos sus nervios. El gratuito odiador, a su vez, advirtiéndose sorprendido, y, perdida la serenidad, con torpeza y turbación asaz significativas, vertió de un pequeño frasco de vidrio, algunas gotas; el color y la densidad de éstas fueron envueltas y veladas casi completamente por

una alígera voluta de humo que en tal instante venía del lado de los motores. No sé decir dónde fueron a caer esas largas misteriosas lágrimas; pero quien las había vertido siguió agitándose entre los objetos de su trabajo, cada vez con más visible turbación, hasta el punto de no tener posiblemente conciencia de lo que hacía. Palomino le observaba estático, sobrecogido de presentimiento, con las pupilas fijas, pendientes de aquella maniobra que inspirábale intensa expectación y angustiosa zozobra. Luego las manos del trabajador fueron a ensamblar un lingote de plomo entre otras barras dispuestas en la mesa de labor. Entonces Palomino cesa de aguaitarle, y, atónito, abstraído, bajos los ojos, superpone círculos con la fantasía herida de sospecha, desembroca afinidades, vuelve a sorprender nudos, a enjaezar intenciones fatales y rematar siniestras escaleras.... Otro día ingresó de la calle una desconocida visita, la cual acercóse al linotipista y le habló largo rato; no se percibían sus palabras entre el ruido de los talleres. Palomino saltó, plantóle la vista, analizándole de pies a cabeza, a hurtadillas, pálido de temor... "¡Palomino! ¡Veal!" —le consolaba yo— "Olvide usted eso; creo que no puede ser". Y él, por toda respuesta, apoyaba las sienes entre ambas manos, tintas de encierro y desamparo, vencido, sin fuerzas. A los pocos meses de haberseme traído aquí, él era mi mejor amigo, el más leal, el más bueno.

Solís se emociona visiblemente y yo también.

—¿Tiene usted frío?— me interroga con súbita ternura.

Hace rato, sin duda, la estancia está llena de una neblina densa que azulea en extraños cendales en torno a las ampolletas de luz roja. Por los altos ventanales vese que sigue lloviendo. Hace mucho frío en verdad.

Suenan como entre apretados algodones impregnados de limalla de hielo, notas dispersas de un solfeo distante. Es la banda de músicos de la Penitenciaría que ensayan el himno del Perú. Suenan esas notas, y desusada suges-

tión ejercen ahora en mi espíritu, hasta el punto de casi sentir la letra misma de la canción, engarzada sílaba por sílaba, o como clavada con gigantescos clavos en cada uno de los sonidos errantes.

Las notas se cruzan, se iteran, patalean, chirrían, vuelven a iterarse, destrozan tímidos biseles.

—¡Ah, qué suplicio el de aquel hombre!— exclama el preso con creciente lástima. Y continúa narrando entre silencios continuos, durante los cuales sin duda trata de atrapar los tremendos recuerdos:

—Era una obsesión indestructible la suya, cimentada sabe Dios por quién, para no caer nunca. Muchos decían: “Está loco Palomino”. ¡Loco! ¿Puede acaso estar loco quien en circunstancias normales, cuida de su existencia en peligro? ¿Y puede estarlo quien, sufriendo los zarpazos del odio, aun con la complicidad misma de la justicia, precave aquel peligro y trata de pararlo con todas sus fuerzas exacerbadas de hombre que lo cree posible todo, por propia experiencia de dolor? ¡Loco! ¡No! ¡Demasiado cuerdo quizá! ¿Quién, con qué formidable persuasión, sobre cuáles incuestionables visos de posibilidad, habíale infundido tal idea? A pesar de haberme expuesto Palomino muchas veces los torvos alambres ocultos que, según él, podrían vibrar desde fuera hasta el hilo de su existencia, difícil me era ver claramente aquel peligro. “Como usted no conoce a esos malvados”,... refunfuñaba impertérrito Palomino. Yo, luego de argumentarle cuanto podía, me callaba. “Me escriben de mi casa —díjome otro día— y vuelven a dár-melo a entender; puede venir pronto mi indulto, y pagarían cualquier precio por evitar mi salida. Sí. Hoy más que nunca, el peligro está a mi lado, amigo mío...” Y sus últimas palabras ahogáronle en desgarradores sollozos. La verdad es que, ante la constante desesperación de Palomino, llegué a sufrir, a veces, sobre todo en los últimos tiempos, repentinas y profundas crisis de duda, admitiendo la posibilidad de cualquiera alevosía, aun de la más negra

para su vida, y llegué hasta a asegurárselo, a mi vez, a los demás amigos de la prisión, alegándoles, probándoles por medio de no sé qué insospechados aportes de peso decisivo, la sensatez con que razonaba Palomino. Más todavía. Hubo ocasiones en que ya no era duda lo que yo sentía, sino seguridad incontrovertible del peligro, y yo mismo salíale al encuentro con nuevas sospechas y vehementes advertencias de mi parte, sobre el horror de lo que podía sobrevenir, y esto lo hacía precisamente cuando él se hallaba tranquilo, en algún olvido visionario. Diríase, que entonces era en mí en quien se había metido el terror más adentro que en él mismo. Yo le quería mucho, es cierto; yo me interesaba intensamente por su situación, siempre de pie a la cabecera de su espanto; y de tácito modo le ayudaba a escudriñar los cáraños de su pesadilla; en fin, yo llegué por último, a registrar de hecho los bolsillos y los menores actos de numerosos compañeros y empleados del establecimiento, tanteando el escondido pelo de su tragedia inminente... todo esto es verdad. Pero también verá usted, por cuanto le refiero, que, a fuerza de interesarme tanto por Palomino, iba convirtiéndome en su propio torturador, en un verdadero verdugo suyo. "¡Tenga usted cuidado!"— le decía yo con agorera angustia. Palomino daba un salto, y trémulo volvíase a todos lados y quería huír sin saber por donde. Y ambos experimentábamos entonces, acerba, terrible desesperación, vallados por los muros de piedra, invulnerables, implacables, absolutos, eternos. Palomino, desde luego, no comía casi. Cómo iba a comer. No bebía. No hubiera respirado. En cada migaja veía latente el veneno mortal. En cada gota de agua. En cada adarme de la atmósfera. Su tenaz escrupulosidad suutilizada hasta la hiperestesia, le hacía parecer los más triviales movimientos ajenos, relacionados con los alimentos. Alguien, cierta mañana, comía a su lado, pan del bolsillo. Palomino vióle llevarse a los labios el mendrugo, y, tras una enérgica mueca de repulsa, escupió varias veces y fue

a enjuagarse. “¡Tenga usted siempre cuidado!” —le repetía yo cada día con más frecuencia. Dos, cuatro veces diarias este alerta resonaba entre ambos. Yo me desahogaba, sabiendo que de este modo, Palomino se cuidaría más y alejaría mejor del peligro. Me parecía, en fin, que cuando yo no le había recordado mucho rato la fatídica inquietud, él podría acaso olvidarla y entonces ¡ay de él!... ¿Dónde estaba Palomino?... Pues, llevado por mi vigilante fraternidad, de un salto llegábame a él, y le susurraba al oído atropelladamente: “¡Tenga usted cuidado!”... Así me tranquilizaba yo, pues podía estar cierto de que en algunas horas no le sucedería nada a mi amigo. Un día se lo repetí más a menudo que nunca. Palomino oíame, y, luego de la conmoción consiguiente, de seguro me lo agradecía en su pensamiento y en su corazón. Mas, tengo que volver a recordárselo a usted; por este camino traspasaba las lindes del amor y del bien por Palomino y me convertía en su principal tormento; en su propio verdugo. Yo me daba cuenta de este doble valor de mi conducta. Pero —me decía yo allá en mi conciencia— sea lo que fuere: irrevocable imperativo de mi alma, me ha investido de guardián suyo, de curador de su seguridad, y no volveré atrás por nada. Mi voz de alerta palparía siempre al lado suyo, en su noche de zozobra, como un despertador para el escudo y la defensa. Sí. Yo no volvería atrás, por nada. Una media noche, desperté sobresaltado, a consecuencia de haber sentido en mitad del sueño, un vivo espanto misterioso. Tal una válvula abierta de golpe, que me arrojara en todo el pecho un golpe de agua fresca. Desperté, poseído de gran alegría, de una alada alegría, cual si de pronto me hubiera abandonado un formidable peso agobiador, o hubiera saltado de mi cuello una horca, hecha pedazos. Era una alegría ciega, de no se por qué; y a tientas despe rezábase y aleteaba en mi corazón, diáfana, pura. Desperté bien. Hice conciencia. Cesó mi alegría: había soñado que Palomino era envenenado. A la mañana siguiente, el sue-

ño aquel me tenía sobrecogido, con crecientes palpitaciones de encrucijada: la muerte — la vida. Sentíame en realidad totalmente embargado por él. Asperos vientos de enervante fiebre, corríanme el pulso, las sienes, el pecho. Debía yo demostrar aire de enfermo, sin duda, pues harto me pesaban las sienes, la cabeza y velaban mi ánima graves pesares. Por la tarde, a Palomino y a mí toconos trabajar juntos en la Imprenta. Como ahora, los aceros negros rebullían, chocaban cual reprochándose, rozábanse y se salvaban a las ganadas, giraban quizás locamente, con más velocidad que nunca. Durante toda la mañana y hasta la tarde, el sueño aquel acompañóme terco, irreductible. Mas, ignoro por qué, yo no lo rehuía. Lo sentía a mi lado, riendo y llorando alternativamente, enseñándome, sin son ni ton, una de sus manos, la siniestra, negra; blanca, bien blanquísima la otra, y ambas entrelazándose siempre con extraño isocronismo, en impecable, aterradora encrucijada; ¡la muerte —la vida! ¡la vida— la muerte! Durante todo el día también— y también ignoro por qué— ni una sola vez acudió a mis labios el velador alerta de antes. Absolutamente. Mi sueño anterior parecía sellar mi boca para no verter tal palabra, por su propia diestra albicante y luminosa, de una luminosidad azul, esfumada, sin bordes. De repente, Palomino murmuró a mis oídos, con contenida explosión de lástima e impotencia: “Tengo sed”. Inmediatamente, empujado por mi solícita hermandad de siempre para con él, apresté una escudilla de greda rojiza, y en ella fui a traerle a que bebiese. El agradeció enternecido, asiéndose del asa de la vasija, y sació su sed hasta que ya no pudo... Y al crepúsculo, cuando esta vida de punzantes cuidados hacíaase más insoportable; cuando Palomino habíaase agujereado ya toda la cabeza, a punta de zozobras; cuando febril amarillez de un amarillo de nuevo viejo, aplácabale el rostro desorbitado de inquietud; cuando hasta el médico mismo declarado había que aquel mártir no tenía nada más que debilidad, motivada por males-

tar del estómago; cuando estaba ya añicos ese uniforme sainado de excesiva, cediza agonía; cuando hasta Palomino había esbozado ¡oh armonía secreta de los cielos! a la vera de las arrugas de su propia frente, fugitiva sonrisa alta, que no alcanzó a saltar a las bajas mejillas, ni a la humana tristeza de sus hombros; y cuando, como hoy, llovía y había neblina por los libres espacios inalcanzables, y arreciaba por aquí abajo un premioso y hosco augurio sin causa... al crepúsculo, acercóse él y me dijo, a sangrantes astillas de voz: "¡Solís... Solís... Ya... ya me mataron!... Solís..." Al verle ambas manos sosteniéndose el vientre y retorciéndose de dolor, sentí, antes que en el fondo de mi corazón, caerme el golpe, en sensación de fuego devorador y crepitante, dentro de mis propias vísceras integrales. Sus quejas, apenas articuladas, como no queriendo fuesen percibidas más que por mí solo, soplaban hacia mi interior, como avivadas lenguas de una llama mucho tiempo atrás contenida entre los dos, en forma de invisibles comprimidos. ¡De tan seguro modo, con tan viva certidumbre habíamos ambos por igual, esperado aquel desenlace! Mas, luego de sentir como si el áspid hubiérase colado por las venas de mi propio cuerpo, invadióme instantánea, súbita, misteriosa satisfacción ¡Misteriosa satisfacción! ¡Si señor!...

En esto, Solís hizo una mueca de enigmática ofuscación, mezclada de tan sorda ebriedad en la mirada, que me hizo bambolear en el asiento, como con una pedrada furibunda.

Después, enronquecido, a pulso, a grandes toneladas, agregó misteriosamente :

—Y Palomino no amaneció al siguiente día. ¿Había, pues, sido envenenado? ¿Y acaso con el agua que yo le dí a beber? ¿O había sido aquello sólo un acceso nervioso suyo y nada más? No lo sé. Sólo dicen que al otro día, mientras yo vine obligado a guardar cama en las primeras horas, a causa de los fuertes golpes nerviosos de la vis-

pera; dicen que entonces vino un hijo suyo a noticiar a su padre habérsele concedido el indulto, y ya no le encontró. Le había respondido la Dirección del establecimiento: "En efecto. Concedido el indulto para su padre, ha sido puesto en libertad esta mañana".

El narrador tuvo en esto un mal contenido gesto de tormento que me impulsó a decirle, solícito y consternado:

—No... No... ¡No vaya usted a llorar!

Y, haciendo súbito paréntesis, volvió Solís a preguntarme con honda ternura, como antes:

—¿Tiene usted frío?

Yo le interrumpo anhelante:

—¿Y después?

—Y después... nada.

Y luego, Solís calló hasta la muerte. Y luego, como cosa aparte, lleno de amor y amargura a un tiempo, añadió:

—Pero Palomino, que ha sido siempre un hombre bueno y mi mejor amigo, el más leal, el más bondadoso; a quien yo quería tanto, por cuya situación me interesaba intensamente, a quien le ayudé a escudriñar su futuro amenazado, y por quien llegué hasta registrar de hecho los bolsillos y los actos de los demás; Palomino no ha vuelto más por aquí, ni se acuerda de mí. Es un ingrato. ¡Qué le parece!

Se oye de nuevo a la banda de músicos de la Penitenciaría tocar el himno del Perú. Ahora ya no solfean. El coro de la canción es tocado por toda la banda y en su integral sinfonía. Suenan las notas de ese himno, y el preso que permanece en silencio, sumido en sus hondas cavilaciones, agita de pronto los párpados en vivo aleteo y exclama con gesto alucinado:

—¡Es el himno el que tocan! ¿Lo oye usted? Es el himno. ¡Qué claro! Parece hacerse lenguas:

Soo-mos-liii-bres...

Y al tararear estas notas, sonríe y ríe por fin con absurda alegría.

Luego vuelve a la reja inmediata los encandilados ojos, en los que está brillando un brillo de lágrimas ardidas. Salta del asiento, y, tendiendo los brazos, exclama con júbilo que me estremece hasta los huesos:

—¡Hola Palomino!...

Alguien avanza hacia nosotros, a través de la cerrada verja silente e inmóvil.

el unigénito

Sí. Conocí al hombre a quien luego aconteció mucho acontecimiento. Tanto tuvo, pues, haberme ido en lo sucedido a aquel sujeto, en verdad, siempre digno de curiosidad y holgadas meditaciones, a causa del aire de espartadiza irregularidad de su modo de ser... La ciudad le tenía por loco, idiota o poco menos. A ser franco, diré que yo nunca le tuve en igual concepto. Yerro. Sí le tuve como anormal, pero sólo en virtud de poseer un talento grandeocéano y una auténtica sensibilidad de poeta.

Cierta vez hasta almorzamos juntos en el hotel. Otra vez comimos. Y tomamos desayuno otro día. Y así durante cuatro o cinco meses seguidos, que vivió solo, por ausencia de los suyos del lugar. Lato humor el de nuestra mesa. Hasta las finas lozas pálidas y los cristales, sonríen con brillo inteligente en su límpida dentadura de turno. Un charlador endemoniado el señor Marcos Lorenz. Yo estaba lindo. A poco le llegué a tener cariño y a extrañarle harto, cuando faltaba al restorán.

El señor Lorenz era soltero y no tenía hijo alguno. A la sazón contaba diez años, como enamorado de una aristocrática dama de la ciudad. Diez años. No sonriáis. Sí. El señor Lorenz amaba a su amada hacía una década. El mismo habíamelo declarado, así como también que ella, a pesar de no haber estado juntos jamás, lo sabía todo, y quizá, a su vez, le amaba un tanto, pues el señor Lorenz la escribía su cariño a menudo. Viejo amor flamante siempre aquél, vibrando día tras día, desde el mismo traste, desde el mismo sostenido en sí bemol, hasta haberse ecado en todos los oídos del distrito, donde nadie ignoraba

semejante historia neoplatónica, a la que, desde la primera a la última página, exornaba un texto igual, con sólo ligeras variaciones tipográficas y, posiblemente, hasta gramaticales. ¡Viejo amor flamante siempre aquél!

—¡Acaso me ama un poco!— repetíase en la mesa el señor Lorenz, ovalando un mordisco episcopal sobre el sabroso choclo de mayo, que deshacíase y lactaba, de puro tierno, entre los cuatro dígitos del tenedor argénteo. Por que, en verdad, mi excelente contertulio no parecía estar muy seguro de lo que sentiría por él la dama de su corazón. Tanto, que muchas veces, su tranquilidad ante esta incertidumbre, y la longevidad de semejantes relaciones estadizas, tornábanme descreído, y hacíanme pensar que todo no podía pasar acaso de un reverendísimo boato de vanidad inofensiva, de parte del señor Lorenz, ya que él era apenas un ciudadano más o menos herbolario, y ella un divino anélido de miel, hecho para volverle agua la boca al más ahito de los salomones de la tierra. Mas vino prueba en contrario, una mañana en que ingresó el señor Lorenz al restorán. ¿Qué le pasaba al señor Lorenz? ¿Qué cara traía, tan a crespas facciones trabajada?

—¿Algún borrón en la tela, amigo mío?

—Nada —respondióme en un mugido— Sólo que acaba de pasar ella, acompañada de un bribón, de quien ya me han noticiado como novio suyo....

—¿Cómo? —aducíle sarcásticamente— ¿Y usted? ¿Y sus diez años de amor?

El señor Lorenz salióme entonces al encuentro, pidiendo un antipasto de jamón del país y sardinas. Servido éste, añadió regocijado:

—Parece estar mejor que el de ayer.

Y, como si se vendase una ligera picazón de insecto, voceó:

—¡Mozo! ¡Whisky!

No obstante lo cual, notificado quedaba yo, con roja cédula de celos, que, verdaderamente, lo que el señor

Lorenz sentía por aquella dama, era una pasión a todo cuadrante. No cabía duda. ¡Viejo amor flamante siempre el suyo!

Una tarde leí, poco después, en uno de los diarios locales:

Enlace concertado.— Ha quedado concertado el enlace del señor Walter Wolcot, con la señorita Nérida del Mar.

¡Pesia! ¡Pobre señor Lorenz! Qué amargas calabazas le florecían. Calabazas decenarias. Aquel divino anélido de miel iba a subjuntivar su áureo nombre aqueo, al rápido de trusts del bribón de quien ya habían noticiado al señor Lorenz, como prometido de Nérida.

Terrible pesar sobrevino a mi amigo, como podrá suponerse, ante el anuncio de aquel matrimonio. Acabáronse las sobremesas plácidas; y las aguas de oro y los espumosos benedictines de antes, quizás sólo lloraban ahora, estancados en las pupilas de este nuevo José Matías, que, desde entonces, parecía estar siempre pronto a verter lágrimas de desesperación. Acabóse el buen humor que arcenara, en jocunda guardilla tornasol, la fraternal efusión de los almuerzos soleados y las florecidas cenas retardadas: pues, aun cuando el apetito por las buenas viandas arreciaba con fuerza mayor en el señor Lorenz, a raíz de su sétima caída romántica, quijarudo Pierrot punteaba ahora en su alma herida, ahora que los días y las noches le aporreaban con ocasos moscardados de recuerdos, y lunas amarillas de saudad.

No volvió el señor Lorenz a decir palabra alguna sobre Nérida. Caviloso, callado, sólo de vez en tarde, enventanaba la taciturnidad del yantar, para estornudar algún versículo del Eclesiastés, entre cuyas cenizas aventaba, con aire confinado de orfandad, su desventura. Ante éste, que podría llamarse trágico palimpsesto de amor, tenté, en más de una ocasión, escarbar el secreto de sus pensares, a fin de ver si en algo podría yo aliviarle. Pero nada. Siempre que resolvíame a interrogarle, sentía al hombre

trancarse a piedra y lacre, pecho adentro, para toda pregunta o confidencia.

Luego, dos mil ciento sesentidós horas.

Y un domingo al medio día, la orquesta lanza una toreada marcha nupcial, entre las pilastras de rancias moladuras provinciales, y bajo los domos iluminados del templo, cuyo altar mayor resplandece enguirnaldado de albos azahares goteantes de campo y de rocío.

Veíase, por la pompa del cortejo, que eran Nérida y el señor Walter Wolcot, quienes, en tales instantes, recibían la bendición del Todopoderoso, en matrimonio; y que, a un tiempo mismo, el destino del muy amado señor Lorenz, calados el lúgubre clac de unto y los guantes negros, asistía al sepelio de diez sarcófagos ingrátidos, en cuyos labrados campos de azabache, habrían, decorados a la usanza etrusca, verdes ramas de miosotys florecido portadas por piérides mútilas y suplicantes; boscajes de rumorosas uvas vivas, bajo el cielo de puras anilinas anacreónicas; vientos encontrados desnudando árboles de otoño; y montañas de hielos eternos. Dentro de los diez sarcófagos, irían diez relojes difuntos...

Y todo era así, en verdad. Los novios eran Nérida y el caballero de la cuádruple V: él, calvete prematuro, sanguinoso tipo congestionado de clubman empedernido que duerme hasta las tres de la tarde; grandes ojos engallados verdebotella, crónico gesto placentero, como si siempre estuviese celebrando algo; flamante traje de una cuasi mortuoria corrección británica. Ella... visiblemente pálida.

¿Y el otro?... ¡Oh espectáculo de impiedad y de heroísmo! El señor Marcos Lorenz también estaba allí. Le hallé alarmanamente demudado. El, a su vez, me vio, pero no pareció verme. Le saludé con una venia, y no me hizo caso. Muy cerca de la pareja, erguíase aquel hombre, rígido, petrificado en dantesca laceria.

Monseñor, revestido de finísima pelliza de gran tono, mayaba, con voz enronquecida, el sagrado latín del sacra-

mento. En los incensarios de plata antigua y cadenillas de oro, ardían los granos de resinas místicas. La orquesta por segunda vez doblaba la llave del sol de la partitura; y, sudoroso, el acólito, murmuraba como en sueños, de capítulo en capítulo sus sílabas rituales.

De súbito, la triste desposanda hizo una extraña cosa. En el preciso momento en que el tonsurado la hacía la pregunta de promesa, alzó ella sus ardientes ojos de ámbar oscuro, inundados en febril humedad, y derecho fue a clavarlos en el otro, en el señor Lorenz. Tal, distraída por entero, no contesta. Algunos del cortejo, notan el inesperado silencio, y, siguiendo la dirección de la mirada de Nérida, la encontraron posada en el pobre José Matías. Y luego, todo como en la duración del relámpago, el señor Lorenz recibió aquella mirada, quebró bruscamente su rigidez tormentosa, de un solo tranco lanzóse hacia Nérida, arrollando a cuantos tropezó a su paso, y, con increíble destreza de ave rapaz, cogióla el rostro estupefacto, y la dio un beso furioso en toda su boca virgen, que entreabrióse como un surco... Luego, el señor Lorenz cayó pesadamente a tierra.

Un revuelo de voces y una repentina parálisis en todos. Y quienes, en son de airada indignación, acercáronse al yacente besador, al inícuo intruso, oreja en pecho oyeron a la Muerte fatigada y sudorosa sentarse a descansar en el corazón ya helado de aquel hombre. ¡Pobre señor Lorenz! Sólo de esta manera, y en sólo este beso fugaz, frotado y encendido por el total de su vida, en la muerte, logró unir su carne a la carne de su amada, que ¡ay! acaso no le había amado nunca en este mundo.

El desposorio quedó frustrado. Ciega polvareda interpúsose, a gran espesor, entre los que hubieran sido esposos. Nérida también había sufrido en tal instante, sería conmoción nerviosa, y, llevada al lecho de dolor, agravándose fue de segundo en segundo, para morir una hora después de la instantánea muerte del pobre José Matías...

Y hoy, corridos ya algunos años, desde que abandonaran el mundo aquellas dos almas, en esta dorada mañana de enero, un niño fino y bello acaba de detenerse en la esquina de Belén, un niño extrañamente hermoso y melancólico.

Pasa un ómnibus del cual bajan varios pasajeros. A uno de ellos, señorón de amplio aire mundano, se le cae el bastón. El niño, tan bello y, sobre todo, tan melancólico, gana a recoger la caída caña, enjoyada de oro rojo casi sangre, y se la entrega al dueño que no es otro sino el propio señor Walter Wolcot. Este advierte el rostro del pequeño, y sin saber por qué, sufre fuerte sobresalto. Vacila. Tartamudo agradece, por fin, la gentileza anónima, y, con desesperada vehemencia que lagrimea de misteriosa inquietud, pregunta al niño:

—¿Cómo te llamas?

El infante no responde.

—¿Dónde vives?

El infante no responde.

—¿Cuántos años tienes?

El infante no responde nada.

—¿Tus padres?...

El niño se pone a llorar....

Una mosca negra y fatigada viene y trata de posarse en la frente del señor Walter Wolcot, a punto en que éste se aleja del niño. Muy distante ya, se la espanta varias veces.

los caynas

Luis Urquizo lanzó una carcajada, y, tragándose todavía las últimas pólvoras de risa, bebió ávidamente su cerveza. Luego, al poner el cristal vacío sobre el zinc del mostrador, lo quebró, vociferando:

—¡Eso no es nada! Yo he cabalgado varias veces sobre el lomo de mi caballo que caminaba con sus cuatro cascos negros invertidos hacia arriba. ¡Oh, mi soberbio alazán! Es el paquidermo más extraordinario de la tierra. Y más que cabalgarlo así sorprende, maravilla, hace temblar de pavor el espectáculo en seco, simple y puro de líneas y movimientos que ofrece aquel potro cuando está parado, en imposible gravitación hacia la superficie inferior de un plano suspendido en el espacio. Yo no puedo contemplarlo así, sin sentirme alterado y sin dejar de huir de su presencia, despavorido y como acuchillada la garganta. ¡Es brutal! Parece entonces una gigantesca mosca asida a una de esas vigas desnudas que sostienen los techos humildes de los pueblos ¡Eso es maravilloso! ¡Eso es sublime! ¡Irrracional!

Luis Urquizo habla y se arrebata, casi chorreando sangre el rostro rasurado, húmedos los ojos. Trepida; guillotina sílabas, suelda y enciende adjetivos; hace de jinete, depone algunas fintas; conifica en álgidas interjecciones las más anchas sugerencias de su voz, gesticula, iza el brazo, ríe: es patético, es ridículo: sugestiona y contagia en locura.

Después dijo:

—Me marchó— Y corriendo, saltó el dintel de la taberna y desapareció rápidamente

—¡Pobre! —exclamaron todos—. Está completamente loco.

Urquizo, en verdad, estaba desequilibrado. No cabía duda. Así lo confirmaba el curso posterior de su conducta. Aquel hombre continuó viendo las cosas al revés, trastrocándolo todo, a través de los cinco cristales ahumados de sus sentidos enfermos. Las buenas gentes de Cayna, pueblo de su residencia, hicieron de él, como es natural, blanco de cruel curiosidad y cotidiana distracción de grandes y pequeños.

Años más tarde, Urquizo, por falta de cura oportuna, agravóse en forma mortal en su demencia, y llegó al más truculento y edificante diorama del hombre que tiene el triángulo de dos ángulos, que se muerde el codo, que ríe ante el dolor, y llora ante el placer: Urquizo llegó a errar allende las comisuras eternas, a donde corren a agruparse, en son de armonía y plenitud, los siete tintes céntricos del alma y del color.

Por entonces, yo le encontré una tarde. Desde que le avisté, pocos pasos antes de cruzarnos, despertóse en mí desusada piedad hacia aquel desgraciado, que, por lo demás, era primo mío en no sé qué remota línea de consanguinidad materna; y, al cederle la vereda, saludándole de paso, tropecéme en uno de los baches de la empedrada calle, y fui a golpear con el mío un antebrazo del enfermo. Urquizo protestó colérico:

—¡Quía! ¿Esta usted loco?

La exclamación sarcástica del alienado me hizo reír; y más adelante fue ella motivo de constantes cavilaciones en que los misterios de la razón se hacían espinas, y empozábanse en el cerrado y tormentoso círculo de una lógica fatal, entre mis sienes. ¿Por qué esa forma de inducción para atribuirme la descompaginación de tornillos y motores que sólo en él había?

Este último síntoma, en efecto, traspasaba ya los límites de la alucinación sensorial. Esto era ya más tras-

cendental, sin duda, desde que representaba, nada menos que un raciocinio, un atar de cabos profundos, un dato de conciencia. Urquizo debía, pues, creerse a sí mismo en sus cabales; debía de estar perfectamente seguro de ello, y, desde este punto de vista suyo, era yo, por haberle golpeado sin motivo, el verdadero loco. Urquizo atravesaba por este plano de juicio normal que se denuncia en casi todos los alienados; plano que, por su desconcertante ironía, hiere y escarnece los riñones más cuerdos, hasta quitarnos toda rienda mental y barrer con todos los hitos de la vida. Por eso, la zurda exclamación de aquel enfermo clavóse tanto en mi alma y todavía me hurga el corazón.

Luis Urquizo pertenecía a una numerosa familia del lugar. Era, por infortunado, muy querido de los suyos, quienes le prestaban toda suerte de cuidados y amorosa asistencia.

Un día se me notificó una cosa terrible. Todos los parientes de Urquizo, que convivían con él, también estaban locos. Y todavía más. Todos ellos eran víctimas de una obsesión común, de una misma idea, zoológica, grotesca, lastimosa, de un ridículo fenomenal; se creían monos, y como tales vivían.

Mi madre invitóme una noche a ir con ella a saber del estado de los parientes locos. No encontramos en la casa de éstos sino a la madre de Urquizo, quien cuando llegamos, se entretenía en hojear tranquilamente un cartapacio de papeluchos, a la luz de la lámpara que pendía en el centro de la sala. Dado el aislamiento y atraso de aquel pueblo, que no poseía instituciones de beneficencia, ni régimen de policía, esos pobres enfermos de la sien salían cuando querían a la calle; y así era de verlos a toda hora cruzar por doquiera la población, introducirse a las casas, despertando siempre la risa y la piedad en todos.

La madre de los alienados, apenas nos divisó, chilló agudamente, frunció las cejas con fuerza y con cierta ferocidad, siguió haciéndolas vibrar de abajo arriba varias

veces, arrojó luego con mecánico ademán el pliego que manoseaba; y, acurrucándose sobre la silla, con infantil rapidez de escolar que se enseria ante el maestro, recogió los pies, dobló las rodillas hasta la altura del nacimiento del cuello, y, desde esta forzada actitud, parecida a la de las momias, esperó a que entrásemos a la casa, clavándonos, cabrilleantes, móviles, inexpresivos, selváticos, sus ojos entelarañados que aquella noche suplantaban asombrosamente a los de un mico. Mi madre asióse a mí asustada y trémula, y yo mismo sentíme sobrecogido de espeluznante sensación de espanto. La loca parecía furiosa

Pero no. A la brusca claridad de la cercana lámpara, distinguimos que aquella cara extraviada, bajo la corta cabellera que le caía en crinejas asquerosas hasta los ojos, empezaba luego a fruncirse y moverse sobre el miserable y haraposos tronco, volviéndose a todos lados, como solicitada por invisibles resortes o por misteriosos ruidos producidos en los ferrados barrotes de un parque. La loca, después, como si prescindiera de nosotros, empezó a rascarse y espulgar el vientre, los costados, los brazos, triturando los fantásticos parásitos con sus dientes amarillos. De breve en breve chillaba largamente, escrutaba en torno suyo y aguitaba a la puerta, como si no nos advirtiera. Madre, transcurridos algunos minutos de expectación y de miedo, hízome señas de retroceder, y abandonamos la casa.

De esta lúgubre escena hacía veintitrés años cumplidos, cuando después de haber vivido, separado de los míos durante todo aquel tracto de tiempo, por razón de mis estudios en Lima, tornaba yo una tarde a Cayna, aldea que, por lo solitaria y lejana era como una isla allende las montañas solas. Viejo pueblo de humildes agricultores, separado de los grandes focos civilizados del país por inmensas y casi inaccesibles cordilleras, vivía a menudo largos períodos de olvido y de absoluta incomunicación con las demás ciudades del Perú.

Debo llamar la atención hacia la circunstancia asaz inquietante de no haber terido noticias de mi familia, en los seis últimos años de mi ausencia.

Mi casa estaba situada casi a la entrada de la población. Un acanelado poniente de mayo, de esos dulces y cogitabundos ponientes del oriente peruano, abríase de brazos sobre la aldea que no sé por qué tenía a esa hora, en su soledad y abandono exteriores, cargado olor a desventura, tenaz aire de lástima. Tal una roña de descuido y destrucción inexplicable rezumaba de todas partes. Ni un solo traseúnte. Y apenas crucé las primeras esquinas, opacáronse mis nervios, golpeados por una súbita impresión de ruina; y sin darme cuenta, estuve a punto de llorar.

El portón lacre y rústico de la mansión familiar apareció abierto de par en par. Descendí de la cabalgadura, y, jadeante de lacerada ternura, torpe de presagiosa emoción, hablando al sudoroso lento animal, avancé zaguán adentro. Inmediatamente, entre el ruido de los cascos, despertáronse en el interior destemplados gritos guturales, como de enfermos que ululasen en medio del delirio y la fatiga.

No podré ahora precisar la suerte de pétreas cadenas que, anillándose en mis costados, en mis sienes, en mis muñecas, en mis tobillos, hasta echarme sangre, mordieronme con fieras dentelladas, cuando percibí aquella especie de doméstica jauría. La antropoidal imagen de la madre de Urquizo surgió instantáneamente en mi memoria, al mismo tiempo que invadíame un presentimiento tan superior a mis fuerzas que casi me valía por una aciaga certeza de lo que, breves minutos después, había de dar con todo mi ser en la tiniebla

A toda voz llamé casi gimiendo.

Nada. Todas las puertas de las habitaciones estaban, como la de la calle, abiertas hasta el tope. Solté la brida de mi caballo, corrí de corredor en corredor, de patio en patio, de aposento en aposento, de silencio en silencio; y

nuevos gruñidos detuviéronme por fin, delante de una gradería de argamasa que ascendía al granero más elevado y sombrío de la casa. Atisbé. Otra vez se hizo el misterio.

Ninguna seña de vida humana; ni un solo animal doméstico. Extrañas manos debían de haber alterado, con artimañoso desvío del gusto y de todo sentido de orden y comodidad, la usual distribución de los muebles y de los demás enseres y menaje del hogar.

Precipitadamente, guiado por secreta atracción, salté los peldaños de esa escalera; y, al disponirme a trasponer la portezuela del terrado, la advertí franca también. Detúvome allí inexplicable y calofriante tribulación; dudé por breves segundos, y, favorecido por los destellos últimos del día, avizoré ávidamente hacia adentro.

Rabioso hasta causar horror, desnaturalizado hasta la muerte, relampagueó un rostro macilento y montaraz entre las sombras de esa cueva. Enristrando todo mi coraje —¡pues que ya lo suponía todo, Dios mío!— me parapeté junto al marco de la puerta y esforcéme en reconocer esa máscara terrible.

¡Era el rostro de mi padre!

¡Un mono! Sí. Toda la trunca verticalidad y el fácil arresto acrobático; todo el juego de nervios. Toda la pobre carnación facial y la gesticulación; la osamenta entera. Y, hasta el pelaje cosquilleante, ¡oh la lana sutilísima con que está tramada la inconsútil membrana de justo, matemático espesor suficiente que el tiempo y la lógica universal ponen, quitan y trasponen entre columna y columna de la vida en marcha!

—Khrrrrrr.... Khrrrrrr....— silbó trémulamente.

Puedo asegurar que por su parte él no me reconocía. Removiósse ágilmente, como posicionándose mejor en el antro donde ignoro cuando habíase refugiado; y, presa de una inquietud verdaderamente propia de un gorila enjaulado, ante las gentes que lo observan y lo asedian, saltaba, gruñía, rascaba en la torta y en el estucado del

granero vacío, sin descuidarse de mí ni por un solo momento, presto a la defensa y al ataque.

—¡Padre mío!— rompí a suplicarle, impotente y débil para lanzarme a sus brazos.

Mi padre entonces depuso bruscamente su aire diabólico, desarmó toda su traza indómita y pareció salvar de un solo impulso toda la noche de su pensamiento. Deslizóse en seguida hacia mí, manso, suave, tierno, dulce, transfigurado, hombre, como debió de acercarse a mi madre el día en que se estrecharon tanto y tan humanamente, hasta sacar la sangre con que llenaron mi corazón y lo impulsaron a latir a compás de mis sienes y mis plantas.

Pero cuando yo ya creía haber hecho la luz en él, al conjuro milagroso del clamor filial, se detuvo a pocos pasos de mí, como enmendándose allá, en el misterio de su mente enferma. La expresión de su faz barbada y enflaquecida fue entonces tan desorbitada y lejana, y, sin embargo, tan fuerte y de tanta vida interior, que me crispó hasta hacerme doblar la mirada, envolviéndome en una sensación de frío y de completo trastorno de la realidad.

Volví, no obstante, a hablarle con toda vehemencia. Sonrió extrañamente.

—La estrella...— balbuceó con sorda fatiga. Y otra vez lanzó agrios chillidos.

La angustia y el terror me hicieron sudar glacialmente. Exhalé un medroso sollozo, rodé la escalinata sin sentido y salí de la casa.

La noche había caído del todo.

¡Es que mi padre estaba loco! ¡Es que también él y todos los míos creíanse cuadrumanos, del mismo modo que la familia de Urquiza! Mi casa habíase convertido, pues, en un manicomio. ¡El contagio de los parientes! ¡Sí; la influencia fatal!

Pero esto no era todo. Una cosa más atroz y asoladora había acontecido. Un flagelo del destino; una ira de Dios. No sólo en mi hogar estaban locos. Lo estaba el pueblo entero y todos sus alrededores.

Una vez fuera de la casa, écheme a caminar sin saber adónde ni con qué fin, padeciendo aquí y allá choques y cataclismos morales tan hondos que antes ni después los ha habido semejantes que abatieran más mi sensibilidad.

Las calles tenían aspecto de tapiados caminos. Por doquiera que salíame al paso algún transeúnte, saltaba en él fatalmente una simulación de antropeoide, un personaje mímico. La obsesión zoológica regresiva, cuyo germen primero brotara tantos años ha en la testa funámbula de Luis Urquiza, habíase propagado en todos y cada uno de los habitantes de Cayna, sin variar absolutamente de naturaleza. A todos aquellos infelices les había dado por la misma idea. Todos habían sido mordidos en la misma curva cerebral.

No conservo recuerdo de una noche más preñada de tragedia y bestialidad, en cuyo fondo de cortantes bordes no había más luz que la natural de los astros, ya que en ninguna parte alcancé a ver luz artificial. ¡Hasta el fuego, obra y signo fundamentales de humanidad, había sido proscrito de allí! Como a través de los dominios de una todavía ignorada especie animal de transición, peregriné por ese lamentable caos donde no pude dar, por mucho que lo quise y lo busqué, con persona alguna que librado hubiérase de él. Por lo visto, había desaparecido de allí todo indicio de civilidad.

Muy poco tiempo después de mi salida, debí de haber tornado a mi casa. Advertíme de pronto en el primer corredor. Ni un ruido. Ni un aliento. Corté la compacta oscuridad que reinaba, crucé el extenso patio y di con el corredor de enfrente. ¿Qué sería de mi padre y de toda mi familia?

Alguna serenidad tocó mi ánima transida. Había que buscar a todo trance y sin pérdida de tiempo a mi madre, y verla y saberla sana y salva y acariciarla y oírla que llora de ternura y que gozo al reconocermé, y rehacer, a su presencia, todo el hogar deshecho. Había que buscar de nuevo a mi padre. Quizás, por otro lado, sólo él estaría enfermo. Quizás todos los demás gozarían del pleno ejercicio de sus facultades mentales.

¡Oh, sí, Dios mío! Engañado habíame, sin duda, al generalizar de tan ligero modo. Ahora caía en cuenta de mi nerviosidad del primer momento y de lo mal dispuesta que había estado mi excitable fantasía para haber levantado tan horribles castillos en el aire. Y aun ¿acaso podía estar seguro de la demencia misma de mi padre?

Una fresca brisa de esperanza acaricióme hasta las entrañas.

Franqueé, disparado de alegría, la primera puerta que alcancé entre la oscuridad, y, al avanzar hacia adentro, sin saber por qué, sentí que vacilaba, al mismo tiempo que, inconscientemente, extraía de uno de los bolsillos una caja de fósforos y prendía fuego.

Escudriñaba la habitación, cuando oí unos pasos que se aproximaban por los corredores. Parecían atropellarse.

La sangre desapareció del todo de mi cuerpo; pero no tanto que ello me obligase a abandonar la cerilla que acababa de encender.

Mi padre, tal como le había visto aquella tarde, apareció en el umbral de la puerta, seguido de algunos seres siniestros que chillaban grotescamente. Apagaron de un revuelo la luz que yo portaba, ululando con fatídico misterio:

—¡Luz! ¡Luz!... ¡Una estrella!

Yo me quedé helado y sin palabra.

Más, de modo intempestivo, cobré luego todas mis fuerzas para clamar desesperado:

—¡Padre mío! ¡Recuerda que soy tu hijo! ¡Tú no estás enfermo! ¡Tú no puedes estar enfermo! ¡Deja ese gruñido de las selvas! ¡Tú no eres un mono! ¡Tú eres un hombre, oh, padre mío! ¡Todos nosotros somos hombres!

E hice lumbre de nuevo.

Una carcajada vino a apuñalarme de sesgo a sesgo el corazón. Y mi padre gimió con desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.

—¡Pobre! Se cree hombre. Está loco...

La oscuridad se hizo otra vez.

Y arrebatado por el espanto, me alejé de aquel grupo tenebroso, la cabeza tambaleante.

—¡Pobre! —exclamaron todos— ¡Está completamente loco!...

* * *

—Y aquí me tienen ustedes, loco— agregó tristemente el hombre que nos había hecho tan extraña narración.

Acercósele en esto un empleado, uniformado de amarillo y de indolencia, y le indicó que le siguiera, al mismo tiempo que nos saludaba, despidiéndose de soslayo:

—Buenas tardes. Le llevo ya a su celda. Buenas tardes.

Y el loco narrador de aquella historia, perdióse lomo a lomo con su enfermero que le guiaba por entre los verdes chopos del asilo; mientras el mar lloraba amargamente y peleaban dos pájaros en el hombro jadeante de la tarde...

mirtho

Orate de candor, aposéntome bajo la uña indiga del firmamento y en las 9 uñas restantes de mis manos, sumo, envuelvo y arramblo los dígitos fundamentales, de 1 en fondo, hacia la más alta conciencia de las derechas.

Orate de amor, con qué ardentía la amo.

Yo la encontré al viento el velo lila, que iba diciendo a las tiernas lascas de sus sienes: "Hermanitas, no se atrasen, no se atrasen..." Alfaban sus senos, dragoneando por la ciudad de barro, con estridor de mandatos y amenazas. Quebróse, ¡ay! en la esquina el impávido cuerpo: yo sufrí en todas mis puntas, ante tamaño heroísmo de belleza, ante la inminencia de ver humear sangre estética, ante la muerte mártir de la euritmia de esa carnatura viva, ante la posible falla de un lombar que resiste o de una nervadura rebelde que de pronto se apeala y cede a la contraria. ¡Mas he allí la espartana victoria de ese escorzo! Y cuánta sabiduría, en metalla caliente, cernía la forja de aquese desfiladero de nervios, por todas las pasmadas bocas de mi alma. Y luego, sus muslos y sus piernas y sus prisioneros pies. Y sobre todo, su vientre.

Sí. Su vientre, más atrevido que la frente misma; más palpitante que el corazón, corazón él mismo. Cetrería de halconados futuros de aquilinos parpadeos sobre la sombra del misterio. ¡Quién más que él! Adorado criadero de eternidad, tubulado de todas las corrientes historiadas y venideras del pensamiento y del amor. Vientre portado sobre el arco vaginal de toda felicidad, y en el intercolumnio mismo de las dos piernas, de la vida y la muerte, de

clolor

la noche y el día, del ser y el no ser. Oh vientre de la mujer, donde Dios tiene su único hipogeo inescrutable, su sola tienda terrenal en que se abriga cuando baja, cuando sube al país del dólar, del placer y de las lágrimas. ¡A Dios sólo se le puede hallar en el vientre de la mujer!

* * *

Tales cosas decía ayer tarde un joven amigo mío, mientras con él discurríamos por el jirón de la Unión. Yo me reía a carcajada limpia. Es claro. El pobre está enamorado de una de tantas bellas mujeres que cruzan por la arteria principal de Lima, elegantes y distinguidas, de 5 a 7 de la tarde. Ayer el ocaso ardía urente de verano. Sol, lujo, flirt, encanto sensual por todas partes. Y mi amigo desflagraba romántico y apasionado, hecho un poseído de veras. Sí. Hecho un orate de amor, como él llamábase entre orgulloso y combatido. Un orate de amor.

Despedíme de él, y, ya a solas, llegué a decirme para mí: Orate de amor. Bueno. Pero ¿qué quería significar aquello de orate de candor, apóstrofe de ironía con que inició su jerigonza?

Anoche vino a mí el mozo.

—Escúcheme usted —me dijo, sentándose a mi lado y encendiendo un cigarrillo—. Escúcheme cuanto voy a referirle ahora mismo, ya que ello es harto extraordinario, para quedar oculto para siempre.

Miróme con melancolía que taladraba y, echando luego temerosas y repetidas ojeadas hacia los ventales del aposento, con sigilo y gravedad profunda continuó de este modo:

—¿Usted conoce a la mujer que amo?

—No— le repliqué al punto.

—Perfectamente. No la conoce. Pues ríase de como la esboqué esta tarde. Nada. Esas frases eran sólo trun-

cos neoramas de la gran equis encantada que es la existencia de tan peregrina criatura.

Y armando cinegético, disparado ceño de quien fuera a capturar órbitas, hizo rechinar los dientes y hasta las encías contra las encías, flagelóse desde los lóbulos de las orejas desoladas hasta la punta de la nariz con un relámpago morado; clavó frenético ambas manos entre la greña de erizo como para mesársela, y deletreó con voz de visionario que casi me hace estallar en risotadas:

—Mi amada es 2.

—Sigue usted incomprensible. ¿Su amada es 2? ¿Qué quiere decir eso?

Mi amigo sacudió la cabeza abatiéndose.

—Mirtho, la amada mía, es 2. Usted sonrío. Está bien. Pero ya verá la verdad de esta aseveración.

—A Mirtho —agregó— la conocí hace cinco meses en Trujillo, entre una adorable farándula de muchachas y muchachos compañeros míos de bohemia. Mirtho pulsaba a la sazón catorce setiembrés tónicos, una cinta milagrosa de sangre virginal y primavera. La adoro desde entonces. Hasta aquí lo corriente y racional. Mas he allí que, poco tiempo después, el más amado e inteligente de mis amigos díjome de buenas a primeras: “¿Por qué es usted tan malo con Mirtho? ¿Por qué, sabiendo cuánto le ama, la deja usted a menudo para cortejar a otra mujer? No sea así nunca con esa pobre chica”.

Tan inesperada como infundada acusación, en vez de suscitar mi protesta e inducirme a reiterar mi fidelidad a Mirtho, toméla, como comprenderá usted, solo en son de inocente y alado calembour de amistad y nada más, y sonreí para pasmo de mi amigo que, dada su austera y purísima moral en materia de amor, tuvo entonces un suave mohín de reproche hacia mí, arguyéndome que cuanto acababa de decirme tenía toda seriedad. Y, sin embargo, yo nunca había estado con mujer alguna que no fuese Mirtho desde que la conocí. Abso-

lutamente. La queja de mi amigo carecía, pues, de base de realidad; y, si ella no hubiera venido de un espíritu tan fraternal como aquél, habríame dejado sin duda tranquilo y exento del escozor en la conciencia. Pero el cariño casi paternal con que trataba aquel amigo inolvidable todos los acontecimientos de mi vida, investía a tan extraño reproche de un toque asaz inquietante y digno de atención, para que él no me lastimase sin saber por qué. Además por el gran amor que yo sentía hacia Mirtho, dolíame que aquello viniese a perturbar así nuestra dicha.

Desde entonces, continuamente aquel amigo repetíame el consabido reproche, cada vez con más acritud. Yo, a mi vez, reiterábale y pretendía patentizarle por todos los medios posibles mi lealtad para Mirtho. Vanos esfuerzos. Nada. La acusación marchaba, afirmándose con tal terquedad que empezaba yo a creer a su autor fuera de razón, cuando llegó momento en que todos los demás hermanos de bohemia fueron de uno en uno formulándose idéntica tacha a mi conducta.

—Nosotros, todo el mundo —recriminábanme desaforadamente— te hemos sorprendido infraganti, y con nuestros propios ojos. Nada tienes que alegar en contrario. Tú no puedes negar la verdad.

Y en efecto. Si a cuantos me conocían hubiera yo interrogado sobre la verdad de este asunto, todos habrían testificado mis relaciones de amor con la segunda mujer para mí tan desconocida como irreal. Y yo habríame quedado aún más boquiabierto ante semejante fosfeno colectivo, que no otra cosa podía acontecer en el cerebro de mis acusadores.

Pero una circunstancia llamaba mi atención, y era que Mirtho nunca me decía nada que diera a entender ni remotamente que ella supiese de mi supuesta infidelidad. Ni un gesto, ni una espina en su alma, no obstante su carácter vehemente y celoso. De la ciudad entera

¿acaso sólo ella ignoraba mi culpa y ni presentía a través de las generales murmuraciones? Muy más, si, como me lo echaban en cara, diz que yo solía presentarme por doquiera y sin escrúpulo alguno con la otra. Por todo esto, la ignorancia de parte de Mirtho roíame el corazón al otro lado de la acusación de los demás. En aquella ignorancia, podría asegurar, radicaba de misteriosa manera y por inextricable encadenamiento de motivos, la piedra de toque, y quizás hasta la razón de ser de la imputación que se me hacía.

Mirtho, sin duda alguna, no sabía, pues, nada de la otra. Esto era incuestionable. Malhadada inocencia suya, en último examen, porque ella, no sé por qué medios, vino a dar a la habladuría azotante de los demás, una cierta vida, un calor y ¡vamos! un sabor de intriga tales, que yo no podía menos que sentirme vacilar arrastrado hasta el filo de una ridícula posición de desconcierto y de absurda atonía.

Ocasión llegó en que habiendo asistido en unión de Mirtho al teatro, nos hallábamos ambos juntos en la sala, cuando en uno de los entreactos, dieron mis ojos con uno de mis amigos. Este distinguíome a su vez e hízome señas para que saliese a atenderle al foyer. Harto nos amábamos con ese muchacho para que, por inusitada que fuera tal invitación en ese instante, yo no la atendiese. Pedí perdón a Mirtho y salí a verle.

—¡Ahora no lo negarás! —exclamó aquel amigo desde lejos—. Allí estás ahora mismo con la otra... ¡Y cuánto se parece a Mirtho!

Repliquéle que no, que él no se había fijado. Fue todo inútil.

Despedíme riendo y volví al lado de Mirtho, sin haber dado mayor importancia a lo que creí un simple juego de camarada y nada más.

Varias veces, posteriormente, estando con ella, tuve, no sin fuertes sobresaltos y alarmas que terminaban es

cierto en seguida, repentina impresión de hallarme en efecto ante otra mujer que no era Mirtho. Hubo noche, por ejemplo, en que esta crisis de duda colmóse en álgida desesperación, por haber percibido un inusitado arrebol de serenidad en el desenvolvimiento de las ondas de un silencio suyo, arrebol completamente extraño a todas las pausas de su voz, y que chilló aquella noche en todo mi corazón. Pero, repito, esas alarmas cedían luego, pensando que ellas deberíanse sin duda a la sugestión obsesiva que podían ejercer los demás cerca de mí.

He de advertir, por lo que esto pudiera dar luz a este enredo, que por raro que parezca el caso, fuera de la vez en que fui presentado a Mirtho, jamás la vi acompañada de tercera persona, y aun más: cuando solía hallarse conmigo, nunca estuvimos sino los dos únicamente.

Así continuaban las cosas, creciente pesadilla que iba a volverme loco, hasta cierta mañana tibia y diáfana en que hallábame en la confitería Marrón, tomando algunos refrescos en compañía de Mirtho. Ante la parva mesa de albo caucho traslúcido estábamos a solas.

—Oye— la murmuré lacerado, como quien manotea a ciegas en un precipicio, mientras las flotantes manos suyas, de un cárdeno espasmódico, subieron a asentar el cabello en sus sienes invisibles— ¿Quieres decirme una cosa?

Ella sonrió llena de ternura y acaso con cierto frenesí.

—¡Oye, Mirtho adorada!— repetíla titubeante.

Interrumpióme violentamente y me clavó sus ojos de hembra en celo, arguyéndome:

—¿Qué dices? ¿Mirtho? ¿Estás loco? ¿Con cara de quién me ves?

Y luego, sin dejarme aducir palabra:

—¿Qué Mirtho es esa? ¡Ah! Con que me eres infiel y amas a otra. Amas a otra mujer que se llama Mirtho.

¡Qué tal! ¡Así pagas mi amor!
Y sollozó inconsolable.

* * *

Calló el adolescente relator. Y, al difuso fulgor de la pantalla, parecióme ver animarse a ambos lados del agitado mozo, dos idénticas formas fugitivas, elevarse suavemente por sobre la cabeza del amante, y luego confundirse en el alto ventanal, y alejarse y deshacerse entre un rehilo telescópico de pestañas.

cera

Aquella noche no pudimos fumar. Todos los ginkés de Lima estaban cerrados. Mi amigo, que conducíame por entre los taciturnos dédalos de la conocida mansión amarilla de la calle Hoyos, donde se dan numerosos fumaderos, despidióse por fin de mí, y, aporcelanadas alma y pituitarias, asaltó el primer eléctrico urbano y esfumóse entre la madrugada.

Todavía me sentía un tanto ebrio de los últimos alcoholes. ¡Oh mi bohemia de entonces, broncería esquinada siempre de balances impares, enconchada de secos paladares, el círculo de mi cara libertad de hombre a dos aceras de realidad hasta por tres sienes de imposible! Pero perdonadme estos desahogos que tienen aún bélico olor a perdigones fundidos en arrugas.

Digo que sentíame todavía ebrio cuando vime ya solo, caminando sin rumbo por los barrios asiáticos de la ciudad. Mucho a mucho aclarábase mi espíritu. Luego hice la cuenta de lo que me sucedía. Una inquietud posó en mi izquierdo pezón. Berbiquí hecho de una hebra de la cabellera negra y brillante de mi novia perdida para siempre, la inquietud picó, revoloteó, se prolongó hacia adentro y traspasóme en todas direcciones. Entonces no habría podido dormir. Imposible. Sufría el redolor de mi felicidad trunca, cuyos destellos trabajados ahora en férrea tristeza irremediable, asomaban larvados en los más hondos paréntesis de mi alma, como a decirme con misteriosa ironía que mañana, que sí, que como no, que otra vez, que bueno.

Quise entonces fumar. Necesitaba yo alivio para mi crisis nerviosa. Encaminéme al ginké de Chale, que estaba cerca.

Con la cautela del caso llegué a la puerta. Paré el oído. Nada. Después de breve espera, dispúseme a retirarme de allí, cuando oí que alguien saltaba de la tarima y caminaba descalzo y precipitadamente dentro de la habitación. Traté de aguaitar, a fin de saber si había allí algún camarada. Por la cerradura de la puerta alcancé a distinguir que Chale hacía luz, y sentábase con gran desplazamiento de malhumor delante de la lamparita de aceite, cuyo verdor patógeno soldóse en mustio semitono a la lámina facial del chino, soflamada de visible iracundia. Nadie más estaba allí.

Dado el aspecto de inexpugnable de Chale, y, según el cual, parecía acabar de despertar de alguna mala pesadilla quizás, consideré importuna mi presencia y resolví marcharme, cuando el asiático abrió uno de los cajones de la mesa y, capitaneado de alguna voz de mando interior e inexorable, que desenvainóle el cuerpo entero en resuelto avance, extrajo de un lacónico estuche de pulimentado cedro, unos cuerpos blancos entre las uñas lancinantes y asquerosas. Los puso en el borde de la mesa. Eran dos trozos de mármol.

La curiosidad tentóme. Dos trozos ¿de mármol eran? Eran de mármol. No sé por qué, desde el primer momento, esas piezas, sin haberlas tocado ni visto claramente y de cerca, vinieron a través del espacio, a barajarse entre las yemas de mis dedos, produciéndome la más segura y cierta sensación del mármol.

El chino las volvió a coger, angulando en el aire miradas por demás febriles y de angustioso devaneo, para que ellas no recorrieran ante mí ciertas presunciones sobre la causa de su vigilia. Las cogió y examinólas detenidamente a la luz. Sí. Dos pedazos de mármol.

Luego, sin abandonarlos, acodado en la mesa, desahguó entre dientes algún monosílabo canalla que alcanzó apenas a ensartarse en el ojo tajado, donde el alma del chino lagrimeó de ambición mezclada de impotencia. Hala otra vez el mismo cajón y aupado acaso por un viejo tesón que redivivía por centésima vez, toma de allí numerosos aceros, y con ellos empieza a labrar sus mármoles de cábala.

Ciertas presunciones, dije antes, saltaron ante mí. En efecto. Conocía yo desde dos años atrás a Chale. El mongol era jugador. Y jugador de fama en Lima; perdedor de millares, ganador de tesoros al decir de las gentes. ¿Qué podía significar pues entonces esa vela tormentosa, ese episodio furibundo de artífice nocturno? ¿Y esos dos fragmentos de piedra? Y luego ¿por qué dos y no uno, tres o más? ¡Eureka! ¡Dos dados! Dos dados en gestación.

El chino labraba, labraba desde el vértice mismo de la noche. Su faz, entre tanto, también labraba una infinita sucesión de líneas. Momentos hubo que Chale exaltábase y quería romper aquellos cuerpezuelos que irían a correr sobre el tapete persiguiéndose entre sí, a las ganancias del azar y la suerte, con el ruido de dos cerrados puños de una misma persona, que se diesan duro el uno al otro, hasta hacer chispas.

Por mi parte habíame interesado tanto esta escena, que no pensé ni por mucho en abandonarla. Parecía tratarse de una vieja empresa de paciente y heroico desarrollo. Y yo aguzábame la mente, indagando lo que perseguiría este enfermo de destino. Burilar un par de dados. ¿Y bien?

Tanto se afirma sobre maniobras digitales y secretas desviaciones o enmiendas a voluntad en el cubileteo del juego, que, sin duda, díjeme al cabo, algo de esto se propone mi hombre. Esto por lo que tocaba al fin. Pero lo que más me intrigaba, como se comprenderá, era el

arte de los medios, en cuya disposición parecía empeñarse Chale a la sazón, esto es, la correlación que debía de prestablecerse, entre la clase de dados y las posibilidades dinámicas de las manos. Porque si no fuese necesaria esta concurrencia bilateral de elementos ¿para qué este chino hacía por sí mismo, los dados? Pues cualquier material rodante sería utilizable para el caso. Pero no.

Es indudable que los dados deben de estar hechos de cierta materia, bajo este peso, con aquel aristaje, exagonados sobre tal o cual impalpable declive para ser despedidos por las yemas de los dedos; y luego, estar pulidos con esa otra depresión o casi inmaterial aspereza entre marca y marca de los puntos o entre un ángulo poliédrico y el exergo en blanco de una de las cuatro caras correspondientes. Hay, pues, que suscitar la aptitud de la materia aleatoria, para hacer posible su obediencia y docilidad a las vibraciones humanas, en este punto siempre improvisadas, y triunfadoras por eso, de la mano, que piensa y calcula aún en lo más oscuro y ciego de estos avatares.

Y si no, había que observar al asiático en su procelosa jornada creadora, cincel en mano, picando, rayando, partiendo, desmoronando, hurgando las condiciones de armonía y dentaje entre las innacidas proporciones del dado y las propias ignoradas potencias de su voluntad cambiante. A veces, detenida su labor un punto, contemplaba el mármol y sonreía su rostro de vicioso, melado por la lumbre de la lámpara. Luego con aire tranquilo y amplio, golpeaba, cambiaba de acero, hacía rodar el juguete monstruoso ensayándolo, confrontaba planos tenaz, pacientemente y cavilaba.

Pocas semanas después de aquella noche, quienes hubo que murmuraban entre atorrantes y demás círculos de la cuerda, cosas estupefacientes e increíbles sobre grandes acontecimientos recientemente habidos en las

casas de juego de Lima. De mañana en mañana las leyendas fabulosas crecían. Una tarde del último invierno, en la puerta del Palais Concert, refería un exótico personaje de biscotelas chorreantes, a un grupo de mozos, que le oían por todas las orejas:

—Chale, para poder ganar esos diez mil soles, no ha jugado limpio. Yo no sé cómo. Pero el chino se maneja una misteriosa, inconstatable prestidigitación sobre el tapete. Eso no se puede negar. Fíjense ustedes —recalcó aquel hombre con gravedad siniestra— que los dados con que juega ese chino, jamás aparecen en las manos de otro jugador que no sea Chale. Hablo sobre datos inequívocos de propia observación. Esos dados tienen, pues, algo. En fin... Yo no sé...

Una noche lanzóme la inquietud al antro donde jugaba Chale.

Era una casa de juego para los más soberbios duelos del tapete.

Había mucha gente en torno de la mesa. La cabestreada atención de todos hacia el paño ganglionado de montones de billetes, díjome que esa era noche de gran borrasca. Abriéronme paso algunos conocidos que entusiastas me echaban a apostar.

Allí estaba Chale. Desde la cabecera de la mesa, presidía la sesión, en su impasible y torturante catadura todopoderosa: dos correas verticales por cuello, desde los parietales chatos de ralo pelaje, hasta las barras lívidas de las clavículas; boca forjada a la mala en dos jebes tensos de codicia, que no se entreabrían jamás en sonrisa por miedo a desnudarse hasta el hueso; camisa heroica hasta los codos. El latido de la vida saltábale de un pulso al otro, buscando las puertas de las manos para escapar de cuerpo tan miserable. Livor nauseante sobre los pómulos de caza.

Podría decirse que allí se había perdido la facultad de hablar. Señas. Adverbios casi inarticulados. Interjec-

ciones arrastradas. ¡Oh, cuánto quema a veces el resuello branquial de lo que anda muerto, y sin embargo vivo en cada uno de nosotros!

Propúseme observar con toda la sutileza y profundidad de que era capaz, las más mínimas ondas psicológicas y mecánicas del chino.

Rayaba la una de la madrugada.

Alguien apostó cinco mil soles a la suerte. El aire chasqueó como agua caliente estocada por la primera burbuja de la ebullición. Y si quisiera yo ahora precisar cómo eran las caras circunstantes en aquellos segundos de prueba, diría que todas ellas rebasáronse a sí mismas y fueron a ser refregadas y estrujadas con el par de dados entre las propias manos ásperas y fatales de Chale, encendiéndose y afilándose allí, hasta urgir y querer arrancar una novena arista milagrosa a cada dado, como ansiada sonrisa del destino. Chale deshízose violentamente de los dados, como de un par de brasas que chisporroteasen, y rugió una hienada formidable grosería que trascendió en la sala a carne muerta.

Palpéme en mi propio cuerpo como buscándome, y me dí cuenta de que allí estaba yo temblando de asombro. ¿Qué había sentido el chino? ¿Por qué arrojó los dados así, como si le hubiesen quemado o cortado las manos? ¿El ánimo de aquellos jugadores todos, como es natural, en contra suya siempre, había, ante tan crestada apuesta, así llegádole a herir de tal manera?

Mientras los dados estuvieron abandonados sobre el paño de esmeralda, vinieron a mi memoria los dos trozos de mármol que vi troquelar a Chale en ya lejana noche. Estos dados, que ahora veía, provenían por cierto de las nacientes joyas de entonces, pues he aquí que ellos eran de un mármol albicante y traslúcido en los bordes y de brillo firme casi metálico en los fondos. ¡Bellos cubos de Dios!

El chino, luego de corta vacilación, recogió otra vez los dados y siguió su juego, no sin algún temblor convaleciente en las sienes que quizás sólo yo percibí con harto trabajo.

Tiró una vez. Barajó. Volvió a tirar dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho veces. La novena pintó quina y sena.

Todos parecieron descolgarse de una picota y resucitar. Todos humanizáronse de nuevo. Por allí se pidió un cigarrillo. Tosieron. Chale pagó dos mil quinientos soles. Yo lancé un suspiro. Luego tragué saliva. Hacía calor.

Formuláronse nuevas apuestas y continuó la trágica disputa de la suerte con la suerte.

Noté que la pérdida que acababa de tener Chale no le había inmutado absolutamente, circunstancia que venía a echar aún mayor sombra de misterio sobre el motivo de su inusitado rapto de ira anterior que, por lo visto, no podía atribuirse a claro alguno producido en los millares de su banca. De ninguna manera. De veras, aquel fogonazo nervioso, por incausado, al parecer, socavaba mi espíritu con crecientes cavilaciones sobre posibles inteligencias del chino con corrientes o potencias que danse más allá de los hechos y de la realidad perceptible. ¿Hasta dónde, en efecto podría Chale parcializar al destino en su favor por medio de una técnica sabia e infalible en el manejo de los dados?

En el primer juego que siguió al de los cinco mil soles, fue de nuevo esta misma cantidad, apuntada esta vez al azar. Varios acompañaron con menores apuestas a las quinientas libras. Y el ambiente de combate fuele ahora aun más enteramente hostil al banquero.

Los dados saltaron de la diestra del asiático, juntos, al mismo tiempo, dotados de un impulso igual. Con un instrumento de medida que pudiese registrar en cifras innominables las humanas ecuaciones gestadoras de acción más infinitesimales, habríase constatado la simulta-

neidad absolutamente matemática con que ambos mármoles fueron despedidos al espacio. Y juraría que, al auscultar la relación de avance que desarrollábase entre esos dos dados al iniciar su vuelo, lo que hay de más permanente, de más vivo, de más fuerte, de más inmutable y eterno en mi ser, fundidas todas las potencias de la dimensión física, se dio contra sí mismo, y así pude sentir entonces en la verdad del espíritu, la partida material de esos dos vuelos, a un mismo tiempo, unánimes.

Chale había arrojado los dados constriñendo toda su escultura hacia una desviación anatómica tan rara y singular, que ello turbó aún más mi ya sugestionada sensibilidad. Diríase que en ese momento había el jugador estilizado toda su animalidad, subordinándola a un pensamiento y un deseo únicos a la sazón en su juego.

En efecto. ¿Cómo poder describir semejante movimiento de sus huesosos flancos, arrimándose uno contra otro, por sobre la gritería misma de un silencio de pie suspenso entre los dos guijarros de la marcha; semejante ritmo de los omóplatos transfigurándose, empoollándose en trucas alas que, de pronto, crecían y salían fuera, ante la ceguedad de todos los jugadores que nada de esto percibían y que me dejaban ¡ay, sólo ante aquel espectáculo que me castigaba en todo el corazón!... Y aquella confluencia del hombro derecho, quieta, esperando que la frente del chino acabase de ganar todo el arco que la intuición y el cálculo mental de fuerzas, distancias, obstáculos, elementos aceleratrices y hasta del máximo de intervención de una segunda potestad humana, tendían, templaban, ajustaban desde el punto más alto de la vidente voluntad del hombre hasta los cercos lindantes a la omnipotencia divina... Y esa muñeca pálida, alambreada, neurótica, como de hechicería, casi diafanizada por la luz que parecía portar y transmitir en vértigo a los dados, que la esperaban en la cuenca de la mano, saltando, hidrogénicos, palpitantes, cálidos, blan-

dos, sumisos, transustanciados tal vez, en dos trozos de cera que sólo detendríanse en el punto del extendido paño, secretamente requerido, plasmado por los lados que plugo al jugador... La presencia entera de Chale y toda la atmósfera de extraordinaria e ineludible soberanía que desarrolló en la sala en tal instante, habíanme envuelto también a mí, como átomo en medio del fuego solar de mediodía.

Los dados volaron, mejor, corrieron tropezándose entre sí, patinando, saltando isócronos a veces, con el rehillo punzante de dos tambores que batieran en redoble de piedra la marcha de lo que no podía volver atrás, aun a pesar de Dios mismo, ante las pobres miradas de aquella estancia, solemne y recogida más que iglesia a la hora de alzar la hostia consagrada...

Vibrante, grisácea línea trazaba cada dado al rodar. Una de esas líneas empezó a engrosar, fue desdoblándose en manchas unas más blancas que otras; pintó sucesivamente 2 puntos negros, luego 5, 4, 2, 3 y plantóse por fin marcando quina. El otro mármol ¡oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! el otro mármol ¡oh la partida simultánea de los dados! el otro avanzó tres dedos más que el anterior, y por parecido proceso de evolución hacia la meta insospechada, fue a presentar también 5 puntos de carbón sobre el tapete. ¡Suerte!

El chino, con la serenidad de quien lee un enigma cuyos términos le fuesen desde mucho antes familiares, hizo ingresar a su banca los cinco mil soles de la apuesta.

Alguien dijo a media voz:

—¡Es una barbaridad! Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

El chino, repetí para mí, no hay duda, tiene completo dominio sobre los dados que él mismo labrara, y, acaso todavía más, es dueño y señor de los más indes-

cifrables designios del destino, que le obedecen ciegamente.

Los más poderosos jugadores parecieron encolerizarse y refunfuñar contra Chale, a raíz de la última jugada. La sala entera sacudióse en un espasmo de despecho; y quizá la protesta amordazada de esa masa de seres a los que así golpeaba la invencible sombra del destino encarnada en la fascinante figura de Chale, estuvo a punto de traducirse en un zarpazo de sangre. Un solo gran infortunio puede más que millares de pequeños triunfos dispersos y los atrae y ata a sus huracanadas entrañas, hasta untarles por fin en su aceite incandescente y funerario. Todos esos hombres debieron sentirse heridos por la última victoria del chino, y, llegado el caso, todos le habrían arrancado la vida a las ganadas. Hasta yo mismo —me aguijonea el remordimiento al recordarlo— hasta yo mismo odié furiosamente a Chale en ese instante.

Siguió una apuesta de diez mil soles al azar. Todos temblamos de expectación, de miedo y de una misericordia infinita, como si fuésemos a presenciar un heroísmo. La tragedia revolcóse cosquilleante a lo largo de las epidermis. Las pupilas relincharon casi vertiendo lloro puro. Los rostros alisáronse cárdenos de incertidumbre. Chale lanzó sus dados. Y de este solo cordelazo, apuntaron dos senas en el paño. ¡Suerte!

Sentí que alguien se abría paso a mi lado y me apartaba para adelantarse a la mesa, presionándome, casi acogotándome en forma brutal y arrolladora, como si una fuerza irresistible y fatal impulsara al intruso para tal conducta. Quienes estuvieron a mi lado sufrieron idéntico vejamen del desconocido.

Y he aquí que el chino, en vez de recoger el dinero ganado, hizo de él desusado olvido, para como movido por resorte, volver inmediatamente la cara hacia el nuevo concurrente. Chale se demudó. Parece que ambos cho-

caron sus miradas, a modo de dos picos que se prueban en el aire.

El recién llegado era un hombre alto y de anchura proporcionada y hasta armoniosa; aire enhiesto; gran cráneo sobre la herradura fornida de un maxilar inferior que reposaba recogido y armado de excesiva dentadura para mascar cabezas y troncos enteros; el declive de los carrillos anchábase de arriba abajo. Ojos mínimos, muy metidos, como si reculasen para luego acometer en insospechada embestida, las niñas sin color, produciendo la impresión de dos cuencas vacías. Tostado cutis; cabello bravo; nariz corva y zahareña; frente tempestuosa. Tipo de pelea y aventura, sorpresivo, preñado de sugerencias embrujadas como boas. Hombre inquietante, mortificante a pesar de su alguna belleza; céntrico. ¿Su raza? No acusaba ninguna. Aquella humanidad peregrina quizá carecía de patria étnica.

Tenía innegable traza mundana y hasta de clubman intachable, con su correcto vestir y su distinción, y el desenfado inquerido de sus ademanes.

Apenas este personaje tomó una posición junto al tapete, todo el gas envenenado de ebriedad y codicia, que respirábamos en la sala, inclusive el de la última jugada de diez mil soles, la mayor de la noche, despejóse y desapareció súbitamente. ¿Qué oculto oxígeno traía, pues, aquel hombre? De haberse podido ver el aire entonces, lo habríamos hallado azul, serena y apaciblemente azul. De golpe recobré mi normalidad y la luz de mi conciencia, entre un hálito fresco de renovación sanguínea y de desahogo. Sentí que me liberaba de algo. Hubo un dulce remanso en la expresión de todos los semblantes. El señorío de Chale y todas sus posturas de sortilegio se acabaron.

En cambio, una cosa allí nacía. Una cosa en forma de sensación de curiosidad, primero, luego de extrañeza y de espinosa inquietud. Y esa inquietud partía, induda-

blemente, de la presentación del nuevo parroquiano. Sí. Pues él —yo lo hubiera afirmado con mi cuello— traía algún propósito apabullante, algún designio misterioso.

El asiático estaba demudado. Desde que éste advirtió al desconocido, no volvió a mirarle cara a cara. Por nada. Aseguraría que le tomó miedo y que en él más que en ningún otro de los presentes, el efecto repulsivo y aborrecible que despertaba ese hombre, fue mucho mayor para ser disimulado. Chale le odiaba, le temía. Esa es la palabra: le tenía miedo. Además, nadie había visto jamás a tal caballero en aquella casa de juego. Chale ni siquiera le conocía. Detonaba, pues, también por esto su presencia.

El clubman de súbito empezó a respirar con trabajo, como si se asfixiara. Jadeaba mirando fijamente al cabizbajo chino que parecía triturado por aquella mirada, mutilado, reducida a pobres carbones toda su personalidad moral, toda su confianza en sí mismo de antes, toda su beligerancia triunfadora siempre del hado. Chale, cariacontecido, como niño cogido en falta, movía los dedos en el hueco de su diestra temblorosa, queriendo derribarlos por impotencia.

El corro, poco a poco, llegó a converger todas sus miradas en el forastero que aún no había pronunciado palabra. Se hizo silencio.

Por fin el recién llegado dijo dirigiéndose al chino:

—¿Cuánto importa toda su banca?

El interrogado pestañeó haciendo una mueca apocalíptica y ridícula de desamparo, como si fuese a recibir una bofetada mortal. Y volviendo en sí, balbuceó, sin saber lo que decía:

—Allí está todo.

La banca importaba más o menos cincuenta mil soles.

El hombre equis nombró esta suma, extrajo una cantidad igual de su cartera y con majestad la colocó en el

pañó, apostándola al azar, ante el pasmo de los circunstantes. El chino se mordió los labios. Y, siempre rehuendo el rostro de su nuevo adversario, empezó a barajar los cubos de mármol, sus cubos.

Nadie acompañó a tan monstruosa y atrevida apuesta.

El apostador único, solitario, sin que nadie, absolutamente nadie, menos el chino, pudiese advertirlo, extrajo del bolsillo su revólver, acercólo sigilosamente al cerebro de Chale, y, la mano en el gatillo, erectó el cañón hacia aquel blanco. Nadie, repito, percibió esta espada de Damocles que quedó suspendida sobre la vida del asiático. Muy al contrario. La espada de Damocles viéronla todos suspendida sobre la fortuna del desconocido, pues que su pérdida estaba descontada. Recordé lo que momentos antes habíase susurrado en la sala:

—Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

¿Era su buena suerte? ¿Era su sabiduría? No lo sé. Pero yo era ahora el primero que preveía la victoria del chino.

Eché éste los dados. ¡Oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! De nuevo, y con más óptima elocuencia, repitióse ante mis ojos y ante mi alma, el espectáculo extraordinario, la desviación anatómica, la polarización de toda la voluntad que doma y sojuzga, entraba y dirige los mas inextricables designios de la fatalidad. De nuevo, ante el esfuerzo creador del lanzador de dados, sobrecogido fui de un cataclismo misterioso que rompía toda armonía y razón de ser de los hechos y leyes y enigmas en mi cerebro estupefacto. De nuevo esa partida simultánea de los dados ante iguales términos aleatorios de apuesta. De nuevo abrí los ojos desmesurándolos para constatar la suerte que vendría a agraciar al gran banquero.

Los mármoles corrieron y corrieron y corrieron.

El cañón y el gatillo y la mano esperaban. El de la gran parada no miraba los dados: sólo miraba fija, terrible, implacablemente a la testa del asiático.

Ante aquel desafío, que nadie notaba, de ese revólver contra ese par de dados que pintarían el número que pluga a la invencible sombra del Destino, encarnada en la figura de Chale, cualquiera habría asegurado que yo estaba allí. Pero no. Yo no estaba allí.

Los dados detuviéronse. La muerte y el destino tiraron de todos los pelos.

¡Dos ases!

El chino se echó a llorar como un niño.

fabla salvaje

I

Balta Espinar levantóse del lecho y, restregándose los adormilados ojos, dirigióse con paso negligente hacia la puerta y cayó al corredor. Acercóse al pilar y descolgó de un clavo el pequeño espejo. Vióse en él y tuvo un estremecimiento súbito. El espejo se hizo trizas en el enladrillado pavimento, y en el aire tranquilo de la casa resonó un áspero y ligero ruido de cristal y hojalata.

Balta quedóse pálido y temblando. Sobresaltado volvió rápidamente la cara atrás y a todos lados, como si su estremecimiento hubiérase debido a la sorpresa de sentir a alguien agitarse furtivamente en torno suyo. A nadie descubrió. Enclavó luego la mirada largo rato en el tronco del alcanfor del patio, y tenues filamentos de sangre, congestionada por el reciente reposo, bulleron en sus desorbitadas escleróticas y corrieron, en una suerte de aviso misterioso, hacia ambos ángulos de los ojos asustados. Después miró Balta el espejo roto a sus pies, vaciló un instante y lo recogió. Intentó verse de nuevo el rostro, pero de la luna sólo quedaban sujetos al marco uno que otro breve fragmento. Por aquestos girones brillantes, semejantes a parvas y agudísimas lanzas, pasó y repasó la faz de Balta, fraccionándose a saltos, alargada la nariz, oblicuada la frente, a retazos los labios, las orejas disparadas en vuelos inauditos... Recogió algunos pedazos más. En vano. Todo el espejo habíase deshecho en lingotes sutiles y menudos y en polvo hialóideo, y su reconstrucción fue imposible.

Cuando tornó al hogar Adelaida, la joven esposa, Balta la dijo con voz de criatura que ha visto una mala sombra:

—¿Sabes? He roto el espejo.

Adelaida se demudó.

—¿Y cómo lo has roto? ¡Alguna desgracia!

—Yo no sé cómo ha sido, de veras...

Y Balta se puso rojo de presentimiento.

Atardeció. Sentóse él a la mesa para la comida en el corredor. Desde el poyo contemplaba Balta, con su viril dulcedumbre andina, el cielo rosado y apacible de julio, que adoselaba con variantes profundas los sembríos de las lejanas quintas de la banda. Por sobre la rasante del huerto emergía la briosa cabeza de "Rayo", el potro favorito y mimado de Balta. Miróle éste, y el corcel reposó un momento sus grandes pupilas equinas en su amo, hasta que una gallina del bardal turbó el grave silencio de la tarde, lanzando un cántico azorado y plañidero.

—¡Balta! ¿Has oído? —exclamó sobresaltada Adelaida, desde la cocina.

—Sí... Sí he oído. Qué gallina más zonza. Parece que ha sido la "palucha".

—¡Jesús! ¡Dios me ampare! Qué va a ser de nosotros...

Y Adelaida irrumpió en la puerta de la cocina, mirando ávidamente hacia el lado del gallinero.

"Rayo" entonces relinchó medrosamente y paró la oreja.

—Es necesario comerla —dijo Balta, poniéndose de pie—. Cuando canta una gallina, mala suerte, mala suerte... Para que muera mi madre, una mañana, muchos días antes de la desgracia, cantó una gallina vieja, color de habas, que teníamos.

—¿Y el espejo, Balta? ¡Ay Señor! Qué va a ser de nosotros...

Adelaida sentóse en el otro poyo, llevó ambas manos al rostro y se echó a sollozar. Silenciosamente lloraba. El marido estuvo meditando y callado algunos minutos.

Esposos felices hasta entonces. Muchacho aún, él adoraba tiernamente a su mujercita. Pálido, anguloso, de sana mirada agraria, diríase vegetal, y lapídea expresión en el vivaz continente, alto, fuerte y alegre siempre, Balta pasó su luna de miel lleno de delicias, rebosante de ilusión y muy confiado en los años futuros del hogar. Era agricultor. Era un buen campesino, más de la mitad oscuro aldeano de las campiñas. Adelaida era una dulce chola, riente, lloradora, dichosa en su reciente curva de esposa, pura y amorosa para su caro varón.

Adelaida, además, era una verdadera mujer de su casa. Con el cantar del gallo se levantaba, casi siempre sin que la sintiera el marido; con suma cautela, callada persignábase, rezaba en voz baja su oración matinal, y a la húmeda luz de la aurora que a cuchilladas penetraba por las rendijas de las ventanas, atravesaba de puntillas con sus zapatos llanos el largo dormitorio y salía. A la hora en que Balta abandonaba el lecho, ya Adelaida había ido a acarrear agua del chorro de la esquina, en sus dos grandes cántaros, el tiznado y el vidriado, que cabían por uno y medio de los corrientes. ¡Cuántos años tenía Adelaida aquellos cántaros! Se los regaló su tía abuela materna, doña Magdalena, cuando Adelaida era criatura, en gratitud al cariño y apasionada asistencia con que solía acompañarla día y noche, en su vejez achacosa y solitaria. A su vez, a la donante viejecita habíanle sido comprados y obsequiados por el tío Samuel, el día en que doña Magdalena, siendo aún señorita, obtuvo el honor de ingresar a la Sagrada Asociación del Corazón de Jesús del lugar, congregación de gran tono, formada sólo por la gente visible de la aldea.

El cántaro que Adelaida nombraba el tiznado no tenía en verdad nada en sí de excepcional, sino era los años de servicios y su tradición gentilicia. En cambio, el vidriado tenía un mérito originalísimo y fantástico. Ello es que un día, cuando tales vasijas pertenecían a la tía abuela aún, Adelaida, que apenas tenía siete años, fue a traer agua de la poza en el vidriado. Bien lo recordaba Adelaida. No podía llevar los dos cántaros, porque era muy pequeña y se habría caído con ellos. La siguió "Picaflor", la faldera blanca y sedosa. De repente, ingresando el cántaro al fondo de la oscura compuerta para colmarse, pasaron por allí algunos perros en encelada caravana; "Picaflor" entropóse a ellos, y alejándose fue hasta perderse en la próxima esquina, a despecho de las llamadas y amonestaciones de Adelaida. Cuando volvió, el animal enardecido acezaba y gruñía. Al acercarse a la niña, pareció irritarse más, empezó a escarbar furiosamente con las patas traseras y desnudó los finos colmillos y las rojas encías, despidiendo rencor por todas las comisuras y contracciones de su máscara. Ladró, enfureciéndose más y más. Adelaida la llamaba: "Picaflor" To... To... ¡"Picaflor"! Y la can ingrata jadeaba sofocada, parapetada en una piedra, pronta al mordisco; algunas veces husmeada agitadamente el suelo, buscando, echando de menos algo, con amoroso ahinco. Después volvía a Adelaida el hocico amenazador, y hasta hubo momentos en que saltaba e hincaba los dientes en el traje. La niña se puso a llorar, asiéndose a unos rocosos y grandes pedruscos y pateando inocentemente a la bestia rabiosa.

El torrente seguía resonando en la oscura gruta.

De improviso "Picaflor" frunció las ventanillas de la nariz y las hizo latir con creciente alborozo y con no se qué mohín cordial en sus ojillos húmedos, color de bilis muerta. Dejó bruscamente de ladrar, fue acercándose al borde de la compuerta, y he allí que, como llamada por

invisible mano, metió toda la cabeza dentro de la sombra profundidad, lamió adentro la vaga figura del vidriado y empezó a mover el rabo con loco regocijo. Volvió de un salto hacia a Adelaida y encabritándose ante ella, dobló las manitos esclavas, como pidiendo perdón, y lamía los desnudos y tostados brazos de su pequeña ama, con su ciego y jubiloso cariño de animal que reconoce a su dueño...

II

A la hora en que Balta salía de dormir, ya Adelaida había también regado, y, con escoba que ella misma hacía de verdes y olorosas hierbasantas traídas a esa hora de la campiña, había barrido, plata, los dos corredores, los dos patios hasta cerca de los primeros rellanos del huerto, la pequeña sala de arriba, el zaguán y la calle correspondiente a la casa. Se había lavado, y cuando servía el caldo matinal, de rica papaseca, festoneada de tajadas de áureo rocoto perfumado, a su marido plácido, todavía caían al plato humeante algunas gotas de mujer, de sus largas y negras trenzas.

Adelaida era una verdadera mujer de su casa. Todo el santo día estaba en sus quehaceres, atareada siempre, enardecida, matriz, colorada, yendo, viniendo y aún metiéndose en trabajos de hombre. Un día Balta estuvo en la chacra, lejos. La mujer, agotadas sus faenas, propias de su incumbencia femenina, fue al corral, y sacó a "Rayo". El caballo venía buenamente a la zaga de Adelaida, que lo ató al alcanfor del patio, y trajo seguidamente las tijeras. Se puso a pelarlo. Mientras hacía esto cantaba un yaraví, otro. Tenía una voz dulce y fluvial; esa voz

riposa y sufrida que entre la boyada es guía en las espadañas yermas, acicate o admonición apasionada en las siembras; esa voz que cabe los torrentes y bajo los arqueados y sólidos puentes, de maderos y cantos más compactos que mármol, arrulla a los saurios dentados y sangrientos en sus expediciones lentas y lejanas en los remansos alvinos, y a los moscardones amarillos y negros en sus vagabundeos de pecíolo en pecíolo; esa voz que enronquece y se hace hojarasca lancinante en la garganta, cuando aquel cabro color de lúcumá, púber ya, de pánico airón cosquillante y aleznada figura de incubo, sale y se va a hacer daño al cebadal del vecino, y hay que llamarlo con silbido del más agudo pífano y a piedra de honda, luciendo así la de lana verde y dorada que tejieran en regalo manos amorosas, y que, por esto, duele de veras estropearla y acabarla. Voz que en las entrañas de la basáltica peña índiga de enfrente tiene una hermana encantada, eternamente en viaje y eternamente cautiva... Así era la voz de Adelaida.

“Rayo” dejábase.

—Mañana, señor, va usted a portarse muy bien. Su dueño quiere tirar la prosa. Ya sabe usted. Déjese, déjese. Debe usted presentarse hermoso.

El potro se inclinaba, deponiendo ante la dulce voz de la hembra imperiosa las tablas del fornido y gallardo cuello reluciente.

Adelaida acabó el trasquilo.

—¿Qué estás haciendo?

Balta llegó y su mujer se echó a reír, respondiéndole, bajo un halo llameante de casta verecundia:

—Nada. Ya está. Ya está terminado.

—Con que sólo para pelar al animal vengo, suspendiendo y abandonando tanto trabajo que hay. ¡Qué tal mujercita!

Ella se reía más dulcemente aún, y el marido acaricióla conmovido y lleno de pasión.

III

Aquel día en que cantó la gallina, Adelaida estuvo gimiendo hasta la hora en que se acostó.

Fue una noche triste en el hogar.

Balta no pudo dormir. Revolvíase en la cama, sumido en sombríos pensamientos. Desde que se casaron era la primera zozobra que turbaba su felicidad. De vez en cuando se oía el gemir entrecortado de Adelaida.

A Balta habíale ocurrido una cosa extraña al mirarse en el espejo: había visto cruzar por el cristal una cara desconocida. El estupor relampagueó en sus nervios, haciéndole derribar el espejo. Pasados algunos segundos, creyó que alguien habíase asomado por la espalda al cristal, y después de volver la mirada a todos lados en su busca, pensó que debía estar aún trastornado por el sueño, pues acababa de levantarse, y se tranquilizó. Mas, ahora, en medio de la noche, oyendo sollozar desvelada a su mujer, la escena del espejo surgía en su cerebro y le atormentaba misteriosamente. No obstante, creyó de su deber consolar a Adelaida.

—No juegues, Adelaida —le dijo—. Llorando porque canta una gallina. ¡Vaya... No seas chiquilla!

Esto lo dijo haciendo de tripas corazón, pues aguja muy fina jugaba a lo largo de sus tensas venas y cosía ahí un recodo a otro, una papila firme y vibrátil a otra fugitiva, con dura pita negra que él nunca había visto brotar de los vastos pencales maduros... Era dura esa pita, y le hacía doler; y esa aguja erraba vertiginosa-

mente en su sangre conturbada. Balta quería cogerla y se le escurría de los dedos. Sufría, en verdad. No quería dar importancia al incidente del espejo, y sin embargo, éste le perseguía y le mordía con sorda obstinación.

Al otro día Balta lo primero que hizo al salir a la calle fue comprar un espejo. Tenía la fantástica obsesión del día anterior. No se cansaba de mirar en el cristal, pendiente en la columna. En balde. La proyección de su rostro era ahora normal y no la turbó ni la más leve sombra extraña. Sin decirle nada a Adelaida, fue a sentarse en uno de los enormes alcanfores, cortados para vigas, que habían agavillados en el patio, contra uno de los muros, y estuvo allí ante el espejo, horas enteras. La mañana estaba linda, bajo un cielo sin nubes.

Sorprendióle la vieja Antuca, madre de Adelaida, que venía a pedir candela. Díscola suegra esta, medio ciega de unas cataratas que cogió hacía muchos años, al pasar una medianoche, a solas, por una calle, en una de cuyas viviendas se velaba a la sazón un cadáver; el *aire* la hizo daño.

—¿No te has ido a la chacra, Balta? Don José dice que el triguito de la pampa ya está para la siega. Dice que el sábado lo vio, cuando volvía de las Salinas...

Balta tiró una piedra.

—¡Choo... Chooo! ¡Adelaida! ¡Esa gallina!

Las gallinas picoteaban el trigo lavado para almidón que, extendido en grandes cobijas en el patio, se secaba al sol de la mañana.

Cuando se fue la vieja, dejó la portada abierta y entró un perro negro de la vecindad. Acercóse a Balta que seguía sentado en las vigas color de naranja, y empezó a husmear y a mover su larga cola lanuda, haciendo fiestas con gazmoñería acrobática y mal disimulada. Balta, que se entretenía lanzando destellos de sol con el espejo por doquiera, puso delante del perro la luna. El vagabundo can miró mudamente a la superficie azul y sin

fondo, oliéndola, y ladró a su estampa con un ladrido lastimero que agonizó en un retorcimiento elástico y agudo como un látigo.

Vinieron las cosechas.

Balta no volvió a recordar más de cuanto aconteció en el hogar aquella tarde en que la gallina dio su canto, hasta un día de setiembre, en que Adelaida, en la parva de trigo, le dijo de improviso:

—Levanta tú esa alforja. Yo ya no puedo con ella.

—¿Estás enferma?

Adelaida bajó sus ojos dulces de mujer, con un aire inefable de emoción.

—¿Y desde cuándo? —repuso él, en voz baja y paterna, empapada de felicidad y lacerada de lágrimas.

Adelaida lloró, y luego se abrazaron padre y madre.

Musitó ella tímida y pudorosa:

—Según creo desde julio.

Habiendo oído Balta estas graves palabras, y luego de meditar un momento, una nube sombría subió con ferrado vuelo a su frente. “Desde julio...”, pensó. Y entonces recordó, después de largo tiempo, la visión intempestiva que, como en sueños, tuvo en el espejo, aquella lejana tarde de julio, y la ruptura del espejo, por el estupor de esa visión. “Extraña coincidencia —se dijo en la parva—, bien extraña...” Un misterioso y atroz sentimiento sopló en sus venas un largo calofrío.

Pasaron las cosechas.

Pasó el estío, y llegó el otoño, y, con los días ventosos y ásperos, la época de siembra. Uno que otro día bajaba una lluvia fuerte y brusca, y siempre tempestuosas nubes altas poblaban el espacio.

Balta y Adelaida trasladáronse a la chacra.

IV

Ya en la chacra, una tarde Balta, al tornar de su trabajo, dio de abreviar a sus bueyes en la laguna de enfrente de la cabaña. A su vez, él, sediento y transido de cansancio, fue a la fuente de agua limpia que manaba entre los matorrales, arrodillóse, y bebió directamente. Se oyó los tragos durante algunos instantes, sumersos los labios. De repente, Balta saltó bruscamente y dio dos o tres pasos atrás tambaleándose y golpeando y haciendo cimbrar el tierno tallo de un alcanfor, cuyo follaje hizo estrepitosas y lúgubres cosquillas en los árboles de la pradera. Miró a uno y otro lado por descubrir quién había a sus espaldas, sin hallar a nadie; buscó entre los matorrales. Nadie. Volaron en diversas direcciones algunas palomas y pajarillos azorados. Un gallinazo, con moroso y aceitado vuelo, pasó de un alcanfor a otro, donde saltó, probó varios ramajes y por fin desapareció con leve y goteante rumor de hojas secas.

De nuevo, y después de algunos meses, aconteció a Balta muy parecida cosa a la que le sucedió aquella tarde de julio ante el espejo. Entre el juego de ondas que producían sus labios al sorber el agua, habían percibido sus ojos una imagen extraña, cuyos trazos fugitivos palpitaron y diéronse contra las sombras fugaces y móviles de las hierbas que cubren en brocal el manantial. El chasquido punteado y ruidoso de sus labios al beber erizó de pavor la visión especular. ¿Quién le seguía así? ¿Quién jugaba con él así, por las espaldas, y luego se escabullía con tal artimaña y tal ligereza? ¿Qué era lo que había visto? La inquietud hincóle en todas sus membranas. Era extraordinario. Vaciló. Creyóse en ridículo, burlado. La cabeza le daba vueltas. Era curioso. ¿Quizá su mujercita que jugaba inocente? No. Ella le respetaba mucho, para hacer eso. ¡No!

Balta era un hombre no inteligente acaso, pero de gran sentido común y muy equilibrado. Había estudiado, bien o mal, sus cinco años de instrucción primaria. Su ascendencia era toda formada de tribus de fragor, carne de surco, rústicos corazones al ras de la gleba patriarcal. Había crecido, pues, como un buen animal racional, cuyas sienes situarían linderos, esperanzas y temores a la sola luz de un instinto cabestreado con mayor o menor eficacia, por ancestrales injertos de raza y de costumbres. Era bárbaro, más no suspicaz.

Desde aquel día en que repitióse, por segunda vez, ante sus ojos perplejos, la imagen extraña en la fuente, Balta iba adquiriendo un aire preocupado. Dábale en qué pensar inmensamente el episodio alucinante. ¿Qué podía ser todo aquello? Quiso decírselo a Adelaida, pero, temiendo hacer el ridículo ante su mujer, optó por guardarle reserva del incidente.

El domingo próximo fue al pueblo. Dio en la plaza con un viejo amigo suyo, camarada de escuela que fue. No pudo resistir a la tentación de comunicarle sus cuitas. El relato lo hizo riendo, dudando por momentos, otras veces poblada el ánimo de mil sospechas, herida de pueril indignación, o torvamente intrigada. El otro se echó a reír a las primeras frases de Balta, y después replicóle con grave acento de convicción:

—No es extraño. A mí me sucede a veces cosa muy semejante. En ocasiones, y esto me acontece cuando menos lo pienso, cruzan como relámpago por mi mente una luz y un mundo de cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen. Cuando estuve en Trujillo, un señor a quien referí esto me dijo que eran rasgos de locura y que debía yo cuidarme mucho...

Balta no pudo entender nada de esto. El relato de su amigo resultóle muy profundo y complicado.

En tanto pasaban las semanas en las siembras.

Balta hubo de ir una mañana a los potreros, a lo largo de un calvero en el arbolado, y bordeando una acequia de regadío. Iba solo. De pronto, y sin darse cuenta, bajaron sus pupilas a la corriente y tuvo que hacerse él a un lado, despavorido. Otra vez asomóse alguien al espejo de las aguas. Prodújose al propio tiempo un rumor fugitivo entre los sauces que erguíanse a la vera del arroyo. Volvió Balta la cara en esa dirección y vio que entre los tupidos ramajes de trepadoras y malvarosas recobraban las hojas su natural posición que, al parecer, acababa de romper y alterar una fuga atropellada y volátil, como de astuto y bárbaro mamífero asustado, o de ágil y certera brazada de alguien que huye. Balta dio gritos de alerta:

—¡Quién va!... ¡Guarda, sinvergüenza!...

Y persiguió a su presa, decidido. Mas todo fue en vano. Vagó en toda la vecindad; escudriñó las copas de los árboles, detrás de las piedras, bajo las compuertas, sin resultado.

Era la tercera vez que sorprendía aquella presencia aleve y desconocida. Tampoco dio noticias de esta nueva aventura a su mujer, aunque un instante sus cavilaciones atreviéronse —¡con esa maldita libertad del pensamiento!— a suponer cosas horribles y ofensivas para ella; o quizá, por eso mismo no la refería nada, y seguía con rigurosa discreción la pista de cuanto pudiera sobreenir a sus sospechas...

Con el decurso de los días mostrábase Balta más taciturno y sombrío. Tenía de vez en cuando largos recogimientos, en que se ponía abstraído y como sonámbulo, o solía alejarse de la casa a solas, sin que se supiese a dónde iba ni a qué iba. Cambiaba notablemente de modo de ser aquel cholo. Con su mujer empezó a conducirse de muy distinta manera que antes, teniendo para ella inusitados arranques de pasión exaltada y dolorosa. Un día la dijo:

—Oye ven. Siéntate aquí.

Sentáronse ambos en el poyo de la puerta que da al cerco del camino. La dio un beso despavorido, y con angustia sin causa suspiró:

—Si ya no me quisieras un día, Adelaida...

Guardó silencio ella, inclinada. Nunca había sido desconfiado él; ¡jamás la espina más leve de un posible olvido hirió su corazón! Fraternal ternura, fe religiosa y ciega, puro y cándido regazo los había unido siempre.

Adelaida penetró al patio, y Balta quedóse solo, en su mismo sitio, sumido en la meditación.

Había tomado una vaga aversión por los espejos. Balta los recordaba con informe y oscuro desagrado. Una noche se soñó en un paraje bastante extraño, llano y monótonamente azulado; veíase solo allí, poseído de un enorme terror ante su soledad, trataba de huir sin poderlo conseguir. En cualquier sentido que fuese, la superficie aquella continuaba. Era como un espejo inconmensurable, infinito, como un océano inmóvil, sin límites. En una claridad deslumbrante, de sol en pleno mediodía, sus náufragas pupilas apenas alcanzaban a encontrar por compañía única su sombra, una turbia sombra intermitente, la que moviéndose a compás de su cuerpo, ya aparecía enorme, ancha, larga; ya se achicaba, eludíase hasta hacerse una hebra impalpable, o ya se escurría totalmente, para volver a pasar a veces tras de sí, como un relámpago negro, jugando de esta suerte un juego de mofa despiadada que aumentaba su pavor hasta la desesperación... Cuando despertó, a los gritos de su mujer, estaban sus ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué has estado soñando? —le preguntó Adelaida, solícita e inquieta—. ¡Te has quejado mucho!

—Ha sido una pesadilla —murmuró él.

Y ambos callaron.

Lo extraño, como se verá, era que Balta no hacía partícipe de nada de estas incidencias a su mujer. Ob-

servaba con ella, en este respecto, el más hermético y cerrado silencio. Y de este modo desarrollábase en su espíritu, como una inmensa tenia escondida, una raíz nerviosa, cuya savia había ascendido desde la linfa estéril de un aciago cristal... ¿Por qué no la había noticiado todo, desde el primer instante, a su compañera? ¿Por qué, al contrario, junto a esta hebra torturadora, que no se sabe a dónde había de ir a ensartarse, encendíase un *grate desconocido entre los brazos de su amor*? ¿Por qué bajaba ese beso tempestuoso y tan cargado? ¿Por qué esa pasión exaltada y dolorosa nacía? La tragedia empezaba, pues, a apolillar, de tal manera, a ocultas, y capa a capa, de la médula para afuera, aquel duro y milenario alcanfor que hace de viga céntrica, suspenso de largo en largo, a modo de espina dorsal, en el techo del hogar...

Balta empezaba a sentir un recelo, *quizá sin motivo*, por su mujer, un recelo oscuro e inconsciente, del cual él no se daba cuenta. Ella tampoco se daba cuenta, aunque notaba que su marido cambiaba en sus relaciones con ella, de modo muy palpable.

—Vámonos ya al pueblo —insinuóle Adelaida, a tiempo en que las faenas triptolémicas tocaban a su fin.

—Aun hay mucho que hacer —respondió Balta misteriosamente.

Desde el domingo en que conversó con su amigo en la plaza, no había vuelto al pueblo. Cuantas veces se ofreció la necesidad de que lo hiciera por razones domésticas, negábase a ello, invocando diversos inconvenientes o pretextando cualquier futilidad. Parecía huir del bullicio y buscar más bien la soledad, sin duda ganoso de comprender a tan menguado perseguidor que, por lo visto, algo intentaba con él, y algo no muy bueno por cierto, ya que así lo asediaba, vigilándole, siguiéndole los pasos, para asegurarse acaso de él, de Balta, o para asesarle quién sabe con qué golpe... Pero también tenía miedo a la soledad de la casa del pueblo, a la sazón aban-

donada y desierta, con sus corredores que las gallinas y los conejos habrían excrementado y llenado de basura. Al pensar en esto, evocaba, sin poderlo evitar, el pilar donde aun estaría el clavo vacante y viudo del espejo. Un torvo malestar le poseía entonces. La evasiva para ir a la aldea se producía rotunda e indeclinable.

Triste y siniestra expresión iba cobrando su semblante. En los días de enero, en que caía aguacero o terribles granizadas, y cuando los campos negros y barbechados ya daban la sensación de gruesos paños fúnebres, estrujados, doblados en grandes pliegues caprichosos, o desgarrados y echados al viento, pábulo tormentoso adquirirían sus inquietudes. Los chubascos, que duraban algunas horas, hacían numerosas charcas en el patio resquebrajado de la morada. Balta, si no había ido a las melgas, o si, a causa de la lluvia, veíase obligado a suspender el trabajo y a recogerse, permanecía sentado en uno de los poyos del corredor, cruzados los brazos, oyendo absortamente el zumbir de la tempestad y del viento sobre la pajiza techumbre que amenazaba entonces zozobrar. Allí solía estarse, hasta que sobreviniera alguna circunstancia que lo reclamase: tal, por ejemplo, para espantar a los puercos que, a causa del eléctrico fluído del aire, hozaban nerviosos el portillo del chiquero, rugiendo y haciendo un ruido ensordecedor. Los golpeaba él con un palo y afianzaba y guarnecía con nuevos cantos la entrada del corral; pero los animales no cedían y seguían rugiendo y empujando con rabia salvaje las piedras de la poterna. "¡Pero qué tienen estos animales del diablo!...", exclamaba Balta, poseído de una impresión de cólera y sutil inquietud de presagio.

El ronquido de la tempestad crecía, y como propinando largos rebencazos al cuerpo entero del viejo bohío, despertaba en todo él intermitentes estremecimientos de zozobra y de terror, en que era el chirrido fácil de una armella suelta, era la caída incierta de una teja

deshecha por tenaz humedad; era aquella chorrera verticular que, siguiendo el sublime juego del aire enrarecido y ahogado, la densidad de la lluvia de la que fugaba el ozono azorado, y los invisibles sesgos de la luz, adolorida, evacuada, y, acentuando su curva aún más asombrosamente, disputaba de súbito otro cauce entre la paja del techo; era el golpe batido y familiar del batán, donde molía Adelaida para la merienda, todo detonaba en los nervios, y una vaga impresión funesta suscitaba en el ánimo. Tal un cerdo maltón, de rojizo cerdaje y grandes púas dorsales que recién acababa de dejar la leche, por haberse perdido su madre no se sabe por dónde en las jalcas, se puso a gritar como loco, corriendo de aquí para allá, entre los demás. Balta le dio una pedrada, y el pobrecito bajó la voz, y así, de rato en rato, se estuvo quejando toda la tarde. ¡Oh la medrosa voz animal, cuando grâves desdichas nos llegan!

Balta sin saber por qué, tuvo miedo afuera y se fue a la cocina. Al cruzar el patio, lleno de charcas, vio temblar borrosa y corrediza una silueta sobre las aguas que danzaban bajo la tempestad. Cuando entró a la cocina lo hizo corriendo y como si lo persiguiesen... Adelaida molía en el batán. Empezaron a conversar entusiastamente. Parecía él querer aturdirse, y le habló a su mujer muy de cerca sobre el invierno que recrudecía y sobre otras bagatelas. De nuevo Adelaida le dijo que era tiempo de regresar al pueblo, y otra vez él repitió:

—¡Aún hay mucho que hacer!... Nos iremos en febrero.

Don José, el viejo alpartidario, y sus dos hijos llegaron completamente mojados. Con ellos vino, todo molido y lloroso, Santiago el hermanito de Adelaida. De uno de sus pies cubiertos de barro manaba una sangre clara, en que había el inocente carmín espontáneo de las tibias granadas de los temples.

Algunos días después, inopinadamente, Balta se fue al pueblo. Se fue solo y directamente a la casa. Penetró al zaguán. Un revuelo espeso y de fuga reventó adentro. Sobre el tejado de enfrente posáronse varias palomas y tórtolas silvestres, de tornasolados cuellos, y asustadas agitáronse aguaitando con sus ardientes ojos amarillos, en todas direcciones. Un conejo tordillo y zahareño no supo por dónde meterse; peleó con otro, gordo y rufo, y, gritando, se atunelaron ambos por entre los nidos de las gallinas. Balta se sintió sacudido de un calofrío de inmensa orfandad; y, echando de ver las paredes tan pronto entelarañadas aun más abajo de las soleras; las hendiduras que los pájaros practicaron entre los adobes; las puertas cerradas con candado, el huerto marchito y difunto, sólo salpicado de unas que otras flores tardías de azafrán, recostóse en el umbral de la puerta de la sala, como guareciéndose, y un llanto que él no pudo contener bañó sus mejillas. ¿Por qué, pues, lloraba así? ¿Por qué?... Luego tuvo un acceso de imprevista serenidad. Siguió al dormitorio, lo abrió y penetró a grandes pasos. Volvió a salir, y aclaróse tosiendo el pecho, del que salió entonces uno como restallido de madera que corre, tropieza, trota y se arrastra sobre la punta de un clavo inmóvil e inexorable. Traía el espejo en una mano. Como quien no hace nada, se vio en el cristal un segundo, pero apenas un segundo de tiempo, y, apartándolo, se quedó tieso como si fuera de palo. ¿Qué vio? ¿La imagen desconocida? ¿No vio más que la suya? Miró a todas partes con modo tranquilo y amplio; miró hacia la huerta, imperturbable, seguro, iluminado.

Esta vez Balta pareció no sobresaltarse; mejor dicho, pareció sobresaltarse demasiado, mucho, en exceso. En aquel instante insólito, no creyó haber visto a ningún

extraño a su espalda, a sus flancos, como en anteriores ocasiones. Era su propia imagen la que él veía ahora, su imagen y no otra. Pero tuvo la sensación inexplicable y absurda de que el diseño de su persona en el cristal operó en ese brevísimo tiempo una serie de vibraciones y movimientos faciales, planos, sombras, caídas de luz, afluencia de ánimo, líneas, avatares térmicos, armonías imprecisas, corrientes internas y sanguíneas y juegos de conciencia tales que no se habían dado en su ser original. ¡Desviación monstruosa, increíble, fenomenal! Desdoblamiento o duplicación extraordinaria y fantástica, morbosa acaso, de la sensibilidad salvaje, plena de prístinos poros receptivos de aquel cholo, en quien, aquel día bárbaro de altura y de revelación, la línea horizontal que iba desde el punto de intersección de sus dos cejas, desde el vértice del ángulo que forman ambos ojos en la visión, hasta el eje de lo invisible y desconocido, se rajó de largo a largo, y una de esas mitades separándose fue de la otra, por una fuerza enigmática pero real, hasta erguirse perpendicularmente a la anterior, echarse atrás, como si alcanzase la más alta soberanía y adquiriese voz de mando, caer por último a sus espaldas, empalmarse a la horizontalidad de la otra mitad, y formar con ella, como un radio con otro, un nuevo diámetro de humana sabiduría, sobre el eterno misterio del tiempo y del espacio...

A su predio tornó Balta esa misma noche. Una vez en su lecho, se sintió acometido de angustioso frenesí, y un insomnio poblado de sombras y de febril alarma goteó toda la noche sobre sus almohadas y sobre su corazón. Por momentos amodorrábase y oscurecía todo su ser, y por momentos cavilaba con gran lucidez. Reflexionaba. En medio del silencio de la noche, desabarquillaba fibra a fibra recuerdos de lugares, fechas, acontecimientos e imágenes, reduciendo relaciones, atando cabos sobre su posición actual en la vida. Acordábase de que él

era huérfano de padre y madre, y que, salvo una hermana que tenía en una hacienda remota, la única sangre suya estaba toda contenida en él nada más. Luego pasaba su pensamiento a su mujer, y por inextricable asociación de ideas, al espejo. Repasaba entonces sus cuitas y sobresaltos por la idea de que alguien le seguía los pasos. Se hacía mil interrogaciones sobre si estaba o no seguro de lo del espejo. Quería fijar bien los contornos de la imagen que veía en el cristal. Esforzábale a ello, sin conseguirlo; mas, si lo hubiera conseguido, se habría tapado los ojos de la imaginación y habría tenido horror. Recordó entonces vagamente lo que le dijo el amigo, el domingo, en la plaza: "...cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen". Después recordaba otras cosas. Cuando era aún maltón tenía reuniones nocturnas con numerosos muchachos, entre los que había algunos pertenecientes a principales familias del pueblo, y otros que volvían ya del Colegio, muy leídos y cultos. Referíanse entonces, a la recíproca, narraciones fantásticas y sucedidos increíbles. Uno de ellos dijo cierta noche: "A mí me pasó una vez una cosa horrorosa. Hallábame tendido, cara arriba, sobre mi cama, a eso de la hora de oración. Meditaba yo a solas, y de improviso advertí que mis pies retirábanse y se alejaban sin fin. Advertíme el cuerpo estirado y crecido gigantescamente, y, lleno de miedo y de espanto, quise pararme; no podía, pues que chocaría con el techo. Empecé a gritar aterrado. Alguien acertó a ir por allí y acudió..." Balta, confundido y exhausto, golpeó la sien contra el lecho y cambió de posición en las almohadas.

Su mujer reposaba a su lado, tranquila. La vieja Antuca, su suegra, que dormía en la misma pobre habitación pareció conturbarse; balbuceó no sé qué palabras incomprensibles entre sueños, y luego lanzó algunos ala-

ridos, como si le hiciesen doler una herida invisible y profunda. Balta se quedó adormecido.

Temprano se ausentó a solas, sin haber cruzado palabra alguna con nadie. ¿Por qué, pues, se iba así? ¿Por qué ese inmotivado recelo para su pobre mujer? Buscaba la soledad Balta, cada día con mayor obstinación.

—¿Qué tienes Balta? —llegó a interrogarle Adelaida—. ¿Qué te pasa, que estás así? No quieres que nos vayamos. El invierno me da miedo, Balta. ¡Vámonos, por Dios! ¡Vámonos! ¿Bueno?...

Ella le dijo esto, asióse del brazo viril y recostó la sien suavemente rendida sobre el hombro de su marido.

Hizo él una mueca de fastidio:

—Te he dicho que no.

Dos lágrimas asomaron azoradas y tímidas a los ojos de ella, al mismo tiempo que la faz taciturna y huraña de Balta tuvo una violenta expresión amenazadora.

Adelaida solía ir con su hermanito uno que otro día al pueblo, por ver los animales de la casa. A cada retorno suyo al campo, en el marido subía la opresión interior y subía el recelo para con ella. Ya este recelo de inconsciente y oscuro que fue en un principio, tornóse consciente y claro ante los ojos de Balta. Esto aconteció un día en que alejóse él de la cabaña sin rumbo, a través de los arados predios, por las planicies de mustias sarracas andinas y por los peñascales encrespados y mudos.

Caminó incansablemente. Era de mañana y, aunque no llovía, el cielo estaba cargado y sin sol. Era una mañana gris, de esas preñadas de electricidad y de horrible presagio que palpitan todo el tiempo sobre las tristes y rocallosas jalcas peruanas, las que parecen recogerse y apostarse unas al lado de otras, a esperar insospechados acontecimientos en las alturas, ciclópeos y dolorosos alumbramientos de la Naturaleza.

Balta iba paso a paso, y luego de haber andado largas horas por las vertientes más elevadas, se detuvo al fin junto a un montículo herboso. Subió a un gran risco, esbelto, pelado y tallado como un formidable monolito. Subió hasta la cúspide. Ahí se sentó, en el mismo borde del peñasco. Sus piernas colgaban sobre el abismo. A sus pies, en una espantosa profundidad, se distinguía un aprisco abandonado, al nivel de las sementeras sumergidas. Ahí se sentó Balta. Contempló con límpida mirada distraída e infantil toda la extensión circundante, hasta los horizontes abruptos y los nevados partidos en las nubes. Inclínose un poco y escrutó las tierras fragorosas que a sus plantas quedaban como arredradas y sumisas. Amenazó caer lluvia y una ráfaga de chirapa y ventarrón azotó un momento los cerros. Balta tuvo un ligero calofrío, y la cerrazón mugió y se perdió entre los próximos pajonales.

Una calofriante desolación, acerba y tenaz, coagulóse en las pupilas enfermas del cholo. Permaneció de este modo embargado en honda meditación, por espacio de algunos minutos. Reflexionaba sobre cosas incoherentes que en azorado revoloteo cruzaban por su mente adolorida. La imagen de su mujer surgió en su memoria y sintió entonces por ella un vago fastidio. Pero ¿por qué? No se lo explicaría él mismo. Sí. La tuvo fastidio y una pasión extraña y dolorosa, ese azaroso amor que lo alejaba de ella y le hacía buscar la soledad con irrevocable ahinco. Preguntaba a su propia conciencia: ¿Me ama Adelaida? ¿No quiere ella a otro, quién sabe? A otro... Balta se quedó abstraído y cabizbajo, mirando hacia el abismo escarpado. A otro... Balta seguía cavilando. Su pensamiento volaba. Unos celos sutiles, como frioleros y acerrados picos, sacaron la cabeza y se arrebujaaron en sus entrañas, con furtivo y azogado gusaneo montaraz...

El silencio de la mañana era absoluto. Balta sacudió la cabeza y empezó a rascar con la uña una salpicadura de barro en su leonado pantalón de cordellate. Pero, inmediatamente, cayó de nuevo en el mismo tema: su mujer. "¿No quiere ella a otro, quién sabe?..." A otro... Su pensamiento, al llegar a este punto, se caía, se ahogaba. Tal un remanso que de súbito se quebranta y se rompe en una pendiente. ¿Podía su mujer amar a otro? Otra vez sacudió la frente. Había hecho desaparecer la mancha de barro de su vestido. Púsose de pie, y estuvo así inmóvil, un instante. El aire empezaba a agitarse con violencia y quiso arrebatarse el amplio sombrero de palma. Lo aseguró bien, y, como si no quisiera alejarse más de allí o estuviese atado a aquel pináculo, volvió a sentarse en el filo de la roca. Ahora se puso a pensar en lo bella y dulce que era Adelaida y en que él era, en cambio, tan poco parecido... Volvió a mirar el acantilado de la cordillera y se le trastornó la cabeza. Con la velocidad del rayo, cruzó por su cerebro la fugitiva idea, sutil, imprecisa, de un ser vivo, real, de carne y hueso, innegable, a cuya existencia pertenecía la imagen del cristal. Alguien es, indudablemente. Alguien debía ser. Balta demudóse y vaciló. Creyó sentir en el aire una presencia material oculta, de una persona que le estaba viendo y oyendo cuanto él hacía y meditaba en aquel instante. Creyó percibir su aliento y, aún más, una palabra suelta, tañida en voz baja, muy bajita, que se escabulló rápidamente. Balta la buscó con las narices y los oídos por entre las rugosas depresiones de la peña. Tenía encendidas las mejillas y los ojos inyectados de sospecha y de cólera. El viento volvió a soplar formidable y amenazador. Iba a llover.

Sí. Alguien le seguía. Alguien que así esbozaba y denunciaba, a su pesar, su presencia, en rumor volandero, en imagen fugaz, en roce taimado, en impune esquinaldo de piel... Balta hizo un agudo mohín de furiosa indigna-

ción. Estiró el cuello, en ademán de escuchar hacia arriba, perplejo, arrobado, como hacen las aves asustadas, cuando pasa por lo alto un vuelo tempestuoso de águila, cóndor o gallinazo fúnebre. El cielo estaba negro y muy bajo. Sí. Alguien le seguía. Un bribón desconocido o un amigo bromista. Balta sintióse burlado. "A lo mejor —se dijo— alguien está jugando conmigo..." Y se indignó más todavía. Acordóse de la tarde de junio, en que por primera vez sorprendió al intruso, con el auxilio del espejo, en el corredor de la casa del pueblo. Recordó también que cierto caballero de la aldea, a quien traicionaba su mujer, sorprendió al traidor precisamente por un juego de espejos que una feliz coincidencia puso ante sus ojos. Otra vez pasó su pensamiento a Adelaida. Y pensó: ¿cómo era que ella no se hubiera percibido en ninguna ocasión de la presencia de aquel sabueso? ¡Adelaida ama al otro! ¡Al del espejo! ¡Sí! ¡Oh cruel revelación! ¡Oh tremenda certidumbre!

Caía el granizo. Un pastorcillo fue a guarecerse con unas dos ovejas en el redil abandonado, y hacía reventar en las costillas del viento su honda. Dio unos gritos melancólicos en el abismo, donde las herbosas quebradas rezumaban ya, y a sus gritos respondió el sereno peñasco majestuoso con el eco cavernoso y de encanto de la inconciencia inorgánica; eco invisible y opaco y recogido, con que responde la dura piedra soberana a la cruda voz del Hombre; manera de espejo sonoro, en cuyo fondo impasible está escondida la simiente misteriosa e inmachita de inesperadas imágenes y luces imprevistas... Acaso aquí habría hallado también Balta la propia resonancia, retorcida y escabrosa, la desconocida imagen que, ya en el espejo, ya en el manantial o en las corrientes, le acechaba y relampagueaba ante sus ojos estupefactos y salvajes.

La tragedia aquel día abandonó la médula del alcanfor milenario, que hace de viga central en el hogar, y,

al morder el primer vaso capilar de los círculos internos de la zona de la madera, tropezó de pronto, con un viejo parásito miserable que aún sobrevivía a la época sensible del árbol; le quiso despreciar la tragedia, y ya iba a internarse en el fibroso bosque, cuando el aire empezó a agitarse con violencia y quiso arrebatarse el amplio sombrero de palma de Balta sobre la roca. La tragedia enmendóse, y a viva fuerza echó a sus lomos al intruso.

VI

Hasta entonces la mujer del cholo no había percibido nada de este espectáculo misterioso que se operaba sobre ella y su cariño. Su agreste e ingenua sensibilidad apenas había notado sólo el aspecto exterior de cuanto venía desarrollándose en torno de ambos. Sabía que Balta no era el mismo de antes para con ella, y, a lo más, que habíase tornado raro y neurasténico. Pero nada más. Ella no sabía el por qué de todo esto. Cuando quería saberlo, a costa de un examen más o menos detenido y hondo, o de una observación asidua y constante sobre su marido, fallaban sus fuerzas de investigación, y todo razonamiento volvía atrás, impotente y pequeño para tamaña empresa. Adelaida apenas había tenido tiempo para aprender a leer y escribir, y su espíritu hallábase todavía más intacto y en bruto que el de Balta. Por otro lado, sentía por él un religioso respeto, y en general no se habría atrevido a exigirle en ningún momento una confesión, o arrancarle una punta siquiera del hilo en que los dos estaban enredándose de modo irremediable y fatal.

Cuando volvió Balta de su largo y solitario peregrinaje por los páramos, agonizaba la tarde y bajaba una

granizada furiosa. Las centellas y los truenos sucedíanse en alternativa desordenada y vertiginosa.

Adelaida, que había vuelto ya del pueblo, esperaba a su marido ansiosa, y presa del inconsolable zozobra.

—¿Dónde te has ido, por Dios? —exclamó ella, en un apasionado raptó de alegría, saliendo a su encuentro hasta el patio.

Balta entró cogitabundo y sombrío, sin responder, las manos atrás, una sobre otra.

Adelaida estaba más pálida y extenuada por la maternidad, cuya luz, comprimida en sus entrañas jóvenes, florecería muy pronto a la luz grande del sol. Su dulce melancolía pesarosa, en la que una gracia de alba caía y lloraba, dibujábase, cada día más densa y más frágil y temprana, en su gracioso rostro que el viento y la intemperie requemaban.

Inquirióle ella, como si fuese su hijo, asida a un brazo de él:

—¿Has estado en la toma?

Balta permanecía mudo. Parecía evitar mirarla. Al fin la apartó colérico:

—¡Déjame, mujer!

Y penetró siniestramente al cuarto.

Adelaida, con su abnegación y paciencia de mujer, insistió y le siguió.

—¡Pero por Dios, Balta! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Y añadió en un tierno puchero que sangraba:

—¿Qué he hecho yo para que así me *trate* y me *bote*?...

Adelaida, parándose en medio del cuarto que la tempestad colmaba de una compacta oscuridad lanzó un gemido:

—¡Ay, Dios mío!...

El llanto la ahogó. Incluyó su morena cabeza exangüe, y, con desolada amargura, sollozó, sollozó mucho, enju-

gándose con el revés de su largo traje plomo, como hacen las dulces mujeres de las sierras dolientes del Perú.

—¡Me *bota* de ese modo!... —susurraba ella, y el dolor inflaba sus senos, los alzaba a gran altura y los dejaba caer y otra vez los levantaba.

¡Cómo lloran las mujeres de la sierra! ¡Cómo lloran las mujeres enamoradas, cuando cae el granizo y cuando el amor cae! ¡Cómo toman un pliegue de la franela, descolorida y desgarrada en el diario quehacer doméstico, y en él recogen las calientes gotas de su dolor, y en él las ven largo rato, las restriegan, como probando su pureza, mientras percuten los truenos, de tarde, cuando el amor infla sus pezones, que sazonara el polen del dulce, americano capulí; los alza a gran altura y los deja caer y otra vez los levanta!

El pequeño Santiago asomó a la puerta del cuarto, estiró el desnudo cuello y escudriñó a hurtadillas hacia adentro. Balta habíase sentado en el borde de la cama, en un rincón, una pierna en flexión sobre un banco, acodado en ella, la mano a la mejilla, mirando al suelo, taciturno, callado.

—¡Qué he hecho yo! ¡Me *bota*! ¡Me *bota* de ese modo!

Murmuraba Adelaida sus lamentos y sus quejas, y, al hacerlo, no se dirigía a su marido. Decía:

—¡Me *bota* de ese modo!

Tal se quejan las mujeres de las sierras cuando se quejan del hombre a quien aman. Creyérase que entre ambos, cuando el dolor arrecia y arrecian los vientos contra los peñascos eternos, hay un tercer corazón invisible, el cual se patentiza entonces ante sus almas y preside sus destinos. A ese corazón se dirigía ella ahora, de pie, entre las tinieblas de la tarde, recogiendo sus lágrimas entre los pliegues de su falda sencilla y estropeada.

El patio parecía cubierto de granizo. Un rayo cayó muy cerca y su relámpago abrasó de violáceo fuego la estancia.

Santiago, observaba, extrañado. Niño, con sus ocho años, él no se daba cuenta de aquel infortunio. Supo que adentro se lloraba, y se callaba más adentro aún. Su corazón empezó a encogerse y tuvo ganas de llorar. Viendo padecer a su hermana, le dolió el alma. ¿Quién la hacía padecer? ¿Qué la habían quitado? ¿Qué cosa se le negaba? ¡Dénsela! ¡No sean malos! ¡Devuélvanle sus cosas! ¿No las encuentran? ¡Búsquenselas! ¡No la hagan llorar!... Santiago sintió que se le anudaba la garganta y se echó a llorar en silencio. No se atrevía a más. Sabía, de manera oscura, que en ese momento su hermana debería de sentirse esclava de indoblegable yugo, el cual, al mismo tiempo que la golpeaba, no la dejaba huir. Pensaba él, debería correr Adelaida. Un instante accionó con uno de los brazos de varias maneras, tratando de llamar la atención de Adelaida. Levantaba el brazo estirándolo cuanto podía, lo ponía en cruz, lo hacía rehilete, agitaba los dedos con impaciencia, atenaceado por un vehemente y álgido anhelo de que ella volviese los ojos a él, sin que su marido se vaya a dar cuenta, eso sí ¡Tonta! Cómo se fijara en él, siquiera un segundo. Danzaba de aguda impaciencia. Empezó a hacer señas:

—¡Escápate! —daba a entender con sus ademanes de consejo—. No seas zonza. Escápate de puntillas... apenas él se descuide... Sí. Sí puedes. De puntillas... Escápate... No hay más que un paso al corredor... Si fuese más lejos... Pero, de un salto... ¡salvada! Apúrate nomás. Nadie te está viendo... Pronto...

Pero así son las cosas. Adelaida no se fijó en su hermanito. ¡Pobre hermana! Si se hubiese dado cuenta de cuanto le advirtió Santiago... Pero así son las cosas. Ella, desgraciadamente, no lo vio.

—¡Yo no sé que le pasa! —seguía sollozando Adelaida—. ¡Hace ya tiempo que está así conmigo!

Otra vez morían sus palabras en apasionado lloro.

Santiago, de pronto, secó sus lágrimas con el dorso de la leñosa muñeca y con el extremo de su manga desgarrada. No habiendo sido advertido aún por Balta, se irguió ahora en un perfecto ademán adulto y tosió. No podía soportar. Acercóse ruidosamente más al quicio. Dijo, como quien no sabe nada de lo que ocurre:

—¿Qué haces, Adelaida? ¿Buscas tu rueca? Yo no la he visto desde el otro día...

Nadie hizo caso al arrapiezo.

—¿No ha llegado todavía don Balta? ¡Pobrecito! Si lo habrá agarrado el aguacero...

Como Adelaida no le respondiese y tratase más bien de ocultarle el rostro entre los pliegues de su traje, Santiago volvió a toser con mayor energía y estuvo limpiándose los pies de barro en la madera de la puerta, tratando de hacer notar su presencia por Balta. Arrojaba entonces sobre el pavimento del cuarto, una sombra larga y gigantesca, mucho más grande que la de un hombre. La noche descendía muy negra.

Santiago iba engallándose y creciendo en rabia. Ahora sabía, de manera oscura también, que cualquiera que fuese aquel yugo, para él vago y desconocido, que oprimía y ligaba así a su hermana, había que echarlo abajo. Un nervioso coraje, de niño que se sugestiona en contra de un fantasma o en contra de una fuerza misteriosa y superior, le hizo parapetarse en el umbral, trémulo de una íntima fruición fraternal. Temblaba. Se puso a rayar con la uña el magüey del quicio. ¿Qué cosa? ¿A su hermana? ¿Qué cosa? ¿Quién? ¿Quién?...

Después se sentó en el poyo, siempre atisbando hacia adentro. Poco a poco el silencio se hizo completo en la casa. Santiago se quedó dormido.

Al despertar, se asustó. ¿Dónde estarían ellos? Llamó. Nada. Había una oscuridad espeluznante.

—Me han dejado —se dijo en voz alta—. ¡Adelaida!...

Paró el oído y sólo a intervalos oía, por el lado de la zahurda, el gruñido de algún cerdo maltratado por los otros. No se movió de su sitio Santiago. Estaba con el cuerpo helado. Empezó a poseerle un terror infinito. Recordaba a su hermana bañada en lágrimas, a su marido colérico, estúpido... ¿Cómo se quedó dormido? El frío, el reposo mortuorio de la noche, la soledad de la casa, la inquietante ausencia de la hermanita querida... Hacía esfuerzos para no soltar el llanto, pues que si lloraba experimentaría más miedo y su desesperación ya no tendría límites.

Hizo un esfuerzo de valor y tentó la puerta del cuarto. La halló abierta de par en par. Volvió a llamar. ¡No le contestó ni el más leve rumor o seña de vida!

—Adelaaaaaaida... Adelaidiiiiita...

Un calofrío glacial recorría su epidermis, de cabeza a pies. Un ruido producido muy cerca de él le hizo dar un salto. Fue un terrón que cayó de la tapia. Santiago se bañó de un sudor frío. Empezaban a distinguir sus pupilas, aguzadas por la desesperación, aquí y allá, sombras, bultos que se agitaban y poblaban en cerrada muchedumbre los corredores y el patio. Hasta el cielo aparecía completamente negro. Pronto empezaría a llover.

Le pareció que a veces deslizábanse a lo largo del muro que daba al cerco del camino, rozándolo y produciendo un rumor atropellado de trajes y ponchos inmensos, cortejos intermitentes y misteriosos. ¿No habría quizá venido del pueblo su madre?

Sonaron unos pasos lentos y duros. Santiago se volvió a todos lados, tratando de escrutar las tinieblas frías y mudas, y musitó, sin saber lo que decía, presa de indescriptible sensación de pavor:

—¡Quién!... ¿Qué cosa?...

Los pasos se aclararon. Era un jumento errabundo y abandonado, sin duda, a campo libre.

Santiago sentóse, tranquilizado, otra vez en el poyo. A poco rato dormía el pequeño un sueño sobresaltado y doloroso.

Sobre el techo graznó toda la noche un buho. Hasta hubo dos de tales avechuchos. Pelearon entre ambos muchas veces, en enigmática disputa. Uno de ellos se fue y no volvió.

VII

Obsesionado Balta por los celos, aquella noche injurió a su mujer, la acuchilló a denuestos, y, poseído del más sincero y recóndito dolor, la decía:

—Está bien. Está bien. ¡Pero tú has muerto ya para mí!

Adelaida intentó en un principio persuadirle de que sus cargos eran infundados.

El marido, exacerbado, gruñía sus imprecaciones en alta voz, acusando, acechándola a miradas, llorando, sangrando a pedazos. ¡Qué la había hecho él! ¡Por qué le pagaba así! En la vida él no amó a nadie, sino a ella sola. No fue jamás un mal hombre, un vicioso, un holgazán. No. Fuera de su hermana, tantos años ausente, sólo Adelaida. ¡Sólo Adelaida en el mundo! ¿Quién la obligó para irse con él? Al formular esta pregunta, Balta empleaba un timbre de adoración infinita por su mujer. Asomaba en esta interrogación elástica, cérica, de una sublime transcendencia dramática, perdones, piedades, misericordias supremas. ¿Quién la obligó para seguirle? No. No le había amado jamás. ¡Adelaida! ¿Por qué, mejor,

no quisiste al otro desde un principio, antes que a él? Imaginándose Balta lejos y extraño a ella en el mundo y por toda la vida, la amaba con una ternura aún más grande y más pura. La amaba entonces mucho. Ahora mismo que la veía sufrir acudiría a consolarla y tranquilizarla y a prestarle refugio y amparo. Sí, la ampararía. ¿Por qué se la hacía sufrir? ¡Tan buena! ¡Pobrecita! La ampararía. Y consternado en sus fibras más delicadas y sensibles y diáfanas, Balta lloraba y tenía la impresión perfecta y real de estarla escudando, de estarla procurando bálsamo, de estarla haciendo el bien. Mas, luego salvaba todo ese orbe de hipótesis sentimentales, volvía a su dolor actual y lloraba y se astillaba el alma a pedazos, a grandes pedazos.

Adelaida fue acercándose a él.

—¡Oye Balta, por Dios!

—¡Déjame! ¡Déjame!

Ella arrodillóse prosternada ante el marido, y se puso a gemir con desgarradora lástima de amor, inclinado el moreno rostro atribulado, vencida, suave, humilde, nazaréna, dulce, aromada de dolor, diluída ella entera y en el varón absorbida, en un místico espasmo femenino.

—Déjame.

Balta agregaba, llorando a su vez:

¡Tú has muerto ya para mí!

Aquella misma noche la llevó al pueblo. A través de los desfiladeros y las abras cenagosas, cortando las nieblas y la oscuridad, se fueron.

Ya en la casa del pueblo, Balta la hizo vestir de luto riguroso; y él hizo igual cosa. Obedecía ella, llora y llora. Una luz fría y anaranjada de esperma iluminaba y tocaba de aciaga pesadumbre los blancos muros repellados, los objetos, el ladrillamen de la estancia. Fuera quedaba la noche negra y desierta.

Cuando hubo acabado ella de vestirse de negro, la tragedia también acababa de volver a las internas capas de

madera de la viga del hogar; volvía a arañar a deshora unos restos olvidados de corteza de aquel ancanfor secular; vagó por tales incisiones y, siempre con el viejo parásito miserable a cuestas, tornó y ocupó su lugar, destino en mano, dale y dale.

Tras una noche llena de implacables suplicios morales para ambos, Balta, irritados los nervios por la vigilia y los pesares, transido, cárdeno de incurable desventura, con el amanecer, volvió al campo, abandonando a Adelaida en la morada de la aldea. Ella permanecía dormida y enlutada sobre el lecho.

Llegó Balta a la cabaña y la volvió a abandonar, para ir a errar allende los páramos. Sin darse cuenta, advirtiéndose de pronto en el mismo montículo herboso que está al pie de la cresta calva, esbelta y tallada, donde la mañana anterior estuvo sentado, las piernas colgando sobre el abismo.

Hacía buen tiempo ahora. Un sol caluroso y dorado esparcía su flama sobre los nacientes brotes de los terrosos sembríos, y el cielo despejábase de momento. El rocío brillaba entre las primeras briznas, y cuando Balta subió a la cima, revolaban a su alrededor algunas ledras que se le pegaron de los follajes del tránsito, y tenía empapado el pantalón hasta más arriba de la rodilla. Aquella ropa encharcada empezó a despedir un vaho tibio e inocente.

Balta, sentado en el filo de la roca, miraba todo esto como en una pintura. De su cerebro dispersábanse tumefactas y veladas figuras de pesadilla, bocetos alucinantes y dolorosos. Contempló largamente el campo, el límpido cielo turquí, y experimentó un leve airecillo de gracia consoladora y un basto candor vegetal. Abríase su pecho en un gran desahogo, y se sintió en paz y en olvido de todo, penetrado de un infinito espasmo de santidad primitiva.

Sentóse aún más al borde del elevado risco. El cielo quedó limpio y puro hasta los últimos confines. De súbito, alguien rozó por la espalda a Balta, hizo éste un brusco movimiento pavorido hacia adelante y su caída fue instantánea, horrorosa, espeluznante, hacia el abismo.

VIII

Por la tarde aquel mismo día, en la casa de la aldea, Adelaida, ignorante aun del espantoso fin de su marido, yacía en el lecho, descarnada y llorando.

Doña Antuca, sentada en el umbral del dormitorio, velaba el sueño del nieta, que acababa de nacer esa mañana. El niño, de vez en vez, sobresaltábase sin causa y berreaba dolorosamente.

Un cirio que ardía ante el ara empezó a chorrearse; su pabilo giraba a pausas y en círculo, chisporroteando, y, cuando la mano trémula de la abuela fue a despavesarlo y a arreglarlo, hallólo mirando largamente a la puerta que permanecía entornada al corredor. Llorando salía por allí la triste lumbre religiosa, hincábase a duras penas en los fríos peñales del poniente y ganaba por fin hacia lo lejos.

Era el mes de marzo y empezó a llover.

sabiduría

Fuera cesó de nevar. El cielo aparecía negro y bajo. El viento también dejó de soplar fieramente, y la atmósfera estaba inmóvil y muy enrarecida. Por las sierras del norte se veía el horizonte delineado con una claridad apacible y celeste, como si fuese de día; mas la aurora aún no despuntaba, y la obscuridad graznaba a grandes alas negras en la cordillera.

La señora se levantó y llegóse con sumo tiento a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de negro percal. Benites continuaba tranquilo.

—¡Dios es muy grande!— exclamó ella enternecida y en voz apenas perceptible. —¡Ay Divino Corazón de Jesús! —añadió levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí—. ¡Tú lo puedes todo, Señor! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga, Padre mío! ¡Protégenos en este valle de lágrimas!

No pudo contenerse y se puso a llorar en silencio, de pie junto a la cabecera del enfermo, el que, con la espalda vuelta a la luz y la cabeza echada hacia atrás, inmóvil, reposaba profundamente. Lloró enardecida por las fuertes conmociones de la noche, y al fin dio algunos pasos y fue a sentarse en un banco, rendida de cansancio y de pesar. Ahí se quedó adormecida por el abatimiento y el insomnio, cosas excesivas para su avanzada edad y su naturaleza achacosa.

Despertó de súbito, sobresaltada. La bujía estaba para acabarse y se había chorreado de una manera ex-

traña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un solo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama.

Acomodó la bujía la señora, y, como notase que el paciente no había cambiado de postura y que, antes bien, seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro por el lado de la sombra, donde estaba. "Duerme el pobre-cito", se dijo, y resolvió no despertarle.

Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús que estaba al alcance de sus ojos, pendiente en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del delirio, envuelta en un arrebol blanco y estático, semejante a un nevado: era la cal del muro donde se diseñaba en la realidad. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y el deseo de un capital suficiente para ir en seguida a Lima a terminar lo más pronto posible sus estudios de ingeniero. Vio que Marino se quedaba con su dinero y todavía le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes; caía en la fuga por escarpadas rocas, y al doblar de golpe un recodo del terreno fragoroso, se daba con otra parte de sus enemigos y el pánico le hacía dar un salto. Entonces el Corazón de Jesús entraba en el conflicto, y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer instantáneamente, como un relámpago, y dejarle desamparado en el preciso momento en que el gerente de la "Mining Societed" se paseaba colérico en el escritorio del Cuzco y le decía: "Puede usted irse. La empresa le cancela el nombramiento en atención a su mala conducta. Es mi última

decisión". Benites le rogaba cruzando las manos lastimeramente. El gerente ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos indios sonriendo, como si escarneciesen su desgracia, le cogían por los brazos, le arrebatában y le propinaban un empujón brutal. Pero el Corazón de Jesús acudía con tal oportunidad que todo volvía a quedar arreglado en su favor. El Señor se esfumaba después como en un vértigo.

En una de aquellas intercesiones milagrosas, Jesús se irguió en el fondo de un infinito espacio azul, rodeado siempre de un gran arco albar. Su sagrado corazón palpitaba con ritmo manso y melodioso y casi imperceptible, dejándose ver en toda su incorpórea celulación divina, a través de sus vestiduras. El Señor miraba ahora en torno suyo con aquella tristeza pensativa con que, en las bellas granjas egipcias, siendo niño, contemplaba a José trabajar humildemente hasta la caída del sol, en su carpintería solitaria de cedros y sándalos de oriente. Su mirada era triste y pensativa, y en ella viajaba, en un reflujo eterno e incurable, la visión del patriarca ganando el pan de cada día. Al menos a Benites le daba esta impresión, aunque de una manera nebulosa y muy extraña, pues no podía poner los ojos en el Señor, que sólo estaba presente en tácita revelación, sin ser visto, oído ni tocado. Su figura llenaba de una gracia ideal y de un sentido esencial la copa del tiempo y la copa del alma.

De repente advirtió Benites que delante del Señor pasaban de una en una, en un desfile intermitente, algunas personas que él no podía reconocer. Entonces le poseyó un pavor repentino, al darse cuenta sólo en ese instante, que asistía a las últimas sanciones. Pasada la primera impresión, y recuperado un tanto el dominio de sí mismo, angustiado y confuso todavía, se dio a recapacitar y a hacer un examen de conciencia que le permitiera entrever cuál sería el lugar de su eterno destino. Pero

no tenía tranquilidad para ello. Ni siguiera podía coordinar sus ideas acerca del trance en que se hallaba, mucho menos acerca de su vida y conducta en el mundo terrenal, del cual apenas guardaba ahora un sentimiento obscuro e impreciso. Intentó de nuevo recordar su vida y sus buenas y malas acciones de la tierra, consiguiendo al fin obtener algunos perfiles. Los primeros en acudir fueron unos recuerdos risueños, a cuya presencia experimentó un poco de esperanza y de ánimo: eran sus buenos actos. Recogió tales recuerdos y los colocó en lugar preferente y visible de su pensamiento, por riguroso orden de importancia; abajo, los relativos a proceder de bondad más o menos discutible o insignificante, y arriba, a la mano, sobre todos, los relativos a los grandes rasgos de virtud, cuyo mérito se denunciaba a la distancia, sin dejar duda de su autenticidad y trascendencia. Luego pidió a su memoria los recuerdos amargos, y su memoria no le dio ninguno. "¿Es posible?", pensaba Benites vacilante. Sí. Ni un solo recuerdo roedor. A veces se insinuaba alguno, tímido y borroso, que bien examinado a la luz de la razón, acababa por desvanecerse en las neutras comisuras de la clasificación de valores, o que, mejor sopesado todavía, llegaba a despojarse del todo de su tinte culpable, reemplazando éste, no ya sólo por otro indefinible, sino por el tinte contrario: tal recuerdo resultaba en el fondo ser el de una acción meritoria que Benites entonces reconocía con verdadera fruición paternal. Felizmente Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad dircursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar bien las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

De pronto sintió que se acercaba a Jesús, sin haberse dado cuenta, y lo que es más, sin avanzar, a su entender, paso alguno en tal propósito. Harto animado por el resultado de su examen de conciencia, poco se conturbó ante la inminencia de la hora tremenda que llegaba.

Lanzó una mirada en busca del Señor, a quien no veía y apenas presentía, llenando de su tácita presencia el infinito espacio azul. La divina figura de Jesús permanecía invisible siempre a los ojos, y Benites la creía solamente soñar, sin poder estar seguro de haberla visto ahí alguna vez. Pero un sentimiento extraordinario de algo jamás registrado en su sensibilidad y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció que se hallaba en presencia del Señor. Tuvo entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que lo poseyó la visión entera de cuanto fue y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole, servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y terráquea, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente, en los destinos de Dios. Y fue entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni sentir por sí mismo ni en sí mismo; su personalidad, como yo de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divino oriflama por la antena mayor de su corazón. Luego volvió en sí, y al sentirse apartar de delante del Señor, condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni poniente, un dolor indescriptible y nunca experimentado en su vida, le colmó el alma hasta la boca, ahogándole, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas ni siquiera pasar. Su tormento interior, la funesta desventura de su espíritu no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infinita y humanamente mortal que vio o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus plantas. ¡Oh qué mortal tristeza la suya, que de ser comparada a su goce en presencia de los niños, habría tirado de golpe

la balanza, hacia el lado sin lado y sin platillo! ¡Oh qué humana tristeza la suya, cual la que vigiló, a la luz de una víspera fatal, en un yermo olivar de Galilea, su oración muda y desolada, cuando goteó en el puro suelo su secreción de sangre augusta, al compás de estas cárdenas palabras: "¡Padre, aparta de mí este cáliz"! ¡Oh qué infinita tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por ella sufría Benites un dolor desmedido y sin orillas.

—¡Señor! —murmuró suplicante y bañado en llanto—, al menos que no sea tanta tu tristeza. Al menos, que un poco de ella pase a mi corazón. ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu tristeza!

El silencio volvió a imperar en la gran extensión incierta.

—¡Señor! ¡Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde esta mi sangre? ¡Ay señor! ¡Tú me la diste, y he aquí que yo, sin saber cómo, la dejé empozada en los rincones de la vida, avaro de ella y pobre de ella!

Benites lloró hasta la muerte.

—¡Señor! Pero tú sabes de esa sangre, ni blanca ni negra, roja como los crepúsculos y las incertidumbres, y líquida y sin forma, obligada a tomar la forma del lugar que la cobija. Y tú sabes de los lugares de la tierra, con sus recodos agudos hasta casi confundir la entrada y la salida en un solo pasaje sin sentido, y con sus curvas tan cerradas y pequeñas que se las tomaría por simples puntos ciegos. ¡Ay señor! ¡Tú me diste la sangre, y yo fui para ella la curva ciega e inhóspita y el recodo sin entrada ni salida!

Se oía callar al silencio por el lado de la nada.

—¡Señor! Yo fui el recodo sin entrada ni salida y la curva ciega e inhóspita en la vida. ¡Cuando pude ser la tersura, el amor y la luz! ¡Cuando pude detenerme en la inocencia, a despecho del tiempo y del espacio! ¡Cuan-

do puede cercenar las cosas por la mitad, tomarme sólo las caras y volver a sacar de los sellos otras caras y otras más hasta la muerte! ¡Cuando pude borrar de una sola locura los puentes y los istmos, los canales y los estrechos, a ver si así mi alma se quedaba quieta y contenta, tranquila y satisfecha de su isla, de su lago, de su ritmo! ¡Cuando pude matar el matiz, y, convertido en zapador de lo probable, apostarme ante todos los tabiques, a blandir a dos manos el número 1, aunque cayese el golpe sobre la propia sombra de tal arma!

Benites lloraba un llanto lejano.

—¡Señor! Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada. ¡Cuando estuvo en mis manos ser el Adán sin tiempo, sin mediodía, sin tarde, sin noche, sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embridar y sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Cambiante en lo Absoluto! ¡Cuándo estuvo en mis manos realizar mis fronteras garra a garra, pico a pico: guija a guija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos desgajar los senderos a lo largo y al través, por filamentos, a ver si así salía yo al encuentro de la Verdad!

Una pausa descalza siguió a estas palabras.

—¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón! ¡Cuando pude no haber nacido siquiera! ¡Cuando pude, al menos, eternizarme en los capullos y en las vísperas y en las madrugadas! ¡Felices los capullos, por que ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque haya en sus selladas entrañas una flor de pecado en marcha! ¡Felices las vísperas, porque ellas no han llegado todavía y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles! ¡Felices las madrugadas, porque nadie puede tocarlas ni decir nada de ellas, aunque encoven soles maléficos! ¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inmanente, Dios!

Estalló Benites en un grito de desolación y desesperanza sin límites, que luego de apagado, dejó al silencio mundo para siempre.

—¡Señor! ¡Pero mi vida ha sido triste y tormentosa! ¡Tú lo sabes! ¡Si tropezaba y golpeaba a un guijarro, éste se ponía a llorar, diciendo que él tenía la culpa! ¡Si llamaba a una puerta para ayudar a padecer, se me hacía pasar a un festín! ¿Qué he podido, pues, hacer, Señor?

Jesús respondió con estas únicas palabras:

—¡Ajustarte al sentido de la tierra!

hacia el reino de los sciris

el otro imperialismo

Este rumor lo producía el ejército del príncipe heredero, al entrar a la ciudad, de regreso de su expedición conquistadora a Quito. De las terrazas de Sajsahuamán se veía el desfile de las huestes, a su entrada a la Intipampa, por el ancho camino de la sierra.

A la cabeza venía Huayna Capac, cuya figura aún adolescente, —pues era su primera campaña militar—, aparecía curtida por las intemperies, los calores y fríos del norte. El ejército, mermado por el hielo en el heroico sitio de los chachapoyas, cruzaba las primeras rúas del Cuzco, a paso lento, que marcaban los tambores de guerra. Las armas del imperio venían precedidas, a un tiro de honda, por los expertos rumanchas. Flameaba luego el Iris, recamado sobre un pendón de lana y plumas, dardeado por los rayos solares y rematado en un suntupáucar, consistente en un airón de oro. Iban angulosos héroes, triangulados de arrugas, sujeta al hombro la compacta masa de queschuar, mellada y ojosa por los golpes contrarios; honderos enflaquecidos y mustios; consumidos y curvos flecheros de anascas raídas, embrizado el tercio de flechas de metálica punta emponzoñada, el arco de bejuco en descanso al omóplato; lanceros de brazos enormes y colgantes, las celadas de guayacán deshechas en colgajos; hacheros desprovistos de la cuña, cojeando dolorosamente... Al medio iba el apusquepay, un viejo de enorme mentón y ojos serenos, con su turbante amarillo, ceñido por un ruinoso burelete de plumas.

El ejército entraba a la ciudad, decaído, inválido. Solamente algunos generales, oficiales de la nobleza o veteranos, sonreían al pasar por las calles. Mas, en general, los expedicionarios y hasta el propio príncipe heredero, venían poseídos de honda pesadumbre.

Al desaparecer los últimos soldados en el fondo de la ciudad, los obreros de la fortaleza los vieron, embargados de extraña indiferencia. No sonó un aplauso, ni un grito de entusiasmo. Las mujeres y los niños, asomados a las puertas, contemplaban fríamente a los guerreros. Algunas mujeres atravesaron la calzada y dieron a beber al pariente que volvía, unos tragos de chicha o llevaron a su boca un poco de cancha y ocas dulces. Mudos estaban los heraldos. En lugar del hailli de victoria, llenaba las bocas un turbio silencio. Cuando el ejército cruzó delante del templo de las escogidas, en el Hanan-Cuzco, una anciana se puso a llorar.

A lo lejos, vibraron las trompas bélicas, al penetrar el ejército a la Plaza de la Alegría. Eran apagados aullidos de unos clarines hechos de cráneos de perros, cazados a los enemigos. A la dentadura de estos cráneos venían atadas sonoras sartas de dientes de monos del norte, de modo que, al agitarse el aire y jugar en el bárbaro instrumento, se oía un chillido calofriante y famélico... Al oírlos, la ciudad se arrebujo en lástima y silencio.

Tupac Yupanqui, al saber la aproximación de Huayna Capac le esperó en el patio de cobre del palacio, rodeado de la corte. Tenía el rostro contraído por la ira. El príncipe heredero avanzó hasta el pie del trono imperial, la frente descubierta e inclinada; hizo un movimiento de vasallaje y obediencia y, en actitud sumisa y prosternada, dio cuenta de la expedición:

—Padre, —dijo— la conquista de los huacrachucos queda consolidada. Vienen conmigo quinientos mitimaes y he dejado a las orillas del Marañón cincuenta hijos del

Sol. Heroico ha sido el arrojo de los quechuas, para obtener la rendición de aquella provincia, cuya juventud se ha defendido fieramente, y si no fuese por el consejo de sus ancianos, a los que logré reducir por medio de beneficios y otros actos generosos, el sometimiento de los huacrachucos habría fracasado...

El Inca permaneció indiferente. Las miradas se volvieron a él, ávidas de ver el efecto que producían las palabras del heredero, cuyo arribo al Cuzco era inesperado. No lo habían hecho aguardar las vigentes disposiciones del Inca, ni lo poco favorables que hasta entonces fueron los resultados de la expedición. Las hogueras en los montes, los chasquis, nada había anunciado tan súbito retorno.

—...Después de muchas jornadas a través de las selvas, —continuó Huayna Capac—, atacué a los chachapoyas en sus propias murallas y fortines. La resistencia fue mayor aún que la de los huacrachucos. Durante tres lunas asedié a la ciudad. Allí perdí el grueso del ejército. Mis hacheros murieron batiendo las selvas que a los naturales servían de trincheras y defensas invulnerables. Allí también cayeron muchos veteranos del Maule y Atacama. Redoblé el ataque. Buscando otro lado menos inexpugnable, ascendimos, dando la vuelta, de noche, hacia las punas de Chirma-Cassa...

Al llegar a este punto, Huayna Capac dio un tono de tragedia a sus palabras. La corte se dispuso a oír con toda atención. Solamente Tupac Yupanqui seguía en su gesto displicente, cual si de antemano supiese cuanto el heredero tenía que decir.

—...En aquella región mortífera, —añadió el príncipe—, toda estrategia fue imposible, sino al precio de una gran abnegación. En territorios desconocidos y acosados por una naturaleza hostil, resolví afrontar los caminos más rectos, así fuesen los de mayor audacia y sacrificio. Así lo hice. Ello costó trescientos guerreros del Sol, que

quedaron helados por el frío, en vísperas de nuestro último y definitivo encuentro con el enemigo. La batalla en tales condiciones fue imposible. Nos retiramos y, en vista de haber sido el ejército mermado casi por entero, decidí, después de un consejo de guerra, volver al Cuzco...

Dijo Huayna Capac y se arrodilló ante su padre. El semblante del Inca se demudó y, en un arranque de cólera, rasgó sus vestiduras, en presencia de la corte amedrentada, diciendo:

—Los hijos del Sol se han visto rechazados primero en las montañas del Beni, de donde volvieron a Mojos sólo mil guerreros de los diez mil que se embarcaron en balsas preparadas en dos años. Después, al iniciarse la conquista de los chirhuanas, tuvieron miedo a los salvajes y antropófagos. Más tarde, repasaron el Maule, cediendo a los feroces promoncaes. Y hoy, el hijo del Inca, el príncipe heredero, en su primera campaña militar, hace una retirada vergonzosa e interrumpe así la conquista de los sciris... Pues bien: no más conquistas ¡Y a las labores de la paz!

Tupac Yupanqui abandonó su silla de oro y penetró a sus aposentos, seguido de Raucaschuqui. Los demás estuvieron indecisos de la conducta que les tocaba seguir, a raíz del enojo del Inca. El heredero cubrió su cabeza de jaguar y echando, con ademán de rabia y de dolor, la capa a uno de los hombros, se dirigió al pórtico y desapareció, seguido de dos jóvenes huaracas, sus ayudantes en campaña.

II

el adivino

El día en que, según los cálculos de los llacta-camayocs, debería terminar la cacería se tomaron las disposiciones

necesarias a fin de que el Emperador presenciase, por expreso deseo suyo, la maniobra final del chacu.

Sesenta mil quechuas habían sido desplazados en todo el territorio, para la caza. Actuaban en la región del Cuzco cinco mil, los mismos que, hacía tres semanas, salieron a los montes y quebradas, portando centenares de lazos, armas diversas, alcos de caza, abundantes víveres. La estacada esperaba ya en la llanura de Vilcamayo, al sur del palacio de Colcapata. Era un semicírculo inmenso cuyos extremos abríanse mirando a las montañas, en un claro que medía medio tiro de honda. Aquella mañana, se vio a algunas mujeres atando a los cordeles los colgajos pintados y fantásticos que debían servir para apriscar. A los arrabales de la ciudad llegaron, al amanecer, algunos huanacos fugitivos, saltando cercas y tapias.

La ciudad engalanóse de fiesta. Humeaban los hogares, donde se alistaban provisiones de comida, chicha y coca para el pueblo. Mujeres en pollerón, desnudos los brazos, chorreando agua de las trenzas, descalzas o con ligeros llanques de cabuya, entraban y salían de las casas, portando al hombro o a dos manos botijas de chicha de jora. O portaban enormes ollas, colmadas de patasca caliente, tazones sin asa, de gran boca, de los que rebosaba el mote de maíz para los niños; rosadas cumbas entisadas de rastros de Puno, llenas de masato; torres de mates y potos de calabaza, de mayor a menor tatuados con punzones caldeados, amarillo pálido, tabaco, molle, azafrán, lúcuma madura, naranja del norte, arcilla de Nazca. Se había dado muerte a centenares de llamas, para carne del festín y en los corredores y patios pendían de los cordeles tasajos enteros y charqui, salados y penetrados de pimienta y ají. Se molía en los batanes el rocoto de los templos, la quinua y el olluco. Detrás de las casas, las tahonas crepitaban abrasadas, cociendo budines de papa, tortas de camote y bollos de

picadillo, cuyo olor, denso y poroso, impregnaba el aire de una molicie enervante.

Tupac Yupanqui, desde el momento en que decidió abandonar las armas de conquista, trocándolas por el arado y el telar, venía mostrándose, más que nunca, bondadoso y sencillo. Ora salía a ver las faenas agrícolas, ora visitaba las forjas rechinantes y encendidas de los orífices y fundidores, donde las láminas y lingotes de metal gemían al asaltar la línea tersa de una efigie sagrada o el ángulo agudo de una barreta espléndida; ora al cruzar las afueras de la capital, se asomaba a una choza y tomaba una hebra de las madejas para alfombras y tapices, cuyos hilos secábanse en las rasantes de las pircas, goteando alegres tintes de campeche, molle, quinua amarga y tayo; ora hacía llamar a un amauta y le formulaba largas interrogaciones sobre hechos fenecidos de otros incas, sobre los movimientos del tiempo, sobre el próximo novilunio, sobre los linderos, la distancia, los vientos, la natalidad, la vida y la muerte... Tupac Yupanqui hallábase entregado por entero a una vida profunda y tutelar, serena y constructiva, que le revestía de una especie de santidad apacible, sonriente.

Los nobles secundaban al Inca en su entusiasmo por la paz y el trabajo, aunque en el fondo lamentasen esta nueva política del Emperador, en nombre del espíritu guerrero de la raza, y sobre todo, por propia conveniencia de clase, ya que las expediciones de conquista redundaban, a la larga, en aumento de preminencias y riquezas cortesanas.

Aquella mañana se hablaba en los corredores del palacio, en animados corrillos. Un joven antun-apu murmuraba contristado, ante unos curacas:

—Todo esto está muy bien. Mas no hallo oposición entre el chacu y la batalla. Sabéis que los hijos del Sol, tienen una misión divina sobre la tierra: la de exten-

der sin fin la religión del Inti y sus frutos benéficos. El Inca está en error. Una gran calamidad se avecina...

Los curacas asentían. Uno de ellos, cuidando de no ser oído decía:

—Una gran calamidad se avecina. He soñado un alco gigantesco y negro, de ojos de fuego y piel enteramente limpia de pelo, que en una parva inmensa del Raymi, devoraba una era de quinua. Soñé que el alco misterioso iba zaceando por millares de quechuas, los que, al verle mascar el grano, lanzaban dolorosos gemidos.

Unas infantas se acercaban. El guerrero y los curacas, llamados por un esclavo, fueron a unirse a otros grupos.

Por una puerta pequeña, en cuyos quicios había adosados dos frisos de granito, plateados al fuego, que representaban, el uno el sacrificio de un niño y el otro el nacimiento de Mayta Capac, aparecieron dos ñustas de radiante belleza una de ellas y de una triste fealdad la otra. Venían tomadas del brazo, a paso reposado, inclinadas. Las princesas volvieron a desaparecer por el lado de los recintos destinados al príncipe heredero, en el preciso momento en que acaecía un hecho imprevisto que dejó paralizados a todos:

Un adivino, a quien nadie conocía, penetró al palacio por el pórtico que daba a la Plaza de la Alegría, lanzando voces desgarradoras y agitando a dos manos un cayado de punta lancinante. Con el cabello largo y desgreñado, las facciones descompuestas por el terror, envuelto en un rebozo de púrpura en jirones, corriendo y saltando, cual si pisase en millares de clavos candentes, buscaba con ojos desorbitados por el ansia y la desesperación no se sabe qué cosas tremendas e inauditas en los muros, en los monolitos cubiertos de oro, en las soleiras de los techos, en las estatuas y pilastras, en el aire mismo. Levantaba el cayado y lo hincaba en las rosetas y aristas de las paredes. Como si persiguiese insectos o

arañas, se inclinaba y se ponía en cucullas para buscar, con la punta de su vara o con el dedo, en el pavimento y en las junturas de las pieles y tapices. Gruñía y lloraba, con infinita desolación.

La corte presenciaba esta escena, estupefacta. Le dejaron circular por donde le llevaba su locura. Clamaba, rugía y se quejaba en palabras ininteligibles. Después se revolcó en el suelo y se desprendió de su harapos. Entonces se le cogió por la fuerza. Se le intimidó. Pero le abandonaron en seguida, como si su cuerpo quemase, cuando dijo:

—¡Soy el adivino! Todas las patas de la araña dan hacia adentro. ¡Calamidad! ¡Calamidad!

Le llevaron a presencia del Inca, quien, percatado del aire profético del quechua, ordenó en tono de vaga inquietud:

—Que hable. Dejadle.

Y el aterrorizado quechua, en quien ardía la pavesa desconocida, la mecha intermitente de los astros, habló, abatiéndose a pausas, en una especie de sublime agonía:

—Veo quípus enredados, como anonadadas serpientes ... Uno de los cordones va creciendo y anudándose a los tabernáculos del Coricancha; es rojo como un arroyo de sangre. También se anuda a los malaquis y a las momias de los emperadores... Veo a un extranjero, de faz barbada y blanca, saquear las reliquias sagradas del Rímac y del Titicaca... Veo al yllapa cruzar un cielo nuevo y deshacerse en tres cosas distintas, enlazadas por un compás idéntico en sus cursos... ¡Se pierden! Ya no puedo mirarla. Oh terrible ceguera la mía. Veo un ejército innumerable, en el que los guerreros, inclusive el jefe, tienen la misma talla, de tal modo que todos parecen jefes o todos simples soldados... vienen otros ejércitos y se traba entre ellos una lucha, en la que no se vierte una sola gota de sangre ni una lágrima. Más que combate, parece un juego amable e inocente... Unas nubes

pestilentes rezuman de las grietas de la tierra y sofocan y enervan a los combatientes, haciéndoles perder el ritmo de la lucha y trocando el orden y armonía de ella, en sudor y fatiga y desazón. ¡Ah calamidad!... ¡Oigo cómo crecen los caminos, serpenteando entre cubiles, dólmenes y nidos!...

El adivino fue sacado. Tenía un enorme cráneo, achatado por la parte superior en un plano perfectamente horizontal, desde la altura del nacimiento del pelo en la frente, hasta el mismo colodrillo de la cabeza. Si no fuese por los huesos intactos y el cuero cabelludo de todo el cráneo, creeríase en un corte a machete. En cambio, la anchura del rostro alcanzaba un diámetro excesivo, semejante a la imagen que producen los espejos convexos.

Una vez en la Plaza de la Alegría, el monstruo dio síntomas de tranquilidad. Poco a poco recuperaba el estado normal de su conciencia y volvía de su mundo prodigioso, aludiendo y significando cosas y circunstancias de la realidad. A las preguntas que le formulaban, dio respuestas cada vez más en razón. Al fin, al llegar al asilo de enfermos, sus palabras y acciones se entonaron de nexo y sentido.

—¿Cómo te llamas — se le interrogó.

—Ticu.

—¿De que aylo eres?

—De los collahuatas.

—Ya se ve que eres chuco. ¿Dónde vives?

—En los arrabales de Hurin-Cuzco, cerca del palacio de Yucaj...

—¿Para quién vaticinas?

El chuco está sudando frío. Se enjugó la frente y una lividez mortal cubrió su gran cara. En el patio del asilo, de vastos y elevados muros, le hicieron sentar en un poyo derruido. Le rodeaban los guardias y la enfermera más antigua del asilo, una dulce vieja aymará, vestida de lliclla negra. Ticu daba señales de suma pos-

tración. Su voz se hacía hueca y débil, apagándose. Aunque toda demostración de trastorno cerebral había cesado, inspiraba miedo su cráneo modelado, su rostro irregular, la expresión fenomenal y desnaturalizada de su conjunto. Singularmente, sus ojos daban miedo, esos ojos hundidos, simples desmembrados, bajo aquella frente sin techo y sin alero, sacada a espeta-perros al aire racional. Le miraban de lejos, fruciendo la nariz, como si estuviesen ante un cadáver, que empieza a descomponerse. Volvieron a preguntarle:

—¿Para quién vaticinas?

Se encajonó aún más la frente, al través, de una a otra sien. El chuco estiró los brazos y las piernas, como un enfermo en su lecho y no respondió.

—¡Oye! Para quién vaticinas. ¿O sólo por puro gusto te untas el cuerpo con sabandijas vivas?...

—¡Déjale! —dijo la viejecita, lastimada de piedad en su corazón—. Déjale. No le atormentes. Ya no puede más.

Ticu la observó de pies a cabeza y volvió los ojos al estanque, rodeado de molles florecidos, que azulaba en el patio, en la mañana clara. Quedóse así inmóvil un instante, perfilado sobre el blanco estucado del muro. En las comisuras de sus labios prognaticios se habían detenido espumarajos, resecos por la fiebre. Por allí se entrevía, clavados en la mandíbula inferior, un par de incisivos retorcidos y amarillos por toda dentadura.

—¡Eres un sicofante!— le dijeron.

Toda la cordura humana asomó a las pupilas del monstruo, de un golpe. Su rostro se reorganizó, despejándose e iluminándose. Su nariz adquirió el ademán de levantarse, sus bellos presentaron gesto y hasta sus orejas se asomaron a ver mejor el resto de la máscara. Miró el chuco, de uno en uno, a los guardias y a la vieja. Les miró a la cara, a los vestidos, a los pies, a la tierra en que pisaban. Sonrió y con acento sereno:

—¡Déjenme! Yo no soy adivino. Díganle al Emperador que yo soy un quechua igual a los demás. Pídanle que me deje ir a mi choza. Yo no he hecho nada en buena cuenta. Se hace mal en tenerme por extraviado. Mi cabeza no tiene que ver nada. ¿No andan tantos collahuatas por los dominios del Inti? Antes bien, las tablillas me dieron el ser simple, sencillo, obediente. Yo soy un simple quechua, que riega los oasis y grutas de recreo de Yucar. Oh, padre Viracocha, Señor de los Incas, luz del Imperio, que me dejen ir a mi choza, donde me aguarda mi lampilla para abrir las acequias de regadío, entre los árboles sagrados...

La vieja seguía mirando al suelo, compungida. Ticu se afanaba por convencerles del estado realmente normal en que se sentía. Pero era en vano. Los guardias, a una voz, clamaron:

—Eres un sicofante. ¡Has calumniado a la nobleza! ¡Maldito del Sol! ¡Gusano pestilente! ¡Carcoma del Oráculo Sagrado!

Un niño, triste y pobre, vino corriendo. Era un hijo de Ticu. Saltó a sus rodillas y le echó los bracitos al cuello, besándole. Ticu le miró extrañamente, y, desprendiendo la espina que sujetaba la manta a sus hombros, probó su punta, como la de un cuchillo, en la palma de su mano, tomó al pequeño por el mentón y le hundió la espina en uno de los ojos, hasta hacerla desaparecer...

Se oyó un grito desgarrador de la criatura.

III

la paz de tupac yupanqui

Numerosos cuerpos del ejército fueron disueltos. Sus hombres pasaron a las labores del cultivo, a la termina-

ción de los caminos de la capital a la frontera, Tumbes y a Coquimbo, la rebelde, y a las obras de fortificación y embellecimiento del Cuzco, Chanchán, Cajamarca y Huánuco. De los tambos esparcidos en el territorio, empezaron a llegar regimientos enteros, los mismos que eran desarmados y enviados a los minerales de Anta y del Collao y a los trabajos de reedificación del Aclla-Huasi de la capital, templo que había sufrido serios daños a causa de un reciente temblor.

El desarme aportaba miles de brazos a todas las actividades del reino. Las artes en metal, arcilla, piedra y tejidos, recibieron nuevo impulso. De la fragua y del buril salían múltiples órdenes de fuentes, orones para el culto, estatuas de animales, plantas y pastores, grabados primorosos, alfileres, vajillas con serpientes y pájaros en relieve, que al ser usadas despedían silbidos sorprendentes. En madera de chonta y guayacán ingresaron al palacio del Inca bellos vasos y garrafas, tallados a filigrana, con dibujos en colores indelebles, referentes a episodios de batallas entre los ejércitos del Tahuantinsuyo y las tribus occidentales y a algunas escenas que recordaban las fiestas de la coronación de Tupac Yupanqui. En el monasterio de las escogidas se tejó en pocos días una preciosa faja en lana de alpaca, para el Soberano. En la faja aparecían bordados en oro y en vívidos tintes vegetales, todos los animales del Imperio, cada especie dentro de su clima y ambiente propios. Asombrosa era la sutileza de los hilados y su disposición, según los colores y matices; desconcertaba la habilidad y acierto con que se sucedían las sombras y luces anatómicas en las pieles y plumajes. La retina sufría extrañas desviaciones a la vista de la faja maravillosa, en el deseo de ordenar las partes, precisando las formas de los animales o buscando la imagen panorámica de la fauna. La faja, mirada a cierta distancia, —cuando iba ceñida a la cintura del Inca por ejemplo—, no ofrecía nada de extra-

ordinario, fuera de la suntuosidad y brillo de sus tinturas; pero vista de cerca, daba una sensación deslumbrante y casi angustiosa. Había quienes no alcanzaban a captar, de manera precisa, su contenido artístico y no faltaban otros que, observando la labor bajo un exceso de sol, no podían distinguir ni un solo animal. Ya se alejase el objeto de los ojos o se le acercase, sin salir del ángulo normal de la visión, el observador acababa por ser como cegado y no veía nada.

—No veo, —decían muchos— animales, ni cielos, ni terrenos, ni nada...

Un auqui de la corte imperial a quien acababa el Soberano de dar por esposa una hermosa infanta, hija del Inca en linaje yunga, al escrutar la faja, buscando sorprender todos sus detalles y pormenores, fascinado, se volvió ciego. Conmovida la corte, atribuyóse al rutilante objeto un sentido embrujado y sentimental, llegándose a murmurar que una vestal, enamorada del príncipe, al saber el noviazgo con la infanta, imaginó la faja fatal, en venganza de su amor.

En el palacio de Chanchán se dio principio a la refacción del gran corredor que conducía del aposento de los arabescos en colores hacia el fondo del edificio, donde había cincuenta estancias, retiradas y secretas, a las que nadie más que el rumay-pachaca penetraba, una vez por año, a raíz de las reparticiones del señorío. Estas habitaciones, secretas y recónditas, poseían desde la época de los chimús, una aureola misteriosa y de encantamiento. Sus muros lindaban con el cementerio de la ciudad, el cual se levantaba a pocas varas del mar, llegando las olas, a veces, hasta salpicar los cimientos funerarios. Y fue sobre uno de los muros de aquel corredor, —vasto pasadizo hacia tan tristes estancias—, donde se empezó a labrar un bajorrelieve inaudito y calofriante. Nadie preguntó al artista que lo concibió, la causa y sentido de ese friso.

El relieve representaba un esqueleto, tañendo una quena hecha de un collar de cráneos humanos reducidos. Bullían en torno danzantes de ambos sexos y de todas las edades. Aunque la figura del músico macabro estaba ya terminada, parecía aún un boceto, pues tenía un no sé qué de cosa perpetuamente en borrador, en fin, de una eterna gestación de líneas. Los talladores estaban a la sazón esculpiendo, a la zaga de esta primera parte del friso, la segunda sección del bajo relieve, que representaba un coro de plañideras. Uno de los artistas cincelaba el rebozo de una de las lloradoras; otro labraba un pie descalzo, levantado hacia atrás, al dar el paso; aquél desleía una angustia excesiva en unos labios; este delineaba una lágrima, cayendo a la altura de un cuello cetrino y joven, y cual luchaba, hacia algunos días, por atenuar la cavilosa vibración de unas pestañas... Los talladores trabajaban ardorosamente. Uno de ellos exclamó sorprendido, a mitad o al final de su labor:

—¡Oro! ¿De dónde sale oro en esta piedra?

A un golpe de cincel, una chispa de oro apareció en la palma de una mano del relieve. Meditó el artista un momento, sin decidirse a limar el aspa del metal sagrado. Contempló desde diversos puntos de vista la mano, la palpó varias veces y con sumo cuidado, poniendo el alma en las yemas de los dedos. Volvió a meditar largamente y una sonrisa inefable iluminó su rostro: la mano estaba perfecta. ¡Ni una línea más ni un átomo menos!

Tupac Yupanqui, en su anhelo de paz y trabajo, prestó también atención a la cría, a la caza, a la pesca. Se organizó nuevos rebaños. Invadían los bosques, jalcas, lagos, ríos y mares, tropeles cinegéticos, en pos de la pluma delicada, del canto jamás oído, de las pintadas pieles, de las garras brillantes, de las finas cornamentas, de las escamas diamantinas, de los bruñidos colmillos, de las perlas silenciosas, de los encelados mugidos. El soberano ordenó preparar para la fiesta del Raymi un

gran chacu en el reino, operación que no se efectuaba hacía seis años. El chacu regional del Cuzco debería ser presenciado por el propio Inca y se llevaría a cabo en la llanura que queda al pie del palacio de Colcapata, en el valle de Vilcamayo.

Trascurridas algunas lunas de la retirada de Huayna Capac, el Tahuantinsuyo se vio convertido en una inmensa colmena. Fuera de unos cuantos regimientos acantonados en las fronteras y una que otra provincia insurrecta, todos los súbditos del reino, originarios y mitimaes, se entregaron a la exclusiva obra de acrecentar la riqueza del imperio. La política incaica despojóse de golpe de su carácter proselitista y guerrero. Los pueblos trabajaban sin descanso, dando fin a las obras empezadas, extendiendo el radio de otras, iniciando nuevas.

No es que Tupac Yupanqui repudiase la vida de las armas y de las conquistas. Durante su reinado, no había hecho otra cosa sino guerrear siempre. Su padre, Pachacutec, le dejó mucho por hacer. Todos los señoríos esparcidos en el norte, desde el de los chancas hasta el de Tumbes, cuyo régulo aún permanecía en rehenes en el Cuzco, acababan de ser sometidos por Tupac Yupanqui. Largos años de sangre y ambición. Expediciones heroicas, sin precedentes en la dinastía, primero sobre los nazcas poderosos, tan hábiles artífices como animosos defensores de su libertad y luego sobre el dominio de los chimús, orgullosos rivales de los Incas. Esta última ofensiva duró ocho años, con peripecias de todo género y con encarnizadas batallas de bajas incontables. El solo asedio y asalto de la inexpugnable fortaleza de Paramonga, al iniciar la invasión, costó cinco mil quechuas. El mismo Tupac Yupanqui dirigió la estrategia, siendo herido de un flechazo en el brazo. Después fue la toma de la populosa, brillante y soberbia Chanchán, capital de los chimús. Victorias y hazañas que ningún antecesor suyo había realizado. Allí estaba la historia, los quipus elo-

cuentos y veraces, los relatos y testimonios de sus generales, de los soldados y del pueblo, las odas de los arábigos, los himnos triunfales, las danzas de guerra, los trofeos, los relieves y monumentos que moran en los tambos y diversos teatros de los hechos...

Tupac Yupanqui era, pues, un emperador guerrero. Mas ahora ansiaba un remanso a las fragosas jornadas, un remanso que él, ciertamente, ignoraba cuánto tiempo duraría. Ansiaba paz y trabajo. Que obrase el pensamiento en su estambre sutil y tranquilo y que la tierra produjese el tallo que da sombra y frescura, la semilla que nutre y prolifica, la flor que se abre para los tabernáculos, para las cunas y las tumbas. Ansiaba trabajo y paz. Que la alegría exhalase la risa fecunda y confortante; que se serenase el cielo sobre las frentes de gañanes y pastores: que el marido besase a su mujer, y que los ardientes crepúsculos del reino vertiesen mansa luz sobre los sacerdotes, tormentosas figuras de cráneos ovalados y larga barba... El Inca ansiaba ahora el amor, la meditación, el germen, el reposo, las grandes ideas, las imágenes eternas.

IV

un accidente de trabajo

Paseaba una tarde Tupac Yupanqui, en compañía de Mama Ocllo y rodeado de su séquito, por las colinas de la ciudad sagrada, visitando los trabajos de reconstrucción de la fortaleza de Sajsahuamán. Veinte mil súbditos habían salido a los trabajos aquel día. Operaban a la sazón cabe la segunda torre, que estaba ya para quedar terminada. El Inca avanzó hasta el lugar de la labor y, observando a la bullente multitud, volvió los ojos hacia uno de los mitas:

—¿De dónde es la piedra de la puerta?

El quechua se arrodilló:

—¡Padre! Es de Pisuc.

El cortejo imperial se estremeció ante este nombre de la cantera oriental.

Venía del otro lado un rumor sordo y convulso de voces y exclamaciones. Hormigueaba allí la muchedumbre, en torno a una piedra gigantesca, que debía ser levantada para base de la tercera y última torre de la fortaleza. La piedra viajaba, hacia seis años, desde las márgenes del Urubamba. Mucho tiempo hacía que, a mitad del camino, se cansó, y ya no quiso avanzar. La habían agitado, golpeándola. La llamaron a grandes gritos, empujándola de todos lados. La piedra siguió inmóvil, sorda a toda llamada y estímulo. Pasaron los días, las lunas y los años. Fueron por ella gran número de hombres. Las aguas lloviznas removieron las tierras donde yacía, arrastrándolas consigo y la piedra seguía fija, inmovible. De lejos, los pastores al buscar sus ganados, la solían mirar, al caer la tarde con medrosa piedad, como a las piedras de las tumbas. Los buitres y los buhos asentáronse en ella por las noches y los graznidos y los trinos arrullaban su sueño. Pero los hombres fueron un día de nuevo por ella y lograron entonces despertarla. La traían ahora e iban a levantarla sobre la terraza de Sajsahuamán.

El Inca dijo pensativo:

—Es la piedra cansada. También de Pisuc.

El roquedal de Pisuc estaba al otro lado del Urubamba, mucho tiros de honda más allá de la margen. Según las tradiciones, desde allí fueron traídos gran parte de los bloques de la fortaleza, aún muchos de los primeros basamentos. Bloques enteros y hermosos, montañas de una sola pieza, basaltos de grano apropiados para los grandes dentajes como para las aglutinaciones sutiles y de simple acercamiento. Los arquitectos prefirieron los bloques de Pisuc a cualesquiera otros y si todas las mu-

rallas, torres y subterráneos no estaban contruidos de ese material, ello obedecía a la imposibilidad de trasladarlo a través de las aguas caudalosas. Una circunstancia singular rodeaba a las piedras de Pisuc de catadura tétrica: desde que saltaban de la cantera, hasta que quedaban enclavadas en el lugar a que se las destinaba, dejaban tras de sí el exterminio de muchas vidas, la desgracia de otras, siempre una brecha de sangre y lágrimas. En esta aureola lúgubre de Pisuc meditaba el Inca, cuando vino a aquel un auqui:

—¡Padre! ¿Querías ver cómo queda la puerta de la segunda torre? Acaban de dejarla terminada.

Advertida de que los soberanos volvían, la multitud se arrodilló en silencio. Los maestros canteros daban órdenes acaloradamente y los mitas se esforzaban en cumplirlas con rapidez y habilidad. Un juego de sogas recorría algunos agujeros de la parte superior del muro y desaparecía hacia arriba y abajo, para aparecer de nuevo, en gruesos cabos, en las manos de los trabajadores. De todas partes salía un estruendo angustioso de golpes de piedra, restallidos de sogas, pasos apresurados, acezar de pechos. Cuando el monolito de la puerta empezó a ser levantado, la muchedumbre de sumió en un gran silencio, no oyéndose más que el ruido de los lazos, al ludirse en los agujeros de los muros y uno que otro bufido de energía. Tupac Yupanqui y Mama Ocllo dieron unos pasos atrás, para observar mejor. Era asombroso el modo como iba subiendo la piedra, cuyo peso y tamaño, a medida que ganaba la altura, parecía ir perfilándose mejor y cobrando tal importancia en el mecanismo, que producía una impresión de vago terror. Una interrupción imprevista paralizó de repente el mecanismo de brazos y cordajes. Acercáronse algunos personajes de la comitiva imperial. Uno de ellos estiró la mano y a duras penas alcanzó a tocar con las yemas de los dedos el bloque suspendido. Hincó en él las uñas y se volvió hacia los demás:

—¡Los basaltos de Pisuc son los más bellos del reino!

De improviso se vió una cosa espeluznante. Restallaron los cabos en las encallecidas manos y en distintos puntos del ciclópeo artefacto. Sonaron terribles exclamaciones de alarma. Cayeron de los sobacos de la puerta finísimos guijarros y el gigantesco cuerpo rocoso se abatió como un rayo. Retembló espantosamente la muralla entera. Hondo silencio siguió a la caída de la piedra, cual si ésta se quedase allí muerta para siempre...

A Mama Ocllo la tenía el Inca en brazos, desfallecida de horror. Algunas sipacoyas y doncellas de la corte lanzaban quejidos y voces de socorro. De dentro de la torre venían gritos ahogados:

—Aquí está. ¿Y mi hermano?

Preguntas había que no obtenían respuesta.

—No lo he visto. No lo he visto...

—¡Sangre! ¡Sangre!

Un gran alarido colectivo, largo, interminable, llenó el espacio y fue a resonar en la ciudad y en los flancos del cerro Huanacaure.

V

bizancio, longitud occidental

Runto Caska era pariente del Inca. Joven de notable belleza varonil, muy inclinado a la música y a las armas, gozaba de extraordinario ascendiente respecto del Emperador. Tupac Yupanqui tomaba raras veces camino en los negocios del Estado, sin haber consultado antes al noble pariente. El Consejo de los Ancianos vióse a menudo sustituido en sus funciones consultivas por Runto Caska.

Pero el ascendiente de Runto Caska se apoyaba en su calidad de artista, más bien que en calidad de pariente del Inca.

La antara de Runto Caska consistía en una serie de finos tubos de oro pulido, con dibujos del mismo metal, cerrados por un extremo y colocados uno al lado de otro, por orden de tamaño y espesor, hasta rematar en el más pequeño, que no medía más de una pulgada de longitud, por un diámetro apenas medible. Los sujetaba y unía una doble redecilla de tendones pertenecientes a gigantes collas, derrotados y muertos en sangriento combate, del que participara Runto Caska durante la primera expedición de conquista que siguió a su diez y seis años. Entre las dos redecillas corría, al centro, un juego de cordones verdes y rojos, de lana de alpaca, los mismos que, al llegar a los tubos extremos de ambos lados, se hacían nudos y acababan en cuatro grandes borlas. Al ser tañido este triángulo sonoro, pendía del cuello del artista por medio de un trenzado de plata en filigrana, y, cuando no era usado, permanecía en un estuche de piel de rana, embutido por dentro con ornamento, datura sanguínea y otras yerbas vilcas, de las que solían usar los adivinos aterrados.

De regreso de la Intipampa, Runto Caska penetró en sus estancias, sombrío y meditabundo. El artista cruzó una pequeña galería de roca desnuda y desbastada a buril, fría y a la sazón desierta, dirigiéndose luego hacia una sala interior, en cuyo centro ardía un pebetero consistente en una concha de tortuga, que despedía grato calor y voluptuoso aroma de coca y cáscara de plátano. El músico sentóse en un banco de cobre, tapizado de pieles de jaguar. Allí permaneció cavilando, la mirada fija en el plafón. El artista sufría. Kusikayar no había asistido a la fiesta del huaraco y su ausencia le colmaba la zozobra. La amaba. Desde el día en que Kusikayar ingresó a la pubertad y su ingreso fue festejado, según el uso quechua, en la humilde choza de la entonces obscura y pobre niña de pueblo, Runto Caska, que había presenciado la quipuchica, la amaba con todo el ardor de su mocedad. Por insinuación del mú-

sico, el Inca la había hecho ñusta, en mérito a su don para las danzas sagradas.

Extraña belleza la de Kusikayar. Nadie sabía, en verdad el origen de su linaje, el cual se perdía en las sombras de su inferior civil en el reino. Unos decían que sus ascendientes procedían de un país oriental, de más allá de Pacarectambu, la morada que amanece, el lugar de las cuatro dimensiones. Otros narraban que la cuna de la joven radicaba en los desiertos australes, áridos y salados, cuya última linde, aguda y saliente, era de forma de una pata y por eso llamaban a los suyos patagones. Esta era la versión más general, a causa de atribuir a tal origen el símbolo de los pies milagrosos de Kusikayar. Pero no faltaba quienes, particularmente entre los sacerdotes, referían haber venido esa familia, en tiempos muy antiguos, de un imperio remoto, situado hacia la linde donde la luz tiene su lecho misterioso. Ananquizque, el joven villac, decía:

—Desde allá vino ese linaje. A esa casta no la trajeron las armas. Por sí misma llegó una tarde a la ciudad y, según cuentan viejos caracteres en las hojas de los plátanos, ello aconteció cierta vez en que el coyllur fue visto de día en el cielo, a la hora en que las columnas de estío carecían de sombra bajo la luz solar.

La figura de Kusikayar llegó a adquirir gran relieve en los ritos religiosos. Su danza llegó a constituir una liturgia especial en las fiestas del Sol. Durante la fiesta del Situa, al empezar las lluvias y cuando prevalecían las enfermedades. Kusikayar danzaba en las puertas del Coricancha, al compás de las músicas hieráticas. En las evoluciones de su cuerpo escrutaban los taciturnos sacerdotes el incierto porvenir y la mortalidad del año. El pueblo adoraba y temía a Kusikayar, como a una ocilla entre las vírgenes del Sol.

Y fue en la última fiesta del Situa, que a Runto Cas-
ka aconteciera un acontecimiento muy vago y sutil, el
mismo que vino a interponerse entre él y Kusikayar, como
un fantasma misterioso.

En la mañana de aquel día del Situa, en contra de los
cálculos astronómicos, registrados en el Kalasasaya, el
aire se enrareció de repente y todo quedó oscuro, como
si la noche cayese. El yllapa cruzó el espacio y siguió un
horrisono sacudimiento de tierra. Cayeron algunos muros
y techumbres. Un anciano quedó muerto en medio de la
calle. Lloraban las madres y en sus brazos gemían los ni-
ños, arañando los senos maternos. Muchas esposas en-
cinta, dieron a luz violentamente, criaturas dormidas pa-
ra siempre. En el Hurin-Cuzco salió una doncella enloque-
cida y se arrojó al río Huatanay. El terror de los quechuas
no tuvo límites. Salían todos de sus viviendas a las plazas,
ululando de miedo y clamando al yllapa, para que ce-
sase en su cólera. La ciudad se conmovió en un inmenso
espasmo de pavor. Hombres y mujeres, niños y ancianos,
la comunidad entera estuvo reunida en la Plaza de la
Alegría delante de las puertas del Coricancha. Los sacer-
dotes, con las caras afiladas por el terror, y los amautas,
llenos de majestad, predicaron la calma. Un villac, dijo,
tocado de visiones:

—El yllapa está enfadado. Es a causa de no haberse
llevado a cabo la conquista de los tucumanos. Así lo dice
el oráculo. Dejad vuestros hogares y luego de ahuyentar el
mal de las sementeras, volved aquí a escuchar el vati-
cinio de la danza del Situa.

A los campos salió la muchedumbre. Entre ella iban
algunos alcos asustados, husmeando las rocas y las her-
bosas sendas, rascando el suelo y aullando lastimeramen-
te. Iba cada piruc a la cabeza de los suyos y toda la mul-
titud oraba y gemía. Unos para aplacar la cólera del ylla-
pa, dejaban en los montículos y otras elevaciones talegui-

tas de coca y granos de maíz. Otros bebían un trago de los arroyos o arrojaban unas gotas de chicha, dando papiotes al aire. Cuando arribaron a los trojes, los golpearon, dando voces de alerta y apostrofando al mal para que se alejara.

De retorno a la ciudad sagrada, sobrevino la calma. Agolpados a las puertas de Coricancha, esperaron oír de boca de los adivinos las palabras del porvenir, halladas en los pies de Kusikayar.

La oclla salió, rodeada de los sacerdotes y revestida de una túnica fina y transparente. Su corta cabellera estaba suelta y no llevaba brazalete, bincha ni otro adorno. fuera de sus largos pendientes de princesa.

El Inca estaba allí, bajo su solio de oro, rodeado de la corte. Un silencio profundo se hizo. La muchedumbre inclinó la frente. Entonces se alzó la música sagrada, lenta y a grandes girones, y la oclla tuvo un acceso de exaltación. Se entonó el ytu litúrgico y hablaron los sacerdotes a la multitud:

—El yllapa cesará de su enojo. La conquista de los tucumanos se llevará a cabo. Mañana partirá la primera expedición compuesta de quinientos honderos. Los muertos del año serán pocos. Podéis retiraros a vuestras viviendas. Orad siempre y que los holocaustos den sus frutos.

Oídas las palabras del Oráculo, la muchedumbre se dispersó. Algunos grupos se encaminaron a los templos y a las huacas y ofrecieron a Viracocha, en acción de gracias, objetos de plata y cobre, piedrecillas pintadas, puñados de tierra, huesos de cuyes y chuño de papa. Otros llevaron aromas y hojas de coca, que hicieron arder al pie de las pilastras sagradas.

Todo esto recordaba Runto Caska, al volver de la fiesta del hucarán. Recordaba también que, a partir de aquella danza del Situa, la ñusta manifestaba por él un miedo

extraño y observaba reservas misteriosas, aún en las horas más tiernas y apasionadas. El artista la interrogó y Kusikayar respondía de modo incomprensible. Runto Cas-ka sufría.

VI

en la intipampa

Un día, durante las fiestas del huaraca, realizábase en la Intipampa una de las postreras ceremonias para armar caballeros a ochocientos jóvenes del Imperio, cuya preparación militar había terminado. En torno del Emperador veíase rebullir a centenares de nobles. Allí estaba el magistrado, de gesto tranquilo, donde latía el signo de la justicia; el amauta, severo y pensativo, cruzada la amplia túnica verde a uno de los hombros; el general, de recta mirada, con su penacho septicolor y sus sandalias de plata, que conocieran fragosas y occíduas regiones; los tristes arabicus, de azules vestiduras, con hilados de áloe en forma de rutilantes insectos del norte; el ermitaño taciturno, venido de las paccarinas lejanas; los rumay-pachaccas, aún tostado el rostro por el reciente viaje desde el turbulento Pongoa o desde el Lago Titicaca, a cuyas orillas crecen los maíces del Inti, de granos milagrosos... Tenía el Inca a su derecha al Supremo Villac, vestido de blanca lana esquilada a las alpacas del Hatum.

Las *calli-sapas*, que debían tomar parte en las épicas pruebas de la Intipampa, aparecieron ataviadas de los lujosos trajes correspondientes a su estirpe y portaban primorosas jarras de vidriada greda, llenas de la chicha litúrgica. Venían por el lado de la ciudad, escoltadas de un centuria de infantes, cuyas picas y arcos chispeaban bajo el sol.

La muchedumbre lanzó un aullido de alegría, que tardó largo tiempo en apagarse. Una anciana lloraba, sosteniendo en brazos un haz de frescas siemprevivas. Y una joven decía entre lágrimas:

—Anoche, cuando los donceles dormían al pie de las murallas de Sacsahuamán, una mala serpiente le ha herido...

La joven extrajo de entre sus senos una garra de jaguar, labrada y pulida en forma de media luna, la puso en la palma de la mano y la llevó con gran unción a los labios, descubriéndose.

Una de las ñustas, Lleray, portaba una jarra de suave arcilla, extraída del Chimú. Unos jóvenes mitimaes, venidos de aquellas tierras, obsequiaron tan bella vasija a Lleray, la más hermosa ñusta del Tahuantinsuyo. Por que Lleray poseía, en verdad, una belleza sin par en el reino. Debido a este don había sido elevada, de un natural humilde, el rango de doncella de estirpe solar.

¡La jarra de Lleray! ¡Qué barro tan delicado y al propio tiempo tan espantoso! Representaba un cuervo, en actitud de volar, el cuello enarcado. La recta negrura del oblicuo pájaro se evidenciaba agudamente, al contrastar con la radiante juventud y la gracia núbil de Lleray. El aciago plumaje y la cabeza chata y funeraria producían un extraño calofrío. Lleray le tenía en brazos.

La fila de paladines se aproximaba, en la justa de carrera. Cuando sus trajes amarillos empezaron a ser distinguidos a distancia, las callisapas cantaron. A una voz cantaban una aria dulcemente. Cantaban por las sombras de los héroes antiguos, por los dólmenes inmóviles de Accora, por las momias que, en flexión agazapada de aves nocturnas, meditan en las hornacinas sagradas y en los sillares de las chulpas silenciosas. Cantaban por las batallas ganadas y por los huesos sembrados en las rutas sin fin de las conquistas. Algunas princesas elevaban su voz

a gran altura. Otras se estremecían al compás del canto heroico, con sus hombros erectos, sus gargantas redondas y sus vientres cerrados y nuevos, de forma de corazón, donde estaba enarbalado el gran telón que da a la eternidad. Pero había quienes dejaban de cantar un momento y sus lenguas eran entonces fáciles para aquellos silencios, en tanto las bocas de sus vasos alegóricos aparecían abiertas, en un rictus de tácita revelación.

Cuando cesó el canto y su eco resonaba aún en las cuencas de las jarras, los jóvenes y las mozas del pueblo inclinaron el rostro.

El Inca armó caballeros a los vencedores, a los sones triunfales del hailli, coreado por el pueblo. Los héroes calzaron las ojotas de lana, ciñendo el huara, en señal de virilidad y las madres coronaron sus sienes de verdes siemprevivas.

En medio del entusiasmo de la multitud, la jarra de Lleray se hizo trizas. Poseída de presentimiento, la ñusta se puso a llorar.

VII

la cólera divina

A la mañana siguiente, Runto Caska despertó muy temprano. Su mirada era reposada y denunciaba un bienestar profundo.

El día anterior estuvo preocupado por la escena del adivino, pero terminó por hallar tan vacío, absurdo y ridículo aquel incidente, que lo olvidó y no le dio mayor importancia. Más he aquí que ahora, en forma inopinada, empezaba a sentirse, ante su recuerdo, atenaceado por numerosos y encontrados pensamientos. Esto era extraño. El pliego de pronósticos se presentaba ahora con cier-

to colorido y con tal vida, que le empezó a inquietar, sin poder evitarlo. La ruina del Imperio, quipus de púrpura, el yllapa deshecho, las reliquias sagradas en manos extranjeras, un hombre coronado de espinas. Runto Caska hizo un movimiento al azar. Un sutil presentimiento hirió en este momento a Runto Caska. El corazón empezaba a decirle que en las visiones del adivino gusaneaba tal vez un porvenir nebuloso y lleno de amenazas.

Al ingresar a los recintos del Inca, el artista mostraba el rostro enardecido, las pupilas encendidas. Avanzaba al azar a lo largo de las galerías. La imagen del adivino iba en su pensamiento, revestida de un halo deslumbrante que le fascinaba enteramente. Saldría cierto cuanto había presagiado. Podía sobrevenir el día. Runto Caska se dio cuenta de que todos los agujeros del collahuata, eran nefastos. Viracocha preparaba horribles castigos. La cólera sagrada sobrepasaría a cuantas registraban los anales. Por su imaginación desfilaban las visiones de sangre, las devastaciones, los templos y palacios reducidos a polvo, los sembríos talados, los andenes derrumbados, secos los estanques y los ríos, las vidas difuntas. Runto Caska empujó una ligera puerta de mimbre, guarnecida de hilados de metal. Cruzó con aire resuelto una cámara, donde sostenían animada conversación tres amautas y desapareció por la puerta del fondo.

Tupac Yupanqui sonrió, tendiéndole la mano, que Runto Caska se prosternó a besar. Entonces, como pocas veces, sintió el Inca la noble influencia del espíritu del artista, al que amaba por sobre los demás grandes del Tahuantinsuyo.

—¡Noble Runto Caska! Eres un tesoro del Sol. ¿Qué te trae? ¿Qué puedo yo darte? Habla, inteligente amigo.

El artista observó el indulgente y sencillo modo con que era recibido por el Emperador, cosa que le confirmaba, una vez más, la estima en que le tenía el Soberano. Ade-

más, Runto Caska sabía que Tupac Yupanqui no desechaba los consejos, así fuesen del más humilde de sus siervos. El Inca experimentaba un especial goce en oírlos. A menudo, llegaba a solicitar opinión a la rústica viejecita del arroyo, al pastor simple y triste, al efímero chasqui, a la doncella del tambo. Les escuchaba y solía responderles con gran dulzura, que hacía llorar de ternura a los amautas:

—Así será, mama.

—Muy bien, taita.

Runto Caska dijo con suma gravedad, palabra a palabra, inclinado en señal de adoración:

—¡Señor! Has oído ayer al adivino. Su voz me ha penetrado el corazón y hallo en ella una amenaza cierta para vos y para el reino. Ha presagiado la ruina del Imperio. Sus visiones son fatídicas para los hijos del Inti...

El Inca sonreía con gesto paternal. Runto Caska dio a su acento una inflexión patética, nacida de su corazón atormentado:

—Padre augusto, ilustre hijo de Manco: la voz del adivino será cumplida. Los aullidos del chuco envuelven la certeza de un futuro lamentable. Ordena hijo de la luz, que se me corte la lengua y sea yo enterrado vivo, si yerro ahora al rogarte que aplaques la cólera del Inti. El padre del Imperio está irritado. Aplaca, Señor, a Viracocha. Desagravia al Inti o el augurio va a cumplirse.

—Sigue —dijo el emperador, poniéndose pensativo.

—La ira de Viracocha es a causa del abandono que has hecho de la guerra y las conquistas. El Padre resplandeciente ve sus altares reducidos y a la raza de Manco sumida en la paz, que pudre músculos, socava cimientos y anuncia la corrupción y la ruina. Aplaca, señor, a Viracocha, empuñando de nuevo los estandartes de guerra. De vos, ilustre hijo de Manco, depende la vida del Tahuantinsuyo.

El Inca mostróse recogido y silencioso. Los alegatos generosos y ardientes de Runto Caska le impresionaban y atraían su atención con desusado interés. Tenía la mirada puesta en un mismo punto del pavimento y mucho tiempo estuvo embargado por la meditación. Después dijo con voz transformada:

—Runto Caska. Eres un caro hijo del reino. Mi padre, el Sol, virtió abundante luz en tu cerebro, para que la pusieses al servicio de su pueblo. Amas a tu Emperador, al que prestaste siempre el auxilio de tu consejo y entusiasmo. Dime, noble artista: no es acaso frágil fruto de tu imaginación, herida de temor, cuanto acabas de hablarme?

—¡Poderoso Tupac! Bien sabes que jamás el vano miedo halló presa en mi pecho y que voz de consejo que salió de mis labios, animada fue siempre de madura y serena reflexión. ¡Señor! ¡Aquí están todos mis huesos, para que de ellos se haga una hoguera, a cuyo fulgor podéis ver si el error ha graznado en mis palabras!

Un profundo y grave silencio se produjo, durante el cual Runto Caska permaneció inclinado. El Inca se puso de pie y dio algunos pasos sin pronunciar palabra. De la próxima galería llegaban trinos de pájaros exóticos, en sus finas jaulas de plata. Una hermosa doncella de Huaylas, del dulce color del banano, de abundosa cabellera y vincha de esmeraldas, hacía arder, en un ángulo de la estancia, un sahumerio del que salía un cálido perfume de ánades de Chincha.

Transcurrieron muchos soles después del diálogo entre el Inca y Runto Caska, hasta el día en que el Emperador hizo venir a su presencia al artista y le dijo:

—Runto Caska: he pesado tu consejo generoso y vigilante en el que arde tu noble amor al imperio. Si los graves augurios del adivino envuelven certeza para el futuro, yo aplacaré a mi irritado padre. Su cólera sagrada cesa-

rá. Ordenaré reanudar las expediciones de guerra y las conquistas del norte y así evitaré la ruina de mi raza. Todo depende de mi mano. Mi cetro dará una señal y los hijos del Sol acudirán a las armas con el mismo heroísmo de mis recientes hazañas de la costa. Más, antes he consultado la opinión de otros vasallos, tan sabios y prudentes como vos: el príncipe heredero, el animoso Rautaschuqui, el veterano Quilaco, el amauta Huanca Auqui y mi leal hermano, el Villac Umu. El Consejo de los Ancianos no vale para mí lo que vuestro docto y experimentado parecer. Domina la opinión, que también es la mía, de que antes de tomar decisión sobre tan importante asunto, se lleve a cabo un solemne holocausto en honor y desagravio de Viracocha, precedido de ayuno de tres días. El mismo Villac Umo buscará en las entrañas de las víctimas, la clave del futuro y se sacrificará cuantas llamas fuesen necesarias, hasta dar con la entraña del porvenir. ¿Encuentras acertada esta decisión?

Rusto Caska asintió.

Y una semana después de las fiestas del Inti Raymi, se efectuó el ayuno riguroso en todas las comarcas del reino y los sacerdotes designaron las llamas y sus crías, que debían servir al holocausto.

La víspera del sacrificio, se vio a Runto Caska cruzar delante de la fuente de piedra de la Plaza de la Alegría, acompañado de Kusikayar y de la infanta Rahua, prometida de Huayna Capac.

El crepúsculo arrancaba de los muros de oro del Coricancha un reflejo amarillo y melancólico. La plaza estaba desierta. De cuando en cuando, se veía algún mita retardado, un guardia, una mujer con un cántaro de agua o un pastor arreando su ganado a la Intipampa. El hielo del raymi daba al aire una punzante aspereza. Runto Caska, agazapándose en su manto bordado de finos líquenes de Jauja, apresuró el paso.

—Cien llamas y sus crías, —dijo Rahua— ya están escogidas, en las dehesas y huertos del Huarin-Cuzco.

—El Inca está contento, —murmuró Kusikayar— ¿Y tú, Runto Caska? ¿Qué opinas y auguras del sacrificio?

Runto Caska puso una mirada de fe en Kusikayar:

—¡La raza del Sol es inmortal!

VIII

la guerra vertical

Al día siguiente tuvo lugar el holocausto.

En medio de la muchedumbre ávida y conmovida, el Villac Umu asistido del sacerdocio entero y en presencia de Tupac Yupanqui y su corte, realizó el solemne sacrificio. El pontífice buscó en las entrañas de la primera llama el secreto porvenir y el examen arrojaba compactas nubes de incertidumbre. Volviéndose al solio imperial, el Villac Umu agitó la diestra ensangrentada, trazando un signo en el aire y dijo con acento fatídico:

—Todo está incierto.

Siguió a la voz hierática un clamor lacerado de la multitud. El Inca permanecía tranquilo, con el sunturpaucar en la izquierda mano. Su atención estaba fija en el tabernáculo. El pueblo, a cada palabra del Villac Umu, dirigía sus miradas hacia el Inca, solicitando la última señal de los destinos.

De algunos puntos de la plaza emergía uno que otro murmullo aislado: una rogativa, un sollozo ahogado, el lloro de un niño. Imperaba un silencio, trágico y recogido. Los quechuas seguían los detalles del sacrificio, esforzándose en observar cuanto pasaba en el altar: los retorcimientos de agonía de la llama y el modo como quedaba

al morir; los servicios litúrgicos alrededor de ella; el cambio de las lancetas de oro, de los lazos de púrpura y de los blancos lienzo; las caras de los sacerdotes, sus gestos, el movimiento de sus labios y de sus ojos. Si el Villac Umo ejecutaba un ademán importante, la muchedumbre palidecía en espera del oráculo.

El Villac volvió a decir, más abatido:

—El porvenir está cerrado enteramente.

Más tarde, reanimado:

—¡Viracocha sonrío a su raza!

El efecto de estas palabras fue un aullido de alegría, el mismo que redoblóse cuando el sacerdote, levantando ambas manos al cielo, lanzó este grito de triunfo:

—¡Viracocha protege a Tupac Yupanqui!

Más, de repente, sucedió algo inesperado y espantoso. En el instante en que el Villac Umo abría las entrañas de la última llama, el animal, ya herido, se incorporó instantáneamente y, con una rapidez que a todos dejó pasmados, saltó el tabernáculo sagrado y desapareció. El pontífice sólo tuvo fuerzas para volverse al Soberano y al pueblo y decir, agitando los brazos ensangrentados:

—¡Desgracia! ¡Desgracia! La víctima resucita, escapa del altar y desaparece...

Tupac Yupanqui, al oír estas palabras se puso de pie y dijo:

—Mi Padre, el Sol, está irritado y amenaza la ruina de su pueblo, a causa de que he depuesto las armas, truncando las conquistas y limitando el desarrollo de su raza y de su culto. ¡Yo aplacaré su cólera divina, volviendo a las guerras y conquistas y le erigiré, en el límite máximo y remoto de los nuevos señoríos que someta a mi centro, un templo tan espléndido y rico, como el propio Coricancha!

Dijo el Inca y, a las pocas horas, Huayna Capac, al mando de un ejército de tres mil soldados, partía de la

Intipampa, por el gran camino del norte, rumbo a la conquista de Quito.

Al son de los tambores, cuyos parches de pieles de salvajes domados, percutían en uno solo fragor, rompían la marcha, cien mitimaes chancas, cuya fidelidad al Inca habíase tornado un ejercicio de amor verdaderamente religioso. Los comandaba Raujaschuqui, el guerrero más bravo del reino, luciendo el turbante amarillo de guarangacamayoc. Iba éste precedido de un formidable soldado collasuyo, de fiero aire rapaz, que hacía flamear a barlovento la bandera fantástica del Iris. Luego seguía un regimiento de honderos. Y luego otras banderas y trompetas de estridencias heridas, llenas de calofríos heroicos. Y luego otros y otros batallones. A retaguardia, cerrando la marcha, iba el veterano insigne y venerable, el gran Quilaco, portando en brazos un bello cóndor joven, libre de toda traba, que escrutaba en silencio el horizonte.

Pasaban los expedicionarios ante la multitud, que los aplaudía y vivaba hasta romperse las bocas. Resonó el hailli triunfal en las lenguas de las esposas, en las gargantas de las hermanas, en los labios de las hijas, en los pechos de las madres. Tropeles infantiles recorrían las cercas del camino, al lado de los héroes o, asaltando los monolitos de los arrabales vecinos y encaramándose en las torres y pedrones de Sacsahuamán, gritaban, ebrios de una emoción desconocida, sus adioses a los guerreros en marcha. Algunos niños de pechos, extendían las manecitas al paso de tal o cual soldado, en quien reconocían el labio que han besado o el brazo en que han dormido dulcemente.

El príncipe heredero, consumados sus últimos mandatos, abandonó el centro de la Intipampa y, seguido de dos huaracas nobles, de marcial hermosura varonil y brillantes vestiduras, se dirigió hacia un lado de la explanada, donde la familia imperial se había estacionado a presen-

ciar la partida de los ejércitos. La muchedumbre abría camino a Huayna Capac, prosternándose y voceando conmovida de entusiasmo:

—¡Hijo de Tupac Yaya!

—¡Sol que amanece!

—¡Alma nueva del reino!

—¡Mozo poderoso!

—¡Mozo poderoso!

Huayna Capac vestía una capa de campaña, entretejida de leve hilado de oro, sencillas ojotas de plumas de torcaz y un casco de bruñida plata, sin más adorno que la borla amarilla de heredero. Su diestra sujetaba la parte sana viril, ganada en sus jornadas de doncel. Al cruzar entre la multitud, aparecía resplandeciente de orgullo y ambición. Nunca, como en ese día pudo intuirse en aquel mozo, de maciza y gallarda traza de dominio, al más grande monarca del Sol. No se sabe qué cambio se había operado del capitán derruido y vacilante, que un día entrara al Cuzco, en vergonzosa retirada, a este soberbio guerrero, alegre y animoso, que, atadas a sus vastos maxilares todas las disyuntivas de la empresa, impartía ahora órdenes, con premura y ardor de iluminado, consultaba a sus generales, resolvía cálculos y datos estratégicos y, en general, daba la impresión de una fe inquebrantable en su destino. A los himnos de aliento de los quechuas centelleaban sus pupilas de jaguar.

Acercóse a la familia imperial, pues debía despedirse de su hermana y prometida, la tierna infante Rahua, que, acompañada de Mama Ocllo, Kusikayar, Runto Caska, el Villac Umu y numerosos grupos de la corte, lo esperaban en finas y magníficas literas, sostenidas al hombro por soras de tallas armoniosas y pareadas. Rahua le vio venir y, sin saber por qué, le dolió el corazón. No supo contenerse y se puso a llorar.

—Adiós, hermana mía —le dijo Huayna Capac, emocionado.

—Adiós, hermano —sollozó la infanta con el rostro oculto entre las manos.

Huayna Capac regresó al centro de la Intipampa, en el preciso instante en que un heraldo llegaba a él. Venía del palacio del Inca. Arrodillóse y le entregó una hebra del llautu imperial, que el heredero examinó detenidamente. El hilo sagrado tenía un nudo grande y dos pequeños. Huayna Capac tuvo un gesto de felicidad y, descubriéndose, besó el rojo filamento con el que su padre le ordenaba partir sin más espera. Lanzó una mirada significativa sobre su pueblo, que no cesaba de aclamarle, cambió algunos diálogos con los jefes que le rodeaban y partió, sonriendo y escrutando el espacio infinito.

Un reguero de frescas flores y olorosas yerbas, cubría la calzada. Las exclamaciones y gritos de entusiasmo crecieron, formando un estruendo que ahogaba las músicas de guerra.

Pocos momentos después, el ejército del Sol perdíase a lo lejos, en el gran camino de la costa. Una nube de polvo le seguía y el viento de la tarde traía de cuando en cuando, los sangrientos clamores de los sonoros cuernos, cada vez más agudos y lejanos.

NOTA

Al final del conjunto de cuartillas que conforman HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS aparecen las siguientes notas de puño y letra de Vallejo:

- 1) Cambiar el título, aludiendo al contenido. Suprimir la presencia de Runto Caska. El cuarto debe versar solamente sobre Lleray, su jarro y su ruptura, y el lloro de la ñusta por el mal presagio.
 - 2) Cambiar el título, haciendo alusión a la relación que hay entre la cólera de los dioses (Illapa), el dolor del pueblo y el envenenamiento de los corazones amantes por esa cólera divina y por ese dolor social.
 - 3) Se puede sostener la unidad de todos los capítulos. Pero entonces hay que corregir palabras trop¹ exageradas. Hay entonces que decir desde el primer capítulo que Lleray está enamorada de Runto Caska y éste lo ignora. De otro modo, sin la unidad novelística, suprimir el tercer capítulo del libro.
 - 4) Cambiar el título. Cambiar el nombre de Lleray por el de Kiray. C'est tout².
 - 5) Suprimirlo.
 - 6) Ca va³. Cambiar el título.
 - 7) Reemplazar a Runto Caska por otro y cambiar el título.
 - 8) Este capítulo debe ir a otro sitio que no siga al anterior. El título puede ser: "La paz incaica", u otro. Independizar este capítulo del 7.
 - 9) Cambiar el título.
 - 10) Suprimirlo totalmente.
 - 11) Cambiar el título. En lugar de Runto Caska otro, el guerrero del cap. 7.
 - 12) Cambiar el título.
- En general hay que cambiar los títulos, refiriéndolos al contenido de cada capítulo, independientemente de los demás capítulos.
- Corregir palabras demasiado fuertes y apocalípticas. Revisar el fin de cada cuento.

¹ *trop*, en francés en el texto. Significa: demasiado.

² *C'est tout*, idem. Significa: Eso es todo, nada más.

³ *Ca va*, idem. Significa: Está bien. Conforme. Correcto.

el tungsteno

I

Dueña, por fin, la empresa norteamericana "Mining Society", de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento del Cuzco, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esa avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiana, destinada al trabajo de las minas.

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarías públicas y en los juzgados. Los dólares de la "Mining Society" habían comunicado a la vida provincial, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente.

Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas. Las mozas de los arrabales salían a verlos pasar, y una dulce zozobra las estremecía, pensando en los lejanos minerales, cuyo exótico encanto las atraía de modo irresistible. Sonreían y se ponían coloradas, preguntando:

—¿Se va usted a Quivilca?

Sí. Mañana muy temprano.

—¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Así venían los idilios y los amores, que habrían de ir luego a anidar en las bóvedas sombrías de las vetas fabulosas.

En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, místers Taik y Weiss, gerente y subgerente de la "Mining Society"; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio, el comerciante José Marino, que había tomado la exclusividad del bazar y de la contrata de peones para la "Mining Society"; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leonidas Benites, ayudante de Rubio. Este traía a su mujer y dos hijos pequeños. Marino no llevaba más parientes que un sobrino de unos diez años, a quien le pegaba a menudo. Los demás iban sin familia.

El paraje donde se establecieron era una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques. Allí encontraron, por todo signo de vida humana, una pequeña cabaña de indígenas, los soras. Esta circunstancia, que les permitiría servirse de los indios como guías en la región solitaria y desconocida,

unida a la de ser ése el punto que, según la topografía del lugar, debía servir de centro de acción de la empresa, hizo que las bases de la población minera fuesen echadas en torno a la cabaña de los soras.

Azarosos y grandes esfuerzos hubo de desplegarse para poder establecer definitiva y normalmente la vida en aquellas punas y el trabajo en las minas. La ausencia de vías de comunicación con los pueblos civilizados, a los que aquel paraje se hallaba apenas unido por una abrupta ruta para llamas, constituyó, en los comienzos, una dificultad casi invencible. Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable.

Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva, y, lo que es más, sin remuneración alguna. Se contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos. Por su parte, la "Mining Society" no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestarle los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peonada numerosa y suficiente. La "Mining Society" dejó, a este respecto, tranquilos a los soras, hasta el día en que las minas reclamasen más fuerzas y más hombres. ¿Llegaría ese día? Por el instante, los soras seguían viviendo fuera de las labores de las minas.

—¿Por qué haces siempre así? —le preguntó un sora a un obrero que tenía el oficio de aceitar grúas.

—Es para levantar la cangalla.

—¿Y para qué levantas la cangalla?

—Para limpiar la veta y dejar libre el metal.

—¿Y qué vas a hacer con metal?

—¿A ti no te gusta tener dinero? ¡Qué indio tan bruto!

El sora vió sonreír al obrero y él también sonrió maquinalmente, sin motivo. Le siguió observando todo el día y durante muchos días más, tentado de ver en qué paraba esa maniobra de aceitar grúas. Y otro día, el sora volvió a preguntar al obrero, por cuyas sienes corría el sudor:

—¿Ya tienes dinero? ¿Qué es dinero?

El obrero respondió paternalmente, haciendo sonar los bolsillos de su blusa:

—Esto es dinero. Fíjate. Esto es dinero. ¿Lo oyes?

Dijo el obrero esto y sacó a enseñarle varias monedas de níquel. El sora las vió, como una criatura que nos acaba de entender una cosa:

—¿Y qué haces con dinero?

—Se compra lo que se quiere. ¡Qué bruto eres, muchacho!

Volvió el obrero a reírse. El sora se alejó saltando y silbando.

En otra ocasión, otro de los soras, que contemplaba absortamente y como hechizado a un obrero que martillaba en el yunque de la forja, se puso a reír con alegría clara y retozona. El herrero le dijo:

—¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?

—Sí. Yo quiero hacer así.

—No. Tú no sabes, hombre. Esto es muy difícil.

Pero el sora se empeñó en trabajar en la forja. Al fin, le consintieron y trabajó allí cuatro días seguidos, lle-

gando a prestar efectiva ayuda a los mecánicos. Al quinto, al mediodía, el sora puso repentinamente a un lado los lingotes y se fue.

—Oye —le observaron—, ¿por qué te vas? Sigue trabajando.

—No —dijo el sora—. Ya no me gusta.

—Te van a pagar. Te van a pagar por tu trabajo. Sigue no más trabajando.

—No. Ya no quiero.

A los pocos días, vieron al mismo sora echando agua con un mate a una batea, donde lavaba trigo una muchacha. Después se ofreció a llevar la punta de un cordel en los socavones. Más tarde, cuando se empezó a cargar el mineral de la bocamina a la oficina de ensayos, el mismo sora estuvo llevando las parihuelas. El comerciante Marino, contratista de peones, le dijo un día:

—Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito. ¿Quieres que te socorra? ¿Cuánto quieres?

El sora no entendía este lenguaje de “socorro” ni de “cuánto quieres”. Sólo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estarse quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporquee, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso. Demostraban tan confianza en los otros, que en ocasiones inspiraban lástima. Desconocían la operación de respecto.

compra-venta. De aquí que se veían escenas divertidas al

—Véndeme una llama para charqui..

Entregado era el animal, sin que se diese y ni siquiera fuese reclamado su valor. Algunas veces se les daba por la llama una o dos monedas, que ellos recibían para volverlas a entregar al primer venido y a la menor solicitud.

* * *

Apenas instalada en la comarca la población minera, empleados y peones fueron prestando atención a la necesidad de rodearse de los elementos de vida que, aparte de los que venían de fuera, podía ofrecerles el lugar, tales como animales de trabajo, llamas para carne, granos alimenticios y otros. Sólo que había que llevar a cabo un paciente trabajo de exploración y desmonte en las tierras incultas, para convertirlas en predios labrantíos y fecundos.

El primero en operar sobre las tierras, con miras no sólo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fue el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quivilca, José Marino. Al efecto, formó una sociedad secreta con el ingeniero Rubio y el agrimensor Benites. Marino tomó a su cargo la gerencia de esta sociedad, dado que él, desde el bazar, podía manejar el negocio con facilidades y ventajas especiales. Además, Marino poseía un sentido económico extraordinario. Gordo y pequeño, de carácter socarrón y muy avaro, el comerciante sabía envolver en sus negocios a las gentes, como el zorro a las gallinas. En cambio, Baldomero Rubio era un manso, pese a su talle alto y un poco encorvado en los hombros, que le daba un asombroso parecido de cóndor en acecho de un cordero. En cuanto a Leónidas Benites, no pasaba de un asustadizo estudiante de la Escuela de Ingenieros de Lima, débil y mojigato, cualidades completamente nulas y hasta contraproducentes en materia comercial.

José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras, y resolvió hacerse de ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también empezaron a despojar de su bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

Los soras andaban seducidos por las cosas, raras para sus mentes absurdas y salvajes, que veían en el bazar: franelas en colores, botellas pintorescas, paquetes polícromos, fósforos, caramelos, baldes brillantes, transparentes vasos, etc. Los soras se sentían atraídos al bazar, como ciertos insectos a la luz. José Marino hizo el resto con su malicia de usurero.

—Véndeme tu chacra del lado de tu choza —les dijo un día en el bazar, aprovechando de la fascinación en que estaban sumidos los soras ante las cosas del bazar.

—¿Qué dices, taita?

—Que me des tu chacra de ocas y yo te doy lo que quieras de mi tienda..

—Bueno, taita..

La venta, o, mejor dicho, el cambio, quedó hecho. En pago del valor del terreno de ocas, José Marino le dio al sora una pequeña garrafa azul, con flores rojas..

—¡Cuidado que la quiebres! —le dijo paternalmente Marino..

Después le enseñó cómo debía llevar la garrafa el sora, con mucho tiento, para no quebrarla. El indio, rodeado de otros dos soras, llevó la vasija lentamente a su choza, paso a paso, como una custodia sagrada. Recorrieron la distancia —que era de un kilómetro— en dos horas y media. La gente salía a verlos y se morían de risa.

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa, era justa

o injusta. Sabía en sustancia que Marino quería su terreno y se lo cedió. La otra parte de la operación —el recibo de la garrafa— la imaginaba el sora como separada e independiente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora.

Y en esta misma forma siguió el comerciante apropiándose de los sembríos de los soras, que ellos seguían a su vez, cediendo a cambio de pequeños objetos pintorescos del bazar y con la mayor inocencia imaginable, como niños que ignoran lo que hacen.

Los soras, mientras por una parte se deshacían de sus posesiones y ganados en favor de Marino, Machuca, Baldazari y otros altos empleados de la "Mining Society", no cesaban, por otro lado, de bregar con la vasta y virgen naturaleza, asaltando en las punas y en los bajíos, en la espesura y en los acantilados, nuevos oasis que surcar y nuevos animales para amansar y criar. El despojo de sus intereses no parecía infligirles el más remoto perjuicio. Antes bien, les ofrecía ocasión para ser más expansivos y dinámicos, ya que su ingénita movilidad hallaba así más jubiloso y efectivo empleo. La conciencia económica de los soras era muy simple: mientras pudiesen trabajar y tuviesen cómo y dónde trabajar, para obtener lo justo y necesario para vivir, el resto no les importaba. Solamente el día en que le faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso más los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros, sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, los soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible, de Marino y compañía.

Los peones, por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad.

—¡Qué temeridad! —exclamaban los peones, echándose cruces—. ¡Quitarles sus sembríos y hasta su barraca! ¡Y botarlos de lo que les pertenece! ¡Qué pillería!

Alguno de los obreros observaba:

—Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos. Si les dan el precio bien; si no le dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se la regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte!... ¡Que se frieguen!

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

—¡Oye animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te cuestan tu trabajo? ¿Y ya te vas a reír?... ¿No ves? Ya te vas a reír...

La señora se puso colorada de ira, y por poco no le da un tirón de orejas. El sora, por toda respuesta, fue a traerle un montón de ollucos, que la vieja rechazó, diciendo:

Pero si yo no te digo para que me des nada. Llévate tus ollucos.

Luego la asaltó un repentino remordimiento, poniéndose en el caso de que fuesen aceptados por ella los ollucos, y puso en el sora una mirada llena de ternura y de piedad.

En otra ocasión, la mujer de un picapedrero derramó lágrimas, de verles tan desprendidos y desarmados de cálculo y malicia.

Les había comprado una cosecha de zapallos ya recolectados, por lo que, en vez de darles el valor prometido les había dicho a última hora, poniendo en la mano del sora unas monedas:

—Toma cuatro reales. No tengo más ¿Quieres?

—Bueno, mama —dijo el sora.

Pero como la mujer necesitase dinero para remedios de su marido, cuya mano fue volada con un dinamitazo en las vetas, y viese que todavía podía apartar de los cuatro reales algo más para sí, le volvió a decir, suplicante:

—Toma mejor tres reales solamente. El otro lo necesito.

—Bueno, mama.

La pobre mujer cayó aún en la cuenta de que podía apartar un real más. Le abrió la mano al sora y le sacó otra moneda, diciéndole, vacilante y temerosa:

—Toma mejor dos reales. Lo demás te lo daré otro día.

—Bueno, mama —volvió a contestar, impasible, el sora.

Fue entonces que aquella mujer bajó los ojos, enternecida por el gesto de bondad inocente del sora. Apretó en la mano los dos reales que habrían de servir para el remedio del marido y la estremeció una desconocida y entrañable emoción, que la hizo llorar toda la tarde.

* * *

En el bazar de José Marino solían reunirse, después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac —todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío—, místers Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial.

Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la exportación de tungsteno, cuyas cotizaciones aumentaban dia-

riamente. Por fin se departía sobre los chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la vida privada. Al llegar al caso de los soras, Leónidas Benites decía, con aire de filósofo y en tono redentor y adolorido:

—¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos. Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia!

Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:

—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie...

Estas últimas palabras eran dichas con marcado retintín. Y todo, por la manía de socarronear y acallar a los demás, que era rasgo dominante en el carácter de Marino. Benites comprendía la alusión y se turbaba visiblemente, sin poder replicar a un hombre fanfarrón, y que, además, estaba borracho. Pero los contertulios sorprendían el detalle, gritando a una voz y con burla:

—¡Ah! ¡Claro! ¡Natural, natural!

El ingeniero Rubio, rayando con la uña, según su costumbre, el zinc del mostrador, argumentaba con su voz tartamuda y lejana:

—No, señor. A mí me parece que a estos indios les gusta la vida activa, el trabajo, abrir brechas en las tierras vírgenes, ir tras de los animales salvajes. Esa es su costumbre y su manera de ser. Se deshacen de sus cosas, sólo por lanzarse de nuevo en busca de otros ganados y otras chozas. Y así viven contentos y felices. Ignoran lo que es el derecho de propiedad y creen que todos pueden

agarrar indistintamente las cosas. ¿Recuerdan ustedes lo de la puerta?...

—¿Lo de la puerta de la oficina? —interrogó el cajero, tosiendo.

—Exactamente. El sora, de buenas a primeras, echó la puerta al hombro y se la llevó a colocar a su corral, con el mismo desenfado y seguridad del que toma una cosa que es suya.

Una carcajada resonó en el bazar.

—¿Y qué hicieron con él? Es divertido.

—Cuando le preguntaron adónde llevaba la puerta, “A mi cabaña”, contestó sonriendo con un candor cómico e infantil. Naturalmente, se la quitaron. Creía que cualquiera podía apropiarse de la puerta, si necesitaba de ella. Son divertidos.

Marino dijo, guiñando el ojo y echando toda la barriga:

—Se hacen los tontos. ¡Son unas balas!

A cuyo concepto se opuso Benites, poniendo una cara de asco y piedad:

—¡Nada, señor! Son unos débiles. Se dejan despojar de lo que les pertenece, por pura debilidad.

Rubio se exasperó:

—¿Llama usted débiles a quienes se enfrentan a los bosques y jalcas, entre animales feroces y toda clase de peligros, a buscarse la vida? ¿A que no lo hace usted, ni ninguno de los que estamos aquí?

—Eso no es valor, amigo mío. Valor es luchar de hombre a hombre; el que echa abajo el otro, ése es el valiente. Lo demás es cosa muy distinta.

—¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre?... ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un individuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa!...

—Ni más ni menos. Soy una persona incapaz de hacer daño a nadie. Todos me conocen. Pero yo me creo obligado a defender mi vida e intereses, si se me ataca y me despojan de ellos.

Marino terció:

—Yo no digo nada. En boca cerrada no entran moscas... ¿Qué, se bebe? ¿Quién manda? ¡Vamos! ¡Déjense de zonceras!

El agrimensur no le hizo caso:

—Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que me faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.

Marino se cansaba de preguntar quién pedía las copas, y como Benites, su socio en lo de la cría y los cultivos, no le hiciese caso, embebecido como estaba en la discusión, el comerciante dijo, con una risa de cortante ironía, para hacerle callar:

—Yo no digo nada. ¡Benites! ¡Benites! ¡Benites!... Acuérdense de que en boca cerrada no entran moscas...

El cajero Machuca tuvo un acceso de tos, pasado el cual dijo, congestionadas por el esfuerzo las mantecas de su cuello:

—Yo sé decir...

Le volvió la tos.

—Yo sé decir que...

No podía continuar. Tosió durante algún tiempo, y, al fin, pudo desahogarse:

—Los soras son unos indios duros, insensibles al dolor ajeno y que no se dan cuenta de nada. He visto el otro día a uno de ellos suspenderse a una cuerda, que sujetaba por el otro extremo un muchacho, arrollada a la cintura. El sora, con el peso de su cuerpo, templó la sogá y la ajustó de tal manera, que iba a cortarle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerse y pataleaba de dolor, poniendo morada la cara y echando la lengua. El sora le

veía, y, sin embargo, seguía en su maroma riéndose como un idiota. Son unos crueles y despiadados. Unos fríos de corazón. Les falta ser cristianos y practicar las virtudes de la Iglesia.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! ¿Pide usted las copas? —dijo Marino.

—Déjeme, que estoy hablando...

—Pero pide usted...

—¡Maldito sea! Sirva usted no más...

Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora, había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades. Leónidas Benites solía decir a Julio Zavala, maestro de la escuela:

—Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en estos dos apotegmas supremos, que, en mi concepto, sintetizan la moral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!

Después, emocionándose y dando una inflexión de sinceridad a sus palabras, añadía:

—A mí me crió una mujer y vivo agradecido a ella, por haberme dado la educación que tengo. Por eso puedo

manejarme de la manera que todos conocen: trabajando día y noche y esforzándome en hacerme una posición económica, bien humilde por cierto, pero libre y honrada.

Y su crónica mueca de angustia se desembarazaba. Le brillaban los ojos. Como si se acordase de algo, explicaba a Julio Zavala:

—Y no crea usted... Una cosa es el ahorro y otra cosa es la avaricia. De Marino a mí, por ejemplo, hay esa distancia: de la avaricia al ahorro. Usted ya me comprende, mi querido amigo...

El preceptor daba señal de que le comprendía, y luego parecía reflexionar hondamente en las ideas de Benites.

El agrimensor tenía, en general, íntima y sólida convicción de que era un joven de bien, laborioso, ordenado, honorable y de gran porvenir. Siempre estaba aludiendo a su persona, señalándose como un paradigma de vida que todos debían imitar. Esto último no lo expresaba claramente, pero fluía de sus propias palabras, pronunciadas con dignidad apostólica y ejemplar, en ocasiones en que se perfilaban problemas de moral y de destino entre sus amistades. Peroraba entonces extensamente sobre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la sinceridad y el tartuflismo y otros temas importantes.

* * *

Debido a la vida ordenada que llevaba Leónidas Benites, jamás sufrió quebranto alguno su salud.

—¡Pero el día en que se enferme usted... —vociferaba José Marino, que en Quivilca se las echaba de médico empírico— ya no levanta nunca!

Leónidas Benites, ante estas palabras sombrías, cuidaba aún más de su conservación. La higiene de su cuarto y de su persona era de una pulcritud esmerada, no dejando nada que tachársela. Andaba siempre buscando el bienes-

tar físico, valiéndose de una serie de actos que nadie sino él, con su paciente meticulosidad de anciano desconfiado, podía realizar. Por la mañana, ensayaba, antes de salir a su trabajo, distintas ropas interiores, para ver cuál se conformaba mejor al tiempo reinante y al estado de su salud, no escaseando ocasiones en que volvía de mitad del camino, a ponerse otra camiseta o calzoncillo, porque había mucho frío o porque los que llevó le daban un abrigo excesivo. Lo mismo ocurría con el uso de las medias, calzado, sombrero, chompa y aun con los guantes y su cartera de trabajo. Si caía nieve, no sólo cargaba con el mayor número de papeles, reglas y cuerdas, sino que, para ejercitarse más, sacaba sus niveles, trípodes y teodolitos, aunque no tuviese nada que hacer con ellos. Se le veía otras veces agitarse y saltar y correr como un loco, hasta ya no poder. Otras veces, no salía de su cuarto por nada, y si alguien venía, abría con sigilo y lentamente la puerta, a fin de que no entrase de golpe el ventisquero. Pero si había sol, abría todas las puertas y ventanas de par en par y no quería cerrarlas. Así es como un día, estando Benites en la oficina del cajero, el muchacho a quien dejó cuidando la puerta abierta de su cuarto, se distrajo y entraron a robarle el anafe y el azúcar.

Mas no era esto todo. Tratándose de medidas preventivas contra el contagio de los males, su pulcritud era mayor. De nadie recibía así no más un bocado o bebida, sino exorcisándola previamente y echando sobre las cosas cinco cruces, ni una más ni una menos. El cajero vino a verle un domingo en la mañana, en que la cocinera le acababa de traer de regalo un plato de humitas calientes. Entró el cajero en el preciso momento en que Leónidas echaba la tercera cruz sobre las humitas. Olvidó la cuenta de las cruces y este fue el motivo por el cual ya no se atrevió a probar el regalo y se lo dió al perro. Poco afecto a tender la mano era. Cuando se veía obligado a hacerlo, tocaba apenas con la punta de los dedos del otro, y

luego permanecía preocupado, con una mueca de asco, hasta que podía ir a lavarse con dos clases de jabón desinfectante, que nunca le faltaba. Todo en su habitación estaba siempre en su lugar, y él mismo, estaba siempre en su lugar trabajando, meditando, durmiendo, comiendo o leyendo *Ayúdate*, de Smiles, que consideraba la mejor obra moderna. En los días feriados de la Iglesia, hojeaba el Evangelio según San Mateo, librito fileteado de oro, que su madre le enseñó a amar y a comprender en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos.

Con el correr del tiempo, su voz se había apagado mucho, a consecuencia de las nieves de la cordillera. Esta circunstancia aparecía como un defecto de los peores a los ojos de José Marino, su socio, con quien frecuentemente disputaba por esta causa.

—¡No se haga usted! ¡No se haga usted! —le decía Marino, en tono socarrón y en presencia de los parroquianos del bazar—. ¡Hable usted fuerte, como hombre! ¡Déjese de humildades y santurronerías! Ya está usted viejo, para hacerse el tonto. Beba bien, coma bien, enamore y ya verá usted cómo se le aclara la voz...

Algo respondía Leónidas Benites, que en medio de las risas provocadas por las frases picantes de Marino, no se podía oír. Su socio, entonces, le gritaba con mofa:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué cosa? ¡Pero si no se le oye nada!...

Las risas redoblaban. Leónidas Benites, herido en lo profundo por la burla y el escarnio de los otros, se ponía más colorado y acababa por irse.

En general, Leónidas Benites no era muy querido en Quivilca. ¿Por qué? ¿Por su género de vida? ¿Por su manía moralista? ¿Por su debilidad física? ¿Por su retraimiento y desconfianza de los otros? La única persona que seguía de cerca y con afecto la vida del agrimensor era una señora, madre de un tornero, medio sorda y ya en-

trada en años, que tenía fama de beata y, por ende, de amiga de las buenas costumbres y de la vida austera y ejemplar. En ninguna parte se complacía de estar Leónidas Benites, descontento el rancho de la beata, con quien sostenía extensas tertulias, jugando a las cartas, comentando la vida de Quivilca, y, muy a menudo, echando alguna plática sobre graves asuntos de moral.

Una tarde vinieron a decirle a la señora que Benites estaba enfermo, en cama. La señora fue al punto a verle, hallándole, en efecto, atacado de una fiebre elevada, que le hacía delirar y debatirse de angustia en el lecho. Le preparó una infusión de eucalipto, bien cargada, con dos copas de alcohol y dispuso lo conveniente para darle un baño de mostaza. Se produciría así una copiosa transpiración, signo seguro de haber cedido el mal, que no parecía consistir sino en un fuerte resfrío. Pero, efectuados los dos remedios, y aun cuando el enfermo empezó a sudar, la fiebre persistía y hasta crecía por momentos.

La noche había llegado y empezó a nevar. La habitación de Benites tenía la puerta de entrada y la ventanilla herméticamente cerradas. La señora tapó las rendijas con trapos, para evitar las rachas de aire. Una vela de esperma ardía y ponía toques tristes y amarillos en los ángulos de los objetos y en la cama del paciente. Según éste se moviese o cambiase de postura, movido por la fiebre, las sombras palpitaban ya breves, largas, truncas o encontradas, en los planos de su rostro cejijunto y entre las almohadas y las sábanas.

Accesaba Benites y daba voces confusas de pesadilla. La señora, abatida por la gravedad creciente del enfermo, se puso a rezar, arrodillada ante un cuadro del Corazón de Jesús que había a la cabecera de la cama. Dobló la cabeza pálida e inexpresiva, como la mascarilla de yeso de un cadáver, y se puso a orar y gemir. Después se levantó reanimada. Dijo, junto al lecho:

—¿Benites?

Se oía ahora más baja y pausada su respiración. La señora se acercó de puntillas, inclinóse sobre la cama y observó largo rato. Habiendo meditado un momento, volvió a llamar, aparentando tranquilidad:

—¿Benites?

El enfermo lanzó un quejido oscuro y cargado de orfandad, que vino a darla en todas sus entrañas de mujer.

—¿Benites? ¿Cómo se siente usted? ¿Le haré otro remedio?

Benites hizo un movimiento brusco y pesado, agitó ambas manos en el aire, como si apartase invisibles insectos, y abrió los ojos que estaban enrojecidos y parecían inundados de sangre. Su mirada era vaga y, sin embargo, amenazadora. Hizo chasquear los labios amoratados y secos, murmurando sin sentido:

—¡Nada! ¡Aquella curva es más grande! ¡Déjeme! ¡Yo sé lo que hago ¡Déjeme!...

Y se volvió de un tirón hacia la pared, doblando las rodillas y metiendo los brazos en el lecho.

En Quivilca no había médico. Lo habían reclamado a la empresa, sin resultado. Se combatía las enfermedades cada uno según su entendimiento, salvo en el caso de pulmonía, en cuyo tratamiento se había especializado José Marino, el empírico del bazar. La señora que asistía a Benites no sabía si acudir al comerciante, por si fuese neumonía, o procurarse otra receta por cuenta propia, sin pérdida de tiempo. Daba mil vueltas por el cuarto, desesperada. De cuando en cuando, observaba al paciente o ponía oído a la puerta, atenta a la caída de la nieve. Podría ser que su hijo acertase a acudir en su busca o que cualquier otro pasase, para pedirle consejo o ayuda.

A veces, el enfermo se sumía en un silencio absoluto, del que la señora no se apercibía por su sordera, pero, en general, la noche avanzaba poblándose de los gritos dolo-

rosos y las palabras del delirio. Contiguo había, por toda vecindad, un extenso depósito de mineral. El resto de los ranchos quedaba lejos, en plena falda del cerro, y había que llamar a gritos para hacerse escuchar.

La señora decidió hacerle otro remedio. Entre las cosas útiles que por precaución guardaba Benites en su mesita, encontró un poco de glicerina, sustancia que le sugirió de golpe la nueva receta. Encendió otra vez el anafe. Habiéndose luego acercado de puntillas a la cama, examinó al paciente, que hacía rato permanecía en calma, y se percató de que dormía. Decidió entonces dejarle reposar, postergando el remedio para más tarde y para el caso de que la fiebre continuase. Fue a arrodillarse ante el lienzo sagrado y masculló, con vehemencia dolorosa y durante mucho tiempo, largas oraciones mezcladas de suspiros y sollozos. Después se levantó y llegóse de nuevo a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de percal. Benites continuaba tranquilo.

—¡Dios es muy grande! —exclamó la señora, enternecida y con voz apenas perceptible—. ¡Ay, divino Corazón de Jesús! —añadió, levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí—. ¡Tú lo puedes todo! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga! ¡Padre mío, protégenos en este valle de lágrimas!...

No pudo contener su emoción y se puso a llorar. Dió algunos pasos y se sentó en un banco. Allí se quedó adormecida.

Despertó de súbito. La vela estaba para acabarse y se había chorreado de una manera extraña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un sólo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama. Acomodó la vela, y como no

tase que Benites no había cambiado de postura y que seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro. "Duerme", se dijo, y resolvió no despertarle.

Leónidas Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús, que pendía en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del delirio, envuelta en el blanco arrebol de la caliche del muro. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión. En el delirio vió que el comerciante Marino se quedaba con su dinero y le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes. Caía en la fuga por escarpadas vías y, al doblar de golpe un recodo del terreno fragoso, se daba con otra parte de sus enemigos. El susto le hacía entonces dar un salto. El Corazón de Jesús entraba inmediatamente en el conflicto y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer súbitamente, dejándole desamparado, en el preciso momento en que mister Taik, muy enojado, le decía a Benites:

—¡Fuera de aquí! ¡La "Mining Society" le cancela el nombramiento, en razón de su pésima conducta! ¡Fuera de aquí, zamarro!

Benites le rogaba, cruzando las manos lastimeramente. Mister Taik ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos soras sonriendo, como si escarneciesen su desgracia. Le cogían por los brazos, arrastrándole, y le propinaban un empujón brutal. Entonces, el Corazón

de Jesús acudía con tal oportunidad, que todo volvía a quedar arreglado. El Señor se esfumaba después en un relámpago.

Benites, poco después, sorprendía a un sora robándole un fajo de billetes de su caja. Se lanzaba sobre el bribón, persiguiéndole, impulsado no tanto por la suma que le llevaba, cuanto por la cínica risa con que el indio se burlaba de Benites, montado sobre el lomo de un caimán, en medio de un gran río. Benites llegó a la misma orilla del río, y ya iba a penetrar en la corriente, cuando se sintió de pronto entorpecido y privado de todo movimiento voluntario. Jesús, aureolado esta vez de un halo fulgurante, apareció ante Benites. El río se dilató de golpe, abrazando todo el espacio visible, hasta los más remotos confines. Una inmensa multitud rodeaba al Señor, atenta a sus designios, y un aire de tremenda encrucijada llenó el horizonte. A Benites le poseyó un pavor repentino, dándose cuenta, de modo oscuro, pero cierto, de que asistía a la hora del juicio final.

Benites intentó entonces hacer un examen de conciencia, que le permitiera entrever cuál sería el lugar de su eterno destino. Trató de recordar sus buenas y malas acciones de la tierra. Recordó, en primer lugar, sus buenos actos. Los recogió ávidamente y los colocó en sitio preferente y visible de su pensamiento, por riguroso orden de importancia: abajo, los relativos a proceder de bondad más o menos discutible o insignificante, y arriba, a la mano, sobre todos, los relativos a grandes rasgos de virtud, cuyo mérito se denunciaba a la distancia, sin dejar duda de su autenticidad y trascendencia. Luego pidió a su memoria los recuerdos amargos, y su memoria no le dió ninguno. Ni un solo recuerdo roedor. A veces, se insinuaba alguno, tímido y borroso, que bien examinado, a la luz de la razón, acababa por desvanecerse en las neutras comisuras de la clasificación de valores, o, mejor sopesado

aún, llegaba a despojarse del todo de su tinte culpable, reemplazando éste, no ya sólo por otro indefinible, sino por el tinte contrario: tal recuerdo resultaba ser, en el fondo, el de una acción meritoria, que Benites reconocía entonces con verdadera fruición paternal. Felizmente, Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad discursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

Muy poco le faltaba a Benites, según lo intuía, para presentarse ante el Salvador. Al razonarlo, un gran miedo le hizo arrebujaarse en su propio pensamiento. De allí vino a sacarle un alfalfero de Accoya, al que no veía muchos años, y a quien la madre del agrimensor solía comprarle hierba para sus cuyes, echándole maldiciones por su codicia y avaricia. Por rápida asociación de ideas, recordó que él mismo, Benites, amó también, a veces, el dinero, y quizás con exceso... Recordó que en Colca, una noche, había oído en una vasta estancia desolada, donde dormía a solas, ruido de almas en pena. Empezaron en la oscuridad a empujar la puerta, Benites tuvo miedo y guardó silencio. Rememoraba que al otro día, refirió a los vecinos lo acontecido, no faltando quien le asegurase que en aquella casa penaban las almas a menudo, a causa de un entierro de oro que dejó allí un español, encomendero de la Colonia. Como se repitiesen después los ruidos nocturnos, el ansia de oro tentó, al fin, a Benites. Y una media noche, cuando fueron a empujar la puerta sumida en tinieblas, el agrimensor invocó a las penas.

—¿Quién es? —interrogó, incorporándose en la cama, y dándose diente con diente de miedo.

No contestaron. Siguieron empujando. Benites volvió a preguntar, anheloso y sudando frío:

—¿Quién es? Si es un alma en pena, que diga lo que desea.

Una voz gangosa, que parecía venir de otro mundo, respondió con lastimero acento:

—Soy un alma en pena.

Benites sabía que era malo correr de las penas, y argumentó al punto:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué pena?

A lo que le replicaron casi llorando:

—En el rincón de la cocina dejé enterrados cinco centavos. No me puedo salvar a causa de ellos. Agrega noventa y cinco centavos más de tu parte y paga con eso una misa al cura, para mi salvación...

Indignado Benites por el sesgo inesperado y oneroso que tomaba la aventura, gruñó, agarrando un palo contra el alma en pena:

—¡He visto muertos sinvergüenzas, pero como éste, nunca!...

Al siguiente día, Benites abandonó la posada.

Recordando ahora todo esto, ya lejos de la vida terrenal, juzgó pecaminosa su conducta y digna de castigo. Sin embargo, estimó, tras de largas reflexiones, que sus palabras injuriosas para el alma en pena fueron dictadas por un estado anormal de espíritu y sin intención malévola. No olvidaba que, en materia de moral, las acciones tienen la fisonomía que les da la intención y sólo la intención. Respecto a que no pagase la misa solicitada por el alma en pena, suya no había sido la culpa, sino más bien del párroco, a quien una fuerte dispepsia impedía por aquellos días ir al templo. A Benites no se le ocultaba, dicho sea de paso, que dicha enfermedad del sacerdote no era mayor que alcanzase a sustraerle del todo del cumplimiento de sus sagrados deberes. Por último, en un análisis más juicioso y serio, quizá no fue, en realidad, una alma en pena, sino una broma pesada de alguno de sus amigos sabedores de sus cuitas en pos del supuesto tesoro. Puesto en este caso, y de haberse oficiado la misa, la broma ha-

bría tenido una repercusión de burla y de impiedad, con Benites de por medio, como uno de sus promotores. Indudablemente, había, pues, hecho bien en proceder como procedió, defendiendo subconscientemente los fueros de seriedad de la Iglesia, y su conducta podía en consecuencia, aparejar mérito suficiente para un premio del Señor. Benites puso este recuerdo en medio, exactamente en medio, de todos sus recuerdos, movido de una dialéctica singular e inextricable.

Un sentimiento de algo jamás registrado en su sensibilidad, y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció de pronto que se hallaba en presencia de Jesús. Tuvo entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que le poseyó la visión entera de cuanto fue, es y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y material, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente en los destinos de Dios. Y fue entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni sentir por sí mismo ni en sí mismo exclusivamente. Su personalidad, como yo de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial y solidario de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divina oriflama por la antena mayor de su corazón. Después, volvió en sí, y, al sentirse apartado del Señor y condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni ocaso, un dolor indescriptible y jamás experimentado, le llenó el alma hasta la boca, ahogándole, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas siquiera ni pasar. Su tormento interior, la funesta desventura de su espíritu, no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infi-

nita que vio o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus pies. ¡Oh, qué mortal tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por aquella gran tristeza, Benites sufría un dolor incurable y sin orillas.

—¡Señor! —murmuró Benites suplicante—, ¡Al menos, que no sea tanta tu tristeza! ¡Al menos, que un poco de ella pase a mi corazón! ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu gran tristeza!

El silencio imperó en la extensión trascendental.

—¡Señor! ¡Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde está mi sangre? ¿Dónde está mi sangre? ¡Ay, Señor! ¡Tú me la diste y he aquí que yo, sin saber cómo, la dejé coagulada en los abismos de la vida, avaro de ella y pobre de ella! ¡Señor! ¡Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada! ¡Cuando estuvo en mis manos ser el Adán sin tiempo, sin mediodía, sin tarde, sin noche y sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embriagar y sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Absoluto en lo Cambiante! ¡Cuando estuvo en mis manos realizar mis fronteras homogéneamente, como en los cuerpos simples, garra a garra, pico a pico, guija a guija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos desgajar los senderos a lo largo y al través, por diámetros y alturas, a ver si así salía yo al encuentro de la Verdad!... ¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón! ¡Cuando hasta pude no haber nacido! ¡Cuando pude, al menos, eternizarme en los capullos y en las vísperas! ¡Felices los capullos, porque ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque duerman en sus selladas entrañas, estambres escabrosos! ¡Felices las vísperas, porque ellas no han llegado y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles! ¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inmanente: Dios!...

Estalló Benites en un grito de desolación infinita, que luego de apagado, dejó al silencio mudo para siempre.

* * *

Benites despertó bruscamente. La luz de la mañana inundaba la habitación. Junto a la cama de Benites, estaba José Marino.

—¡Qué buena vida, socio! —exclamaba Marino, cruzándose los brazos—. ¡Las once del día y todavía en cama! ¡Vamos, vamos! ¡Levántese! Me voy esta tarde a Colca.

Benites dio un salto:

—¿Usted a Colca? ¿Hoy se va usted a Colca?

Marino se paseaba a lo largo de la pieza, apurado.

—¡Sí, hombre! ¡Levántese! ¡Vamos a arreglarnos de cuentas! Ya Rubio nos espera en el bazar...

Benites, sentado en su cama, tuvo un calofrío:

—Bueno. Me levanto en seguida. Tengo todavía un poco de fiebre, pero no importa.

—¿Fiebre, usted? ¡No friegue, hombre! ¡Levántese! ¡Levántese! Lo espero en el bazar.

Marino salió y Benites empezó a vestirse, tomando sus precauciones de costumbre: medias, calzoncillo, camiseta, camisa, todo debía adaptarse y servir al momento particular por el que atravesaba su salud. Ni mucho abrigo ni poca ropa.

A la una de la tarde, el caballo en que debía montar José Marino esperaba ensillado a la puerta del bazar. Lo sujetaba por una soga el sobrino del comerciante. Dentro del bazar se discutía a grandes voces y entre carcajadas. Arregladas las cuentas entre Marino, Rubio y Benites, daban la despedida al comerciante, sus dos socios, el cajero Machuca, el profesor Zavala, el comisario Baldazari y místers Taik y Weiss. Las copas menudeaban. Machuca, ya un tanto bebido, preguntaba zumbonamente a Marino:

—¿Y con quién deja usted a la Rosada?

La Rosada era una de las queridas de Marino. Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empurpuradas mejillas candorosas, la trajo de Colca como querida un apuntador de las minas. Sus hermanas, Teresa y Albina, la siguieron, atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible. Las tres vinieron a Quivilca, huídas de su casa. Sus padres —unos viejos campesinos miserables— las lloraron mucho tiempo. En Quivilca, las muchachas se pusieron a trabajar, haciendo y vendiendo chicha, obligándolas este oficio a beber y embriagarse frecuentemente con los consumidores. El apuntador se disgustó pronto de este género de trabajo de la Graciela y la dejó. A las pocas semanas, José Marino la hizo suya. En cuanto a Albina y a Teresa, corrían en Quivilca muchos rumores.

Marino, a las preguntas repetidas de Machuca, respondió con desparpajo:

—Juguémosla al cachito, si usted quiere.

—¡Eso es! ¡Al cacho! Al cacho! ¡Pero juguémosla entre todos! —argumentó Baldazari.

En torno al mostrador se formó un círculo. Todos, y hasta el mismo Benites, estaban borrachos. Marino agitaba el cacho ruidosamente, gritando:

—¿Quién manda?

Tiró los dados y contó, señalando con el dedo y sucesivamente a todos los contertulios:

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Usted manda!

Fue Leónidas Benites a quién tocó jugar el primero.

—¿Pero qué jugamos? —preguntaba Benites, cacho en mano.

—¡Tire no más! —decía Baldazari—. ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

Benites respondió turbado, a pesar de su borrachera:

—¡No, hombre! ¡Jugar al cacho a una mujer! ¡Eso no se hace! ¡Juguemos una copa!

Unánimes reproches, injurias y zumbas ahogaron los tímidos escrúpulos de Leónidas Benites, y se jugó la partida.

—¡Bravo! ¡Que pague una copa! ¡El remojo de la sucesión!

El comisario Baldazari se ganó al cacho a la Rosada y mandó servir champaña. Machuca se le acercó diciéndole:

—¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así!...

El cajero, diciendo esto, abrió en círculo los brazos e hizo una mueca golosa y repugnante. Los ojos del comisario también chispearon, recordando a la Rosada, y preguntó a Machuca:

—¿Pero dónde vive ahora? Hace tiempo que no la veo.

—Por la Poza. ¡Mándela traer ahora mismo!

—¡No, hombre! Ahora, no. Es de día. La gente puede vernos.

—¡Qué gente ni gente! ¡Todos los indios están trabajando! ¡Mándela traer! ¡Ande!

—Además, no. Ha sido una broma. ¿Usted cree que Marino va a soltar a la chola? Si se fuera para no volver, sí. Pero sólo se va a Colca por unos días...

—¿Y eso qué importa? Lo ganado es ganado. ¡Hágase usted el cojudo! ¡Es una hembra que da el opio! ¡A mí me gusta que es una barbaridad! ¡Mándela traer! ¡Además, usted es el comisario y usted manda! ¡Qué vainas! ¡Lo demás son cojudeces! ¡Ande, comisario!

—¿Y cree usted que va a venir?

—¡Pero es claro!

—¿Con quién vive?

—Sola, con sus hermanas, que son también estupendas. Baldazari se quedó pensando y moviendo su foete.

Unos minutos más tarde, José Marino y el comisario Baldazari salieron a la puerta.

—Anda, Cucho —dijo Marino a su sobrino—, anda a la casa de las Rosadas y dile a la Graciela que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quiénes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

—Sí, tío.

—¡Cuidado con que te olvides! Dile que estoy solo, que no hay nadie más en el bazar. Deja el caballo. Amárralo a la pata del mostrador. ¡Anda! ¡Pero volando! ¡Ya estás de vuelta!...

Cucho amarró la punta de la soga del caballo a una pata del mostrador y partió a hacer el mandado.

—¡Volando, volando! —le decían Marino y Baldazari.

José Marino adulaba a todo el que, de una u otra manera, podía serle útil. Su servilismo al comisario no tenía límites. Marino le servía hasta en sus aventuras amorosas. Salían de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero. El gendarme volvía entonces sólo a la Comisaría, y Marino, igualmente solo, a su bazar. ¿Por qué las adulaciones del comerciante al comisario? Las causas eran múltiples. Por el momento, el comerciante iba a ausentarse y le había pedido al comisario el favor de supervigilar la marcha del bazar, que quedaba a cargo del profesor Zavala, que estaba de vacaciones. De otro lado, el comisario le estaba consumiendo ahora en gran escala en el bazar, al propio tiempo que entrenaba a los otros a hacer lo mismo. Las tres de la tarde y ya José Marino había vendido muchas botellas de champaña, de cinzano, de coñac y de whisky... Pero todas éstas no eran sino razones del momento, y muy ni-

mias. Otras eran las de siempre y las más serias. El comisario Baldazari era el brazo derecho del contratista José Marino, en punto a la peonada y en cuanto a los gerentes de la "Mining Society". Cuando Marino no podía con un peón, que se negaba a reconocerle una cuenta, a aceptar un salario muy bajo o trabajar a ciertas horas de la noche o de un día feriado, Marino acudía al comisario, y éste hacía ceder al peón con un carcelazo, con la "barra" (suplicio original de las cárceles peruanas) o a foetazos. Asimismo, cuando Marino no podía obtener directamente de místers Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades o, en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y éste intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino. Nada, pues, de extraño que el comerciante estuviese ahora dispuesto a entregar a su querida al comisario, *ipso facto* y en público.

Al poco rato, la Graciela aparecía en la esquina, acompañada de Cucho. Los del bazar se escondieron. Solamente José Marino apareció a la puerta, tratando de disimular su embriaguez.

—Pasa —dijo afectuosamente Marino a la Graciela—. Ya me voy. Pasa. Te he hecho llamar porque ya me voy. La Graciela decía tímidamente:

—Yo creía que se iba usted a ir así no más, sin decirme ni siquiera hasta luego.

Una repentina carcajada estalló en el bazar, y todos los contertulios aparecieron de golpe ante Graciela. Colorada, estupefacta, dio un traspiés contra el muro. La rodearon, unos estrechándole la mano, otros acariciándola por el mentón. Marino le decía, desternillándose de risa:

—Siéntate. Siéntate. Es la despedida. ¡Qué quieres! ¡Los amigos! ¡Nuestros patrones! ¡Nuestro grande y querido comisario! ¡Siéntate! ¡Siéntate! ¿Y qué tomas?...

Cerraron a medias la puerta y Cucho jaló de afuera la sogá del caballo, sentándose en el quicio a esperar.

Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de aire doloroso y apurada, llegó corriendo.

—¿Ahí está tu tío? —le preguntó jadeante a Cucho.

—Sí; ahí está. ¿Para qué?

—Para que me venda láudano. Estoy muy apurada, porque ya se muere mi mama.

—Pase usted, si quiere.

—¿Pero quién sabe está con gente?

—Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere...

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar la sogá del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela, las armas de la patria. La mujer iba y venía, desesperada y sin atreverse a entrar al bazar. Aguitaba lo que adentro sucedía, se ponía a escuchar y volvía a pasearse. Le preguntaba a Cucho:

—¿Quién está ahí?

—El comisario.

—¿Quién más?

—El cajero, el ingeniero, el profesor, los gringos... Están bien borrachos. Están tomando champaña.

—¡Pero oigo una mujer!...

—La Graciela.

—¿La Rosada?

—Sí. Mi tío la ha mandado llamar, porque ya se va.

—¡Ay, Dios mío! ¿A qué hora se irán? ¿A qué hora se irán?...

La mujer empezó a gemir.

—¿Por qué llora usted? —le preguntó Cucho.

—Ya se muere mi mama y don José está con gente...

—Si quiere usted, lo llamaré a mi tío, para que le venda...

—Quién sabe se va a enojar...

Cucho aguaitó hacia adentro y llamó tímidamente:

—¡Tío Pepe!...

La orgía estaba en su colmo. De la tienda salía un vocerío confuso, mezclado de risas y gritos y un tufo nauseante. Cucho llamó varias veces. Al fin, salió José Marino.

—¿Qué quieres, carajo? —le dijo, irritado, a su sobrino.

Cucho, al verle borracho y colérico, dio un salto atrás, amedrentado. La mujer se hizo también a un lado.

—Para que venda usted láudano —murmuró Cucho, de lejos.

—¡Qué láudano ni la puta que te parió! —rugió José Merino, lanzándose furibundo sobre su sobrino. Le dio un bofetón brutal en la cabeza y le derribó.

—¡Carajo! —vociferaba el comerciante, dándole de puntapiés—. ¡Cojudo! ¡Me estás jodiendo siempre!

Algunos transeúntes se acercaron a defender a Cucho. La mujer del láudano le rogaba a Marino, arrodillada:

—¡No le pegue usted, taita! Si lo ha hecho por mí. Porque yo le dije. ¡Pégue a mí, si quiere! ¡Pégue a mí, si quiere!...

Algunas patadas cayeron sobre la mujer. José Marino, ciego de ira y de alcohol, siguió golpeando al azar, durante unos segundos, hasta que salió el comisario y lo contrató.

—¿Qué es esto, mi querido Marino? —le dijo, sujetándole por las solapas.

—¡Perdone, comisario! —respondía Marino, humildemente—. ¡Le pido mil perdones!

Ambos penetraron al bazar. Cucho yacía sobre la nieve, llorando y ensangrentado. La india, de pie, junto a Cucho, sollozaba dolorosamente:

—Sólo porque lo llama, le pega. ¡Sólo por eso! ¡Y a mí también, sólo porque vengo por un remedio!...

Apareció un indio mocetón llorando y a la carrera:

—¡Chana! ¡Chana! ¡Ya murió mama! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ya murió!...

Y Chana, la india del láudano, se echó a correr, seguida del indio y llorando.

El caballo de José Marino, espantado, había huído. Cuchó, secándose las lágrimas y la sangre, lo fue a buscar. Sabía muy bien que, de irse el caballo, "las nalgas ya no serían suyas", como solía decir su tío, cuando le amenazaba azotarle. Volvió, felizmente, con el animal, y se sentó de nuevo a la puerta del bazar, que continuaba entreabierta. Se agachó y aguaitó a hurtadillas. ¿Qué sucedía ahora en el bazar?

José Marino conversaba tras de la puerta, en secreto y copa en mano, con míster Taik, el gerente de la "Mining Society". Le decía en tono insinuante y adulator:

—Pero, míster Taik: yo mismo, con mis propios ojos, lo he visto...

—Usted es muy amable, pero eso es peligroso —replicaba muy colorado y sonriendo el gerente.

—Sí, sí, sí. Míster Taik, decídase no más. Yo sé por qué le digo. Rubio es un enfermo. Ella (hablaban de la mujer de Rubio) no lo quiere. Además, se muere por usted. Yo la he visto.

El gerente sonreía siempre:

—Pero, señor Marino, puede saberlo Rubio...

—Yo le aseguro que no lo sabrá, míster Taik. Yo se lo aseguro con mi cuello.

Marino bebió su copa y añadió, decidido:

—¿Quiere usted que yo me lleve a Rubio un día fuera de Quivilca, para que usted aproveche?

—Bueno, ya veremos. Ya veremos. Muchas gracias. Usted es muy amable.

—Tratándose de usted, míster Taik, ya sabe que yo no reparo en nada. Soy su amigo, muy modesto, sin duda,

muy humilde y muy pobre, el último, quién sabe, pero amigo de veras y dispuesto a servirle hasta con mi vida. Su pobre servidor, míster Taik. ¡Su pobre amigo!

Marino se inclinó largamente.

En ese momento, míster Weiss, del otro extremo del bazar, llamaba al comerciante:

—¡Señor Marino! ¡Otra tanda de champaña!...

José Marino voló a servir las copas.

Entretanto, la Graciela estaba ya borracha. José Marino, su amante, la había dado a beber un licor extraño y misterioso, preparado por él en secreto. Una sola copa de este licor la había embriagado. El comisario le decía en voz baja y aparte a Marino:

—¡Formidable! ¡Formidable! Es usted un portento. Ya está más para la otra que para ésta...

—Y eso —respondía Marino, jactancioso—, y eso que no le he puesto mucho de lo verde. De otro modo, ya habría doblado el pico hace rato...

Abrazaba a Baldazari, añadiendo:

—Usted se lo merece todo, comisario. Por usted todo. ¡No digo un “tabacazo”! ¡No digo una mujer! ¡Por usted, mi vida! Créalo.

La Graciela, en los espasmos producidos por el “tabacazo”, cantaba y lloraba sin causa. Se paraba de pronto y bailaba sola. Todos hacían palmas, entre risas y requiebros. La Graciela, con una copa en la mano, decía, bamboleándose y sin pañolón:

—¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¿Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo sólo soy una pobre, y nada más...

Las risas y los gritos aumentaban. José Marino, del brazo del comisario, le dijo entonces a la Graciela, como a una ciega, y ante todos los contertulios:

—¿Ves? Aquí está el señor comisario, la autoridad, el más grande personaje de Quivilca, después de nuestros patrones, místers Taik y Weiss. ¿Lo ves aquí, con nosotros?

La Graciela, los ojos velados por la embriaguez, trataba de ver al comisario.

—Sí. Lo veo. Sí. El señor comisario. Sí...

—Bueno. Pues el señor comisario va a encargarse de ti mientras mi ausencia. ¿Me entiendes? El verá por ti. El hará mis veces en todo y para todo...

Marino, diciendo esto, había muecas de burla y añadía:

—Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes? ¿Me oyes, Graciela?...

La Graciela respondía, la voz arrastrada y casi cerrando los ojos:

—Sí... Muy bien... Muy bien...

Después vaciló su cuerpo y estuvo a punto de caer. El cajero Machuca soltó una risotada. José Marino le hizo señas de callarse y guiñó el ojo a Baldazari, significándole que la melaza estaba en punto. Los demás, en coro, le decían a media voz a Baldazari:

—¡Ya, comisario! ¡Entre nomás! ¡Entrele!...

El comisario se limitaba a reír y a beber.

Graciela, agarrándose del mostrador para no caer, fue a sentarse, llamando a grandes voces:

—¡Don José! ¡Venga usted a mi lado! ¡Venga usted!... José Marino insinuó de nuevo a Baldazari que se acercase a la Rosada. Baldazari volvió, por toda respuesta, a beber otra copa. A los pocos instantes, Baldazari se encontraba completamente borracho. Hizo servir varias veces champaña. Los demás estaban, asimismo, ebrios, y en una inconsciencia absoluta. Rubio hablaba de política internacional a gritos con míster Taik, y, de otro lado, el profesor, Leónidas Benites y míster Weiss, se abrazaban en grupo. José Marino y el comisario Baldazari rodeaban

siempre a la Graciela. Un momento, la Rosada abrazó a Marino, pero éste se escabulló suavemente, poniendo en su lugar a Baldazari en los brazos de Graciela. La muchacha se dio cuenta y apartó bruscamente al comisario:

—¡Besa al señor comisario! —le ordenó entonces Marino, irritado.

—¡No! —respondió Graciela enérgicamente y como despertando.

—¡Déjela! —dijo Baldazari a Marino.

Pero el contratista de peones estaba ya colérico, e insistió:

—¡Besa al señor comisario te he dicho, Graciela!

—¡No! ¡Eso, nunca! ¡Nunca, don José!

—¿No le besas? ¿No cumples lo que yo te ordeno? ¡Esperáte! —gruñó el comerciante, y se fue a preparar otro "tabacazo".

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios —menos Benites, que se había quedado dormido— conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último. Lo hizo en medio de una batahola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso sostuvo, durante su acto horripilante, con sus cómplices. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única señal de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra...

Y, cuando encendieron luz en el bazar, vióse botellas y vasos rotos sobre el mostrador, champaña derramado por el suelo, piezas de tejido deshechas al azar, y las caras, macilentas y sudorosas. Una que otra mancha de sangre negreaba en los puños y cuellos de las camisas. Marino trajo agua en un lavador, para lavarse las manos. Mientras se estaban lavando, todos en círculo, sonó un tiro de revólver, volando el lavador por el techo. Una carcajada partió de la boca del comisario, que era quien había tirado.

—¡Para probar mis hombres! —dijo Baldazari, guardando su revólver—. Pero veo que todos han temblado.

Leónidas Benites despertó.

—¿Y la Graciela? —interrogó, restregándose los ojos—. ¿Ya se fue?...

Míster Taik, limpiando sus lentes, dijo:

—Señor Baldazari: hay que despertarla. Me parece que debe irse ya a su rancho. Ya es de noche.

—Sí, sí, sí —dijo el comisario, poniéndose serio—. ¡Hay que despertarla; usted, Marino, que es siempre el hombre!

—¡Ah! —exclamó el comerciante—. Eso va a ser difícil. Contra el "tabacazo" no hay otro remedio sino el *sueño*.

—Pero, de todos modos —argumentó Rubio—, no es posible dejarla botada así, en el suelo... ¿No le parece, míster Taik?

—¡Oh, sí, sí! —decía el gerente, fumando su pipa.

Leónidas Benites se acercó a Graciela, seguido de los demás. La Rosada yacía en el suelo, inmóvil, desgreñada, con las polleras en desorden y aun medio remangadas. La llamaron, agitándola fuertemente y no dio señales de despertar. Trajeron una vela. Volvieron a llamarla y a moverla. Nada. Seguía siempre inmóvil. José Marino puso la oreja sobre el pecho de la moza y los otros esperaron en silencio.

—¡Carajo! —exclamó el comerciante, levantándose—. ¡Está muerta!...

—¿Muerta? —preguntaron todos, estupefactos—. ¡No diga usted disparates! ¡Imposible!

—Sí —repuso en tono despreocupado el amante de Graciela—. Está muerta. Nos hemos divertido.

Míster Taik dijo entonces en voz baja y severa:

—Bueno. Que nadie diga esta boca es mía. ¿Me han oído? ¡Ni una palabra! Ahora hay que llevarla a su casa. Hay que decir a sus hermanas que le ha dado un ataque y que la dejen reposar y dormir. Y, mañana, cuando la hallen muerta, todo estará arreglado...

Los demás asintieron, y así se hizo.

A las diez de la noche, José Marino montó a caballo y partió a Colca. Y, al día subsiguiente, se enterró a Graciela. En primera fila del cortejo fúnebre iba el comisario de Quivilca, acompañado de Zavala, de Rubio, de Machuca y de Benites. De lejos, seguía el cortejo Cucho, el sobrino del amante de la muerta.

Todos los del bazar volvieron del cementerio tranquilos y conversando indiferentemente. Sólo Leónidas Benites estaba muy pensativo. El agrimensor era el único de los del bazar, en quien la muerte de Graciela dejó cierto pesar y hasta cierto remordimiento. En conciencia, sabía Benites que la Rosada no había fallecido de muerte natural. Verdad es que él no vio nada de lo que ocurrió con Graciela en la oscuridad, por haberse quedado profundamente dormido; pero lo sospechaba todo, aunque sólo fuese de modo oscuro y dudoso. Benites, de regreso del entierro se encerró en su cuarto, arrepentido de la escena del bazar, cosa a la que no estaba acostumbrado y que, en principio, le repugnaba, y se tendió en su cama a meditar. Después, se quedó dormido.

Por la tarde de ese mismo día, se presentaron de pronto en el escritorio del gerente de la "Mining Society", mis-

ter Taik, las dos hermanas de la muerta, Teresa y Albina. Venían llorando. Otras dos indias, chicheras también, como las Rosadas, las acompañaban. Albina y Teresa pidieron audiencia al patrón, y, tras de una breve espera, fueron introducidas ante el yanqui, a quien acompañaba a la sazón su compatriota, el subgerente, míster Weiss. Ambos chupaban sus pipas.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó secamente míster Taik.

—Aquí, patrón —dijo Teresa llorando—, venimos porque todos dicen en Quivilca que a la Graciela la han matado y que no se ha muerto ella. Nos dicen que es porque la emborracharon en el bazar. Por eso. Y que usted, patroncito, debe hacernos justicia. Cómo ha de ser, pues, que maten así a una pobre mujer y que todo se quede así nomás...

El llanto no la dejó continuar.

Míster Taik se apresuró a contestar, enojado:

—¿Pero quién dice eso?

—Todos, señor, todos...

—¿Han ido ustedes a quejarse al comisario?

—Sí, patrón. Pero él nos dice que son habladurías y nada más, y que no es cierto.

—¿Entonces? Si así les ha contestado el señor comisario, ¿a qué vienen ustedes aquí y por qué siguen creyendo tonterías y chismes imbéciles? Déjense de zonceras y váyanse a su casa tranquilas. La muerte es la muerte y el resto son necedades y lloriqueos inútiles... ¡Váyanse! ¡Váyanse! —añadió paternalmente míster Taik, disponiéndose él también a salir.

—¡Váyanse! —repitió, también en tono protector, míster Weiss, chupando su pipa y paseándose—. No hagan caso de tonterías. Váyanse. No estamos para cantaletas y majaderías. Hagan el favor...

Los dos patrones, llenos de dignidad y despotismo, indicaron la puerta a las Rosadas, pero Teresa y Albina, cesando de llorar, exclamaron, a la vez, airadas:

—¡Sólo porque son patrones! ¡Por eso hacen lo que quieren y nos botan así, sólo porque venimos a quejarnos! ¡Han matado a mi Graciela! ¡La han matado! ¡La han matado!...

Vino un sirviente y las hizo salir de un empujón. Las dos muchachas se alejaron protestando y llorando, seguidas de las otras chicheras, que también protestaban y lloraban.

II

José Marino fue a Colca por urgentes negocios. En Colca tenía otro bazar, que corría de ordinario a cargo de su hermano menor, Mateo. Los hermanos Marino, tenían, además, en Colca, la agencia de enganche de peones para los trabajos de las minas de Quivilca. En suma, la firma "Marino Hermanos" consistía, de una parte, en los bazares de Colca y de Quivilca, y, de otra, en el enganche de peones para la "Mining Society".

La "Mining Society" celebró un contrato con "Marino Hermanos", cuyas estipulaciones principales eran las siguientes: "Marino Hermanos" tomaban la exclusiva de proporcionar a la empresa yanqui toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca, y, en segundo lugar, tomaban, asimismo, la exclusiva del abastecimiento y venta de víveres y mercaderías a la población minera de Quivilca, como medio de facilitar el enganche y reenganche de la peonada. "Marino Hermanos", de este modo, se constituían en intermediarios, de un la-

do, como verdaderos patrones de los obreros, y, de otro lado, como agentes o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana.

Este contrato con la "Mining Society" estaba enriqueciendo a los hermanos Marino con una rapidez pasmosa. De simples comerciantes en pequeño, que eran en Colca, antes de descubrirse las minas de Quivilca, se habían convertido en grandes hombres de finanza, cuyo nombre empezaba a ser conocido en todo el centro del Perú. El solo movimiento de mercaderías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales. En el momento en que José Marino venía a Colca, después de la jarama y la muerte de Graciela, en el bazar de Quivilca, "Marino Hermanos" iban a decidir de la compra de unos yacimientos auríferos en una hoya del Huataca. Tal era el principal motivo del viaje de José Marino a Colca.

Pero, el mismo día de su llegada, por la noche, después de comer, la atención de los hermanos Marino, en el curso de una larga conferencia, fue de pronto y preferentemente atraída hacia diversas cuestiones relativas al enganche de peones para Quivilca. Antes de su partida a Quivilca, José Marino había tenido acerca de este asunto una extensa conversación con míster Taik. La oficina de la "Mining Society" en Nueva York exigía un aumento en la extracción de tungsteno de todas sus explotaciones del Perú y Bolivia. El sindicato minero hacía notar la inminencia en que se encontraban los Estados Unidos, de entrar en la guerra europea y la necesidad consiguiente para la empresa, de acumular en el día un fuerte *stock* de metal listo para ser transportado, a una orden telegráfica de Nueva York, a los astilleros y fábricas de armas de los Estados Unidos. Míster Taik le había dicho secamente a José Marino:

—Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas...

—Haré, míster Taik, lo que yo pueda —respondió Marino.

—¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocios, no hay nada imposible...

—Pero, míster Taik, fíjese que ahora es muy difícil traer peones desde Colca. Los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios. Quieren venirse con sus familias. El entusiasmo de los primeros tiempos ha pasado...

Míster Taik, sentado rígidamente ante su escritorio, y después de chupar su pipa, puso fin a los alegatos de José Marino diciendo con implacable decisión:

—Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y míster Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos. Pero un diálogo tal —dicho sea de paso—, lejos de enfriar la amistad —si amistad era eso—, entre ambos hombres, la afianzó más. José Marino volvió al bazar, y en lo primero que pensó fue en hacer venir por medio de un amigo, el cajero Machuca, a míster Taik, a la reunión de despedida al comerciante.

—Tráigame a míster Taik y a míster Weiss.

—Va a ser difícil.

—No, hombre. Vaya usted a traerlos. Hágalo como cosa suya, y que no se den cuenta que yo se lo he dicho. Dígales que sólo van a estar unos minutos.

—Va a ser imposible. Están los gringos trabajando. Usted sabe que sólo vienen al bazar en la tarde.

—No, hombre. Vaya usted nomás. Ande, querido cajero. Además, ya va a ser hora de almuerzo...

Machuca fue y logró hacer venir a los dos yanquis. Entonces José Marino se deshizo en reverencias y aten-

ciones para míster Taik, lo que, naturalmente, no modificó en nada las exigencias de la "Mining Society", en orden al tungsteno destinado a los Estados Unidos y a la guerra mundial.

—Una vez en el bazar —refería José Marino a su hermano en Colca—, volví a hablarle al gringo sobre el asunto y volvió a decirme que no eran cosas suyas, y que él tenía que cumplir las órdenes del sindicato, muy a su pesar.

—Pero, entonces —argumentaba Mateo—, ¿qué vamos a hacer ahora? En Quivilca mismo, o en los alrededores, no será posible encontrar indios salvajes. ¿Y los soras?

—¡Los soras! —dijo José, burlándose—. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas...

—¿Entonces? —volvió a preguntarse con angustia Mateo—. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?

—¿Cuántos peones hay socorridos? —preguntó, a su vez, José.

Mateo, hojeando los libros y los talonarios de los contratos, decía:

—Hay 23, que debían haber partido a Quivilca este mes, antes del 20.

—¿Los han hecho llamar? ¿Qué dicen?

—He visto a algunos, a nueve de ellos, hace quince días, más o menos, y me prometieron salir para Quivilca a fines de la semana pasada. Si no lo han hecho, habría que ir a verlos de nuevo y obligarlos a salir.

—¿Está aquí el subprefecto?

—Sí; aquí está, precisamente.

—Bueno. Entonces, no hay más que pedirle dos soldados mañana mismo, para ir por los cholos inmediatamente. ¿Dónde viven? Mira en el talonario...

Mateo hojeó de nuevo el talonario de los contratos, recitando, uno por uno, los nombres de los peones contratados y sus domicilios. Luego, dijo:

—Al Cruz, al Pío, al viejo Grados y al cholo Laurencio, se les puede ir a ver mañana juntos. De Chocoda se puede pasar a Conra y después a Cunguy, de un solo tiro...

José replicó de prisa:

—No, no, no. Hay que verlos a todos mañana mismo, a los nueve que tú dices, aunque sea de noche o a la madrugada...

—Bueno. Sí. Naturalmente. Claro que se les puede ver. A los gendarmes les damos su sol a cada uno, su buen cañazo, su coca y sus cigarros, y ya está...

—¡Claro! ¡Claro! —exclamaba José, en tono decidido.

Ambos se paseaban en el cuarto, calzados de botas amarillas, un enorme pañuelo de seda al cuello y vestidos de "diablo-fuerte". Los hermanos Marino eran originarios de Mollendo. Hacía unos doce años que fueron a establecerse a la sierra, empezando a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad: azúcar, jabón, fósforos, kerosene, sal, ají, chancaca, arroz, velas, fideos, té, chocolate y ron. ¿Con qué dinero empezaron a trabajar? Nadie en verdad, lo sabía a ciencia cierta. Se decía solamente que en Mollendo trabajaron como cargadores en la estación del ferrocarril y que allí reunieron cuatrocientos soles, que fue todo el capital que llevaron a la sierra. ¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron, acaso —una vez de propietarios de la tienda de Colca—, siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo? Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fue pática. El brinco de la historia fue cruento, coloreado y

casi geométrico, a semejanza de ciertos números de fondo de los circos.

Era el santo del alcalde de Colca y los Marino fueron invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde. Era la primera vez que se veían solicitados para alternar con la buena sociedad de Colca. La invitación les cayó tan de lo alto y en forma tan inesperada, que los Marino, en el primer momento, reían en un éxtasis medio animal y dramático, a la vez. Porque era el caso que ni uno ni otro tenía el valor de hacer frente a tamaña empresa. Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones proletarios no soportarían un aire semejante. Y tuvieron, a causa de esto, una disputa. José le decía a Mateo que fuese él a la fiesta, y viceversa. Lo decidieron por medio de la suerte en un centavo: cruz o cara. Mateo fue a la comida del alcalde. Se puso su vestido de casimir, su sombrero de paño, camisa con cuello y puños de celuloide, corbata y zapatos nuevos de charol. Mateo se sintió elegante y aún estuvo a punto de sentirse ya burgués, de no empezar a ajustarle y dolerle mucho los zapatos. Primera vez que se los ponía y no tenía otro par, digno de aquella noche. Mateo dijo entonces, sentándose y con una terrible mueca de dolor:

—Yo no voy. Me duelen mucho. No puedo casi dar un paso...

José le rogó:

—¡Pero fíjate que es el alcalde! ¡Fíjate el honor que vas a tener de comer con su familia y el subprefecto, los doctores y lo mejor de Colca! ¡Anda! ¡No seas zonzo! Ya verás que si vas al banquete, nos van a invitar siempre, a todas partes, el juez, el médico y hasta el diputado, cuando venga. Y seremos nosotros también considerados después como personas decentes de Colca. De esta noche depende todo. Y vas a ver. Todo está en entrar en la sociedad, y el resto ya vendrá: la fortuna, los honores. Con

buenas relaciones, conseguiremos todo. ¿Hasta cuándo vamos a ser obreros y mal considerados?...

Ya se hacía tarde y se acercaba la hora del banquete. Tras de muchos ruegos de José, Mateo, sobreponiéndose al dolor de sus zapatos, afrontó el heroísmo de ir a la fiesta. Mateo sufría lo indecible. Iba cojeando, sin poderlo evitar. Al entrar a los salones del alcalde, entre la multitud de curiosos del pueblo, con algo tropezó el pie que más le apretaba y le dolía. Casi da un salto de dolor, en el preciso instante en que la mujer del alcalde aparecía a recibirle a la puerta. Mateo Marino transformó entonces y sin darse cuenta cómo, su salto de dolor, en una genuflexión mundana, improvisada e irreprochable. Mateo saludó con perfecta corrección:

—¡Señora, tanto honor!...

Estrechó la mano de la alcaldesa y fue a tomar asiento, con paso firme, desenvuelto y casi flexible. El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado. La mujer del alcalde le decía, días después, a su marido:

—¡Pero resulta que Marino es un encanto! Hay que invitarle siempre.

En Colca no tenían los Marino mas familia que Cucho, hijo de Mateo y de una chichera que huyó a la costa con otro amante.

Mateo vivía ahora en una gran casa, que comunicaba con el bazar, ambos —casa y establecimiento— de propiedad de la firma "Marino Hermanos". Allí, en una de las habitaciones de esa casa, estaban ahora conferenciando acerca de sus negocios y proyectos.

—¿Y cómo dejas los asuntos en Quivilca? —preguntó más tarde Mateo a su hermano.

—Así, así... Los gringos son terribles. Mister Taik, sobre todo, no se casa ni con su abuela. ¡Qué hombre! Me tiene hasta las orejas.

—Pero, hermano, hay que saber agarrarlo...

—¡Agarrarlo! ¡Agarrarlo! —repitió José con sorna y escepticismo—. ¿Tú piensas que yo no he ensayado ya mil formas de agarrarlo?... Los dos gringos son unos pendejos. Casi todos los días los hago venir a los dos al bazar, valiéndome de Machuca, de Rubio, de Baldazari. Vienen. Se bebe. Yo les invito casi siempre. Con frecuencia, los meto con mujeres. Nos vamos de juerga al campamento de peones. Muchas veces, los invito a comer. En fin... Hasta de alcahuete les sirvo...

—¡Eso es! ¡Así hay que hacerlo!

—¿Sabes la que le he metido en la cabeza a míster Taik? —le dijo José riendo—. Como yo sé que es un mujero endemoniado, le he dicho que la mujer de Rubio se muere por él. Se lo he dicho el día de mi viaje, porque como acababa de joderme con la cuestión de los peones, yo quise engatusármelo así, para que se ablandara y retirase su exigencia de los cien peones para este mes...

—¿Y qué resultó?

—Nada. El gringo sólo se reía como un idiota. Más a más, casi me oye y se da cuenta Rubio. Después, quise emborracharlo y tampoco se ablandó. Por último, llamé a Baldazari y le dije que viese la manera de tocarle el punto a lo disimulado. Pero tampoco hubo manera de agarrarlo. Con Baldazari se hacía el cojudo. ¡Total, nada!

—¿Pero, en verdad, está la mujer de Rubio enamorada de él, o tú le sacaste esa?

—¡Qué va a estar enamorada, hombre! Yo se le saqué esa por halagarlo y por ver qué resultaba. Si el gringo se hubiera entusiasmado, la mujer de Rubio y Rubio mismo se habrían hecho de la vista gorda. Tú conoces ya lo que es Rubio: con tal de sacar algo, vende hasta a su mujer...

—Bueno —dijo Mateo—. Hay que dormir ya. Tú estás rendido y mañana tenemos mucho que hacer... ¡Laura! —gritó, parándose en la puerta del cuarto.

—¡Ahí voy, señor! —respondió Laura desde la cocina.

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero aparce-ro, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez, por el pá-rroco a una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura de-sempañaba en casa de "Marino Hermanos" el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo. Cuando José venía de Quivilca, por pocos días, a Colca, Laura solía acostarse también con él, a escondidas de Mateo. Este, sin embargo, lo había sospechado y, más aún, últimamente, de la sospecha, pasó a la certidumbre. Pero el juego de Laura no pa-recía incomodar a "Marino Hermanos". Al contrario, los brazos de la criada parecían unirlos y estrecharlos más hondamente. Lo que en otros habría encendido celos, en "Marino Hermanos" avivó la fraternidad.

Cuando Laura entró al cuarto donde estaban los Ma-rino, éstos la observaron de reojo y largamente: José, con apetito, y Mateo, un tanto receloso. Mientras Laura sirvió la comida, los dos hermanos no la habían hecho caso, ab-sorbidos como estaban por los negocios. Pero, ahora, que venía el sueño, y se acercaba el instante de la cama, Lau-ra despertó de pronto una viva atención en "Marino Her-manos".

—¿Ya está lista la cama de José? —le preguntó Mateo.

—Ya, señor —respondió Laura.

—Bueno. ¿Has dado de comer al caballo?

—Sí, señor. Le he echado un tercio de alfalfa.

—Bueno. Ahora, más tarde, cuando se enfríe más, le quitas la montura y le echas otro tercio.

—Muy bien, señor.

—Y bien de mañana, anda donde el tuerto Lucas y di-le que vaya a traerme la mula negra. Dile que esté aquí a

lo más, a las nueve de la mañana. Sin falta. Porque tengo que ir a la chacra...

—Muy bien, señor. ¿No necesita otra cosa?

—No. Puedes ir a acostarte.

Laura hizo un gesto de sumisión.

—Buenas noches, señores —dijo, y salió inclinada.

Los hermanos Marino miraron largamente el esbelto y robusto cuerpo de Laura, que se alejaba a paso tímido, las polleras granates cubriéndole hasta los tobillos, la cintura cadenciosa y ceñida, los hombros altos, el pelo negro y en trenzas lacias, el porte seductor.

Las camas de José y de Mateo estaban en un mismo cuarto. Una vez los dos acostados y apagada la vela, reinó en toda la casa un silencio completo. Ni uno ni otro tenían sueño, pero los dos fingieron quedar dormidos. ¿Cavilaban en los negocios? No. Cavilaban en Laura, que estaba ahora haciendo su cama en la cocina. Se oyó de pronto unos pasos de la muchacha. Después, un leve ruido del colchón de paja al ser desdoblado. Luego, Laura, poniéndose a remendar un zapato, se compuso el pecho. ¿En qué pensaba, por su parte, Laura? ¿En ir a desensillar el caballo y echarle el otro tercio? No. Laura pensaba en "Marino Hermanos".

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincias, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Mateo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de cobre y unos zapatos con taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador. Tenía veinte años. ¿Quiso alguna vez a un hombre? Nunca. Pero habría querido querer. Por su patrón sentía más bien odio, aunque este odio

anduviese disfrazado, dorado o amordazado por un sentimiento de vanidad de aparecer como la querida del señor Mateo Marino, uno de los más altos personajes de Colca. Pero, el odio existía. Intimamente, Laura experimentaba repugnancia por su patrón, cuarentón colorado, medio legañoso, rojo, grosero, sucio, tan avaro como su hermano y que, por su parte, tampoco sentía el menor afecto por su cocinera. Cuando había gente en casa de "Marino Hermanos", Mateo ostentaba un desprecio encarnizado e insultante por Laura, a fin de que nadie creyese lo que todo el mundo creía: que era su querida. Y esto le dolía profundamente a Laura.

Con José, otras eran sus relaciones. Como José no podía poseerla por la fuerza y a la descubierta, puesto que su hermano estaba con ella, la venció y la retenía con la astucia y el engaño. José la hizo entender que Mateo era un tonto, que no la quería y que haría con ella, a la larga, lo que hizo con la madre de Cucho: someterla a la miseria, obligándola a escaparse con el primer venido. Le dijo, de otro lado, que él, José, en cambio, la amaba mucho y la haría su "querida de asiento" el día en que Mateo la abandonase. Además, José, contrariamente a lo que hacía Mateo —que nunca prometió a Laura nada—, le prometía siempre darle dinero, aunque nunca, en realidad, le dió nada. En resumen, José sabía engañarla, halagándola y mostrándose apasionado, cosa ésta que Laura no advirtió nunca en Mateo. El propio género de relaciones culpables que los unía, azuzaba, de una parte, a José, a no ser seco y brutal como su hermano, y de otra parte, a Laura —mujer, al fin—, a sostener y prolongar indefinidamente este juego con "Marino Hermanos". En ello había también en Laura mucho de venganza a los desprecios de Mateo. Con todo, y examinando las cosas en con-

junto, tampoco amaba Laura a José Marino, ni mucho menos. Ella no sabía, de otro lado, si, en el fondo, le detestaba tanto como a su hermano. Pero, en todo caso, sentía que lo que había entre ella y José era algo muy inconsistente, difuso, frágil, insípido. Muchas veces, pensándolo, Laura se daba cuenta que no sentía nada por este hombre. Y, si más lo pensaba, llegaba a apercibirse, en fin, de que le odiaba...

En esto meditaba Laura, remendando su zapato.

Los hermanos Marino, en sus camas, meditaban, el uno, José, ansiosamente, en Laura, y el otro, Mateo, con cierto malestar, en Laura y en José. Este quería ir a la cocina. Mateo no quería que José pudiera ir a la cocina. José esperaba que Mateo se quedase dormido. Aun cuando estaba convencido de que Mateo lo sabía todo, estaba también ahora convencido de que Mateo se haría el desentendido y de que tendría que quedarse, tarde o temprano, dormido. Sin embargo, las suposiciones de José no correspondían del todo a la realidad del pensamiento y la voluntad de Mateo. Por primera vez, esta noche, Mateo sentía una especie de celos vagos e imprecisos. A Mateo, en verdad, le dolía que José fuese a la cocina. ¿Por qué? ¿Por qué esta noche tales reparos y no las otras veces?...

Pasó largo rato, las cosas así en la cabeza de Laura y en la doble cabeza de "Marino Hermanos". Estos oyeron luego que Laura salía a desensillar el caballo y a echarle el otro tercio de alfalfa. El ruido de sus pasos era blando, casi aterciopelado y voluptuoso, el deseo se avivó en José. Le vino entonces ganas de tragar saliva y no lo pudo evitar. Mateo, oyendo la deglución salival de su hermano, se aseguró entonces de que éste desvelaba y sus resquemores se avivaron.

*Laura volvió a la cocina y cerró de golpe la puerta. Los hermanos Marino se estremecieron. ¿Qué quería decir esa manera brusca de cerrar la puerta? José se di-

jo que se trataba de un signo tácito, con el cual Laura quería indicarle que pensaba en él y que la noche era propicia para los idilios. Mateo dudaba entre esto que se decía José y la idea de que, con aquel portazo, Laura trataba, por el contrario, de significarle a él, Mateo, su decisión resuelta e inalterable de guardarle fidelidad. Pero José ya no podía contener sus instintos. Se dio una vuelta violenta en la cama. Después se oyó el ruido del colchón de paja, cuando el joven cuerpo de la cocinera cayó y se alargó sobre él. El deseo poseyó entonces por igual a ambos hombres. Los lechos se hacían llamas. Las sábanas se atravesaban caprichosamente. La atmósfera del cuarto se llenó de imágenes... José y Mateo Marino se hallaron, un instante, de espaldas uno al otro, sin saberlo...

Mateo saltó de repente de su cama, y José al oírle, sintió que le subía la sangre de golpe a la cabeza. ¿Dónde iba Mateo? Un celo violento de animal poseyó a José. Mateo tiró suavemente la puerta y salió descalzo al corredor. Mateo sabía que su hermano lo estaba oyendo todo, pero él era, al fin y al cabo, el dueño oficial de esa mujer, y el deseo le tenía trastornado. José oyó luego que Mateo rasguñaba la puerta de la cocina, rasguño en el que Laura reconoció a su amante de todos los días. La rabia le hacía a José castañetear los dientes, de pie y pegada la oreja a la puerta del dormitorio fraternal. ¿Abriría Laura? Esta misma vaciló un instante en abrir. Hasta el propio Mateo dudó de si Laura le recibiría. Mas, al fin, habló y triunfó en la cocinera el sentimiento de esclavitud al patrón de "asiento". Cuando ya Laura empezó a deslizarse lentamente del colchón de paja, de puntillas y en la oscuridad, Mateo, a quien la demora de Laura enardecía hasta hacerle perder la conciencia, volvió a rasguñar la puerta, esta vez ruidosamente. Laura tropezó, por la prisa, en el batán de la cocina, y se oyó un porrazo en el suelo. Después se abrió la puerta y Mateo, temblando de ansie-

dad, entro. José se había apercebido de toda esta escena en sus menores detalles y tornó a su cama. El dolor de su carne sedienta y la idea que se hacía de lo que pasaba en esos momentos entre Laura y su hermano, le hacían retorcerse angustiosamente entre las sábanas y le arrancaban ahogados rugidos de bestia envenenada.

Lo que sucedió en la cocina fue en el suelo. Laura acababa de caer junto al batán y se luxó la muñeca de una mano, un hombro y una cadera. Gemía en silencio y la muñeca sangraba. Pero nada pudo embridar los instintos de Mateo. Al comienzo, la tomó la mano, acariciándola y lamiendo la sangre. Un momento después, apartó brutalmente la muñeca herida de Laura, y, según su costumbre, lanzó unos bufidos de animal ahito. Ni Laura ni Mateo habían pronunciado palabra en esta escena. Mateo se puso de pie, y, con sumo tiento, ganó la puerta, salió y volvió a cerrarla despacio. Se paró al borde del corredor y orinó largo rato. José sintió que una ola de bochorno recorría sus miembros, jaló las frazadas y se tapó hasta la cabeza. Al entrar Mateo al cuarto, por las amplias espalda de José descendió un sudor caliente y casi cáustico.

Laura quedó tendida en el suelo, llorando. Probó de levantarse y no pudo. La cadera le dolía como quebrada.

Una vez en su cama, Mateo sintió frío. Según sus cálculos, y aunque José daba señas de dormir, estaba Mateo cierto de que no dormía. ¿Insistiría José en ir a la cocina? Era muy probable. Sí. José quería siempre ir a la cocina. Pero Mateo ya no sentía ahora celos de su hermano. Imaginando a José en brazos de Laura, ya no se incomodaba. Un sopor espeso e irresistible empezó a invadirle, y, cuando, unos minutos después, José abrió a su turno y de golpe la puerta y salía, Mateo no lo oyó, pues roncaba profundamente.

José empujó violentamente la puerta de la cocina y entró. Laura se incorporó vivamente, a pesar de sus dolores.

Al tanteo, la buscó José en la oscuridad. La tocó al fin. Su mano, ávida y sudorosa, cayendo como una araña gorda en los senos medio desnudos de la cocinera, la quitó el aliento. Un beso apretado y largo unió los labios humedecidos aún de lágrimas de Laura, a la callosa boca encrespada de José. Laura cesó de llorar y su cuerpo cimbróse, templándose. Laura deseaba, pues, a José, ¿y precisamente a José? No. Cualquiera otro hombre, que no fuese Mateo, habría provocado en ella idéntica reacción. Lo que bastaba a Laura para reaccionar así, era un otro contacto que no fuese el conocido y estúpido del patrón cotidiano. Y si este nuevo contacto venía, además, apasionado, mimoso, y lo que es más importante, envuelto en las sombras de lo prohibido, se explica aún mejor, por qué Laura acogía a José Marino de una manera distinta que a Mateo Marino. Laura, la campesina —lo hemos dicho ya—, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y, entre estos, el gusto del pecado.

Al entrar José en los brazos de la cocinera, del cuerpo de ésta salió una brusca y turbadora emanación. José sintió una extraña impresión y permaneció inmóvil un momento. ¿Qué olor era ese —mitad de mujer y otra mitad desconocida—, que le daba así en el olfato, desconcertándole? ¿De dónde salía? ¿Era el olor de Laura? ¿Y solamente de Laura? José pensó instantáneamente en su hermano. Un calofrío de pudor —de un pudor profundamente humano y tormentoso —le sobrecogió. Sí. Mateo acababa de pasar por allí. Sus instintos viriles retrocedieron, como retrocede o resbala un potro desbocado, al borde de un precipicio. Mas eso duró un segundo. El animal caído volvió a pararse y, desatentado y ciego, siguió su camino.

Si no olvidamos que José no hacía más que engañar a Laura y que la caricia y la promesa terminaban una vez saciados sus instintos, se comprenderá fácilmente por qué José se alejase, unos minutos más tarde, de Laura, diciéndole desdeñosamente y en voz baja:

—Y para esto he esperado horas enteras...

—¡Pero, oiga usted, don José! —le decía Laura, suplicante—. No se aleje usted, que voy a decirle una cosa...

José, incomodándose y sin acercarse a la cocinera, respondió:

—¿Qué cosa?

—Yo creo que estoy preñada...

—¿Preñada? ¡No friegues, hombre! —dijo José con una risa de burla.

—Sí, don José, sí. Yo sé que estoy preñada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque tengo vómitos todas las mañanas...

—¿Y desde cuándo crees que estás preñada?

—Yo no sé. Pero estoy casi segura.

—¡Ah! —gruñó José Marino, malhumorado—. ¡Eso es una vaina! ¿Y qué dice Mateo?

—Yo no le he dicho nada.

—¿No le has dicho nada? ¿Y por qué no le has dicho?

Laura guardó silencio. José volvió a decirle:

—Responde. ¿Por qué no se lo has dicho a él?

Este *él* sonó y se irguió entre José y Laura como una pared divisoria entre dos lechos. Laura y José conocían muy bien el contenido de esa palabra. Este *él* era el padre presunto, y José decía *él* por Mateo, mientras que Laura pensaba que *él* no era precisamente Mateo, sino José. Y la cocinera volvió, por eso, a guardar silencio.

—¡Eso va a ser una vaina! —repitió José, disponiéndose a partir.

Laura trató de retenerlo con un gemido:

—¡Sí, sí! Porque yo no estoy preñada de su hermano, sino de usted...

José rió en la oscuridad, mofándose:

—¿De mí? ¿Preñada de mí? ¿Quieres echarme a mí la pelota de mi hermano?...

—¡Sí! ¡Sí, don José! ¡Yo estoy preñada de usted! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé!...

Un sollozo la ahogó, José argumentaba:

—Pero si yo no he estado contigo hace ya más de un mes...

—Sí, sí, sí, sí!... Fue la última vez. La última vez...

—¡Pero tú no puedes saber nada!... ¿Cómo vas a saberlo, cuando, muchas veces, en una misma noche, has dormido conmigo y con Mateo?...

Laura, en ese momento, sintió algo que la incomodaba. ¿Era el sudor? ¿Era la posición en que estaba su cuerpo? ¿Eran sus luxaciones? Cambió de posición y algo resbaló por el surco más profundo de su carne... Instantáneamente, cruzó por el corazón de Laura una duda compacta, tenebrosa, inmensa. En efecto. ¿Cómo iba a saber cuál de los dos Marino era el padre de su hijo? Ahora mismo, en ese momento, ella sentía oscuramente gravitar y agitarse en sus entrañas de mujer las dos sangres de esos hombres, confundidas e indistintas. ¿Cómo diferenciarlas?

—¿Pero cómo vas a saberlo? —repetía José imperiosamente.

Laura iba a responder un disparate, pero se contuvo. No. El hijo no podía ser de los dos hermanos Marino. Un hijo tiene siempre un solo padre. La cocinera, sintiéndose en el colmo de su terrible incertidumbre, lanzó un sollozo entrañable y desgarrador. José salió y cerró la puerta silenciosamente.

* * *

Al otro día, a las diez de la mañana, los hermanos Marino fueron a ver al subprefecto Luna, por el asunto de los peones. Cuando llegaron a la subprefectura, Luna acababa de afeitarse.

—Antes que nada —dijo el viejo subprefecto, en tono campechano— van a probar ustedes lo que es rico...

Sacó de la otra pieza una botella y unas copas, añadiendo alborozado:

—Adivinen ustedes de dónde viene...

—¿Del chino Chank?

—No, señor —exclamaba Luna, sirviendo él mismo el pisco.

—¿De la vieja Mónica?

—Tampoco.

—¿De casa del juez?

—Menos.

José tomó la primera copa y dijo, saboreándose:

—¿Del cura Velarde?

—¡Eso es!

—¡Pero es estupendo!

—¡Formidable!

—¡Cojonudo!

A la tercera copa, Mateo le dijo al subprefecto:

—Necesitamos, querido subprefecto, dos gendarmes.

—¿Para qué, hombre?... —respondió en broma y ya algo chispo, el viejo Luna—. ¿A quién van a echar bala?...

José alegó:

—Es para ir a ver a unos peones prófugos. ¡Qué quiere usted! La "Mining Society" nos obliga a poner en las minas cien peones de aquí a un mes. La oficina de Nueva York exige más tungsteno. Y los cholos que tenemos "so-corridos", se resisten a cumplir sus contratos y a salir para Quivilca...

El subprefecto se puso serio, argumentando:

—Pero es el caso que yo no dispongo ahora de gendarmes. Los pocos que tengo, faltan para tomar a mis conscriptos. Yo también, como ustedes saben, estoy en apuros. El prefecto me obliga a llevarle para el primero del mes próximo, lo menos cinco conscriptos. ¡Y los cholos se han vuelto humo!... No tengo sino dos en la cárcel. Precisamente... —dijo, volviéndose a la puerta de su despacho, que daba sobre la plaza, y llamando en voz alta: —¡Anticona!...

—¡Su señoría! —respondió un gendarme, apareciendo al instante, cuadrándose y saludando militarmente desde la puerta.

—¿Salieron los gendarmes por los conscriptos?

—Sí, su señoría.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana, su señoría.

—¿Cuántos han salido?

—El sargento y tres soldados, su señoría.

—¿Y cuántos gendarmes hay en el cuartel?

—Dos, su señoría.

—¡Ya ven ustedes! —dijo el subprefecto volviéndose a "Marino Hermanos"—. Tengo los justos para el servicio. Nada más que los justos. ¡Esto es una broma! Porque los mismos gendarmes se hacen los rengos. No quieren secundarme. Son unos borrachos. Unos haraganes. Con tal de que me traigan los conscriptos, les he prometido ascenderlos y premiarlos, y les he dado su pisco, su coca, sus cigarros y, en fin, les he autorizado a que hagan lo que quieran con los indios. ¡Látigo o sable, no me importa! A mí lo que me importa es que me traigan gente, sin pararse en mientes ni en contemplaciones...

Luna tomó una expresión de crueldad calofriante. El ordenanza Anticona volvió a saludar y se retiró con la venia del subprefecto. Este se paseaba, pensativo y ceñudo, y "Marino Hermanos" estaban de pie, muy preocupados.

—¿A qué hora volverán los gendarmes con los conscriptos? —preguntó José a la autoridad.

—Supongo que en la tarde, a eso de las cuatro o cinco.

—Bueno. Entonces los gendarmes pueden ir con nosotros por los peones, en la noche, entre ocho y nueve, por ejemplo.

—Allí veremos. Porque como se han levantado tan temprano, los gendarmes van a querer descansar esta noche.

—¿Entonces? —dijo José contrariado—. Porque la “Mining Society” nos exige...

—De otra manera —agregó Mateo—, si no se nos proporciona los gendarmes que necesitamos, nos será completamente imposible cumplir con la empresa.

Porque en el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito. Más todavía. Cuando un obrero se “socorre”, es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.

—En fin —repuso el subprefecto, en tono conciliador—. Ya veremos el modo de arreglarnos y conciliar intereses. Ya veremos. Tenemos tiempo...

Los hermanos Marino, despechados, refunfuñaron a una voz:

—Muy bien. Perfectamente...

El subprefecto sacó su reloj:

—¡Las once menos cuarto! —exclamó—. A las once tenemos sesión de la Junta Conscriptora Militar...

Y, precisamente, al instante, empezaron a llegar al despacho subprefectural los miembros de la Junta. El primero en llegar fue el alcalde Parga, un antiguo montonero de Cáceres, muy viejo y encorvado, astuto y ladrón empedernido. Después llegaron juntos el juez de primera instancia, doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el más rico propietario de la provincia. El doctor Ortega sufría de una fo-

runculosis permanente y, originario de Lima, llevaba ya en Colca unos diez años de juez. Una historia macabra se contaba de él. Había tenido una querida, Domitila, a quien parece llegó a querer con frenesí. Pero Domitila murió hacía un año. La gente refería que el doctor Ortega no podía olvidar a Domitila y que una noche, pocas semanas después del entierro, fue el juez en secreto, y disfrazado, al cementerio y exhumó el cadáver. Al doctor Ortega lo acompañaron en este acto dos hombres de toda su confianza. Eran éstos dos litigantes de un grave proceso criminal, a favor de los cuales falló el juez, en pago de sus servicios de esa noche. Mas, ¿para qué hizo el doctor Ortega semejante exhumación? Se refería que, una vez sacado el cadáver, el juez ordenó a los dos hombres que se alejasen, y se quedó a solas con Domitila. Se refería también que el acto solitario —que nadie vió, pero del que todos hablaban—, que el doctor Ortega practicara con el cuerpo de la muerta, era una cosa horrible, espantosa... ¿Era esto cierto? ¿Era, al menos presumible? El juez, a partir de la muerte de Domitila, tomó un aire taciturno, misterioso y, más aún, extraño e inquietante. Salía poco a la calle. Se decía, asimismo, que vivía ahora con Genoveva, una hermana menor de Domitila. ¿Qué complejo freudiano y qué morbosa realidad se ocultaban en la vida de este hombre? Barbudo, medio cojo, con un algodón o venda siempre en el cuello, emponchado y recogido, cuando pasaba por la calle o asistía a un acto oficial, miraba vagamente a través de sus anteojos. La gente experimentaba, al verle, un malestar sutil e insoportable. Algunos se tapaban las narices.

El médico Riaño era nuevo en Colca. Joven de unos treinta años y, según se decía, de familia decente de Ica, vestía con elegancia y tenía una palabra fácil y florida. Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque, en el fondo, no podía esconder un arribismo

exacerbado. Soltero y bailarín, tenía locas por él a las muchachas del lugar.

En cuanto al viejo Iglesias, su biografía era muy simple: las cuatro quintas partes de las fincas urbanas de Colca, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, "Tobal", cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía. ¿Cómo adquirió Iglesias tanta fortuna? Con la usura y a expensas de los pobres. Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravíes, marineras y danzas populares. Una de éstas rezaba así:

*Ahora sí que te conozco
que eres dueño de Tobal,
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan...
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan...*

Una numerosa familia rodeaba al gamonal. Uno de sus hijos, el mayor, estaba terminando sus estudios para médico en Lima, y ya se anunciaba su candidatura a la diputación de la provincia.

El subprefecto Luna poseía una ejecutoria administrativa larga y borrascosa. Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinaria. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros, prefectos y senadores, estuvo siempre bien. Sin embargo, a causa de su crueldad y falta de tino, no duraba en los puestos. Es así cómo había recorrido casi toda la república de subprefecto, comisario, mayor de guardias, jefe militar, etc., etc. Una sola cosa daba unidad a su vida administrativa: los disturbios, motines y sucesos sangrientos que

en todas partes provocaba, en razón de sus intrigas, intemperancias y vicios.

Una vez que los hermanos Marino salieron de la subprefectura, la sesión de la Junta Conscriptora Militar quedó abierta. Leyó el acta anterior el secretario del subprefecto, Boado, un joven lleno de barros en la cara, ronco, de buena letra y muy enamorado. Nadie formuló observación alguna al acta. Luna dijo luego a su secretario:

—Dé usted lectura al despacho.

Boado abrió varios pliegos y empezó a leer en voz alta:

—Un telegrama del señor prefecto del Departamento, que dice así: "Subprefecto. Colca. Requírole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado.) Prefecto Ledesma".

En ese momento llenó la plaza un ruido de caballería, acompañado de un murmullo de muchedumbre. El subprefecto interrumpió a su secretario vivamente:

—¡Espérese! Allí vienen los conscriptos...

El secretario se asomó a la puerta.

—Sí. Son los conscriptos —dijo—. Pero viene con ellos mucha gente...

La Junta Conscriptora suspendió la sesión y todos sus miembros se asomaron a la puerta. Una gran muchedumbre venía con los gendarmes y los conscriptos. Eran, en su mayoría, curiosos, hombres, mujeres y niños. Observaban a cierta distancia y con ojos obsortos, a dos indios jóvenes —los conscriptos— que avanzaban a pie, amarrados por la cintura al pescuezo de las cabalgaduras de los gendarmes montados. Tras de cada conscripto, venía su familia llorando. El sargento se detuvo ante la puerta de la subprefectura, bajó de su caballo, se cuadró ante la Junta Conscriptora y saludó militarmente:

—¡Traemos dos, su señoría! —dijo en voz alta y dirigiéndose al subprefecto.

—¿Son conscriptos? —preguntó Luna, muy severo.

—No, su señoría. Los dos son “enrolados”.

Algo volvió a preguntar el subprefecto, que nadie oyó a causa del vocerío de la multitud. El subprefecto levantó más la voz, golpeándola imperiosamente:

—¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, su señoría.

Un viejo muy flaco, cubierto hasta las orejas con un enorme sombrero de junco, doblado el poncho al hombro, la chaqueta y el pantalón en harapos, uno de los llanques en la mano; se abrió camino entre la multitud y llegó hasta el subprefecto.

—¡Patroncito! ¡Taita! —dijo juntando las manos lastimosamente—. ¡Suéltalo a mi Braulio! ¡Suéltalo! ¡Yo te lo pido, taita!

Otros dos indios cincuentones, emponchados y llorosos, y tres mujeres descalzas, la liclla prendida al pecho con una espina de penca, vinieron a arrodillarse bruscamente ante los miembros de la Junta Conscriptora:

—¡Por qué, pues, taitas! ¡Por qué pues, al Isidoro! ¡Patroncitos! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Las tres indias —abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez— gemían y suplicaban arrodilladas. El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano al subprefecto. Los otros dos indios —padre y tío de Isidoro Yépez— volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero.

A los pocos instantes había ante la Subprefectura numeroso pueblo. Bajó de su cabalgadura uno de los gendarmes. Los otros dos seguían montados, y junto a ellos estaban de pie los dos “enrolados”, cada uno atado a la mula de cada soldado. Braulio Conchucos tendría unos veintitrés años; Isidoro Yépez, unos dieciocho. Ambos eran yanacones de Guacapongo. Ahora era la primera vez que venían a Colca. Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por

así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanacunas prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o de mulas con fardos y cajones de contenido misterioso, conducir las yuntas en los barbechos y las cuadrigas de las trillas en parvas piramidales y abundantes, cuidar noches enteras una toma de agua, ensillar y desensillar bestias, segar alfalfa y alcacel, pastear enormes porcadas, caballadas o boyadas, llevar al hombro literas de personajes extraños, muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar montones de papas, amarrados a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres, para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca humedecida de un poco de cañazo o de chicha... Y, luego ser conscripto o "enrolado", es decir, ser traídos a la fuerza a Colca, para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabían estos dos yanacunas de *servicio militar obligatorio*? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantía nacionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quiénes podían disfrutarlas? Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscripto o "enrolado", no sabían sino que, de cuando en cuando solían pasar por las jalcas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote. ¿Adónde se los llevaban así? Nadie lo sabía tampoco. ¿Y hasta cuándo se los llevaban? Ningún indio conscripto o "enrolado"

volvió ya nunca a su tierra. ¿Morían en países lejanos, de males desconocidos? ¿Los mataban, quién sabe, otros gendarmes o sargentos misteriosos? ¿Se perdían tal vez por el mundo, abandonados en unos caminos solitarios? ¿Eran, quién sabe, felices? No. Era muy difícil ser felices. Los yanacunas no podían nunca ser felices. Los jóvenes conscriptos o "enrolados", que se iban para no volver, eran seguramente desgraciados.

Braulio Conchucos, por toda familia, tenía su padre viejo y dos hermanos pequeños, una mujercita de diez y un varón de ocho. Su madre murió de tifoidea. Dos hermanos mayores también murieron de tifoidea, epidemia que arrasó mucha gente hacía cuatro o cinco años en Cannas y sus alrededores. Pero el Braulio quería a la Bárbara, hija de unos vecinos vaqueros de Guacapongo, y a quien pensaba hacerla su mujer. Cuando cayeron los soldados en la choza de Braulio, a las cinco de la mañana, y todavía oscuro, los chicos se asustaron y se echaron a llorar. El padre, al partir, siguiendo al "enrolado", les decía:

—¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Que les den de almorzar ahí! ¡Váyanse! ¡No se queden aquí! ¡Váyanse! ¡Yo vuelvo pronto! ¡Vuelvo con el Braulio! ¡Vuelvo! ¡Vuelvo!

Los chicos se agarraron fuertemente a las piernas de Braulio y del viejo, llorando:

—¡No, no, taita! ¡No te vayas! ¡No nos dejes! ¡No te vayas!...

Uno de los gendarmes los tomó por los brazos y los apartó de un tirón. Pero, al soltarlos para ir a montar, los chicos se precipitaron de nuevo hacia el viejo y hacia Braulio, llorando desesperadamente e impidiéndoles moverse. El padre los apartaba, consolándolos:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Calléense! ¡Váyanse! ¡Váyanse onde la Bárbara!

Braulio habría querido abrazarlos, pero le habían amarrado los brazos a la espalda.

El sargento, ya a caballo, vociferó con cólera:

—¡Arza, carajo, viejo cojudo! ¡Camina y no nos jodas más!...

La comitiva arrancó. Tomó la delantera el sargento al trote. Luego, un gendarme, con el otro conscripto, Isidoro Yépez, a pie y atado a su mula. Y luego, otro gendarme, y junto a él, Braulio Conchucos, también a pie y atado a su cabalgadura. Un jalón repentino y brutal tiró de la cintura a Braulio, que habría caído al suelo de no ir amarrado estrechamente al pescuezo de la bestia, y Braulio empezó a correr al paso acelerado de las mulas. Cerraba la comitiva, a retaguardia, un tercer gendarme, fumando su cigarro. Detrás, seguían las familias de los "enrolados".

En el momento de ponerse en camino la mula del gendarme que llevaba a Braulio, éste, tirado por sus amarras, dió el primer paso atropellando a sus hermanos, que cayeron al suelo. Braulio pisó sobre el vientre de la mujercita. Esta permaneció sin resuello unos segundos, tendida. El chico volvió a levantarse, medio ciego y tonteado, y siguió un trecho a Braulio y a su padre. Tropezó varias veces, a causa de la oscuridad, en las piedras del angosto camino, hincándose en las pencas y en las zarzamoras. El tumulto se alejó rápidamente. El chico se detuvo y cesó de llorar, para oír. Un silencio absoluto imperó en torno de la choza. Luego sopló el viento unos segundos en los guirnales plantados junto al pozo. La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos:

—¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!

Entonces Juan, el chico, volvió corriendo a la choza. Los dos subieron a la barbacoa, se taparon con unas jergas y se pusieron a llorar. Las siluetas de los gendarmes, pegándole al viejo y al Braulio y amarrándolo a éste, en-

tre gritos y vociferaciones, estaban fijas en la retina de Juan y de su hermana. ¿Quiénes eran esos monstruos vestidos con tantos botones brillantes y que llevaban escopetas? ¿De dónde vinieron? ¿A qué hora cayeron en la choza? ¿Y por qué venían por el Braulio y por el taita? ¡Y les habían pegado! ¡Les habían dado muchos golpes y patadas! ¿Por qué? ¿Serían hombres también como los demás? Juan lo dudaba, pero su hermana, tragando sus lágrimas, le decía:

—Sí. Son como todos. Como taita y como el Braulio. Yo les ví sus caras. Sus brazos también, y también sus manos. Uno me tiró las orejas, sin que yo le haga nada...

La chica volvió a gemir, y Juan, un poco sofocado y nervioso, le dijo:

—¡Calláte! ¡Ya no llores, porque van a volver otra vez a llevarnos!... ¡Cállate! ¡Son los diablos! Tienen en la cintura unas monturas. Tienen cabezas redondas y picudas. ¡Vas a ver, que van a volver!

—Hablan como todos. Dijeron: “¡Carajo! ¡No te escaparás!” “¡Viejo e mierda!” “¡Camina!” “¡Jijoputa!”... Están vestidos como el burro mojino. Andan muy fuerte. ¿Has visto por onde se fueron?

—Se fueron por la cueva, a la carrera. ¡Van a volver! ¡Vas a ver! ¡Han salido de la cueva! ¡Así decía mama! ¡Que salen de la cueva con espuelas y con látigos y en mulas relinchando y con patas con candelas!

—¡Mientes! Mama no decía así. ¡Estos son cristianos, como nosotros! ¡Vas a ver que mañana volverán otra vez y los verás que son cristianos! ¡Ahí verás! ¡Ahí verás!

Juan y su hermana guardaron silencio. Seguían preguntándose a sí mismos por qué se llevaban al Braulio y al taita. ¿Adónde se los llevaban? ¿Los volverían a soltar? ¿Cuándo los soltarán? ¿Qué los harán?... Y la mujercita dijo, tranquilizándose:

—¿Y los otros? ¿Y los hombres y las mujeres que iban con ellos? ¿No ves? ¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Yo sé lo que te digo!

—Los otros —argumentaba en tono siempre febril y temeroso Juan—, los otros sí son cristianos. Pero no son sus compañeros. Los habrán sacado de sus chozas como al taita y al Braulio. Vas a ver que a todos los van a meter en la cueva ¡Vas a ver! ¡Antes que amanezca! Ahí adentro tienen su palacio con unos diablos de reyes. Y hacen sus fiestas. Mandan por gente para que sirvan a los reyes y vivan allí siempre. Unos se escapan, pero casi todos mueren adentro. Cuando están ya viejos los echan a las candelas para achicharrarlos vivos. Uno salió una vez y contó a su familia todo...

La hermana de Juan se había quedado dormida. Juan siguió pensando mucho rato en los gendarmes, y, cuando asomaba el día, empezó a tener frío y se durmió.

Guacapongo estaba lejos de Colca. Los gendarmes, para poder llegar a Colca a las once del día, tuvieron que andar rápido, y, con frecuencia al trote. Las familias de los "enrolados" se quedaron a menudo rezagadas. Pero los dos "enrolados", quieran o no quieran, iban al paso de las bestias. Al principio caminaron con cierta facilidad. Luego, a los pocos kilómetros recorridos, empezaron a flaquear. Les faltaban fuerzas para avanzar pareja con las bestias. Eran diestros y resistentes para correr los yanacones, mas esta vez la prueba fue excesiva.

El camino, desde Guacapongo hasta Colca, cambiaba a menudo de terreno, de anchura y de curso; pero, en general, era angosto, pedregoso, cercado de pencas y de rocas y, en su mayor parte, en zig-zags, en agudos meandros, cerradas curvas, cuestas a pico y barrancos imprevistos. Dos ríos, el Patarati y el Huayal, atravesaron sin puente. La primavera venía parca en aguas, pero las del Huayal

arrastraban todo el año, en esa parte, un volumen encajonado y siempre difícil y arriesgado de pasar.

Un metido de velocidad tremendo tuvo lugar entre las bestias y los "enrolados". Los gendarmes picaban sus espuelas sin cesar y azotaban a contrapunto sus mulas. El galope fue continuo, pese a la tortuosidad y abruptos accidentes de la ruta. Las bestias, mientras fue de noche, se encabritaron muchas veces, resistiéndose a salvar un precipicio, un lodazal, un riachuelo o una valla. El sargento, furibundo, enterraba entonces sus espuelas hasta los talones en los ijares de su caballo y lo cruzaba de riendazos por las orejas y en las ancas, destapándose en ajos y cebollas. Se desmontaba. Sacaba de su alforja de cuero una botella de pisco, bebía un gran trago y ordenaba a los otros gendarmes que hicieran lo propio. Luego llamaba a los deudos de los "enrolados" y les obligaban a empujar al animal. Al fin, las bestias eran empujadas. Tras de un pataleo angustioso en el lodazal, hundidos hasta el pecho, volvían a salir al otro lado del camino. ¿Y los "enrolados"? ¿Cómo salvaban éstos los malos pasos? Como las bestias. Sólo que, a diferencia de ellos, los "enrolados" no ofrecían la menor resistencia. La primera vez que estuvieron ante las gradas de un acantilado a pico y en el que no había la menor traza de camino, Isidoro Yépez osó decir al gendarme que le llevaba:

—¡Cuidado, taita! ¡Nos vamos a rodar!

—¡Calla, animal! —le contestó el gendarme, dándole un bofetón en las narices.

Un poco de sangre le salió a Isidoro Yépez. A partir de ese momento, los dos "enrolados" se sumieron en un silencio completo. Los gendarmes pronto se emborracharon. El sargento quería llegar a Colca cuanto antes, porque a las once tenía una partida de dados en el cuartel con unos amigos. Las indias y los indios que seguían a Yépez y a Conchucos, desaparecían por momentos de la comitiva,

porque conocedores del terreno, y como iban a pie, abandonaban el camino real para salir más pronto por otro lado, cortando la vía o a campo traviesa. Lo hacían arañando los peñascos, rodando las lajas, bordeando como cabras las cejas de las hondonadas o atravesando un río a saltos de pedrón en pedrón o a prueba de equilibrio sobre un árbol caído.

Al cruzar el Huayal, ya de día, Braulio Conchucos estuvo a punto de encontrar la muerte. Pasó tras una tenaz resistencia de su caballo, el sargento. Pasó después el gendarme que conducía a Isidoro Yépez, y, cuando la mula del segundo gendarme se vió en medio de la corriente, sus miembros vacilaron y fue arrastrada un trecho por las aguas. Estaba hundida hasta la mitad de la barriga. Las piernas del gendarme no se veían. La angustia de éste fue inmensa. Azuzaba al animal, gritándole y azotándole. El "enrolado", sumergido hasta medio pecho en el río, se mostró por su parte, impasible y tranquilo ante el peligro.

—¡Sal carajo! —le decía, poseído de horror, el gendarme—. ¡Párate bien! ¡Avanza! ¡Sal del agua! ¡Tira a la mula! ¡Tira! ¡Avanza! ¡No te dejes arrastrar!...

A una y otra orilla, los otros gendarmes lanzaban gritos de espanto y corrían enloquecidos, viendo cómo la corriente empezaba a derribar a la mula y a llevársela río abajo, con el gendarme y con el "enrolado". Sólo éste, en medio del peligro, e Isidoro Yépez, al otro lado del Huayal, permanecían mudos, serenos, inalterables. El guardia de Conchucos, en el colmo de su terror y fuera de sí, sólo atinó a abofetear a Braulio ferozmente. Conchucos, amarrado, empezó a sangrar, pero no hizo nada por salir del peligro ni pronunció palabra alguna de protesta. A Isidoro Yépez le habían dado una trompada sólo por haberlos advertido contra un riesgo de la ruta. ¿Para qué entonces hablar ni hacer nada? Los yanacones comprendían

muy bien su situación y su destino. Ellos no podían nada ni eran nada por sí mismos. Los gendarmes, en cambio, eran todo y lo podían todo. Por lo demás, Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche; ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo no fue sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanacones mozos, y para no soltarlos nunca. ¿Qué más daba entonces perecer ahogado o de cualquiera otra suerte? Además, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez concibieron bruscamente por los gendarmes un rencor sordo y tempestuoso. De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía. Braulio Conchucos experimentaba ante el miedo del gendarme, una satisfacción recóndita. ¡Y si el agua se los habría llevado, en buena hora! ¿No estaba ya viendo Braulio que la sangre que corría de su boca, se la llevaba el agua? Sintió luego un chicotazo que le cruzó varias veces la cara y ya no vio más. Un ojo se le tapó. Entonces vaciló todo su cuerpo. Durante un instante la mula y el "enrolado" temblaron como arrancados tallos, a merced de la corriente. Pero el gendarme, loco de espanto, siguió azotando con todas sus fuerzas al animal y al yanacón. Los chicotazos llovieron sobre las cabezas de Braulio y de la mula.

—¡Carajo! —vociferaba aterrado el gendarme—. ¡Mula! ¡Mula! ¡Anda indio e mierda! ¡Anda! ¡Anda!...

Un postrero esfuerzo de la bestia y ésta alcanzó a ganar el otro borde del Huayal, con su doble carga del gendarme y de Conchucos. Reanudóse la marcha. El sol empezó a quemar. Pasado el Huayal, el camino se paró en una cuesta larga, interminable. Pero el sargento picó más

espuelas y blandió más su látigo. Paso a paso subían, aunque sin detenerse, los animales, y junto a ellos, los dos "enrolados". Una que otra vez solamente se paró la comitiva. ¿Por qué? ¿Eran las mulas que ya no podían? ¿Eran los yanacones, que ya no podían? ¿Eran mulas y "enrolados" que ya no podían?

—¡Te haces el cojudo por no caminar! —decían los gendarmes a los yanacones—. ¡Anda, carajo! ¡Anda nomás! ¡Avanza y no te cuelgues de la mula! ¡Anda o te muelo a riendazos!...

Los "enrolados" y las bestias sudaban y jadeaban. El pelambre de las mulas se encrespó, arremolinándose en mil rizos y flechas. Por el pecho y por los ijares corría el sudor y goteaba. Mascaban el freno las bestias, arrojando abundante espuma. Los cascos delanteros resbalaban en las lajas o, inmovilizados un instante, se cimbraban arqueándose y doblándose. La cabeza del animal se alargaba entonces, echando las orejas atrás, hasta rozar los bellos el suelo. Las narices se abrían desmesuradas, rojas, resacas. Pero el cansancio era mayor en Yépez y en Conchucos. Lampiños ambos, la camisa de algodón negra de mugre, sin sombrero bajo el sol abrasador, los encallecidos pies en el suelo, los brazos atados hacia atrás, amarrados por la cintura con un lazo de cuero al pescuezo de las mulas, ensangrentados —Conchucos, con un ojo hinchado y varias ronchas en la cara—, los "enrolados" subían la cuesta cayendo y levantando. ¿Cayendo y levantando? ¡No podían ni siquiera caer! Al final de la cuesta, sus cuerpos exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más

muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De su bocas abiertas, salían espumarajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla. Relajadas por la mortal fatiga y en desgobierno todas sus funciones, estaba defecando y orinándose el conscripto.

—¡Se está cagando este carajo! —vociferó el gendarme que le llevaba, y se tapó las narices.

Los gendarmes se echaron a reír y picaron más espuelas.

Cuando los curiosos se acercaron a Isidoro Yépez, ante la Subprefectura de Colca, también se reían y se alejaban al punto, sacando sus pañuelos. Pero cuando se acercaron a Braulio Conchucos, se quedaban viendo largamente su rostro doloroso y desfigurado. Algunas mujeres del pueblo se indignaron y murmuraban palabras de protesta. Un revuelo tempestuoso se produjo inmediatamente entre la multitud. Los gendarmes le habían lavado la cara a Conchucos en una acequia, antes de entrar a Colca, pero las contusiones y la hinchazón del ojo resaltaron más. También los soldados reanimaron a los "enrolados", metiéndoles la cabeza largo tiempo en el agua fría. Así pudieron Yépez y Conchucos despertar de su coma y penetrar al pueblo andando.

—¡Les han pegado los gendarmes! —gritaba la muchedumbre—. ¡Veánlos cómo tienen las caras! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Qué lisura! ¡Bandidos! ¡Criminales! ¡Asesinos!...

Muchos vecinos de Colca se mostraban quemados de cólera. Una piedad unánime cundió en el pueblo. La ola de indignación colectiva llegó hasta los pies de la Junta Conscriptora Militar. El subprefecto Luna, dando un paso hacia la vereda, lanzó un grito colérico sobre la multitud:

—¡Silencio! ¿Qué quieren! ¿Qué dicen? ¿Por qué alejan?...

Se le acercó el alcalde Parga.

—¡No haga usted caso, señor subprefecto! —le dijo, tomándolo del brazo!—. ¡Venga usted! ¡Venga usted con nosotros!...

—¡No, no! —gruñó violentamente el subprefecto, en quien las copas de pisco apuradas con “Marino Hermanos” habían producido una embriaguez furiosa.

Luna se irguió todo lo que pudo al borde de la acera y dijo al sargento, que estaba frente a él, esperando sus órdenes:

—¡Tráigame a los “enrolados”! ¡Hágalos entrar!

—¡Muy bien, su señoría! —respondió el sargento, y transmitió la orden a los gendarmes.

Los “enrolados” fueron desatados de los pescuezos de las mulas e introducidos al despacho de la Junta Conscriptora Militar. Siempre amarrados los brazos atrás y sujetos por la cintura con el lazo de cuero, Yépez y Conchucos avanzaron penosamente, empujados y sacudidos por sus guardias. La muchedumbre, al verlos cárdenos, silenciosos, las cabezas caídas, los cuerpos desfallecientes, casi agónicos, se agitó en un solo movimiento de protesta.

—¡Asesinos! —gruñan hombres y mujeres—. ¡Ahí van casi muertos! ¡Casi muertos! ¡Bandidos! ¡Asesinos!...

Las familias de los yanacones quisieron entrar al despacho del subprefecto, tras de los “enrolados”, pero los gendarmes se lo impidieron.

—¡Atrás! —gritó con sorda ira el sargento, desenvainando amenazadoramente su espada.

Una vez que Yépez y Conchucos penetraron, un cordón de gendarmes, rifle en mano, cerraron la entrada a todo el mundo. Algunas amenazas, improperios e insultos dirigieron los gendarmes al pueblo.

—¡Animales! ¡Bestias! ¡No saben ustedes lo que dicen!
¡Ni lo que hacen! ¡Imbéciles! ¡Todos ustedes no son sino
unas mulas!... ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios!
¡Ignorantes!...

La mayoría de los gendarmes eran costefios. De aquí
que se expresasen así de los serranos. Los de la costa del
Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de
la sierra y la montaña, y éstos devuelven el desprecio con
un odio subterráneo, exacerbado.

Agolpada a la puerta de la Subprefectura, y detenida
por los rifles de los gendarmes, bullía en creciente in-
dignación la multitud. Un diálogo huracanado se produjo
entre la fuerza armada y el pueblo.

—¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

—Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a
piedras de sus chozas... ¡Indios salvajes! ¡Criminales!

—¡No, no! ¡Mienten!

—¡Pues, entonces, porque se me da la gana!...

—¡Asesinos! ¿Por qué los traen presos?

—¡Porque se me da la gana!

—¡Qué conscriptos ni conscriptos! ¡Cuando después se
los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les
sacan su platita y les quitan sus terrenitos y animalitos!...
¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!...

Un gendarme lanzó un grito furibundo:

—¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!...

Levantó su rifle e hizo ademán de apuntar al azar so-
bre la muchedumbre, la cual respondió a la amenaza con
un clamor inmenso. Apareció a la puerta del despacho sub-
prefectural, el alcalde Parga.

—¡Señores! —dijo con un respeto protocolar, que es-
condía sus temores—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Calma!
¡Calma! ¡Serenidad, señores!...

Un hombre del pueblo emergió entonces de entre la muchedumbre y, abalanzándose sobre el alcalde Parga, le dijo muy emocionado, pero con energía:

—¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! El pueblo quiere ver en qué queda todo esto, y pide...

Los gendarmes lo agarraron por los brazos y le taparon la boca para impedirle que continuase hablando. Pero el viejo y astuto alcalde de Colca ordenó que le dejaran hablar.

—¡El pueblo, señor, pide que se haga justicia!

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!... —coreó la multitud—. ¡Justicia! ¡Justicia contra los que les han pegado! ¡Justicia contra los asesinos!

El alcalde palideció.

—¿Quién es usted? —se agachó a preguntar al audaz que así le habló—. ¡Pase usted! ¡Pase usted al despacho! Entre usted y ya hablaremos.

El hombre del pueblo penetró al despacho subprefectural. Pero para hacer valer los derechos ciudadanos, ¿quién era este hombre de audacia extraordinaria? La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto de esos funcionarios. Más todavía. El más abominable y escandaloso abuso de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental. La impunidad era en la historia de los delitos administrativos y comunales cosa tradicional y corriente en la provincia. Pero he aquí que ahora ocurría algo nuevo y jamás visto. El caso de Yépez y Conchucos sacudió violentamente a la masa popular, y un hombre salido de ésta se atrevía a levantar la voz, pidiendo justicia y desafiando la

ira y la venganza de las autoridades. ¿Quién era, pues, ese hombre?

Era Servando Huanca, el herrero. Nacido en las montañas del Norte, a las orillas del Marañón, vivía en Colca desde hacía unos dos años solamente. Una singular existencia llevaba. Ni mujer ni parientes. Ni diversiones ni muchos amigos. Solitario más bien, se encerraba todo el tiempo en torno a su forja, cocinándose él mismo. Era un tipo de indio puro: salientes pómulos, cobrizo, ojos pequeños, hundidos y brillantes, pelo lacio y negro, talia mediana y una expresión recogida y casi taciturna. Tenía unos treinta años. Fue uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y a los yanacones. Fue el primero asimismo que gritó a favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes contra la injusticia de los hombres. Huanca sentía que en ese dolor y en esa cólera no entraban sus intereses personales sino en poca medida. Personalmente, él, Huanca, había sufrido raras veces los abusos de los de arriba. En cambio, los que él vio cometerse diariamente contra otros trabajadores y otros indios miserables, fueron inauditos e innumerables. Servando Huanca se dolía, pues, y rabiaba, más por solidaridad o, si se quiere, por humanidad, contra los mandones —autoridades o patrones— que por causa propia y personal. También se dió cuenta de esta esencia solidaria y colectiva de su dolor contra la injusticia, por ha-

berla descubierto también en los otros trabajadores cuando se trataba de abusos y delitos perpetrados en la persona de los demás. Por último, Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que ésta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esta voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

—¿Quién es usted? —le preguntó enfadado el subprefecto Luna a Huanca, al verle entrar a su despacho, introducido por el alcalde Parga.

—Es el herrero Huanca —respondió Parga, calmando al subprefecto—. ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡No importa! Quiere ver a los conscriptos, que dice que están muertos, y que es un abuso...

Luna le interrumpió, dirigiéndose, exasperado, a Huanca:

—¡Qué abuso ni abuso, miserable! ¡Cholo bruto! ¡Fuera de aquí!

—¡No importa, señor subprefecto! —volvió a interceder el alcalde—. ¡Déjelo! ¡Le ruego que le deje! ¡Quiere ver lo que tienen los conscriptos! ¡Que los vea! ¡Ahí están! ¡Que los vea!

—¡Sí, señor subprefecto! —añadió con serenidad el herrero—. ¡El pueblo lo pide! Yo vengo enviado por la gente que está afuera.

El médico Riaño, tocado en su liberalismo, intervino:

—Muy bien —dijo a Huanca ceremoniosamente—. Está usted en su derecho, desde que el pueblo lo pide. ¡Señor subprefecto! —dijo, volviéndose a Luna en tono protocolar—. Yo creo que este hombre puede seguir aquí. No nos incomoda de ninguna manera. La sesión de la Junta Conscriptora puede, a mi juicio, continuar. Vamos a examinar el caso de estos “enrolados”...

—Así me parece —dijo el alcalde—. Vamos, señor subprefecto, ganando tiempo. Yo tengo que hacer...

El subprefecto meditó un instante y volvió a mirar al juez y al gamonal Iglesias, y, luego, asintió.

—Bueno —dijo—. La sesión de la Junta Conscriptora Militar, continúa.

Cada cual volvió a ocupar su puesto. A un extremo del despacho, estaban Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, escoltados por dos gendarmes y sujetos siempre de la cintura por un lazo. Los gendarmes mostraban una lividez mortal. Miraban con ojos lejanos y con una indiferencia calorifriante y vecina de la muerte, cuanto sucedía en torno de ellos. Braulio Conchucos estaba muy agotado. Respiraba con dificultad. Sus miembros le temblaban. La cabeza se le doblaba como la de un moribundo. Por momentos se desplomaba, y habría caído, de no estar sostenido casi en peso por el guardia.

Junto a los yanacones se paró Servando Huanca, el sombrero en la mano, conmovido, pero firme y tranquilo.

Al sentarse todos los miembros de la Junta Conscriptora Militar, llegó de la plaza un vocerío ensordecedor. El cordón de gendarmes, apostado a la puerta, respondió a la multitud con una tempestad de insultos y amenazas. El

sargento saltó a la vereda y esgrimió su espada con todas sus fuerzas sobre las primeras filas de la muchedumbre.

—¡Carajo! —aullaba de rabia—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

El subprefecto Luna ordenó en un gruñido:

—¡Sargento! ¡Imponga usted el orden, cueste lo que cueste! ¡Yo se lo autorizo!...

Un largo sollozo estalló a la puerta. Eran las tres indias, abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez, que pedían de rodillas, con las manos juntas, se les dejase entrar. Los gendarmes las rechazaban con los pies y las culatas de sus rifles.

El subprefecto Luna, que presidía la sesión, dijo:

—Y bien, señores. Como ustedes ven, la fuerza acaba de traer a dos “enrolados” de Guacapongo. Vamos, pues, a proceder, conforme a la ley, a examinar el caso de estos hombres, a fin de declararlos expeditos para marchar a la capital del departamento, en el próximo contingente de sangre de la provincia. En primer lugar, lea usted, señor secretario, lo que dice la Ley de Servicio Militar Obligatorio, acerca de los “enrolados”.

El secretario Boado leyó en un folleto verde:

—“Título Cuarto.—De los “enrolados”.— Artículo 46: Los peruanos comprendidos entre la edad de diecinueve y veintidós años, y que no cumplieran el deber de inscribirse en el registro del Servicio Militar Obligatorio de la zona respectiva, serán considerados como “enrolados”.— Artículo 47: Los “enrolados” serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes acordadas a los conscriptos en general y contenidas en el artículo 29, título segundo de esta Ley.— Artículo 48:...”

—Basta —interrumpió con énfasis el juez Ortega—. Yo opino que es inútil la lectura del resto de la Ley, puesto que todos los señores miembros de la Junta la

conocen perfectamente. Pido al señor secretario abra el registro militar, a fin de ver si allí figuran los nombres de estos hombres.

—Un momento, doctor Ortega —argumentó el alcalde Parga—. Convendrá saber antes la edad de los “enrolados”.

—Sí —asintió el subprefecto—. A ver... —añadió, dirigiéndose paternalmente a Isidoro Yépez—. ¿Cuántos años tienes, tú? ¿Cómo te llamas, en primer lugar?

Isidoro Yépez pareció volver de un sueño, y respondió con voz débil y amedrentada:

—Me llamo Isidoro Yépez, taita.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo no sé, pues, taita. Veinte o veinticuatro, quién sabe, taita...

—¿Cómo “no sé”? ¿Qué es eso de “no sé”? ¡Vamos! ¿Di, cuántos años tienes? ¡Habla! ¡Di la verdad!

—No lo sabe ni él mismo —dijo con piedad y asqueado el doctor Riaño—. Son unos ignorantes. No insista usted, señor subprefecto.

—Bueno —continuó Luna, dirigiéndose a Yépez—. ¿Estás inscrito en el Registro Militar?

El yanacón abrió más ojos, tratando de comprender lo que le decía Luna, y respondió maquinalmente:

—Escriptu, pues, taita, en tus escritus.

El subprefecto renovó su pregunta, golpeando la voz:

—¡Animal! ¿No entiendes lo que te digo? Dime si estás inscrito en el Registro Militar.

Entonces Servando Huanca intervino:

—¡Señores! —dijo el herrero con calma y energía—. Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre indígena ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. Un inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como “enrolado”, cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscri-

birse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo que es registro militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni Gobierno?...

—¡Silencio! —gritó colérico el juez Ortega, interrumpiendo a Huanca y poniéndose de pie violentamente—. ¡Basta de tonterías!

En ese momento, Braulio Conchucos estiró el cuerpo, y tras de unas convulsiones y de un breve colapso, súbitamente se quedó inmóvil en los brazos del gendarme. El doctor Riaño acudió, le animó ligeramente y dijo con un gran desparpajo profesional:

—Está muerto. Está muerto.

Braulio Conchucos cayó lentamente al suelo.

Servando Huanca dio entonces un salto a la calle entre los gendarmes, lanzando gritos salvajes, roncacos de ira, sobre la multitud:

—¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Lo han matado los soldados! ¡Abajo el subprefecto! ¡Abajo las autoridades! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el pueblo!

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

—¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales! —aullaba el pueblo—. ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

—¡Fuego! ¡Sargento! ¡Fuego! Fuego!...

La descarga de fusilería sobre el pueblo fue cerrada, larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fue instantáneo. Luego, la descarga se hizo rala, y luego, más espaciada.

Todo no duró sino unos cuantos segundos. Al fin de la borrasca, los gendarmes quedaron dueños de la ciudad. Recorrían enfurecidos la plaza, echando siempre bala al azar. Aparte de ellos, la plaza quedó abandonada y como un desierto. Sólo la sembraban de trecho en trecho los heridos y los cadáveres. Bajo el radiante y alegre sol de mediodía, el aire de Colca, diáfano y azul, se saturó de sangre y de tragedia. Unos gallinazos revolotearon sobre el techo de la Iglesia.

El médico Riaño y el gamonal Iglesias salieron de una bodega de licores. Poco a poco fue poblándose de nuevo la plaza de curiosos. José Marino buscaba a su hermano angustiosamente. Otros indagaban por la suerte de distintas personas. Se preguntó con ansiedad por el subprefecto, por el juez y por el alcalde. Un instante después, los tres, Luna, Ortega y Parga, surgían entre la multitud. Las puertas de las casas y las tiendas, volvieron a abrirse. Un murmullo doloroso llenaba la plaza. En torno a cada herido y a cada cadáver se formó un tumulto. Aunque el choque había ya terminado, los gendarmes y, señaladamente, el sargento, seguían disparando sus rifles. Autoridades y soldados se mostraron poseídos de una ira desenfrenada y furiosa, dando voces y gritos vengativos. De entre la multitud, se destacaban algunos comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, funcionarios y gamonales —el viejo Iglesias a la cabeza de éstos—, y se dirigían al subprefecto y demás autoridades, protestando en voz alta contra el levantamiento del populacho y ofreciéndoles una adhesión y un apoyo decididos e incondicionales para restablecer el orden público.

—Han sido los indios, de puro brutos, de puro salvajes —exclamaba indignada la pequeña burguesía de Colca.

—Pero alguien los ha empujado —replicaban otros—. La plebe es estúpida, y no se mueve nunca por sí sola.

El subprefecto dispuso que se recogiese a los muertos y a los heridos y que se formase inmediatamente una guardia urbana nacional de todos los ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos, a fin de recorrer la población en compañía de la fuerza armada y restablecer las garantías ciudadanas. Así fue. A la cabeza de este doble ejército iban el subprefecto Luna, el alcalde Parga, el juez Ortega, el médico Riaño, el hacendado Iglesias, los hermanos Marino, el secretario subprefectural Boado, el párroco Velarde, los jueces de paz, el preceptor, los concejales, el gobernador y el sargento de la gendarmería.

En esta incursión por todas las calles y arrabales de Colca, la gendarmería realizó numerosos prisioneros de hombres y mujeres del pueblo. El subprefecto y su comitiva penetraban en las viviendas populares, de grado o a la fuerza, y, según los casos, apresaban a quienes se suponía haber participado, en tal o cual forma, en el levantamiento. Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsable de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares. Además de los gendarmes, se armó de rifles y carabinas un considerable sector de ciudadanos y, en general, todos los acompañantes del subprefecto, llevaban, con razón o sin ella, sus revólveres. De esta manera, ningún indio sindicado en el levantamiento pudo escapar al castigo. Se desfondaba de un culatazo una puerta, cuyos habitantes huían despavoridos. Los buscaban y perseguían entonces revólver en mano, por los techos, bajo las barbacoas y cueyeros, en los terrados, bajo los albañales. Los alcanzaban, al fin, muertos o vivos. Desde la una de la tarde, en que se produjo el tiroteo, hasta medianoche, se siguió disparando sobre el pueblo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

—Aquí, señor subprefecto —rezongaba rencorosamente el párroco—; aquí no cabe sino mano de hierro. Si usted no lo hace así, la indiada puede volver a reunirse esta noche y apoderarse de Colca, saqueando, robando, matando...

A las doce de la noche, el Estado Mayor de la guardia urbana, y, a la cabeza de él el subprefecto Luna, estaba concentrado en los salones del Concejo Municipal. Después de un cambio de ideas entre los principales personajes allí reunidos, se acordó comunicar por telégrafo lo sucedido a la Prefectura del Departamento. El comunicado fue así concebido y redactado: "Prefecto. Cuzco.— Hoy una tarde, durante sesión Junta Conscriptora Militar provincia, fue asaltada bala y piedras Subprefectura por populacho amotinado y armado. Gendarmería restableció orden respetando vida intereses ciudadanos. Doce muertos y dieciocho heridos y dos gendarmes con lesiones graves. Investigo causas y fines asonada. Acompañanme todas clases sociales, autoridades, pueblo entero. Tranquilidad completa. Comunicaré resultado investigaciones proceso judicial sanción y castigo responsables triste acontecimiento. Pormenores correo. (Firmado). Subprefecto Luna".

Después, el alcalde Parga ofreció una copa de coñac a los circunstantes, pronunciando un breve discurso.

—¡Señores! —dijo, con su copa en la mano—. En nombre del Concejo Municipal, que tengo el honor de presidir, lamento los desgraciados acontecimientos de esta tarde y felicito al señor subprefecto de la provincia por la corrección, justicia y energía con que ha devuelto a Colca el orden, la libertad y las garantías ciudadanas. Asimismo, interpretando los sentimientos e ideas de todos los señores presentes —dignos representantes del comercio, la agricultura y administración pública—, pido al señor Luna reprima con toda severidad a los autores y responsables del levantamiento, seguro de que así le se-

remos más agradecidos y de que lo acompaña lo mejor de la sociedad de Colca. ¡Señores: por nuestro libertador, el subprefecto señor Luna, salud!

Una salva de aplausos premió el discurso del viejo Parga y se apuró el coñac. El subprefecto contestó en estos términos:

—Señor alcalde: Muy emocionado por los inmerecidos elogios que me habéis brindado, yo no tengo sino que agradecerlos. Verdaderamente, yo no he hecho sino cumplir con mi deber. He salvado a la provincia de los desmanes y crímenes del populacho enfurecido, ignorante e inconsciente. Eso es todo lo que he hecho por vosotros. Nada más señores. Yo también lamento lo sucedido. Pero estoy resuelto a castigar sin miramiento y sin compasión a los culpables. Lo que ha hecho la gendarmería no es nada. Yo les haré comprender a estos indios brutos y salvajes que así nomás no se falta a las autoridades. Yo os prometo castigarlos, hasta el último. ¡Salud!

La ovación a Luna fue resonante y viril, como su propio discurso. Muchos abrazaron al alcalde y al subprefecto, felicitándolos emocionados. Se sirvió otra copa. Pronunciaron otros discursos el juez Ortega, el cura Velarde y el doctor Riaño, todos condenando al bajo pueblo y reclamando contra él un castigo ejemplar. Los hermanos Marino y el hacendado Iglesias, expresándose mitad en discurso y mitad en diálogo, pedían con insistencia una represión sin piedad contra la indiada. Iglesias dijo en tono vengativo:

—Hay que agarrar al herrero, que era el más listo, y el que empujó a los otros. Debe de haber huído. Pero hay que perseguirlo y darle una gran paliza al hijo de puta...

José Marino argumentaba:

—¡Qué paliza ni paliza! ¡Hay que meterle un plomo en la barriga! ¡Es un cangrejo! ¡Un loco de mierda!

—Yo creo que ha caído muerto en la plaza —apuntó tímidamente el secretario Boado.

El subprefecto rectificó.

—No. Fue el primero en escapar, al primer tiro. Pero hay que agarrarlo. ¡Sargento! —llamó en alta voz.

El sargento acudió y saludó, cuadrándose:

—¡Su señoría!

—¡Hay que buscar al herrero Huanca sin descanso! Hay que encontrarlo a cualquier precio. Dondequiera que se halle, hay que “comérselo”. ¡Un tiro en las tripas y arreglado! ¡Sí! ¡Haga usted lo posible por traerme su cadáver! ¡Yo ya le he dicho que su ascenso a alférez es un hecho!

—Muy bien, su señoría —respondió con entusiasmo el sargento—. Yo cumpliré sus órdenes. ¡Pierda usted cuidado!

De cuando en cuando se oía a lo lejos, y en el silencio de la noche, disparos de revólver y de carabinas, hechos por los grupos de la guardia urbana, que rondaban la ciudad. En los salones municipales, las copas de coñac se repetían, y el cura Velarde, el subprefecto Luna y José Marino empezaron a dar signos de embriaguez. Una espesa humareda de cigarros llenaba la atmósfera. La reunión se hacía cada vez más alegre. Al tema del tiroteo, sucedieron muy pronto otros rientes y picarescos. En un grupo formado por el sargento, un gendarme y un juez de paz, éste exclamaba un poco borracho ya y muy colorado:

—¡Pero qué indios tan idiotas!

El sargento decía jactancioso:

—¡Ah! ¡Pero yo los he jodido! Apenas vi al herrero saltar a la plaza gritando: “¡Un muerto” “¡Un muerto!”, le dí a un viejo que estaba a mi lado un soberbio culatazo en la frente y lo dejé tieso. Después me retiré un poco atrás y empecé a disparar mi rifle sobre la indiada, como una ametralladora: ¡ran!, ¡ran!, ¡ran!, ¡ran! ¡Carajo!

Yo no sé cuántos cayeron con mis tiros. Pero lo que yo sé es que no vi sino una polvareda de los diablos y vacié toda mi canana... ¡Ah! ¡Carajo! ¡Yo me he "comido", yo solamente, lo menos siete, sin contar los heridos!...

—¡Y yo! —exclamó con orgullo el gendarme—. ¡Y yo! ¡Carajo! Yo no les dejé a los indios ni siquiera menearse. Antes que tirasen ni una sola piedra, yo me había "comido" ya dos, a boca de jarro, ahí nomás, junto a mí. Uno de ellos fue una india que desde hacía rato me estaba jodiendo con que "¡patroncito, patroncito!" De un culatazo en la panza, la dejé seca... El otro se me arrojó a pedirme perdón y a llorar, pero le quebré las costillas de un solo culatazo...

El juez de paz les oía poseído de un horror que no podía ocultar. Sin embargo, decía entusiasmado a los soldados:

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Indios brutos! ¡Animales! ¡Lo que debía haber hecho es "tirarse" al cholo Huanca! ¡Qué lástima de haberlo dejado vivo! ¡Caramba!

—¡Ah! —juraba el sargento, moviendo las manos—. ¡Ah! ¿Ese? ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán ustedes cómo me lo "como"! ¡Déjenlo a mi cargo! El subprefecto me ha dicho que si yo le traigo el cadáver del herrero, que cuente con mi ascenso a oficial...

Pero una conversación más importante aún se desarrollaba en ese momento entre los hermanos Marino y el subprefecto Luna. José Marino había llamado aparte a Luna, tomándole afectuosamente por un brazo:

—¡Permítame, querido subprefecto! —le dijo.— Quiero tomar una copa con usted.

Mateo Marino sirvió tres copas y los tres hombres se fueron a un rincón, copa en mano.

—¡Mire usted! —dijo José Marino en voz baja al subprefecto—. Yo, ya lo sabe usted, soy su verdadero amigo, su amigo de siempre. Yo se lo he probado varias veces. Mi simpatía por usted ha sido siempre grande y sincera.

Muchas veces, sin que usted lo sepa —a mí no me gusta decir a nadie lo que yo hago por él—, muchas veces he conversado con místers Taik y Weiss en Quivilca sobre usted. Ellos le tienen mucho aprecio. ¡Ah! ¡Sí! A mí me consta. A mí me consta que están muy contentos con usted. ¡Muy contentos! Algunos de aquí —dijo, aludiendo con un gesto a los personajes allí reunidos— le han escrito a míster Taik repetidas veces contra usted...

—¡Sí! ¡Sí! —dijo sonriendo con suficiencia Luna—. Ya me lo han dicho. Ya lo sabía...

—Le han escrito chismeándolo y poniéndolo mal y diciéndole que usted no es más que un agente del diputado doctor Urteaga y que aquí no hace usted más que servir a Urteaga en contra de la "Mining Society"...

El subprefecto sonreía con despecho y con rabia. José Marino añadió, irguiéndose y en tono protector:

—Yo, naturalmente, lo he defendido a usted a capa y espada. Hay más todavía. Míster Taik estaba ya creyendo esos chismes y un día me hizo llamar a su escritorio y me dijo: "Señor Marino: Lo he hecho llamar a mi escritorio para hablar con usted sobre un asunto muy grave y muy secreto. Siéntese y contésteme lo que voy a preguntarle. ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el subprefecto Luna? Hágame el favor de contestarme con entera franqueza. Porque me escriben de Colca tantas cosas contra Luna, que, francamente, no sé lo que hay en todo esto de cierto. Por eso quiero que usted me diga sinceramente cómo se conduce Luna con ustedes. ¿Les presta toda clase de facilidades para el enganche de peones? ¿Los apoya y está con ustedes? Porque la "Mining Society" hizo nombrar a Luna subprefecto con el único fin de tener la gendarmería a nuestro servicio para lo que toca a la peonada. Usted lo sabe muy bien. El resto es de menor importancia: que Luna está siempre con los correligionarios políticos de Urteaga; que se emborracha con quien quiere, eso no significa nada".

Así me dijo el gringo. Estaba muy enojado. Yo le dije entonces que usted se portaba correctamente con nosotros y que no teníamos nada de qué quejarnos. "Porque —me dijo el gringo—, si Luna no se porta bien con ustedes, yo comunico esto inmediatamente a nuestro escritorio de Lima, para hacerlo destituir en el día. Usted comprende que nuestra empresa representa intereses muy serios en el Perú y no estamos dispuestos a ponerlos a merced de nadie". Así me dijo el gringo. Pero yo le contesté que esos chismes no eran ciertos y que usted era nuestro, completamente nuestro...

—Yo sé —dijo Mateo Marino—, yo sé quiénes le escriben eso a los yanquis...

—¡Bueno! ¡Bueno! —añadió vivamente José Marino—. Pero, en resumen, lo que hay es que los yanquis ya tienen la pulga en la oreja y que hay que tener mucho cuidado...

—¡Pero si todo eso es mentira! —exclamaba Luna—. Ustedes, más que nadie, son testigos de mi lealtad absoluta y de mi devoción incondicional a míster Taik...

—¡Naturalmente! —decía José Marino, echando la barriga triunfalmente—. Por eso, precisamente, lo defendí a usted en toda la línea, y míster Taik me dijo: "Bueno, señor Marino: su respuesta, que yo la creo franca, me basta".

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Mateo Marino.

El subprefecto Luna, emocionado, respondió a José Marino:

—Yo le agradezco muy de veras, mi querido don José. Y ya sabe usted que soy su amigo sincero, decidido a hacer por ustedes todo lo que pueda. Díganme solamente lo que quieren y yo lo haré en el acto. ¡En el acto! ¡Sí! ¡Como ustedes lo oyen!

—¡Muy bien! ¡Pero muy bien! —volvió a decir Mateo Marino—. ¡Y, por eso, señor subprefecto, bebamos esta copa!

—¡Sí, por usted! —brindó José Marino, dirigiéndose a Luna—. ¡Por nuestra grande y noble amistad! ¡Salud!

—¡Por eso! ¡Por "Marino Hermanos"! —decía el subprefecto—. ¡Salud! ¡Y por místers Taik y Weiss! ¡Y por la "Mining Society"! ¡Y por los Estados Unidos! ¡Salud!

Varias copas más tomaron los tres hombres. En una de éstas, José Marino le preguntó al subprefecto Luna, siempre aparte y en secreto:

—¿Cuántos indios han caído hoy presos?

—Alrededor de unos cuarenta.

José Marino iba a añadir algo, pero se contuvo. Al fin, habló así a Luna:

—¿Recuerda usted lo que le dijimos esta mañana sobre los peones?...

—Sí. Que necesitan cien peones para las minas...

—Exactamente. Pero hay una cosa: yo creo que podríamos hacer una cosa. Mire usted: como usted no tiene aún gendarmes suficientes para perseguir en el día a nuestros peones prófugos, y como usted no va a saber qué hacer con todos esos indios que están ahora presos en la cárcel, ¿por qué no nos da usted unos cuantos, para enviarlos a Quivilca inmediatamente?

—¡Ah! ¡Eso!... —exclamó el subprefecto—. Usted comprende. La cosa es un poco difícil. Porque... ¡Espere usted! ¡Espere usted!...

Luna se agarró el mentón, pensativo, y terminó diciendo a José Marino en voz baja y cómplice:

—No hablemos más. Entendidos. Se lo prometo.

Mateo Marino corrió y trajo tres copas.

—¡Señores! —exclamó copa en mano y en alta voz José Marino, dirigiéndose a todos los concurrentes—. Yo les invito a beber una copa por el señor Roberto Luna, nuestro grande subprefecto, que acaba de salvarnos de la indiada. Yo, señores, puedo asegurarles que el Gobierno sabrá premiar lo que ha hecho hoy el señor Luna en favor de Colca. Y yo propongo firmar aquí mismo todos

los presentes un memorial al Ministro de Gobierno, expresándole la gratitud de la provincia al señor Luna. Además, propongo que se nombre una Comisión que se encargue de organizar un homenaje al señor Luna, con un gran banquete y con una medalla de oro, obsequio de los hijos de Colca...

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra!...

Hubo un revuelo intenso en los salones municipales. El juez, doctor Ortega, ya muy borracho, llamó a uno de los gendarmes y le dijo:

—Vaya usted a traer la banda de músicos. Despiérteles a los cholos cueste lo que cueste y dígales que el subprefecto, el juez, el alcalde, el cura, el médico y todo lo mejor de Cannas, está aquí, y que vengan inmediatamente.

El médico Riaño opuso un escrúpulo:

—¡Doctor Ortega! ¿Cree usted que debe traer la música?

—¡Pero es claro! ¿Por qué no?

—Porque como ha habido muertos hoy, la gente va a decir...

—¿Pero qué gente? ¿Los indios? ¡Qué ocurrencia! ¡Vaya usted, vaya nomás! —volvió a decir el juez al gendarme.

Y el gendarme fue a traer la música corriendo.

A la madrugada, los salones municipales estaban convertidos en un local de fiestas. La banda de músicos tocaba valeses y marineras entusiastas, y una jarana delirante se produjo. Muchos se habían retirado ya a dormir, pero los que quedaron —una quincena de personas— se encontraban completamente ebrios. Bailaban entre hombres. Los más dados a la marinera eran el cura Velarde y el juez Ortega. El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el

doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenamozas. Pero alguien aseguró que no se podía ir, porque el padre de las indias había caído herido en la plaza.

Tomados del brazo, el alcalde Parga, el subprefecto Luna y los hermanos Marino, discutían acaloradamente. El alcalde balbuceaba, bamboleándose de borracho:

—¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

—¡No sólo de Colca, —argumentaba Mateo Marino—, sino del Departamento! ¡Ellos mandan! ¡Qué carajo! ¡Viva míster Taik, señores!...

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales, explicaba entusiastamente a sus amigos:

—¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres, los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas! ¡Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo con dólares de Nueva York! ¡Ah! ¡Eso es una cosa formidable! ¡Y van a ver ustedes que la guerra europea no terminará, mientras no entren en ella los Estados Unidos! ¡Acuérdense de lo que les digo! ¡Pero es claro! ¡Ese Wilson es cojonudo! ¡Qué talento! ¡Qué discursos que pronucia! ¡El otro día leí uno!... ¡Carajo! ¡No hay que dudarlo!...

José Marino adujo enérgicamente:

—¡Pero, sobre todo, la "Mining Society"! ¡Es el más grande Sindicato minero en el Perú! ¡Tiene minas de cobre en el Norte, minas de oro y plata en el Centro y en el Sur! ¡Por todas partes! ¡Míster Weiss me decía en Quivilca lo que es la "Mining Society"! ¡Qué enorme empresa! ¡Oh! ¡Sólo les digo que los socios de la "Mining" son los más grandes millonarios de los Estados Uni-

dos! ¡Muchos de ellos son banqueros y son socios de otros mil Sindicatos de minas, de azúcar, de automóviles, de petróleo! ¡Misters Taik y Weiss solamente, disponen de fortunas colosales!...

—¡Bueno, señores! —dijo, acercándose el cura Velarde del brazo del juez Ortega—. ¿De qué se trata?

—¡Aquí —respondió con orgullo Mateo Marino—, aquí, hablando de los yanquis!

—¡Ah! —exclamó el cura—. ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. ¡Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fui al Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agachársele!...

Mateo Marino ordenó a los músicos en alta voz:

—¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”!

Los músicos, que estaban en el corredor e ignoraban de lo que se hablaba dentro de los salones, tocaron un “ataque” fogoso, rítmico y algo monótono. Un vocerío confuso y ensordecedor se produjo en los salones. Todos tenían una copa en la mano y todos hablaban a gritos y a la vez:

—¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la “Mining Society”! ¡Vivan los norteamericanos! ¡Viva Wilson! ¡Viva míster Taik! ¡Viva míster Weiss! ¡Viva Quivilca! ¡Viva, señores, el subprefecto de la provincia! ¡Viva el alcalde! ¡Viva el juez de primera instancia! ¡Viva el señor Iglesias! ¡Viva “Marino Hermanos”! ¡Abajo los indios! ¡Abajo!...

En medio de la bulla, y entre las notas entusiastas del “ataque”, sonaron varios tiros de revólver. El juez Ortega y el cura Velarde sacaron sus pañuelos y se pusieron a bailar. Los músicos, al verlos, pasaron a tocar, sin solución de continuidad, la fuga de una marinera irresistible. Los demás rodearon al cura y al juez, haciendo palmas y dando gritos estridentes y frenéticos.

El día empezó a rayar tras de los cerros nevados y lejanos de los Andes.

* * *

Al día siguiente, el doctor Riaño hizo la autopsia de los cadáveres. Tres de los heridos habían muerto a la madrugada. Algunos de los cadáveres fueron enterrados por la tarde.

El subprefecto Luna, a eso de la una del día, y todavía en su cama, recibió, entre su correo matinal, la respuesta telegráfica del prefecto. El telegrama decía: "Subprefecto Luna. Colca.— Deplorando sucesos, felicitó actitud ante atentado indiana y restablecimiento orden público. (Firmado.) Prefecto Ledesma". Luna empezó luego a leer sus cartas y periódicos. Súbitamente, con una sonrisa de satisfacción, llamó a su ordenanza Anticona:

—¡Anticonal!

—Su señoría.

—Vaya usted a llamar al señor José Marino. Dígame que le estoy esperando y que venga inmediatamente.

—Muy bien, su señoría.

A los pocos momentos, José Marino entraba al dormitorio del subprefecto, contento y sonriente:

—¿Qué tal? ¿El sueño, ha sido bueno?

—Sí —dijo Luna con gesto de fatiga—. Pase usted. Siéntese. Las copas a mí me hacen siempre mucho daño. La vejez. ¡Qué quiere usted!

—¡Yo, no! ¡Yo he dormido como un chanco!

—Bueno, mi querido Marino. ¡Acabo de recibir telegrama del prefecto! ¡Mire usted!...

El subprefecto le tendió el telegrama y José Marino leyó mentalmente.

—¡Estupendo! —exclamaba Marino—. ¡Estupendo! ¡Ya ve usted, ya se lo decía yo ayer! ¡Naturalmente! El pre-

fecto y el Ministro tienen que aprobar lo que ha hecho. Además, yo voy a escribirle en seguida a míster Taik contándole lo que ha pasado y diciéndole que lo recomiende a usted inmediatamente al Cuzco y a Lima, a fin de que se apruebe lo de ayer y no lo muevan de Cannas.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Bueno! ¡Bueno! Esto lo dejo al cuidado suyo. En cuanto a los indios que están presos, me parece que usted puede tomar unos quince para las minas. Ahí también acabo de leer en el periódico la entrada de los Estados Unidos a la guerra europea.

—¿Sí? —preguntó José Marino, alborotado.

—¡Sí, sí, sí! Acabo de leerlo en el periódico.

—Entonces, míster Taik ya debe también saberlo a estas horas y habrá redoblado los trabajos de las minas. Tiene que enviar inmediatamente a Mollendo, para ser embarcado a Nueva York, un gran lote de tungsteno.

—Por eso, justamente, lo he llamado, para decirle que, en vista del apuro de peones en que está la "Mining Society", disponga usted, hoy mismo, si lo quiere, de quince indios de los que tengo ahora en la cárcel.

—¿No es posible tomar de ahí unos veinte?

—Por mi parte, yo lo haría con mucho gusto. Ya sabe usted que yo estoy aquí para servirles a ustedes, y eso es lo único que me interesa. Yo sé que mientras míster Taik esté contento y satisfecho de mí, no tengo nada que temer. Pero ya les he dicho ayer que yo necesito también lo menos cinco "conscriptos" antes de fin de mes. De los indios que hay en la cárcel, tengo que tomar también tres que me faltan para completar mi contingente. Yo no puedo quedar mal con el prefecto. Póngase usted en mi lugar. Además, no conviene ir muy lejos en esto de los indios para Quivilca. Hay que desconfiarse de Riaño y del viejo Iglesias. Si el viejo Iglesias llega a saber que yo les he dado a ustedes veinte indios para Quivilca, él va a querer

también otros tantos para su hacienda, y, como siempre está escribiéndose con Urteaga, puede indisponerme con el Gobierno...

—Pero si tenemos a míster Taik con nosotros...

—Sí, sí; pero siempre es bueno estar bien con el diputado...

—¡No, no, no! Yo le aseguro, además, que el viejo Iglesias no tiene por qué saberlo. Quivilca está lejos. Una vez que los indios estén en las minas, nadie sabrá de ellos nada, ni dónde están ni qué es lo que hacen, ni nada.

—¿Y las familias de los indios? ¿Y si van a Quivilca?

—Muy bien; pero usted se lo impide, no se moverán ni harán nada. Además, a todo el mundo hay que decirles que se les ha puesto en libertad y que los indios han huído después de miedo. Haciéndolo así, si se llega a saber que algunos de ellos están en las minas, se puede decir que ellos mismos se habían ido a Quivilca, de miedo al juicio por los sucesos de ayer...

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Las calles estaban desiertas. Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca. Allí se formó el grupo completo de los veinte indios prometidos por Luna a "Marino Hermanos", y a las cuatro de la mañana fue la partida para las minas de tungsteno. Los veinte indios iban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Custodiaban el desfile, a caballo, José y Mateo Marino, un gendarme y cuatro hombres de confianza, pagados por los hermanos Marino. Los siete guardias de los

indios iban armados de revólveres, de carabinas y de abundante munición.

La marcha de estos forzados, para evitar encuentros azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados.

Nadie dijo a estos indios nada. Ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿Adónde se les estaba llevando? Quien sabe al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca. ¡Pero si ellos no habían hecho nada! ¡Pero quién sabe! ¡Quién sabe! O tal vez los estaban llevando a ser conscriptos. ¿Pero también los viejos podían ser conscriptos? ¡Quién sabe! Y, entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Sería que estaban ayudando al subprefecto? ¿O acaso se los estaban llevando a botarlos lejos, en algún sitio espantoso, por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos así, tan lejos? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Pero ni un poco de cancha! ¡Ni un puñado de trigo o de harina de cebada! ¡Y ni siquiera una bola de coca! Cuando ya fue de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed. ¡Pero ni siquiera un poquito de chicha! ¡Ni un poco de cañazo! ¡Ni un poco de agua! ¿Y las familias? ¡La pobre Paula, embarazada! ¡El Santos, todavía tan chiquito! ¡El taita Nico, que se quedó almorzando en el corral! ¡La mama Dolores, tan flacuchita la pobre y tan buena! ¡Y los rocotos amarillos, grandes ya! ¡El tingo de maíz, verde, verde! ¡Y el gallo cenizo; para llevarlo a Chuca!... ¡Ya todo iba quedando lejos!... ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

III

Pocas semanas después, el herrero Huanca conversaba en Quivilca con Leónidas Benites y el apuntador y ex-amante de la finada Graciela. Era de noche. Estaban en el rancho del apuntador, situado en el campamento obrero, pero muy a las afueras de Quivilca, cerca ya de las quebradas de "Sal si puedes". En el único cuarto del rancho miserable, donde el apuntador vivía solo, ardía, junto a la cama, un candil de kerosene. Por todo mueble, un burdo banco de palo y dos troncos de alcanfor para sentarse. En los muros de cercha, empapelados de periódicos, había pegados con goma unas fotografías arrancadas de *Variedades*, de Lima. Los tres hombres hablaban misteriosamente y en voz baja. Con frecuencia, callaban y aguaitaban con cautela entre los magueyes de la puerta hacia la rúa desierta y hundida en el silencio de la puna. ¿Qué insólito motivo había podido juntar en un ambiente semejante a estos hombres tan distintos unos de otros? ¿Qué inaudito acontecimiento había sacudido a Benites, al punto de agitarlo y arrastrarlo hasta el humilde apuntador y, lo que era más extraño, hasta Servando Huanca, el herrero rebelde y taciturno? ¿Y cómo, de otra parte, había ido a parar Huanca a Quivilca, después de los sucesos sangrientos de Colca?

—¿Estamos, entonces, de acuerdo? —preguntó vivamente Huanca a Benites y al apuntador.

Benites parecía vacilar, pero el apuntador, en tono de plena convicción, respondía:

—¡Ya lo creo! ¡Yo estoy completamente convencido! Servando Huanca volvió a la carga sobre Benites.

—Pero, vamos a ver, señor Benites. ¿Usted no está convencido de que los gringos y los Marino son unos ladro-

nes y unos criminales y que viven y se enriquecen a costa de la vida y la sangre de los indios?

—Completamente convencido —dijo Benites.

—¿Entonces? Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en todas las minas y en todos los países del mundo: en el Perú, en la China, en la India, en Africa, en Rusia...

Benites interrumpió:

—Pero no en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, porque allí los obreros y la gente pobre está muy bien...

—“¿La gente pobre está muy bien”? ¿Qué es eso de que “la gente pobre está muy bien”? Si es pobre, no puede entonces estar bien...

—Es decir, que los patrones de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de los Estados Unidos no son tan malos ni explotan tanto a sus compatriotas como hacen con los indígenas de los otros países...

—Muy bien, muy bien. Los patrones y millonarios franceses, yanquis, alemanes, ingleses, son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero son también muy ladrones y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patronos y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y campesinos? Se han levantado contra los patrones, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el Gobierno, y los han botado, y ahora hay otro Gobierno...

—Sí. Sí. Sí he leído en *El Comercio* —decía Benites—. Pero se han levantado sólo contra el zar. No contra los pa-

trones y ricos hacendados, porque hay siempre patrones y millonarios... Sólo han botado al zar.

—¡Sí; pero ya van a ver ustedes!...

—¡Claro! —dijo Benites entusiasmándose—. Hay en el nuevo Gobierno de Rusia un gran hombre, que se llama... Que se llama...

—¡Kerensky! —dijo Huanca.

—Ese, ése. Kerensky. Y ése dicen que es muy inteligente, un gran orador y muy patriota, y que va a hacer justicia a los obreros y a los pobres...

Servando Huanca se echó a reír, repitiendo con zumbas:

—¡Qué va a hacer justicia! ¡Qué va a hacer justicia!...

—Sí; porque es muy inteligente y honrado y muy patriota...

—¡Será otro zar, y nada más! —dijo enérgicamente el herrero—. Los inteligentes nunca hacen nada de bueno. Los que son inteligentes y no están con los obreros y con los pobres, sólo saben subir y sentarse en el Gobierno y hacerse, ellos también, ricos y no se acuerdan más de los necesitados y de los trabajadores. Yo he leído, cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un sólo hombre en todo el mundo, que se llama Lenin, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patrones y hacendados criminales. ¡Ese sí que es un gran hombre! ¡Y van a ver! Dicen que es ruso y que los patrones de todas partes no le pueden ver ni pintado, y han hecho que los gobiernos lo persigan para fusilarlo...

El agrimensor decía incrédulo:

—No hará tampoco nada. ¿Qué va a hacer, si lo persiguen para fusilarle?

—¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese

Kerensky y lo va a botar y va a poner en el Gobierno a los obreros y a los pobres. ¡Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patrones, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el Gobierno!

Benites sonreía con escepticismo. El apuntador, en cambio, oía con profunda unción al herrero.

—Eso —dijo Benites muy preocupado—, eso es muy difícil. Los indios y los peones no pueden ser Gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además, hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales —abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores— no pueden hacer nada, y no podrán, no podrán, ¡y no podrán nunca! Segundo, que los obreros así estuviesen preparados para gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros sólo ponen su trabajo...

—Muy bien ¡Pero entendámonos, señor Benites! ¡Ya les he dicho que!...

—Sí. De acuerdo. Estamos acordes en que deben gobernar sólo los que...

—¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón.

Benites protestó:

—¡No, señor! ¡No, señor!...

—¡Sí, señor! ¡Sí! —decía el herrero enardecido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —decía también con ímpetu el apuntador—. Los médicos, los ingenieros y todos esos que se las dan de señoritos inteligentes, son unos ladrones y esquilmán a los indios y a los pobres. ¡Sí! ¡Sí! ¡Usted mismo —añadió irritado el apuntador, dirigiéndose a boca de ja-

rro al agrimensor—, usted mismo y el profesor Zavala y el ingeniero Rubio tomaron parte en la muerte de la Graciela en el bazar!...

—¡No, señor ! ¡Está usted equivocado! —argumentaba en tono amedrentado Benites.

—¡Sí! ¡Sí! —decía el apuntador, desafiando al agrimensor—. Usted es un hipócrita, que sólo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más. Usted y Rubio fueron los primeros con el coche Marino, en quitarles sus chacras, sus animales y sus granos a los soras, robándoles y metiéndoles después en la mina, para hacerlos morir entre las máquinas y la dinamita como perros... Usted quiere ahora engañarnos y decir que quiere ponerse con nosotros cuando no es cierto. Usted se irá con los gringos y con los Marinos apenas le vuelvan a llamar y a dar un puesto. Y entonces, usted será el primero en traicionarnos y decir a los patrones lo que estamos haciendo y lo que estamos diciendo aquí. ¡Sí! ¡Sí! ¡Así son los ingenieros y todos los profesores y doctores, y curas, y todos, todos! ¡No hay que creerles a ustedes nada! ¡Nada! ¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Traidores! ¡Hipócritas! ¡Sinvergüenzas!...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Calle! —le dijo afectuosamente Huanca al apuntador, interponiéndose entre éste y Leónidas Benites—. ¡Ya está! ¡Ya está! No se gana nada con ponerse así. Hay que ser serenos. ¡Nada de alborotos ni de atolondramientos! El revolucionario debe ser tranquilo...

—¡Además —decía Benites, pálido y suplicante—, yo no he hecho nada de eso! Yo les juro por mi madre que yo no me metí en nada para la muerte de la Rosada.

—¡Bueno, bueno! —dijo serenamente Huanca—. ¡Dejemos eso ya! ¡Vamos al grano! Yo le decía a usted —añadió dirigiéndose a Benites— que los curas y los doctores también son enemigos de los indios y los trabajadores.

¿Qué es lo que pasó aquella vez en Colca? ¡Entre el subprefecto, el médico, el juez de primera instancia, el alcalde y el sargento, y el gamonal Iglesias, y los soldados dieron muerte a más de quince pobres indios! ¡El tuerto Ortega fue el más malo y el más cruel! ¿Y el cura Velarde? ¿No estuvo con todos ellos recorriendo el pueblo, revólver en mano, y persiguiendo a balazos a los indios inocentes?... ¿Y el profesor García?...

El apuntador, con la cara encendida por el rencor, se paseaba nerviosamente en el rancho. Leónidas Benites oía a Huanca, cabizbajo y como presa de hondas luchas interiores. Una aguda incertidumbre suscitaban en su espíritu los alegatos del herrero. Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual, son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Sin embargo, Benites acogía esta noche la opinión en contrario de Servando Huanca, con extraña atención, con respeto y hasta con simpatía. ¿Por qué? Verdad es que místers Taik y Weiss le habían arrojado de su puesto de agrimensor y que José Marino rompió también con él la sociedad de cultivo y cría. Verdad es que Benites odiaba ahora, a causa de estos daños, a los patrones yanquis tanto como a los patrones peruanos —encarnados estos últimos en las personas de “Marino Hermanos”—. Pero —se decía en conciencia—, de aquí a ponerse en tratos con Huanca, para mover a los peones contra la “Mining Society” y —lo que era más grave— para provocar así nomás un levantamiento de las masas contra el orden social y económico reinante, medía, en realidad, un gran abismo... ¡Y si las pretensiones del herrero no fuesen más que ésas! ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de los salarios a la peonada, buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia medical y farmacéutica,

remuneración por accidentes del trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos y, por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patrones y jornaleros, poderosos y desvalidos!... Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!... No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquél y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad. Pongamos por caso que muchos intelectuales fuesen pícaros y explotadores del pueblo. Pero, juzgando las cosas en el terreno estrictamente científico y técnico, para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y jornaleros el día en que se pusieran a la cabeza del Gobierno? ¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían! De esto estaba completamente convencido Leónidas Benites. Y justamente, por estarlo, no podía explicarse el agrimensor por qué seguía oyendo y discutiéndole a Huanca, un hombre chiflado y ante quien él, Benites, aparecía nada menos que como enemigo y explotador de la clase obrera y campesina.

—Pero, Huanca —le argumentó Benites—, no diga usted disparates. Nosotros, los intelectuales, estamos lejos de ser enemigos de la clase obrera. Todo lo contrario: yo, por ejemplo, soy el primero en venir a hablar con ustedes espontáneamente y sin que nadie me obligue y hasta con peligro de que lo sepan los gringos y me boten de Quivilca...

El apuntador le respondió violentamente:

—Pero yo le apuesto que si mañana le vuelvan a dar su puesto los gringos, usted no vuelve más a buscarnos y, si hay una huelga, será usted el primero en echarles bala a los peones...

—¡Sí! ¡Sí! —dijo Servando Huanca—. Los obreros no debemos confiarnos de nadie, porque nos traicionan. Ni de doctores, ni de ingenieros, ni menos de curas. Los obreros estamos solos contra los yanquis, contra los millonarios y gamonales del país, y contra el Gobierno, y contra los comerciantes, y contra todos ustedes, los intelectuales...

Leónidas Benites se sintió profundamente herido por estas palabras del herrero. Herido, humillado y hasta triste. Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas. Benites había también visto muchos atropellos, robos, crímenes e ignominias practicados contra los indios por los yanquis, las autoridades y los grandes hacendados del Cuzco, de Colca, de Accoya, de Lima y de Arequipa. Si. Ahora los recordaba Benites. Una vez, en una hacienda de azúcar de los valles de Lima, Leónidas Benites se hallaba de paseo, invitado por un colega universitario, hijo del propietario de ese fundo, senador de la República éste y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Este hombre, célebre en la región por su despotismo sanguinario con los trabajadores, solía levantarse de madrugada para vigilar y sorprender en falta a los obreros. En una de sus incursiones nocturnas a la fábrica, le acompañaron su hijo y Leónidas Benites. La fábrica estaba en plena molienda y eran las dos de la mañana. El patrón y sus acompañantes se deslizaron con gran sigilo junto al trapiche y a las turbinas, dieron la vuelta por las máquinas *wrae* y descendieron por una an-

gosta escalera a la sección de las centrífugas. En un ángulo del local, se detuvieron a observar, sin ser vistos, a los obreros. Benites vió entonces una multitud de hombres totalmente desnudos, con un pequeño taparrabo por toda vestimenta, agitarse febrilmente y en diversas direcciones delante de enormes cilindros que despedían estampidos isócronos y ensordecedores. Los cuerpos de los obreros estaban, a causa del sofocante calor, bañados de sudor, y sus ojos y sus caras tenían una expresión angustiosa y lívida de pesadilla.

—¿Qué temperatura hace aquí? —preguntó Benites.

—Unos 48 a 50 grados —dijo el patrón.

—¿Y cuántas horas seguidas trabajan estos hombres?

—De seis de la tarde a seis de la mañana. Pero ganan una prima.

El patrón dijo esto y añadió, alejándose en puntillas en dirección a los obreros desnudos, pero sin que éstos pudiesen verlo:

—Un momento. Espéreme aquí. Un momento...

El patrón avanzó a paso rápido, agarró un balde que encontró en su camino y lo llenó de agua fría en una bomba. ¿Qué iba a hacer ese hombre? Uno de los obreros, desnudos y sudorosos, estaba sentado, un poco lejos, en el borde del rectángulo de acero. Acodado en sus rodillas, apoyaba en sus manos la cabeza inundada de sudor. Dormía. Algunos de los otros obreros advirtieron al patrón y, como de ordinario, temblaron de miedo. Y fue entonces que Leónidas Benites vió con sus propios ojos estupefactos una escena salvaje, diabólica, increíble. El patrón se acercó en puntillas al obrero dormido y le vació de golpe el balde de agua fría en la cabeza.

—¡Animal! —vociferó el patrón, haciendo esto—. ¡Harágan! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Robándome el tiempo!... ¡A trabajar! ¡A trabajar!...

El cuerpo del obrero dió un salto y se contrajo luego por el suelo, en un temblor largo y convulsivo como un po-

llo en agonía. Después se incorporó de golpe, lanzando una mirada larga, fija y sanguinolenta en el vacío. Vuelto en sí, y aún atontado un poco, reanudó su trabajo.

Aquella misma madrugada murió el obrero.

Benites recordó esta escena, como en un relámpago, mientras Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

—Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera cómo podremos entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... ¡Escoja usted, señor Benites!... ¡Escoja usted!...

Un silencio profundo guardaron los tres hombres. El herrero y el apuntador miraban fijamente a Benites, esperando su respuesta. El agrimensor seguía meditabundo y agachado. El peso de los argumentos de Huanca le estaban trayendo por tierra. Ya no podía. Ya se sentía casi vencido, por mucho que no alcanzaba a explicarse esa su testaruda inclinación de ahora hacia la causa de los indios. No se daba cuenta Benites, o no quería darse cuenta, de que si ahora estaba con esos dos obreros en el rancho, era sólo porque había caído en desgracia con los yanquis y con "Marino Hermanos". ¿Cómo no tuvo antes lástima de los obreros y yanacones, cuando era agrimensor de la "Mining Society" y alternaba, en calidad de amigo, con místers Taik y Weiss? Tipo clásico del pequeño burgués criollo y del estudiante peruano, dispuesto a todas las complacencias con los grandes y potentados y a todos los arribismos y cobardías de su clase, Leónidas Benites, al perder su puesto en las minas y verse arrojado de los

pies de sus patrones y cómplices, cayó en un abatimiento moral inmenso. Su infortunio era tan completo, que se sentía el más pequeño y desgraciado de los hombres. Vagaba ahora sólo y como un sonámbulo, cada día más escuálido y timorato, por los campamentos obreros y por los roquedales de Quivilca. Por las noches, no podía dormir y, con frecuencia, lloraba en su cama. Una gran crisis nerviosa le devoraba. Alguna vez, le vinieron muy negros pensamientos y, entre éstos, la idea del suicidio. Para Benites, la vida sin un puesto y sin una situación social, no valía la pena de ser vivida. Su temple moral, su temperatura religiosa, en fin, todo su instinto vital cabía a las justas entre un sueldo y un apretón de manos de un magnate. Perdidos o desplazados estos dos polos fundamentales de su vida, la caída fue automática, tremenda, casi mortal. Cuando tuvo noticias de quién era Huanca y de su llegada oculta a Quivilca, tuvo el agrimensor un súbito sacudimiento moral. Antes de buscar a Huanca, sus reflexiones fueron muchas y desgarradoras. Vaciló varios días entre suplicar y esperar de los yanquis la piedad, o ir a ver a Huanca. Hasta que, una noche, su desesperación fue tan grande que ya no pudo más y fue a buscar al herrero.

Por su parte, Servando Huanca no quiso, al comienzo, descubrirle sus secretos propósitos. El apuntador había puesto a Huanca al corriente de toda la situación de los obreros, patrones y altos empleados de la "Mining Society" y le había hablado muy mal de Leónidas Benites. Sin embargo, la insistencia dramática y angustiosa del agrimensor por ponerse al lado de los peones y, en particular, la circunstancia de haber sido Benites despedido de la empresa, pesaron en el ánimo y la táctica de Huanca, y se puso en inteligencia con el agrimensor. Quizás éste —pensaba para sí el herrero— le traía un secreto, una confidencia, un documento o cualquiera otra arma estratégica de combate, sorprendida y agarrada a los manejos íntimos de la empresa y de sus directores.

—¿Pero en qué puede usted ayudarnos? —le había preguntado Huanca a Benites, desde el primer momento.

—¡Ah! —había respondido gravemente el agrimensor—. Ya le diré después... ¡Yo tengo en mis manos una cosa formidable!... ¡Ya se lo diré otro día!

Servando Huanca aguardaba con ansiedad esta revelación del agrimensor, y de aquí su campaña tenaz y ardiente por ganarlo totalmente a la causa de los peones. Además, el herrero tenía prisa en ver claro y orientarse cuanto antes en lo tocante a los lados flacos de la "Mining Society" y de los gringos, para iniciar inmediatamente sus trabajos de propaganda y agitación entre las masas. Ya por impulso propio, los obreros empezaron a dar signos prácticos de descontento y de protesta. No había entonces tiempo qué perder. Huanca volvió a decir ahora al agrimensor, con un calor creciente:

—¡Escoja usted! ¡Y escoja usted con sinceridad, con franqueza y sin engañarse a usted mismo! ¡Abra bien los ojos! ¡Piénselo! ¡Usted mismo me dice que le dan asco y pena y rabia los crímenes y robos de los "Marino"! ¡Usted mismo está convencido de que, en buena cuenta, la "Mining Society" no hace más que venir al Perú a sacar nuestros metales, para llevárselos al extranjero! ¿Entonces?... ¿Y a usted mismo, por qué lo han botado de su puesto? ¿Por qué? ¿Usted cumplía con su deber? ¿Usted trabajaba? ¿Entonces?

—¡Porque Taik se deja llevar de los chismes de Marino! —respondió en una queja infinita Benites—. ¡Por eso! ¡Porque Marino me detesta! ¡Sólo por eso! ¡Pero yo sabré vengarme! ¡Por esta luz que nos alumbra! ¡Yo me vengaré!...

Huanca y el apuntador, impresionados por el juramento rencoroso de Benites, se lo quedaron mirando.

—¡Eso es! —dijo después Huanca a Benites—. ¡Hay que vengarse! ¡Hay que vengarse de las injusticias de los

ricos! ¡Pero que esto no se quede en simples palabras!
¡Hay que hacerlo!

El apuntador dijo, por su parte, con rabia:

—¡Y yo!... ¡Y yo!... ¡A mí me han de pagar lo que hicieron con la Graciela! ¡Ah! ¡Por éstas!... ¡Gringos, hijos de puta!...

Los tres hombres estaban caldeados. Una atmósfera dramática, sombría y de conspiración, reinó en el rancho. Leónidas Benites se acercó a la puerta, miró afuera por las rendijas y se volvió a los otros.

—¡Yo tengo cómo fregar a la “Mining Society”! —les dijo en voz baja—. Mister Taik no es yanqui. ¡Es alemán! ¡Yo tengo las pruebas: una carta de su padre, escrita de Hannover! Se le cayó del bolsillo una noche en el bazar, estando borracho...

—¡Muy bien! —dijo a Benites el herrero—. Muy bien. Lo que importa es que usted esté decidido a ponerse a nuestro lado y a luchar contra los gringos. ¡Hay mil maneras de joderlos!... ¡Las huelgas, por ejemplo! Ya que usted quiere ayudarnos y usted mismo me ha buscado para hablar sobre estas cosas, yo quisiera saber si usted puede o no ayudarme a mover a los peones.

Tras de un largo silencio de los tres, cargado de una gran tensión nerviosa, Benites, abrumado por las verdades claras y sencillas del herrero, dijo enérgicamente:

—¡Bueno! ¡Yo estoy con los peones! ¡Cuenten conmigo!... ¡La carta de mister Taik está a disposición de ustedes!...

—¡Muy bien! —dijo con firmeza Huanca—. Entonces, mañana, en la noche, hay que traer con engaños aquí al arriero García, al mecánico Sánchez y al sirviente de los gringos. Usted —añadió, dirigiéndose a Benites—, usted me trae también mañana la carta de mister Taik. Y creo que mañana seremos seis. Hoy empezamos ya entre tres. ¡Buen número!...

Unos instantes después, salió del rancho Leónidas Benites, cuidando de no ser visto. Minutos más tarde, salió, tomando idénticas precauciones, Servando Huanca. Sesgó a la derecha, a paso lento y tranquilo, y se alejó, perdiéndose ladera abajo, por "Sal si puedes". Sus pisadas se apagaron de golpe a la distancia.

Dentro del rancho, el apuntador trancó su puerta, apagó el candil y se acostó. No acostumbraba desvestirse, a causa del frío y de la miseria del camastro. No podía dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero, sobre "trabajo", "salario", "jornada", "patrones", "obreros", "máquinas", "explotación", "industria", "productos", "reivindicaciones", "conciencia de clase", "revolución", "justicia", "Estados Unidos", "política", "pequeña burguesía", "capital", "Marx", y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta. La había querido mucho. La mataron los gringos, José Marino y el comisario. Recordándola ahora, el apuntador se echó a llorar.

El viento soplabá afuera, anunciando tempestad.

paco yunque

*La cólera que quiebra al hombre en niños,
que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.*

*La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.*

*La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.*

*La cólera que quiebra al alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.*

París, 26 de octubre de 1937.

Cuando Paco Yunque y su madre llegaron a la puerta del colegio, los niños estaban jugando en el patio. La madre le dejó y se fue. Paco, paso a paso, fue adelantándose al centro del patio, con su libro primero, su cuaderno y su lápiz. Paco estaba con miedo, porque era la primera vez que venía a un colegio y porque nunca había visto a tantos niños juntos.

Varios alumnos, pequeños como él, se le acercaron y Paco, cada vez más tímido, se pegó a la pared y se puso colorado. ¡Qué listos eran todos esos chicos! ¡Qué desenvueltos! Como si se estuviesen en su casa. Gritaban. Corrían. Reían hasta reventar. Saltaban. Se daban de puñetazos. Eso era un enredo.

Paco estaba también atolondrado porque en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez. En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces oyó hablar hasta a cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y más todavía con la acequia, cuando crecía... Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí que esto del colegio era una bulla fuerte, de muchos. Paco estaba asordado.

Un niño rubio y gordo, vestido de blanco, le estaba hablando. Otro niño, más chico, medio ronco y con blusa azul, también le hablaba. De diversos grupos se separaban los alumnos y venían a ver a Paco, haciéndole muchas preguntas. Pero Paco no podía oír nada, por la

gritería de los demás. Un niño trigueño, cara redonda y con una chaqueta verde muy ceñida en la cintura, agarró a Paco por un brazo y quiso arrastrarlo. Paco no se dejó. El trigueño volvió a agarrarlo con más fuerza y lo jaló. Paco se pegó más a la pared y se puso más colorado.

En ese momento sonó la campana y todos entraron a los salones de clase.

Dos niños —los hermanos Zúmiga— tomaron de una y otra mano a Paco y le condujeron a la sala del primer año. Paco no quiso seguirlos al principio, pero luego obedeció, porque vio que todos hacían lo mismo. Al entrar al salón, se puso pálido. Todo quedó repentinamente en silencio y este silencio le dio miedo a Paco. Los Zúmiga le estaban jalando, el uno para un lado y el otro para otro lado, cuando de pronto le soltaron y le dejaron solo.

El profesor entró. Todos los niños estaban de pie, con la mano derecha levantada a la altura de la sien, saludando en silencio y muy erguidos.

Paco, sin soltar su libro, su cuaderno y su lápiz, se había quedado parado en medio del salón, entre las primeras carpetas de los alumnos y el pupitre del profesor. Un remolino se le hacía la cabeza. Niños. Paredes amarillas. Grupos de niños. Vocerío. Silencio. Una tracalada de sillas. El profesor. Ahí, solo, parado, en el colegio. Quería llorar. El profesor le tomó de la mano y lo llevó a instalar en una de las carpetas delanteras, junto a un niño de su mismo tamaño. El profesor le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Con voz temblorosa, Paco respondió muy bajito:

—Paco.

—¿Y su apellido? Diga usted todo su nombre.

—Paco Yunque.

—Muy bien.

El profesor volvió a su pupitre y, después de echar una mirada muy seria sobre todos los alumnos, dijo con voz de militar:

—¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los niños ya estaban sentados.

El profesor también se sentó y durante unos momentos escribió en unos libros. Paco Yunque tenía aún en la mano su libro, su cuaderno y su lápiz. Su compañero de carpeta le dijo:

—Pon tus libros, como yo, en la carpeta.

Paco Yunque seguía muy aturdido y no le hizo caso. Su compañero le quitó entonces sus cosas y las puso en la carpeta. Después, le dijo alegremente:

—Yo también me llamo Paco. Paco Fariña. No tengas pena. Vamos a jugar con mi tablero. Tiene torres negras. Me lo ha comprado mi tía Susana. ¿Dónde está tu familia, la tuya?

Paco Yunque no respondía nada. Este otro Paco le molestaba. Como éste eran seguramente todos los demás niños: habladores, contentos y no les daba miedo el colegio. ¿Por qué eran así? Y él, Paco Yunque, ¿por qué tenía tanto miedo? Miraba a hurtadillas al profesor, al pupitre, al muro que había detrás del profesor y al techo. También miró de reojo, a través de la ventana, al patio, que estaba ahora abandonado y en silencio. El sol brillaba afuera. De cuando en cuando, llegaban voces de otros salones de clase o ruidos de carretas que pasaban por la calle.

¡Qué cosa extraña era estar en el colegio! Paco Yunque empezaba a volver un poco de su aturdimiento. Pensó en su casa y en su mamá. Le preguntó a Paco Fariña:

—¿A qué hora nos iremos a nuestras casas?

—A las once. ¿Dónde está tu casa?

—Por allá.

—¿Está lejos?

—Sí... No...

Paco Yunque no sabía en qué calle estaba su casa, porque acababan de traerlo, hacía pocos días, del campo y no conocía la ciudad.

Sonaron unos pasos de carrera en el patio y apareció a la puerta del salón Humberto, el hijo del señor Dorian Grieve, un inglés, patrón de los Yunque, gerente de los ferrocarriles de la "The Peruvian Corporation" y alcalde del pueblo. Precisamente a Paco Yunque le habían hecho venir del campo para que acompañase al colegio a Humberto y para que jugara con él, pues ambos tenían la misma edad. Sólo que Humberto acostumbraba venir tarde al colegio y esta vez, por ser la primera, la señora Grieve le había dicho a la madre de Paco:

—Lleve usted ya a Paco al colegio. No sirve que llegue tarde el primer día. Desde mañana, esperará a que Humberto se levante y los llevará usted juntos a los dos.

El profesor, al ver a Humberto Grieve, le dijo:

—¿Hoy otra vez tarde?

Humberto, con gran desenfado, respondió:

—Me he quedado dormido.

—Bueno —dijo el profesor—. Que ésta sea la última vez. Pase a sentarse.

Humberto Grieve buscó con la mirada donde estaba Paco Yunque. Al dar con él, se le acercó y le dijo imperiosamente:

—Ven a mi carpeta conmigo.

Paco Fariña le dijo a Humberto Grieve:

—No. Porque el señor lo ha puesto aquí.

—¿Y a tí qué te importa? —le increpó Grieve violentamente, arrastrando a Yunque por un brazo a su carpeta.

—¡Señor! —gritó entonces Fariña—, Grieve se está llevando a Paco Yunque a su carpeta.

El profesor cesó de escribir y preguntó con voz enérgica:

—¡Vamos a ver! ¡Silencio! ¿Qué pasa ahí?

Fariña volvió a decir:

—Grieve se ha llevado a su carpeta a Paco Yunque.

Humberto Grieve, instalado ya en su carpeta con Paco Yunque, le dijo al profesor:

—Sí, señor. Porque Paco Yunque es mi muchacho. Por eso.

El profesor lo sabía esto perfectamente y le dijo a Humberto Grieve:

—Muy bien. Pero yo le he colocado con Paco Fariña, para que atienda mejor las explicaciones. Déjelo que vuelva a su sitio.

Todos los alumnos miraban en silencio al profesor, a Humberto Grieve y a Paco Yunque.

Fariña fue y tomó a Paco Yunque por la mano y quiso volverlo a traer a su carpeta, pero Grieve tomó a Yunque por el otro brazo y no le dejó moverse.

El profesor le dijo otra vez a Grieve:

—¡Grieve! ¿Qué es eso?

Humberto Grieve, colorado de cólera, dijo:

—No, señor. Yo quiero que Yunque se quede conmigo.

—¡Déjelo, le he dicho!

—No, señor.

—¿Cómo?

—No.

El profesor estaba indignado y repetía, amenazador:

—¡Grieve! ¡Grieve!

Humberto Grieve tenía bajos los ojos y sujetaba fuertemente por el brazo a Paco Yunque, el cual estaba aturrido y se dejaba jalar como un trapo por Fariña y por Grieve. Paco Yunque tenía ahora más miedo a Humberto Grieve que al profesor, que a todos los demás niños y que al colegio entero. ¿Por qué Paco Yunque le tenía tanto

miedo a Humberto Grieve? Porque este Humberto Grieve solía pegarle a Paco Yunque.

El profesor se acercó a Paco Yunque, le tomó por el brazo y le condujo a la carpeta de Fariña. Grieve se puso a llorar, pataleando furiosamente en su banco.

De nuevo se oyeron pasos en el patio y otro alumno, Antonio Geldres, —hijo de un albañil— apareció a la puerta del salón. El profesor le dijo:

—¿Por qué llega usted tarde?

—Porque fui a comprar pan para el desayuno.

—¿Y por qué no fue usted más temprano?

—Porque estuve alzando a mi hermanito y mamá está enferma y papá se fue a su trabajo.

—Bueno —dijo el profesor, muy serio.— Párese ahí... Y, además, tiene usted una hora de reclusión.

Le señaló un rincón, cerca de la pizarra de ejercicios.

Paco Fariña se levantó entonces y dijo:

—Grieve también ha llegado tarde, señor.

—Miente, señor, —respondió rápidamente Humberto Grieve—. Yo no he llegado tarde.

Todos los demás alumnos dijeron en coro:

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Grieve ha llegado tarde!

—¡Psch! ¡Silencio! —dijo, malhumorado, el profesor y todos los niños se callaron.

El profesor se paseaba pensativo.

Fariña le decía a Yunque en secreto:

—Grieve ha llegado tarde y no lo castigan. Porque su papá tiene plata. Todos los días llega tarde. ¿Tú vives en su casa? ¿Cierto que eres su muchacho?

Yunque respondió:

—Yo vivo con mi mamá...

—¿En la casa de Humberto Grieve?

—Es una casa muy bonita. Ahí está la patrona y el patrón. Ahí está mi mamá. Yo estoy con mi mamá.

Humberto Grieve, desde su banco del otro lado del salón, miraba con cólera a Paco Yunque y le enseñaba los puños, porque se dejó llevar a la carpeta de Paco Fariña.

Paco Yunque no sabía qué hacer. Le pegaría otra vez el niño Humberto, porque no se quedó con él, en su carpeta. Cuando saldría del colegio, el niño Humberto le daría un empujón en el pecho y una patada en la pierna. El niño Humberto era malo y pegaba pronto, a cada rato. En la calle. En el corredor también. Y en la escalera. Y también en la cocina, delante su mamá y delante la patrona. Ahora le va a pegar, porque le estaba enseñando los puñetes y le miraba con ojos blancos. Yunque le dijo a Fariña:

—Me voy a la carpeta del niño Humberto.

Y Paco Fariña le decía:

—No vayas. No seas zonzo. El señor te va a castigar.

Fariña volteó a ver a Grieve y este Grieve le enseñó también a él los puños, refunfuñando no sé qué cosas a escondidas del profesor.

—¡Señor! —gritó Fariña— Ahí, ese Grieve me está enseñando los puñetes.

El profesor dijo:

—¡Psch! ¡Psch! ¡Silencio!... Vamos a ver... Vamos a hablar hoy de los peces, y después, vamos hacer todos un ejercicio escrito en una hoja de los cuadernos, y después me los dan para verlos. Quiero ver quien hace el mejor ejercicio, para que su nombre sea inscrito en el Cuaderno del primer año. ¿Me han oído bien? Vamos a hacer lo mismo que hicimos la semana pasada. Exactamente lo mismo. Hay que atender bien a la clase. Hay que copiar bien el ejercicio que voy a escribir después en la pizarra. ¿Me han entendido bien?

Los alumnos respondieron en coro:

—Sí, señor.

—Muy bien, —dijo el profesor—. ¡Vamos a ver!... Vamos a hablar ahora de los peces.

Varios niños quisieron hablar. El profesor le dijo a uno de los Zúmiga que hablase.

—Señor: —dijo Zúmiga— Había en la playa mucha arena. Un día nos metimos entre la arena y encontramos un pez medio vivo y lo llevamos a mi casa. Pero se murió en el camino...

Humberto Grieve dijo:

—Señor: yo he cogido muchos peces y los he llevado a mi casa y los he soltado en mi salón y no se mueren nunca.

El profesor preguntó:

—¿Pero los deja usted en alguna vasija con agua?

—No, señor. Están sueltos, entre los muebles.

Todos los niños se echaron a reír.

Un chico, flacucho y pálido, dijo:

—Mentira, señor. Porque un pez se muere pronto, cuando lo sacan del agua.

—No, señor, —decía Humberto Grieve— Porque en mi salón no se mueren. Porque mi salón es muy elegante. Porque mi papá me dijo que trajera peces y que podía dejarlos sueltos entre las sillas.

Paco Fariña se moría de risa. Los Zúmiga también. El chico rubio y gordo, de chaqueta blanca y el otro, cara redonda y chaqueta verde, se reían ruidosamente. ¡Qué Grieve tan divertido! ¡Los peces en su salón! ¡Entre los muebles! ¡Cómo si fuesen pájaros! Era una gran mentira lo que contaba Grieve. Todos los chicos exclamaban a la vez, reventando de risa:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Miente, señor! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mentira! ¡Mentira!...

Humberto Grieve se enojó porque no le creían lo que contaba. Todos se burlaban de lo que había dicho. Pero Grieve recordaba que trajo dos peces pequeños a su casa y los soltó en su salón y ahí estuvieron varios días. Los movió y no se movían. No estaba seguro si vivieron mu-

chos días o murieron pronto. Grieve, de todos modos, quería que le creyesen lo que decía. En medio de las risas de todos, le dijo a uno de los Zúmiga:

—¡Claro! Porque mi papá tiene mucha plata. Y me ha dicho que va hacer llevar a mi casa a todos los peces del mar. Para mí. Para que juegue con ellos en mi salón grande.

El profesor dijo en alta voz:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Silencio! Grieve no se acuerda bien, seguramente. Porque los peces mueren cuando...

Los niños añadieron en coro:

—...se les saca del agua.

—Eso es, —dijo el profesor.

El niño flacucho y pálido dijo:

—Porque los peces tienen sus mamás en el agua y sacándolos se quedan sin mamás.

—¡No! ¡No! ¡No! —dijo el profesor—. Los peces mueren fuera del agua, porque no pueden respirar. Ellos toman el aire que hay en el agua, y cuando salen, no pueden absorber el aire que hay afuera.

—Porque ya están como muertos —dijo un niño.

Humberto Grieve dijo:

—Mi papá puede darles aire en mi casa, porque tiene bastante plata para comprar todo.

El chico vestido de verde dijo:

—Mi papá también tiene plata.

—Mi papá también —dijo otro chico.

Todos los niños dijeron que sus padres tenían mucho dinero. Paco Yunque no decía nada y estaba pensando en los peces que morían fuera del agua.

Fariña le dijo a Paco Yunque:

—Y tú, ¿tu papá no tiene plata?

Paco Yunque reflexionó y se acordó haberle visto una vez a su mamá con unas pesetas en la mano. Yunque le dijo a Fariña:

—Mi mamá tiene también mucha plata.

—¿Cuánto? —le pregunto Fariña.

—Como cuatro pesetas.

Paco Fariña dijo al profesor en alta voz:

—Paco Yunque dice que su mamá tiene también mucha plata.

—¡Mentira, señor! —respondió Humberto Grieve— Paco Yunque miente, porque su mamá es la sirvienta de mi mamá y no tiene nada.

El profesor tomó la tiza y escribió en la pizarra, dando la espalda a los niños.

Humberto Grieve, aprovechando de que no le veía el profesor, dio un salto y le jaló de los pelos a Yunque, volviéndose a la carrera a su carpeta. Yunque se puso a llorar.

—¿Qué es eso? —dijo el profesor, volviéndose a ver lo que pasaba.

Paco Fariña dijo:

—Grieve le ha tirado de los pelos, señor.

—No, señor —dijo Grieve—. Yo no he sido. Yo no me he movido de mi sitio.

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo el profesor— ¡Silencio! ¡Cállese, Paco Yunque! ¡Silencio!

Siguió escribiendo en la pizarra y después preguntó a Grieve:

—Si se le saca del agua, ¿qué sucede con el pez?

—Va a vivir en mi salón —contestó Grieve.

Otra vez se reían de Grieve todos los niños. Este Grieve no sabía nada. No pensaba más que en su casa y en su salón y en su papá y en su plata. Siempre estaba diciendo tonterías.

—Vamos a ver, usted, Paco Yunque, —dijo el profesor—. ¿Qué pasa con el pez, si se le saca del agua?

Paco Yunque, medio llorando todavía por el jalón de pelos que le dio Grieve, repitió de una tirada lo que dijo el profesor:

—Los peces mueren fuera del agua porque les falta aire.

—¡Eso es! —decía el profesor—. Muy bien.

Volvió a escribir en la pizarra.

Humberto Griève aprovechó otra vez de que no podía verle el profesor y fue a darle un puñetazo a Paco Fariña en la boca y regresó de un salto a su carpeta. Fariña, en vez de llorar como Paco Yunque, dijo a grandes voces al profesor:

—¡Señor! Acaba de pegarme Humberto Griève.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! —decían todos los niños a la vez.

Una bulla tremenda había en el salón.

El profesor dio un puñetazo en su pupitre y dijo:

—¡Silencio!

El salón se sumió en un silencio completo y cada alumno estaba en su carpeta, serio y derecho, mirando ansiosamente al profesor. ¡Las cosas de este Humberto Griève! ¡Ya ven lo que estaba pasando por su cuenta! ¡Ahora habrá que ver lo que iba a hacer el profesor, que estaba colorado de cólera! ¡Y todo por culpa de Humberto Griève!

—¿Qué desorden era ese? —preguntó el profesor a Paco Fariña.

Paco Fariña, con los ojos brillantes de rabia, decía:

—Humberto Griève me ha pegado un puñetazo en la cara, sin que yo le haga nada.

—¿Verdad, Griève?

—No, señor —dijo Humberto Griève—. Yo no le he pegado.

El profesor miró a todos los alumnos sin saber a qué atenerse. ¿Quién de los dos decía la verdad? ¿Fariña o Griève?

—¿Quién lo ha visto? —preguntó el profesor a Fariña.

—¡Todos, señor! Paco Yunque también lo ha visto.

—¿Es verdad lo que dice Fariña? —le preguntó el profesor a Yunque.

Paco Yunque miró a Humberto Grieve y no se atrevió a responder, porque si decía que sí, el niño Humberto le pegaría a la salida. Yunque no dijo nada y bajó la cabeza.

Fariña dijo:

—Yunque no dice nada, señor, porque Humberto Grieve le pega, porque es su muchacho y vive en su casa.

El profesor preguntó a los otros alumnos:

—¿Quién otro ha visto lo que dice Fariña?

Todos los niños respondieron a una voz:

—¡Yo, señor! ¡Yo, señor! ¡Yo, señor!

El profesor volvió a preguntar a Grieve:

—Entonces ¿es cierto, Grieve, que le ha pegado usted a Fariña?

—No, señor. Yo no le he pegado.

—¡Cuidado con mentir, Grieve! Un niño decente como usted, no debe mentir.

—¡No, señor! No le he pegado.

—Bueno. Yo creo en lo que usted dice. Yo sé que usted no miente nunca. Bueno. ¡Pero tenga usted mucho cuidado en adelante!

El profesor se puso a pasear, pensativo, y todos los alumnos seguían circunspectos y derechos en sus bancos.

Paco Fariña gruñía a media voz y como queriendo llorar:

—No le castigan porque su papá es rico. Le voy a decir a mi mamá...

El profesor le oyó y se plantó enojado delante de Fariña y le dijo en alta voz:

—¿Qué está usted diciendo? Humberto Grieve es un buen alumno. No miente nunca. No molesta a nadie. Por eso no lo castigo. Aquí todos los niños son iguales, los hijos de ricos y los hijos de pobres. Yo los castigo, aunque

sean hijos de ricos. Como usted vuelva a decir lo que está diciendo del padre de Grieve, le pondré dos horas de reclusión. ¿Me ha oído usted?

Paco Fariña estaba agachado. Paco Yunque también. Los dos sabían que era Humberto Grieve quien les había pegado y que era un gran mentiroso.

El profesor fue a la pizarra y siguió escribiendo.

Paco Fariña le preguntaba a Paco Yunque:

—¿Por qué no le dijiste al señor que me ha pegado Humberto Grieve?

—Porque el niño Humberto me pega.

—¿Y por qué no se lo dices a tu mamá?

—Porque si le digo a mi mamá, también me pega y la patrona se enoja.

Mientras el profesor escribía en la pizarra, Humberto Grieve se puso a llenar de dibujos su cuaderno.

Paco Yunque estaba pensando en su mamá. Después se acordó de la patrona y del niño Humberto. ¿Le pegaría al volver a la casa? Yunque miraba a los otros niños y éstos no le pegaban a Yunque ni a Fariña, ni a nadie. Tampoco lo querían agarrar a Yunque en las otras carpetas, como quiso hacerlo el niño Humberto. ¿Por qué el niño Humberto era así con él? Yunque se lo diría ahora a su mamá y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto. Entonces, se lo diría a Paco Fariña. Le preguntó a Paco Fariña:

—¿A tí también te pega el niño Humberto?

—¿A mí? ¡Qué me va a pegar a mí! ¡Le pego un puñetazo en el hocico y le echo sangre! ¡Vas a ver! ¡Como me haga alguna cosa! ¡Déjalo y verás! ¡Y se lo diré a mi mamá! ¡Y vendrá mi papá y le pegará a Grieve y a su papá también, y a todos!

Paco Yunque le oía asustado a Paco Fariña lo que decía. ¿Cierto sería que le pegaría al niño Humberto?

¿Y que su papá vendría a pegarle al señor Grieve? Paco Yunque no quería creerlo, porque al niño Humberto no le pegaba nadie. Si Fariña le pegaba, vendría el patrón y le pegaría a Fariña y también al papá de Fariña. Le pegaría el patrón a todos. Porque todos le tenían miedo. Porque el señor Grieve hablaba muy serio y estaba mandando siempre. Y venían a su casa señores y señoras que le tenían miedo y obedecían siempre al patrón y a la patrona. En buena cuenta, el señor Grieve podía más que el profesor y más que todos.

Paco Yunque miró al profesor, que escribía en la pizarra. ¿Quién era el profesor? ¿Por qué era tan serio y daba miedo? Yunque seguía mirándolo. No era el profesor igual a su papá ni al señor Grieve. Más bien se parecía a otros señores que venían a la casa y hablaban con el patrón. Tenía un pescuezo colorado y su nariz parecía moco de pavo. Sus zapatos hacían risssss-risssss-rissssss, cuando caminaba mucho.

Yunque empezó a fastidiarse. ¿A qué hora se iría a su casa? Pero el niño Humberto le iba a dar una patada, a la salida del colegio. Y la mamá de Paco Yunque le diría al niño Humberto: "No niño. No le pegue usted a Paquito. No sea usted malo". Y nada más le diría. Pero Paco tendría colorada la pierna de la patada del niño Humberto. Y Paco se pondría a llorar. Porque al niño Humberto nadie le hacía nada. Y porque el patrón y la patrona le querían mucho al niño Humberto, y Paco Yunque tenía pena porque el niño Humberto le pegaba mucho. Todos, todos, todos le tenían miedo al niño Humberto y a sus papás. Todos. Todos. Todos. El profesor también. La cocinera. Su hija. La mamá de Paco. El Venancio, con su mandil. La María que lava las bacinicas. Quebró ayer una bacinica en tres pedazos grandes. ¿Le pegaría también el patrón al papá de Paco Yunque? ¿Qué cosa fea esto del patrón y del niño Humberto! Paco Yun-

que quería llorar. ¿A qué hora acabaría de escribir el profesor en la pizarra?

—¡Bueno! —dijo por fin el profesor, cesando de escribir— Ahí está el ejercicio escrito. Ahora, todos sacan sus cuadernos y copian lo que hay en la pizarra. Hay que copiarlo completamente igual.

—¿En nuestros cuadernos? —preguntó tímidamente Paco Yunque.

—Sí, en sus cuadernos —le respondió el profesor—. ¿Usted sabe escribir un poco?

—Sí, señor. Porque mi papá me enseñó en el campo.

—Muy bien. Entonces, todos a copiar.

Los niños sacaron sus cuadernos y se pusieron a copiar el ejercicio que el profesor había escrito en la pizarra.

—No hay que apurarse —decía el profesor—. Hay que escribir poco a poco, para no equivocarse.

Humberto Grieve preguntó:

—¿Es, señor, el ejercicio escrito de los peces?

—Sí. A copiar todo el mundo.

El salón se sumió en el silencio. No se oía sino el ruido de los lápices. El profesor se sentó a su pupitre y también se puso a escribir en unos libros.

Humberto Grieve, en vez de copiar su ejercicio, se puso otra vez a hacer dibujos en su cuaderno. Lo llenó completamente de dibujos de peces, de muñecos y de cuadritos.

Al cabo de un rato, el profesor se paró y preguntó:

—¿Ya terminaron?

—Ya, señor —respondieron todo a la vez.

—Bueno, —dijo el profesor—. Pongan al pie sus nombres bien claros.

En ese momento sonó la campana del recreo.

Una gran algazara volvieron a hacer todos los niños y salieron corriendo al patio.

Paco Yunque había copiado su ejercicio muy bien y salió al recreo con su libro, su cuaderno y su lápiz.

Ya en el patio, vino Humberto Grieve y agarró a Paco Yunque por un brazo, diciéndole con cólera:

—Ven a jugar al *melo*.

Lo echó de un empujón al medio y le hizo derribar su libro, su cuaderno y su lápiz.

Yunque hacía lo que le ordenaba Grieve, pero estaba colorado y avergonzado de que los otros niños viesen cómo lo zarandeaba el niño Humberto. Yunque quería llorar.

Paco Fariña, los dos Zúmiga y otros niños rodeaban a Humberto Grieve y a Paco Yunque. El niño flacucho y pálido recogió el libro, el cuaderno y el lápiz de Yunque, pero Humberto Grieve se los quitó a la fuerza, diciéndole:

—¡Déjalos! ¡No te metas! Porque Paco Yunque es mi muchacho.

Humberto Grieve llevó al salón de clase las cosas de Paco Yunque y se las guardó en su carpeta. Después, volvió al patio a jugar con Yunque. Le cogió del pescuezo y le hizo doblar la cintura y ponerse a cuatro manos.

—Estáte quieto así —le ordenó imperiosamente—. No te muevas hasta que yo te lo diga.

Humberto Grieve se retiró a cierta distancia y desde allí vino corriendo y dio un salto sobre Paco Yunque, apoyando las manos sobre sus espaldas y dándole una patada feroz en las posaderas. Volvió a retirarse y volvió a saltar sobre Paco Yunque, dándole otra patada. Mucho rato estuvo así jugando Humberto Grieve con Paco Yunque. Le dio como veinte saltos y veinte patadas.

De repente se oyó un llanto. Era Yunque que estaba llorando de las fuertes patadas del niño Humberto. Entonces salió Paco Fariña del ruedo formado por los otros niños y se plantó ante Grieve, diciéndole:

—¡No! ¡No te dejo que saltes sobre Paco Yunque!

Humberto Grieve le respondió amenazándolo:

—¡Oye! ¡Oye! ¡Paco Fariña! ¡Paco Fariña! ¡Te voy a dar un puñetazo!

Pero Fariña no se movía y estaba tieso delante de Grieve y le decía:

—¡Porque es tu muchacho, le pegas y lo saltas y lo haces llorar! ¡Sáltalo y verás!

Los dos hermanos Zúmiga abrazaban a Paco Yunque y le decían que ya no llorase y le consolaban, diciéndole:

—¿Por qué te dejas saltar así y dar de patadas? ¡Pégale tú también! ¡Pégale ¡Sáltalo tú también! ¿Por qué te dejas? ¡No seas zonzo! ¡Cállate! ¡Ya no llores! ¡Ya nos vamos a ir a nuestras casas!

Paco Yunque estaba siempre llorando y sus lágrimas parecían ahogarle.

Se formó un tumulto de niños en torno a Paco Yunque y otro tumulto en torno a Humberto Grieve y a Paco Fariña.

Grieve le dio un empujón brutal a Fariña y lo derribó al suelo. Vino un alumno más grande, del segundo año, y defendió a Fariña, dándole a Grieve un puntapié. Y otro niño del tercer año, más grande que todos, defendió a Grieve, dándole una furiosa trompada al alumno de segundo año. Un buen rato llovieron bofetadas y patadas entre varios niños. Eso era un enredo.

Sonó la campana y todos los niños volvieron a sus salones de clase.

A Paco Yunque lo llevaron por los brazos los dos hermanos Zúmiga.

Una gran gritería había en el salón del primer año, cuando entró el profesor. Todos se callaron.

El profesor miró a todos muy serio y dijo como un militar:

—¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los alumnos estaban ya sentados.

Entonces el profesor se sentó en su pupitre y llamó por lista a los niños para que le entregasen sus cuartillas con los ejercicios escritos sobre el tema de los peces. A medida que el profesor recibía las hojas de los cuadernos, las iba leyendo y escribía las notas en unos libros.

Humberto se acercó a la carpeta de Paco Yunque y le entregó su libro, su cuaderno y su lápiz. Pero antes, había arrancado la hoja del cuaderno en que estaba el ejercicio de Yunque y puso en ella su firma.

Cuando el profesor dijo: "Humberto Grieve", Grieve fue y presentó el ejercicio de Paco Yunque, como si fuese suyo.

Y cuando el profesor dijo: "Paco Yunque", Yunque se puso a buscar en su cuaderno la hoja en que escribió su ejercicio y no la encontró.

—¿La ha perdido usted? —le preguntó el profesor—. ¿O no la ha hecho usted?

Pero Paco Yunque no sabía lo que se había hecho la hoja de su cuaderno y, muy avergonzado, se quedó en silencio y bajó la frente.

—Bueno —dijo el profesor, y anotó en unos libros la falta de Paco Yunque.

Después siguieron los demás entregando sus ejercicios. Cuando el profesor acabó de verlos todos, entró de repente al salón el Director del Colegio.

El profesor y los niños se pusieron de pie respetuosamente. El Director miró como enojado a los alumnos y dijo en alta voz:

—¡Siéntense!

El Director le preguntó al profesor:

—¿Ya sabe usted quien es el mejor alumno de su año? ¿Han hecho ya el ejercicio semanal para calificarlos?

—Sí, señor Director —dijo el profesor—. Acaban de hacerlo. La nota más alta la ha obtenido Humberto Grieve.

—¿Dónde está su ejercicio?

—Aquí esta, señor Director.

El profesor buscó entre todas las hojas de los alumnos y encontró el ejercicio firmado por Humberto Grieve. Se al dio al Director, que se quedó viendo largo rato la cuartilla.

—Muy bien —dijo el Director, contento.

Subió al pupitre y miró severamente a los alumnos. Después les dijo con su voz un poco ronca pero enérgica:

—De todos los ejercicios que ustedes han hecho ahora, el mejor es de Humberto Grieve. Así es que el nombre de este niño va a ser inscrito en el Cuadro de Honor de esta semana, como el mejor alumno del primer año. ¡Salga afuera Humberto Grieve!

Todos los niños miraron ansiosamente a Humberto Grieve, que salió pavonéándose a pararse muy derecho y orgulloso delante del pupitre del profesor. El Director le dio la mano, diciéndole:

—Muy bien, Humberto Grieve. Lo felicito. Así deben ser los niños. Muy bien.

Se volvió el Director a los demás alumnos y les dijo:

—Todos ustedes deben hacer lo mismo que Humberto Grieve. Deben ser buenos alumnos como él. Deben estudiar y ser aplicados como él. Deben ser serios, formales y buenos niños como él. Y si así lo hacen, recibirá cada uno un premio al fin del año y sus nombres serán también inscritos en el Cuadro de Honor del Colegio, como el de Humberto Grieve. A ver si la semana que viene, hay otro alumno que dé una buena clase y haga un buen ejercicio, como el que ha hecho hoy Humberto Grieve. Así lo espero.

Se quedó el Director callado un rato. Todos los alumnos estaban pensativos y miraban a Humberto Grieve

con admiración. ¡Qué rico Grieve! ¡Qué buen ejercicio había escrito! ¡Ese sí que era bueno! ¡Era el mejor alumno de todos! ¡Llegando tarde y todo! ¡Y pegándole a todos! ¡Pero ya lo estaban viendo! ¡Le había dado la mano el Director! ¡Humberto Grieve, el mejor de todos los del primer año!

El Director se despidió del profesor, hizo una venia a los alumnos, que se pararon para despedirlo, y salió.

El profesor dijo después:

—¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los niños estaban ya sentados.

El profesor le ordenó a Grieve:

—Váyase a su asiento.

Humberto Grieve, muy alegre, volvió a su carpeta. Al pasar junto a Paco Fariña, le echó la lengua.

El profesor subió a su pupitre y se puso a escribir en unos libros.

Paco Fariña le dijo en voz baja a Paco Yunque:

—Mira al señor, que está poniendo tu nombre en su libro, porque no has presentado el ejercicio. ¡Míralo! Te van a dejar ahora recluso y no vas a ir a tu casa. ¿Por qué has roto tu cuaderno? ¿Dónde lo pusiste?

Paco Yunque no contestaba nada y estaba con la cabeza agachada.

—¡Anda! —le volvió a decir Paco Fariña—. ¡Contesta! ¿Por qué no contestas? ¿Dónde has dejado tu ejercicio?

Paco Fariña se agachó a mirar la cara de Paco Yunque y le vio que estaba llorando. Entonces le consoló, diciéndole:

—¡Déjalo! ¡No llores! ¡Déjalo! ¡No tengas pena! ¡Vamos a jugar con mi tablero! ¡Tiene torres negras! ¡Déjalo! ¡Yo te regalo mi tablero! ¡No seas zonzo! ¡Ya no llores!

Pero Paco Yunque seguía llorando agachado.

inéditos

el niño del carrizo

La procesión se llevaría a cabo, a tenor de inmemorial liturgia, en amplias y artísticas andas, resplandecientes de magnolias y de cirios. El anda, este año, sería en forma de huerto. Dos hombres fueron designados para ir a traer de la espesura, la madera necesaria. A costa de artimañas y azogadas maniobras, los dos niños, Miguel y yo, fuimos incluídos en la expedición.

Había que encaminarse hacia un gran carrizal, de singular varillaje y muy diferente de las matas comunes. Se trataba de una caña especial, de excepcional tamaño, más flexible que el junco y cuyos tubos eran susceptibles de ser tajados y divididos en los más finos filamentos. El amarillo de sus gajos, por la parte exterior, tiraba más al amaranto marchito que al oro brasileiro. Su mejor mérito radicaba en la circunstancia de poseer un aroma característico, de mística unción, que persistía durante un año entero. El carrizo utilizado en cada Semana Santa, conservado era en casa de mi tío, como una reliquia familiar, hasta que el del año siguiente viniese a reemplazarlo. De la honda quebrada donde crecía, su perfume se elevaba un tanto resinoso, acre y muy penetrante. A su contacto, la fauna vernacular permanecía en éxtasis subconsciente y en las madrigueras chirriaban, entre los colmillos alevosos, rabiosas oraciones.

Miguel llevó sus cinco perros: Bisonte, color de estiércol de cuy, el más inteligente y ágil; Cocuyo, de gran intuición nocturna; Aguano, por su dulzura y pelaje de co-

lor caoba, y Rana, el más pequeño de todos. Miguel los conducía en medio de un vocerío riente y ensordecedor.

A medida que avanzábamos, el terreno se hacía más bajo y quebrado, con vegetaciones ubérrimas en frondas húmedas y en extensos macizos de algarrobos. Jirones de pálida niebla se avellonaban al azar, en las verdes vertientes.

Miguel se adelantó a la caravana con su jauría. Iba enajenado por un frenético soplo de autonomía montaraz. Hinchidas las redes de sus venas, separadas las hirsutas y pobladas cejas por un gesto de exaltación y soberanía personal, libre la frente de sombrero, enfebrecido y casi desnaturalizado hasta alcanzar la sulfúrica traza de un cachorro, se le habría creído un genio de la montaña. Cogía a uno de sus perros y lo arrancaba del suelo a dos manos, trezando a gruesos manojos el juego de sus músculos lumbares y trazando con las ágiles muñecas, fisóideas crispaturas en el aire. El perro se retorció y aullaba y Miguel corría de barranco en barranco, acariciando al animal, enardeciéndolo por el fuste dorsal, encendiéndolo en insólita desesperación. Los demás perros rodeaban al muchacho, disputándole al cautivo, enfurecidos, arañándole los flancos, arrancándole jirones de sus ropas, mordiéndolo y ululando en celo apasionado. Parecían desconocerle. Miguel se arrojaba de pronto lajas abajo, rodando con el can entre sus brazos. Al sentirse golpeado en la roca fría, el perro se sumía en un silencio extraño, como si deglutiese un bolo ensangrentado e invisible. Entonces, el resto de la jauría callaba también. Los perros se paraban a cierta distancia, moviendo la cola y sacando la lengua amoratada y espumosa.

Más abajo, Miguel se perdía entre un montículo de sábila, para tornar a salir por una hendidura estrecha, arrasándose en una charca y contrayendo el tronco en una línea sauria y glutinosa. Forcejeaba y sudaba entre las

zarzas. Sus perros le mordían las orejas y lo acorralaban en rabiosa acometida. Una iguana o un enorme sapo se escurría por entre sus brazos y sus cabellos, asustando los perros, que luego lo perseguían ladrando. Sonriente y embriagado de goce y energía, saltaba Miguel anchas zanjas. Columpiábase de gruesas ramas, trozándolas. Cogía frutos desconocidos, probándolos y llenándose la boca de jugos verdes y amarillos, cuyo olor le hacía estornudar largo tiempo. Agarró una panguana tierna, de luciente plumaje zahonado, arisca y un poco brava, que luego se le escapó, aprovechando una caída de Miguel, al saltar un barranco jabonoso. Iba como impulsado por un vértigo de locura. Al entrar en los puros dominios de la naturaleza, parecía moverse en un retozo exclusivamente zoológico.

Llegó el rumor de una catarata entre los ladridos de los perros. Uno de los hombres dijo:

—Ya estamos cerca...

El sol había aparecido. El cielo se despejaba. Me asomé al borde de la vertiente. En un fondo profundo, formado por dos acantilados, veíase una espesura de hojas envainadoras y cortantes, de la que partía un ruido cascajoso y seco.

—Aquel es el carrizo...

—Ese. Ese mismo...

—Ya vamos a llegar...

El viento vino pesado y un tanto sordo. Un soplo astringente nos dio en las narices y en los ojos. Era el aroma del cañaveral sagrado. La atmósfera subía de presión y calentábase más y más. Bochorno. En algunos recodos y quebradas, el aire empezaba a morir, ahogándose de sol.

Sorprendimos en una de estas quebradas, al doblar la pendiente de un meandro, a Miguel. Arqueado en cuatro pies, tomaba agua de un chorro recóndito y azul, entre matorrales. Junto a los labios del amo, Rana tenía su-

mergido el hocico. La lengua granate de Bisonte hería la linfa, azotándola. Bajo el agua, ondulaba su baba viscosa. Las pupilas del mozo y las de sus perros, al beber, se duplicaban y centuplicaban de cristal en cristal, de marco en marco, entre la doble frontera natural de la onda y de los ojos.

Extraña anatomía la de Miguel, bebiendo en cuatro pies, el agua de la herbosa montaña... Muchas veces le ví así, saboreando las lágrimas rientes de la tierra. Trazaba entonces una figura monstruosa, una imagen que expresaba, acaso justificándola, el tenor de su naturaleza, su espíritu terráqueo, su inclinación al suelo. Sediento y comido por los ardores de la sangre, Miguel doblaba los pedestales iliacos y extendía los brazos hacia adelante, hasta dar las manos en tierra. En esa actitud se extasiaba largo tiempo, sorbiendo a ojos cerrados el agua fría. Violentándose a tal ademán, las manos en un rol de nuevos pies, asentado en la tierra por medio de dos órdenes de columnas, Miguel modelaba la línea victoriosa de los arcos. Miguel hacía así el signo de todo lo que sale de la tierra por las plantas, para tornar a ella por las manos...

viaje alrededor del porvenir

A eso de las dos de la mañana despertó el administrador en un sobresalto. Tocó el botón de la luz y alumbró. Al consultar su reloj de bolsillo, se dio cuenta de que era todavía muy temprano para levantarse. Apagó y trató de dormirse de nuevo. Hasta las tres y media podía dar un buen sueño. Su mujer parecía estar sumida en un sueño profundo. El administrador ignoraba que ella le había sentido y que, en ese momento, estaba también despierta. Sin embargo, los dos permanecían en silencio, el uno junto al otro, en medio de la completa oscuridad del dormitorio.

Pero pasados unos minutos, no le volvía el sueño al administrador, y su mujer, sin saber por qué, tampoco podía ya dormir, siguiendo con el oído los movimientos que, de cuando en cuando, hacía su marido en la cama y hasta el ritmo de su respiración y el parpadeo de sus ojos. Hacía dos años que eran casados. Una hijita de tres meses dormía en su cuna, en la habitación contigua, a cargo de una nodriza. El administrador casó con Eva, no porque la quisiera, sino por conveniencia, pues ésta tenía un lejano parentesco con don Julio, patrón de la hacienda. El administrador hizo, en efecto, un buen negocio: apenas se casaron, el patrón lo había ascendido de simple mayordomo de campo, con 60 soles de sueldo y una simple ración de carne y arroz, a administrador general de la hacienda, con 150 soles mensuales y tres raciones diarias. De otro lado, aún cuando el parentesco en cuestión no contaba mucho a los ojos del patrón —hombre duro, vanidoso y avaro— con el matrimonio cambió en parte el tratamiento

que le daba a su ex-mayordomo de campo. Tenía para él una sonrisa, por lo menos, a la semana. Solía también a veces dar a sus instrucciones, delante de los obreros y los otros empleados, repentinas entonaciones de deferencia. Una vez al mes, les estaba acordado al administrador y a su mujer, ir de visita a la casa-hacienda y comer en la mesa de los parientes pobres del patrón. Por último, el 28 de Julio de cada año, día de la fiesta nacional, recibía el cajero orden de dar al administrador un sueldo gratis. Más la dádiva mayor no había sido todavía recibida, aunque ya estaba prometida.

El día en que nació la hija del administrador, la mujer del patrón le dijo a su marido, a la hora de cenar:

—¿Sabes una cosa?

El patrón, cuyo despotismo y frialdad no exceptuaba ni a su mujer, movió negativamente la cabeza.

—Eva ha dado a luz esta mañana —añadió la patrona— y la criatura es mujercita.

—¡Zonza! —argumentó el patrón en tono de burla.— No sabe hacé hico. ¿Po qué no hacé uno muchacho hombre?

El patrón hablaba pronunciando las palabras como chino que ignorase el español. ¿Por qué tan singular costumbre? ¿Lo hacía acaso porque, en realidad, no pudiese articular bien el español? No. Lo hacía por hábito de soberbia y de dominio. Cuando la hacienda estuvo aún en manos de su padre —un inmigrante italiano, que se hizo rico en el Perú, vendiendo ultramarinos al por menor— la mayor parte de los obreros del campo eran chinos. Estos coolies eran tratados entonces como esclavos. El padre del actual patrón y cualquiera de sus capataces o empleados superiores podían azotar, dar de palos o matar de un tiro de revólver a un coolie, por quítame allí esas pajas. Así, pues, el actual patrón creció servido por chinos y obedeciendo a un raro fenómeno de persistente relación entre el lenguaje usado por aquel entonces en el trato con los

coolies y la condición de esclavos en que don Julio se había acostumbrado a ver a los obreros y, de modo general, a cuantos le eran económicamente inferiores, se hizo hábito oír al patrón hablar en un español chinesco a todos los habitantes de su hacienda. Nada importaba que ahora no se tratase ya de coolies sino de indígenas de la sierra del Perú. Su lenguaje resultaba, por eso, de un ridículo no exento de una aureola feudal y sanguinaria.

Don Julio, aquella noche del nacimiento de la hija del administrador, había llamado a éste a su escritorio después de cenar, y le dijo severamente:

—Tú tene ahora una hica. Por qué tú no hacé uno muchacho. ¡Tú ée zonzol

El administrador de pie y en actitud humilde, se puso colorado de emoción, al sentirse honrado, con el hecho de que el patrón se interesase así por la vida de los suyos. Una mezcla de orgullo y de pudor le estremeció ante las palabras protectoras del patrón y no supo que contestar. Sonrió penosamente y bajó la frente. El patrón añadió, entonces, paternalmente:

—Anda tú hacé uno hico muchacho, uno hico macho. Si tú hacé un chico home, yo date legalo di mil soles.

Después dio don Julio unos largos pasos con sus enormes piernas de gigante y salió del escritorio, sin dejarle tiempo al administrador para darle las gracias por tamaña promesa.

Desde entonces, el administrador vivía con la constante preocupación de engendrar un hijo hombre. Formulada la promesa por el patrón, se apresuró a comunicarla inmediatamente a su mujer, la cual, en su gran inconciencia, vecina de un impudor casi cínico, recibió la noticia con saltos de alegría y entusiasmo. Ambos cónyuges empezaron a soñar día y noche en aquel alumbramiento de un hijo hombre, que les traería los diez mil soles prometidos... día y noche. Esta perspectiva surgía ante ellos prin-

principalmente cada vez que se veían en apuros de dinero y en cuantas ocasiones hablaban de proyectos de futuro bienestar. Necesitaban vestirse mejor que los Quesada. Necesitaban comprar muebles nuevos para la casa de Chiclayo. Además, convendría hacer un paseíto a Lima. ¿Por qué solamente los Herrera y los Ulcerado tenían derecho a ir a pasear a Lima todos los años?

—Mira, Arturo —decía Eva, en un delirio de ilusión a su marido— si llegamos a tener el chico este año, podríamos pasar la temporada de verano en Miraflores. ¡Oh, qué maravilla sería eso! ¡Cómo se morirían de envidia todas mis amigas!

En un transporte de entusiasmo, Eva echaba los brazos al cuello del administrador y acotaba, poniéndose seria:

—Pero creo que don Julio lo hace tal vez para que trabajes mejor y cumplas debidamente con los deberes de tu puesto. ¿Crees tú que está contento con tu trabajo?

—Ya lo creo que sí. Está contentísimo. De otra manera, no me habría prometido el regalo. El otro día, le hice ganar de nuevo a la hacienda un montón de dinero.

—¿Cómo, Arturito mío? ¿Cómo lo hiciste?

—La semana pasada, un equipo de braceros de la Contrata Puga trabajó seis días en un destajo de corte de caña. Yo lo sabía perfectamente. El caporal había también registrado en la planilla esas tareas. Pero el sábado por la tarde, pasé, como quien no hace la cosa, por la caja a la hora del pago de las planillas semanales. Miré al azar las planillas sobre la mesa y al encontrarme con la de los cañeros, hice como que me sorprendía de verla. Llamé al caporal y le pregunté por qué se iban a pagar a esa gente un trabajo que yo ignoraba y que, sobre todo, yo no había ordenado que se hiciese. Se hicieron los esclarecimientos del caso y acabé diciendo que no se pagasen esos salarios, puesto que se trataba de un trabajo que yo no ha-

bía ordenado. Y así se hizo. Total: unos cientos de soles ahorrados para la hacienda.

Eva se quedó pensativa y preguntó vacilante:

—Pero ¿y los obreros no cobraron su trabajo?

—Naturalmente que no. Si, precisamente, de eso es de lo que se trataba.

—Pero... ¡Pobrecitos! ¿Y el contratista tampoco les pagaría?

—¿Pagarles el contratista, dices? —exclamó el administrador con sarcasmo—. Bueno será Puga para desembolsar un dinero que él no ha recibido...

Eva quedó entonces con su marido en que el regalo prometido por el patrón no tenía nada que ver con los servicios del administrador, sino que era una cosa completamente desinteresada y generosa.

* * *

Y esta noche, en que el administrador ya no podía conciliar el sueño, vino a su mente de súbito la idea del regalo prometido por don Julio. Si el administrador lograba engendrar un hijo macho, sería una cosa formidable. Pero ¿cómo lograrlo? Más de una vez se habían hecho él y su mujer esta interrogación. ¿Cómo engendrar un hijo hombre? Los dos pensaban que la cosa consistía en alimentarse bien. Otras veces creían que era cuestión de técnica y, en las horas de escepticismo, pensaban, siguiendo su experiencia, que eran éstos designios de la suerte y que no había nada que hacer. La pareja pasaba noches ardidadas de esfuerzo y ansiedad. Había ocasiones en que Eva, después de un espasmo heroico y calculado, como un teorema de raíz cúbica, se sumía en un silencio abstracto para luego exclamar de pronto, besando sudorosa a su marido:

—¡Ya! ¡Yo creo que ya! ¡Siento que ahora sí, que ya! Lo siento. ¡Lo siento claramente!

—No —respondía Arturo, exhausto y desalentado—. Yo he sentido que no. Esto es una broma.

Otras veces era el administrador quien solía exclamar en el instante preciso de su goce:

—¡Ya!... ¡Ya!... ¡Ya!... ¡Ya!...

Eva, por el contrario, se mostraba escéptica, aunque no se atreviese a desalentar a su marido y, más bien, le respondía con jadeante y débil voz:

—Sí... Probablemente... Probablemente...

El administrador, al recordar esta noche de insomnio, todas estas escenas y luchas por los diez mil soles prometidos por don Julio, se puso de mal humor. Se dio una vuelta brusca en la cama y lanzó un bufido de cólera. ¡Habrase visto cosa más imbécil! No poder engendrar un hijo macho. ¡Era el colmo de la mala suerte!

Eva oyó el bufido rabioso de su marido y de golpe comprendió en qué estaba pensando Arturo. Meditó un momento y fingió despertar solamente en ese instante, acercando a ciegas sus carnes desnudas y cálidas al cuerpo de su marido. Después le echó el brazo sobre el hombro y siguió agitándose y rozándose con él. Por su parte, Arturo se dio a reflexionar en la necesidad de ser tenaz en su propósito y de no abandonar por ningún motivo la empresa de los diez mil soles. Unos minutos después, tomó, a su turno, por la cintura a su mujer y se besaron sin pronunciar palabras. Pero, esta vez, la empresa abortó completamente, pues siete meses más tarde, Eva daba a luz una mujercita.

los dos soras

Vagando sin rumbo, Juncio y Analquer, de la tribu de los soras, arribaron a valles y altiplanos situados a la margen del Urubamba, donde aparecen las primeras poblaciones civilizadas del Perú.

En Piquillacta, aldea marginal del gran río, los dos jóvenes salvajes permanecieron toda una tarde. Se sentaron en las tapias de una rúa, a ver pasar a las gentes que iban y venían de la aldea. Después, se lanzaron a caminar por las calles, al azar. Sentían un bienestar inefable, en presencia de las cosas nuevas y desconocidas que se les revelaban: las casas blanqueadas, con sus enrejadas ventanas y sus tejados rojos; la charla de dos mujeres, que movían las manos alegando o escarbaban en el suelo con la punta del pie, completamente absorbidas; un viejecito encorvado, calentándose al sol, sentado en el quicio de una puerta, junto a un gran perrazo blanco, que abría la boca, tratando de cazar moscas... Los dos seres palpitaron de jubilosa curiosidad, como fascinados por el espectáculo de la vida de pueblo, que nunca habían visto. Singularmente Juncio experimentaba un deleite indecible. Analquer estaba mucho más sorprendido. A medida que penetraban al corazón de la aldea, empezó a azorarse, presa de un pasmo que le aplastaba por entero. Las numerosas calles, entrecruzadas en varias direcciones, le hacían perder la cabeza. No sabía caminar este Analquer. Iba por en medio de la calzada y sesgueaba al acaso, por todo el ancho de la calle, chocando con las paredes y aún con los transeúntes.

—¿Qué cosa? —exclamaban las gentes—. Qué indios tan estúpidos. Parecen unos animales.

Analquer no les hacía caso. No se daba cuenta de nada. Estaba completamente fuera de sí. Al llegar a una esquina, seguía de frente siempre, sin detenerse a escoger la dirección más conveniente. A menudo, se paraba ante una puerta abierta, a mirar una tienda de comercio o lo que pasaba en el patio de una casa. Juncio lo llamaba y lo sacudía por el brazo, haciéndole volver de su confusión y aturdimiento. Las gentes, llamadas a sorpresa, se reunían en grupos a verlos:

—¿Quiénes son?

—Son salvajes del Amazonas.

—Son dos criminales, escapados de una cárcel.

—Son curanderos del mal del sueño.

—Son dos brujos.

—Son descendientes de los Incas.

Los niños empezaron a seguirles.

—Mamá, —referían los pequeños con asombro—, tienen unos brazos muy fuertes y están siempre alegres y riéndose.

Al cruzar por la plaza, Juncio y Analquer penetraron a la iglesia, donde tenían lugar unos oficios religiosos. El templo aparecía profundamente iluminado y gran número de fieles llenaba la nave. Los soras y los niños que les seguían, avanzaron descubiertos, por el lado de la pila de agua bendita, deteniéndose junto a una hornacina de yeso.

Tratábase de un servicio de difuntos. El altar mayor se hallaba cubierto de paños y crespones salpicados de letreros, cruces y dolorosas alegorías en plata. En el centro de la nave aparecía el sacerdote, revestido de casulla de plata y negro, mostrando una gran cabeza calva, cubierta

en su vigésima parte por el solideo. Lo rodeaban varios acólitos, ante un improvisado altar, donde leía con mística unción los responsos, en un facistol de hojalata. Desde un coro invisible, le respondía un maestro cantor, con voz de bajo profundo, monótona y llorosa.

Apenas sonó el canto sagrado, poblando de confusas resonancias el templo, Juncio se echó a reír, poseído de un júbilo irresistible. Los niños, que no apartaban un instante los ojos de los soras, pusieron una cara de asombro. Una aversión repentina sintieron por ellos, aunque Analquer, en verdad, no se había reído y, antes bien, se mostraba estupefacto ante aquel espectáculo que, en su alma de salvaje, tocaba los límites de lo maravilloso. Más Juncio seguía riendo. El canto sagrado, las luces en los altares, el recogimiento profundo de los fieles, la claridad del sol penetrando por los ventanales a dejar chispas, halos y colores en los vidrios y en el metal de las molduras y de las efigies, todo había cobrado ante sus sentidos una gracia adorable, un encanto tan fresco y hechizador, que le colmaba de bienestar, elevándolo y haciéndolo ligero, ingravido y alado, sacudiéndole, haciéndole cosquillas y despertando una vibración incontenible en sus nervios. Los niños, contagiados, por fin, de la alegría candorosa y radiante de Juncio, acabaron también por reír, sin saber por qué.

Vino el sacristán y, persiguiéndoles con un carrizo, los arrojó del templo. Un individuo del pueblo, indignado por las risas de los niños y los soras, se acercó enfurecido.

—Imbéciles. ¿De qué se ríen? Blasfemos. Oye, —le dijo a uno de los pequeños—, ¿de qué te ríes, animal?

El niño no supo qué responder. El hombre le cogió por un brazo y se lo oprimió brutalmente, rechinando los dientes de rabia, hasta hacerle crujir los huesos.

A la puerta de la iglesia se formó un tumulto popular contra Juncio y Analquer.

—Se han reído —exclamaba iracundo el pueblo—. Se han reído en el templo. Eso es insoportable. Una blasfemia sin nombre...

Y entonces vino un gendarme y se llevó a la cárcel a los soras.

el vencedor

Un incidente de manos en el recreo, llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela. A la puerta del plantel se hizo un tumulto. Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contricantes: dos niños poco más o menos de la misma edad, uno de ellos descalzo y pobremente vestido. Ambos sonreían, y de la rueda surgían rutilantes diptongos, coreándolos y enfrentándolos en fragorosa rivalidad. Ellos se miraban echándose los convexos pechos, con aire de recíproco desprecio. Alguien lanzó un alerta:

—¡El profesor! ¡El profesor!

La bandada se dispersó.

—Mentira. Mentira. No viene nadie. Mentira...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores. Hubo puntapiés, llantos, risotadas.

—¡Al cerrillo! ¡Al cerrillo! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!...

Un estruendoso y confuso vocerío se produjo y la muchedumbre se puso en marcha. A la cabeza iban los dos rivales.

A lo largo de las calles y rúas, los muchachos hacían una algazara ensordecedora. Una anciana salió a la puerta de su casa y gruñó muy en cólera:

—¡Juan! ¡Juan! ¡A dónde vas, mocito! Vas a ver...

Las carcajadas redoblaron.

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

—¿Vamos quedándonos? —le dije.

—Bueno —me respondió—. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Llegados a una pequeña explanada, al pie de un cerro de la campiña, se detuvo el tropel. Alguien estaba llorando. Los otros reían estentóreamente. Se vivaba a contrapunteo:

—¡Viva Cancio! ¡Hip!... ¡hip!... ¡hip!... ¡hurraaaaa!...

Se hizo un orden frágil. La gritería y la confusión re-nacieron. Pero se oyó una voz amenazadora:

—¡Al primero que hable, le rompo las narices!

—Voy a Juncos.

—Voy a Cancio.

Se hacían apuestas como en las carreras de caballos o en las peleas de gallos.

Juncos era el niño descalzo. Esperaba en guardia, encendido y jadeante. Más bien escueto y cetrino y de sabroso genio pendenciero. Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda, le descendía hasta los tobillos. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana. Refa como si le hiciesen cosquillas. Las apuestas en su favor crecían. Por Cancio, en cambio, las apuestas eran menores. Era éste un niño decente, hijo de buena familia. Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto. Tenía zapatos nuevos.

—¡Uno! ... ¡Dos!... ¡Tres!

El tropel se sumió en un silencio trágico. Leonidas tragó saliva. Cancio no se movía de su guardia, reduciéndose a parar las acometidas de Juncos. Un puñetazo en el costado derecho, esgrimido con todo el brazo contrario, le hizo tambalear. Le alentaron. Recuperó su pues-

to y una sombra cruzó por su semblante. Juncos, fin-teando, sonreía.

Cancio empezó a despertar mi simpatía. Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie. Cancio me era simpático y ahora se avivaba esa simpatía. Leonidas también estaba ahora de su parte. Leonidas estaba colorado y se movía nerviosamente, ajustando sus movimientos a los trances de la lucha. Cuando Cancio iba a caer por tierra, a una puñada del héroe contrario, Leonidas, sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen pellizcón a Juncos. Yo le dije:

—Déjalo. No te metas.

—¡Y por qué le pega a Cancio! —me respondió, poniéndose aún más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

La lucha se encendió en forma huracanada. A un puntapié trazado por Juncos, a la sombra de un zurdazo simulado, respondieron los dos puños de Cancio, majando rectamente al pecho, a las clavículas, al cuello, a los hombros de su enemigo, en una lluvia de golpes contundentes. Juncos vaciló, defendiéndose con escaramuzas inútiles. Corrió sangre. De una pierna de Cancio manaba un hilo lento y rojo. La tropa lanzó murmullos de triunfo y de lástima.

—¡Bravo! ¡Bravo, Juncos!

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, Cancio!

—¡Uyuyuy! ¡Ya va a llorar! ¡Ya va a llorar!

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo!

Volaron palmas. Crujió un despecho en alto.

Cancio se enardecía visiblemente y cobró la ofensiva. De una gran puñada, asestada con limpieza verdaderamente natural, hizo dar una vuelta a la cabeza contraria, obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso, poniéndose de manos, a ciegas, contra el cerco de los suyos. Entonces sucedió una cosa truculenta. Un niño más grande que Cancio, saltó del redondel y le pegó a éste

y un segundo muchacho, mayor aún que ambos, le pegó al intruso, defendiendo a Cancio. Durante unos segundos, la confusión fue inextricable, unos defendiendo a otros y aquéllos a éstos, hasta que volvió a oírse estas palabras de alerta, que pusieron fin al caos y a los golpes:

—¡El profesor! ¡El profesor!...

Juncos estaba muy castigado y parecía que iba a doblar pico. El humilde granuja, al principio tan dueño de sí mismo, tenía el pabellón de una oreja ensangrentado y encendido, a semejanza de una cresta de gallo. Un instante miró a la multitud y sus ojos se humedecieron. El verle, trajeado de harapos, con su sombrerito de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos, que no sé cómo escapaban a las pisadas del otro, me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

Acezaban ambos en guardia.

—Pega...

—Pega nomás...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello, palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!...

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

El sol declinaba. Había pasado la hora del almuerzo y teníamos que volver directamente a la escuela. A Cancio le llevaban de los brazos. Tenía un ojo herido y el párpado muy hinchado. Sonreía tristemente. Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, *con una entonación adolorida. Hasta Juncos, el pro-*

pio vencedor, estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza, y él parecía avergonzado. Bajó la frente y empezó a jugar con piedrecillas y briznas de hierba. Le había pegado a Cancio este Juncos...

—Vámonos, — le dijo Leonidas, acercándose.

Juncos no respondió. Hundió su sombrero hasta las cejas y así ocultó el rostro.

—Vámonos, Juncos.

Leonidas se inclinó a verle. Juncos estaba llorando.

—Está llorando, —dijo Leonidas. Le arregló el estropeado sombrero y le asentó el pelo, por sobre la oreja, donde la sangre aparecía coagulada y renegrida.

NOVELAS Y CUENTOS COMPLETOS
DE CESAR VALLEJO SE TERMINARON
DE IMPRIMIR EL 28 DE FEBRERO
DE 1967 EN LOS TALLERES DE
INDUSTRIALgráfica S. A.
CHAVIN 45 - BREÑA, LIMA - PERU

ESCALAS MELOGRAFIADAS

FABLA SALVAJE

EL TUNGSTENO

HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS

PACO YUNQUE

CUENTOS INEDITOS